



Christina Courtenay

Tormentas en las Tierras Altas



Lectulandia

¿En quién podemos confiar cuando todo parece derrumbarse a nuestro alrededor? ¿Es posible volver a amar cuando tu primer gran amor te traiciona de manera inesperada? Corre el año 1754 y Brice Kinross, hundido tras la traición de su hermano y de su prometida, necesita empezar de nuevo y olvidar. Por eso, cuando le proponen dejar Suecia e instalarse en las Tierras Altas escocesas para ocuparse de la hacienda familiar, acepta sin dudarlo. Pero los problemas le esperan en la propiedad de sus antepasados: Seton, el hombre bajo cuya responsabilidad su padre dejó Rosyth ocho años antes, se ha dedicado todo ese tiempo a expoliar la finca. Brice solo encuentra en Rosyth una aliada, Marsaili Buchanan, y junto a ella tratará de desenmascarar a Seton. Sin embargo, ¿puede Brice confiar en una mujer cuando hace tan poco ha sido engañado por aquella a quien amaba?

Marsaili es una joven independiente que trabaja con ahínco para procurarse una vida mejor y no depender de ningún hombre, empezando por el capataz de la finca, Seton, que la acosa y que esconde oscuros secretos. Sin embargo, Marsaili se siente irresistiblemente atraída por el nuevo líder del clan, Brice, a pesar de que él ha dejado claro que no quiere atarse a nadie. La venganza de Seton al sentirse rechazado en beneficio de Brice pondrá en peligro la vida de todos ellos de una forma brutal.

Lectulandia

Christina Courtenay

Tormentas en las Tierras Altas

Saga Kinross - 2

ePub r1.0

Titivillus 05.01.18

Título original: *Highland Storms*
Christina Courtenay, 2011
Traducción: Ana Isabel Gallo
Diseño de cubierta: Germán Algarra
Imagen de la cubierta: Depositphotos

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para mi madre,
Birgitta Tapper,
con todo mi cariño.*

Agradecimientos

¡Es realmente impresionante la ayuda que pueden prestar las personas cuando un escritor necesita encontrar respuestas a cuestiones difíciles! Eso es lo que me ocurrió cuando vi que no lograba información sobre cómo vestían las mujeres escocesas normales y corrientes de la segunda mitad del siglo XVIII. Por ello le rogué a Eileen Ramsay que me ayudara, y en media hora ya me había puesto en contacto con la escritora Maggie Craig (cuya obra *Bare-Arsed Banditti* es indispensable para los interesados en el tema de los jacobitas) y con su amiga común Naomi Tarrant, conservadora ya jubilada del Museo Nacional del Vestido de Escocia. ¡Un montón de gracias a las tres por vuestra ayuda!

De nuevo, un sentido agradecimiento al brillante equipo de Choc Lit, porque trabajar con ellos sigue siendo una delicia; a los otros autores de Choc Lit (¡también me encanta trabajar con vosotros, muchachos!); a mis dos críticos y socios Gill Stewart y Henriette Gyland, por su inquebrantable ánimo y apoyo (¡especialmente a Gill por corregir mi escocés!); y como siempre, a mi familia, por aguantar a esta «autora de moda», así como a todos mis amigos de la Asociación de Novelistas Románticos, por seguir inspirándome.

Finalmente, quiero dar un agradecimiento especial al diseñador de la portada, por brindarme esta imagen del libro en color lila: ¡me encanta!

Capítulo 1

Rosyth House (Escocia)

Agosto de 1754

Marsaili Buchanan estaba empezando a dormirse cuando le despertó el suave gruñido de su galgo escocés, *Liath*. Era un ruido sordo que procedía del pecho y la garganta del perro, y que aumentaba al tiempo que el animal enderezaba la cabeza y se quedaba mirando fijamente a la puerta. Como *Liath* estaba acurrucado a los pies de Marsaili, ella sentía la vibración del gruñido en las piernas. El corazón le dio un vuelco y contuvo la respiración, esperando ver quién subía esta vez las escaleras hasta su habitación de la torre.

—Nunca se cansan, ¿verdad? —masculló enderezándose y poniendo la mano sobre la cabeza de *Liath*.

El gruñido sordo del perro era cada vez más fuerte, por lo que pasó su mano por el enjuto cuello del animal, dejándola cerca del collar por si tenía que sujetarle, lo cual era bastante posible.

Hacía tiempo que la acosaban pretendientes nocturnos como este, a pesar de que ella nunca había alentado a ninguno de los hombres de la familia o de la propiedad. Parecía que su rostro y su cuerpo provocaban la lujuria de cualquier hombre entre quince y cincuenta años, por mucho que se tapara. Maldijo para sus adentros esa dudosa suerte con la que había sido bendecida y que solo le traía problemas.

El pestillo se movió suavemente. Como estaba bien engrasado, Marsaili no habría oído nada si el perro no la hubiera alertado. Pero la puerta no se abrió, porque estaba asegurada con la barra que ella había hecho instalar recientemente. El pestillo hizo un ruido metálico al caer, y oyó un resoplido de frustración. A eso le siguió un golpe seco, como el de un hombro empujando la puerta. Esto tampoco produjo los resultados deseados y se oyó la voz de un hombre soltando una palabrota. Otro empujón más fuerte, que hizo temblar los tablones de madera, pareció dar fin al asalto. Marsaili se mordió el labio con fuerza para no dejar escapar ningún sonido.

—¿Marsaili? Soy yo, Colin —era un susurro audible que pareció quedar un momento en el aire.

A Marsaili casi se le escapó un grito ahogado. Era una voz que nunca hubiera creído escuchar detrás de su puerta. Pensaba que Colin Seton, el administrador de la propiedad, era demasiado orgulloso para ir a hurtadillas por la noche.

—¿Señor Seton? ¿Qué pasa? —le preguntó intentando sonar como si acabara de despertarse—. ¿Pasa algo malo?

—Vamos, chica, sabes bien por qué estoy aquí. Ya te has resistido bastante, y ha

llegado el momento de tu recompensa.

Había levantado un poco más el tono, pero todavía hablaba en voz baja. Marsaili no sabía por qué trataba de mantenerla así. Su habitación estaba en la parte de arriba de una de las torres de Rosyth House y en ese momento no había nadie en la habitación de abajo. Él debía de saberlo.

—¿Cómo dice? —preguntó enderezándose aún más, mirando en dirección a la puerta. «¿Resistido a qué? ¿A él? ¿Cómo demonios había sacado él esa conclusión?». Ella solo deseaba que la dejaran en paz, no quería ser importunada por un viudo tan viejo que podía ser su padre.

—La mujer más hermosa de todas las Tierras Altas solo se merece lo mejor. No te puedo culpar por tener aspiraciones. Pero ahora déjame entrar, puedes estar segura de que te trataré bien.

La rabia la ahogaba. Las palabras que deseaba descargar sobre Seton se le agolparon en la garganta y no pudo soltárselas. Lo único que dejó escapar fue un sonido de frustración, pero *Liath* sintió su ira y le puso voz en su nombre. Su ladrido se fue haciendo tan amenazador que resonaba por toda aquella pequeña habitación.

—¿Marsaili?

Finalmente ella consiguió controlar sus cuerdas vocales:

—Por favor, márchese, señor Seton, y yo olvidaré que hemos tenido esta conversación. Lo siento pero usted me ha malinterpretado.

—¿Eh? Sabes bien que estás siendo testaruda. No necesitas coquetear, no te andes con rodeos —su voz empezaba a sonar tensa, como si estuviera controlando la calma, pero solo un poco.

Marsaili no sabía qué contestar. Por una parte, no quería enfrentarse a aquel hombre, pero por otra tenía que hacerle entender que ella no estaba disponible para cualquiera. *Liath* dio un breve ladrido, como si enfatizara aquellos pensamientos, y, aunque no podía verle, Marsaili sabía que también estaba enseñando los colmillos. Sentía que el corazón se le aceleraba, y en sus oídos el sonido de los latidos ahogaba el gruñido del perro. Respiró profundamente.

—Lo digo en serio. Quien quiera cortejarme puede hacerlo a plena luz del día.

«Aunque eso no le va a servir de mucho, porque yo no estoy interesada en ninguno», pensó.

—¿Quién ha dicho nada de cortejar? Tu madre...

Ella lo interrumpió bruscamente.

—Lo que mi madre hiciera es cosa suya. Eso no tiene nada que ver conmigo. Yo viviré mi vida como me plazca. Soy una mujer respetable.

—¡Tonterías! Tú no eres mejor que tus orígenes: la engreída bastarda de un...

—¡Señor Seton! ¡Basta ya! —exclamó Marsaili, que temblaba enfurecida y al mismo tiempo estaba decidida a no entrar en una larga discusión con él.

Seton soltó una sarta de palabrotas. Al terminar, silbó.

—Ya sabes que no está permitido que el perro se quede en la casa. Procuraré que

a partir de ahora se quede donde debe estar, en los establos.

—¡No puede hacer eso! Tengo permiso expreso de la señora. El perro se quedará aquí —dijo con firmeza, intentando que su voz no temblara de la misma manera que lo hacía su cuerpo. Al fin y al cabo era verdad, pero ¿lo dejaría él así? Se quedó esperando de nuevo, sujetando con firmeza el collar de *Liath*, mientras Seton se decidía.

La puerta era resistente, pero sabía que Seton era fuerte y decidido. Afortunadamente, *Liath* también. Marsaili era reticente a dejarlo suelto porque sabía lo que aquellas fuertes mandíbulas podían hacer, pero si él la acorralaba no tendría otro remedio.

—Ya lo veremos —masculló Seton antes de darle a la puerta una violenta patada. Enseguida se oyeron unos pasos que desaparecían escaleras abajo. Suspiró con alivio y rodeó el cuello del perro con los brazos metiendo la cara entre su abundante pelo.

—Gracias *Liath*. Buen chico. Eres el mejor —el perro le lamió la mano en reconocimiento a esas palabras y se apoyó sobre ella hasta que dejó de abrazarlo.

Esta vez habían ganado, pero Marsaili sabía que a partir de ahora tendría que estar todo el tiempo alerta, tanto por ella como por *Liath*. Estaba claro lo que Seton podía hacer, y ahora que había puesto todas sus cartas sobre la mesa no retrocedería. No era un tipo que se diera por vencido fácilmente y ella lo había herido en su orgullo. Usaría todos los medios a su alcance para conseguir lo que quería.

Bueno, ella estaría preparada. ¡Que lo intentara!

Capítulo 2

Göteborg

Agosto de 1754

—Brice, ¿estás despierto?

—¿Humm? —Brice Kinross levantó la cabeza de la almohada, preguntándose durante un instante dónde se encontraba. El menor movimiento le arrancaba un gesto de dolor y no tardó en experimentar todos los signos de una resaca monumental. Antes de cerrar los ojos de nuevo, pudo percatarse de que se encontraba en su cama, probablemente por primera vez en esa semana. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí, pero tampoco le importaba.

Ya no le importaba nada.

Su padre, Killian, volvió a llamar otra vez a la puerta y Brice apretó los dientes por el dolor que le causaban esos golpes.

—Entra —musitó con una tan voz ronca que parecía que hubiera estado gritando más de la cuenta la noche anterior. Recordaba en cierto sentido unas voces estridentes que cantaban, y supuso que él se había sumado a ellas, quizá con demasiado entusiasmo.

Killian entró sin hacer ruido, como si supiera que la cabeza de su hijo no estaba para soportar ni el más mínimo ruido.

Fue directamente hacia la ventana y la abrió por completo; luego se acercó una silla hasta la cama y se sentó.

—Esto huele a taberna —dijo sonriendo—. Me sorprende que hayas podido llegar hasta la cama. Esperaba encontrarte hecho un ovillo en el suelo junto a la bacinilla.

Brice estaba todavía demasiado resacoso como para responder a su burla, y se quedó en silencio.

—Calculo que ya te has bebido todo lo que había en la ciudad, así que quizás estés listo para escuchar una propuesta —al decir esto, la sonrisa de Killian se convirtió en una expresión más seria.

—Humm, ¿de qué tipo? —preguntó Brice haciendo esfuerzos por sentarse en la cama; luego se quejó y se sujetó la cabeza con las manos con un gesto de dolor, al tiempo que trataba de desembarazarse de la ropa de cama. Era un agosto tan caliente como siempre en Suecia, y aunque al parecer había dormido con las ventanas cerradas, el lino se le pegaba de la manera más incómoda. Además, tampoco es que las sábanas estuvieran demasiado perfumadas. ¿O puede que fuera él? Hizo una mueca.

Killian se sacó una petaca del bolsillo y se la ofreció.

—Toma, esto te quitará la resaca, pero es la última gota más fuerte que el té que bebes esta semana. ¿Me has entendido?

Brice contrajo su rostro en una mueca al sentir que el líquido le quemaba la garganta. A su padre, que era escocés, solía gustarle el whisky, por lo que Brice se sorprendió de que la petaca contuviera *brännvin*, el licor destilado preferido por los suecos. Aunque este en concreto sabía a hierbas, seguía siendo asqueroso a esa hora tan temprana del día. Se estremeció y se tragó una repentina arcada.

—No es asunto tuyo si quiero pasar la noche en la ciudad con mis amigos —empezó a decir, pero Killian lo cortó.

—Una noche no. ¡Más de un semana! Ya está bien, ¿no te parece?

Brice ya había llegado a esa conclusión por sí mismo, pero no quería que le sermoneasen como si fuera un niño malcriado. Ya casi tenía veintidós años, no doce.

—Hago lo que quiero —reiteró. Y si alguien tenía motivos para ahogar sus penas, ese era él, se dijo para sí.

—Tal vez sí, pero eso no cambia nada —el tono de Killian era amable aunque firme.

Brice agarró las sábanas apretando los puños cuando los recuerdos volvieron a su mente. No había cantidad suficiente de alcohol que pudiera mitigar el dolor del engaño.

—Confíaba en Jamie —dijo—. Mi propio hermano. Con su manera de ser y su atractivo podía tener a cualquier chica, pero no, tenía que llevarse a la única que yo quería. Y él sabía que estaba comprometida. ¿Por qué? Y en cuanto a ella...

No encontraba las palabras adecuadas para describir lo que ahora sentía hacia Elisabet.

Brice había estado enamorado de ella desde siempre. Nunca había dudado de que era la mujer con la que quería casarse. Poseía un tipo de belleza que parecía casi irreal, con unos rasgos delicados y perfectos en todos los sentidos, como los de un ser de otro mundo. Aunque los jóvenes no suelen darse cuenta de esas cosas, él se había sentido cautivado por ella desde muy joven. Sin embargo, como ella tenía cuatro años menos que él, debía esperar a que fuera mayor, pero a él no le importó. Así tuvo la oportunidad de intentar hacer algo con su vida antes de establecerse, porque quería ofrecerle lo mejor.

«Obviamente, no fue suficiente y esperé demasiado».

—Has dicho lo que sientes y, créeme, no estoy más contento que tú con respecto a tu hermano —le dijo Killian—. He cambiado mi opinión sobre Jamie, pero son cosas que pasan y ahora él lo está pagando. Deberías sentir lástima por él en lugar de malgastar tu energía enfadándote.

—¿Lástima por él? ¿Por estar casado con la chica más guapa de Suecia? Con mi chica. Estás de broma —dijo Brice devolviéndole la petaca; sentía acidez de estómago por el solo hecho de pensar en tomar más. De cualquier manera, beber solo le calmaba el dolor unas cuantas horas, y luego el sufrimiento volvía mucho más

fuerte.

—Te hablo completamente en serio. Tal vez pienses que Elisabet es la chica más maravillosa sobre la faz de la Tierra, pero dudo que Jamie esté de acuerdo contigo. No está preparado, ni mucho menos, para llevar una vida estable con ella ni con ninguna otra, y no la quiere. Para él solo era una más. La diferencia reside en que ahora él está atrapado para toda la vida mientras que tú eres libre. Libre para encontrar a otra, a otra mejor.

Brice bramó enfadado, pero Killian subió el tono de voz.

—Mírame, Brice. Hasta tú deberías darte cuenta de que si no pudo esperarte es que no te quería lo bastante, porque no era la chica adecuada para ti. Un matrimonio con ella hubiera estado destinado al fracaso. ¿Era eso lo que deseabas? ¿Estar encadenado de por vida a una mujer que no te quiere?

Brice sabía que su padre también tenía razón en eso, aunque todavía no estaba preparado para admitirlo. Puede que nunca lo estuviera.

—No, pero ella me quería hasta que Jamie decidió cortejarla —masculló—. No se le resiste ninguna cuando se empeña.

—Tonterías. Además, Jamie me juró que nunca intentó atraerla deliberadamente, y le creo.

—Justamente. Por eso ella está esperando un hijo —en la boca de Brice se dibujó un gesto de intransigencia. Su padre podía creer lo que quisiera, pero a él no iba a convencerlo de la inocencia de Jamie.

«No debería haberme ido a China otra vez», pensó, mientras se apretaba los ojos con los nudillos como si quisiera quitarse al mismo tiempo el cansancio y esa imagen de Elisabet con Jamie que parecía abrasarle bajo los párpados. «¡Pero lo hice por ella!»

Acababa de cumplir dieciocho años cuando partió hacia Cantón la primera vez, a bordo de uno de los barcos de la Compañía Sueca de las Indias Orientales. Fue al mismo tiempo la peor y la más maravillosa de las experiencias que había vivido. Por un lado, dieciocho meses de intenso trabajo en los que tuvo que resistir los viajes más duros imaginables. Por otro, el placer de contemplar esos lugares extraños con los que había soñado, además de las enormes ganancias que había obtenido con el cargamento. Y precisamente por eso había emprendido viaje por segunda vez, porque esperaba ganar el suficiente capital como para pedirle a Elisabet que se casara con él.

Lo ganó, pero no debería haberse molestado.

Killian suspiró.

—Sea cual sea la situación, tienes que afrontar los hechos. Elisabet no era la persona adecuada, lo que significa que tu alma gemela aún está por descubrir. Confía en mí, no vas a encontrarla en el fondo de un barril de cerveza o de una cuba de vino. Eres joven, tienes mucho tiempo.

—¿Alma gemela? Eso no existe —se burló Brice.

—Sí que existe. Yo solía ser como Jamie hasta que encontré a tu madre. Creía que

Dios había puesto a las mujeres en la Tierra para que yo me divirtiera y nada más. Afortunadamente para mí, me di cuenta de mi error antes de que fuera demasiado tarde. Ahora tú tienes la oportunidad de buscar a la tuya.

Brice sabía que él y sus cinco hermanos tenían suerte de que sus padres les permitieran elegir a sus futuros cónyuges, pero de momento no estaba de humor para sentirse agradecido.

—¿Y cómo me sugieres que empiece a buscarla? ¿Codeándome con la fascinante sociedad de aquí, de Göteborg? —Brice sabía que se mostraba demasiado sarcástico, pero no podía evitarlo. No creía que estuviera preparado para enfrentarse a la realidad de su situación. Todavía deseaba olvidar.

—No, eso no es en absoluto lo que he pensado. Creo que es el momento de que te vayas a Escocia a hacerte cargo de tus derechos de primogenitura.

—¿Mis qué? —Brice se enderezó en la cama y se quedó mirando a su padre, luego contuvo la respiración cuando aquel repentino movimiento reactivó su dolor de cabeza—. ¡Uf! —dijo frotándose la cabeza para intentar mitigar el dolor, pero sin dejar de mirar a Killian, que se dirigía hacia la puerta—. ¿Qué has dicho?

—Aséate y vístete, luego baja al estudio y te lo explicaré —Killian se volvió, suavizando su severa expresión con una abierta sonrisa—. Y come algo. Estás horrible, y ninguna chica escocesa respetable se dignaría a mirarte en ese estado.

—¿Quién ha dicho que quiero que lo hagan?

Pero Killian ya se había ido, así que la pregunta se quedó sin respuesta. Frunciendo el ceño, Brice miró en dirección a la puerta cerrada; las palabras de su padre le habían intrigado y sabía que ahora no podría volver a dormirse.

—¡Mierda! —exclamó, aunque, por primera vez desde que descubrió lo de Jamie y Elisabet algo había penetrado entre la bruma de su dolor y había despertado su interés.

Sin hacer caso del dolor de cabeza fue a buscar comida y agua caliente.

Manteniendo en equilibrio una pesada bandeja con una sola mano, Marsaili llamó con la otra a la puerta de la oficina de la propiedad.

—Entre.

—Siéntate. Quieto... —le ordenó a *Liath*, susurrándole con severidad. Como siempre, el animal caminaba silenciosamente tras Marsaili mientras ella hacía sus tareas cotidianas, pero no podía acceder en esa habitación. Consiguió abrir la puerta y maniobrar para entrar sin tirar ni la bandeja ni su contenido. La dejó un poco entreabierta, llegó hasta el otro lado del escritorio y puso el desayuno de Seton en una esquina, donde en ese momento no había ni papeles ni libros de cuentas. Una crema de avena espesa y suero de leche, dos panes de avena y un litro de cerveza, además de miel y queso. Para el administrador, todo lo mejor.

—Gracias —dijo este sin levantar la mirada.

A Marsaili se le revolvió el estómago. Como ama de llaves, su trabajo no era realmente servir a Seton, pero todas las criadas le tenían terror, así que últimamente ella se encargaba de hacer esa tarea. Ahora desearía no haberlo hecho nunca. Después de lo que había pasado la noche anterior, este encuentro le daba pavor, pero él actuaba como si nunca hubiera ocurrido. «Bueno» —pensó. Cuanto menos se fijara en ella, mejor—. «¿En qué demonios estaba pensando ese hombre? Es demasiado viejo para mí». Por supuesto, sabía que no había nada de racional en el hecho de que un hombre deseara a una mujer. Y él era atractivo para su edad, tenía que reconocerlo, así que quizá pensó de verdad que ella recibiría con agrado sus proposiciones amorosas.

Cuando él se acercó a la bandeja para empezar a comer la crema de avena, ella se dio la vuelta para marcharse, pero antes de que hubiera dado unos pasos lo oyó escupir con fuerza.

—¿Qué demonios es esto? —refunfuñó.

—¿Cómo dice? —preguntó mirando sobre su hombro, preparándose para uno de sus ataques de ira. Tenía un carácter de lo más irascible.

—A mí tenéis que darme siempre la mejor avena, no esta bazofia, y tú lo sabes de sobra —dijo arrojando la cuchara de plata, que había cogido del armario del amo, y que cayó sobre la crema salpicando de grumos todo lo que había alrededor. Esto lo puso visiblemente más irritado, ya que tuvo que limpiar con su pañuelo lo que había caído sobre los papeles.

Marsaili se detuvo, inspirando para tranquilizarse, y le respondió lo más calmadamente que pudo:

—No había otra, señor Seton, solo esta. El otro día ya le informé de que nos estábamos quedando sin provisiones. Usted me dijo que teníamos que apañárnoslas porque no había más dinero.

La llamada «avena negra» era de inferior calidad, y solía estar destinada a los criados, que era lo único que comían. Los tiempos eran difíciles, o eso es lo que afirmaba Seton, y todavía faltaba por lo menos un mes para la cosecha.

—Tú eres el ama de llaves, deberías haberla racionado mejor —la acusó.

—No se la he dado a nadie excepto a usted, se lo aseguro. La guardo bajo llave, tal como usted me ordenó.

—Ajá, esto es lo que pasa por darle a una chiquilla responsabilidades que están por encima de su capacidad. Ciertamente, el de ama de llaves es un puesto para una mujer mayor y con más experiencia que tú.

Marsaili decidió no responderle. Casi tenía veintidós años y ya no se consideraba «una chiquilla», pero quizá le parecía demasiado joven porque él tenía cuarenta y tantos. De cualquier manera, ya habían tenido esta conversación anteriormente y había aprendido que mantener un silencio digno era lo que mejor funcionaba.

—Bueno, ¿a qué esperas? Encuéntrame algo decente para comer —gruñó Seton.

—Pero los panecillos...

—Están buenos, pero con eso no mantendré el hambre a raya hasta la cena. Necesito comida de verdad: huevos, cordero, algo a lo que pueda hincarle el diente. Encárgate de ello.

—Sí, señor Seton.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, tuvo que detenerse otra vez para oír sus últimas palabras.

—Y si sorprendo a ese perro dentro de la casa otra vez, yo mismo le pegaré un tiro, ¿está claro?

«¡Diantre! —pensó—, ha debido de oír a *Liath* arañando con las patas en las baldosas del otro lado de la puerta».

—Pero la señora dijo...

—¡Al diablo con eso! Tiene que estar donde le corresponde y esto se va a acabar.

Marsaili cerró la puerta tras ella sin decir nada.

Por fin Brice bajó a ver a su padre, aseado y presentable, y ligeramente menos resacoso después de un frugal desayuno con pan de centeno, queso y cerveza.

Killian le indicó con la mano que se sentara y fue directo al grano.

—Quiero que vayas a Rosyth. Algo no marcha bien allí y tenemos que saber qué ocurre.

—¿Por qué yo? —preguntó Brice—. ¿Acaso no puedes enviar a otro? —insistió, porque lo último que quería era tener que viajar por el mar del Norte justo cuando acababa de volver del largo viaje a Cantón.

—Podría hacerlo, pero la propiedad es tuya, así que también es responsabilidad tuya. He intentado cuidar de ella a distancia en tu nombre, pero eso es imposible. Dado que no puedo ir yo mismo a ver qué está pasando, tendrás que ir tú a poner orden.

Brice frunció el ceño.

—No lo entiendo. Es tuya. Lo ha sido durante años.

La hacienda de Rosyth era la propiedad que su padre tenía en Escocia y que había heredado hacía diez años del viejo lord Rosyth, el abuelo de Killian. Aunque técnicamente él era ahora el terrateniente y el jefe del clan Kinross, no había podido poner los pies en Escocia desde que tomó parte en la rebelión jacobita a favor del príncipe Carlos Eduardo, al que los ingleses llamaban «el Joven Pretendiente». A él se le había educado en la creencia de que era el verdadero príncipe heredero, pero la mayoría de la gente ya había perdido la esperanza de que alguna vez subiera al trono. Aunque había sido declarado traidor a la Corona, la hacienda de Rosyth seguía siendo de su propiedad. Había tenido la previsión de hacerse ciudadano sueco, y por eso había quedado fuera del alcance de la ley inglesa. Desde el levantamiento vivía en Suecia, donde él y la madre de Brice, Jessamijn, poseían una próspera empresa dedicada al comercio.

Killian negó con la cabeza.

—No, hice una donación a tu nombre antes de pronunciarme a favor del príncipe. Aparte de ser sueco, tú eras demasiado joven para luchar, así que nadie puede acusarte de ser jacobita. Entonces nos pareció que era lo mejor que se podía hacer y funcionó. De una forma u otra, los ingleses no pudieron confiscar Rosyth. Otros terratenientes hicieron lo mismo, o al menos eso escuché decir.

A Brice le estaba costando asimilar aquello, y dirigió una mirada de soslayo a su padre.

—¿Quieres decir que ha sido mía todo este tiempo?

—Desde 1745, sí.

—¿Por qué no me lo dijiste nunca?

—Pensaba hacerlo cuando tuvieras la edad que exige la ley para hacerte cargo de la propiedad, pero cuando cumpliste veintiuno estabas en China. Por eso te lo cuento ahora.

—Bueno, ¿y qué es lo que pasa? —preguntó Brice—. Creía que tenías a un asistente que se cuidaba de esas cuestiones. ¿Y qué hay de la esposa de tu difunto primo, la tía Ailsa? ¿No se ocupa de ello? ¿Por qué tengo que ir allí?

Killian se puso en pie y comenzó a dar vueltas con las manos detrás de la espalda. Brice sabía que la cojera de su padre, apenas perceptible, era un recuerdo constante de lo cerca que Killian había estado de perder la vida por la causa jacobita, igual que su padre y sus dos hermanos. Pero él había tenido más suerte. Había sobrevivido para volver a Göteborg, junto con otros hombres escoceses cuyas vidas salvó al permitirles subir a su barco mercante antes de que les capturasen los «casacas rojas», es decir, los soldados ingleses.

—Ailsa no goza de buena salud, y hace mucho tiempo que no sé nada de ella. Hay un administrador, un tal Colin Seton —respondió—. Me envía informes periódicamente con los ingresos que te corresponden. He ido guardándolos, y te los entregaré antes de que te marches. Sin embargo, últimamente ha ingresado muy poco dinero, y en sus cartas Seton solo me cuenta desgracias. Los arrendatarios de las tierras son insolentes, no pagan su renta, las ovejas y las cabezas del ganado están mermando, la casa necesita reparaciones, las cosechas son escasas... La lista es interminable y, como resultado de todo ello, me pide dinero en lugar de enviármelo. Quiero saber por qué.

—¿Y no es posible que tenga razón? Quiero decir que los escoceses lo están pasado mal desde el cuarenta y cinco, y he oído decir que hay mucha penuria. ¿Por qué Rosyth iba a ser la excepción?

Killian negó con la cabeza.

—Mi abuelo administró la propiedad con mano de hierro. Siempre ha sido próspera, y en mi juventud, mientras me enseñaba todo lo que tenía que saber, me explicó que incluso en épocas malas Rosyth debería ir razonablemente bien. Siempre cabe esperar que se produzca alguna pérdida, pero no hasta este punto. Te aseguro

que algo va mal de verdad, y quiero que tú lo averigües.

—Muy bien. Supongo que no será peor que quedarse aquí dándoles vueltas a las cosas. Y el whisky es bueno, según he oído.

Killian lo miró con impaciencia, y el enfado oscureció sus ojos azules.

—Hablo en serio, Brice. Eres el nuevo lord Rosyth, esto te afecta a ti más que a nadie.

—¿Un terrateniente escocés yo? —Brice estuvo a punto de reírse. No había estado en Escocia desde que era un niño y, a pesar de su padre, se consideraba sueco de los pies a la cabeza. Por más que supiera que eso llegaría, convertirse en el siguiente terrateniente siempre le había parecido algo demasiado lejano como para molestarse en pensar en ello.

—No es cosa de broma. Lo hereda siempre el hijo mayor, y ese eres tú. Te guste o no, tarde o temprano iba a ser tuyo. Es una posición muy importante que trae aparejadas sus responsabilidades. Un jefe del Consejo de Highland^[1] es casi como un padre para el clan, aunque algo menos ahora que están vigentes las malditas nuevas leyes inglesas, pero la gente todavía esperará cosas de ti. Y Escocia es preciosa. ¿Quién te dice que no acabará gustándote y que querrás quedarte allí? Cuando eras un niño te encantaba.

Brice resopló.

—Ahora mismo, para ser sinceros, me parece más atractivo volverme a la cama —su padre le dirigió otra mirada severa y él levantó las manos—. Está bien, si quieres que vaya a Rosyth, iré. Pero dime qué tengo que hacer. No debe ser muy difícil —dijo porque sabía que lo que su padre estaba intentando era ayudarlo a olvidarse de la debacle de la reciente boda, y hasta cierto punto lo había conseguido. Gracias a Killian, Brice tenía ahora un objetivo y una excusa excelente para marcharse de Suecia. Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que era una buena idea.

—De acuerdo. Entonces deja que te explique mi plan...

Capítulo 3

Edimburgo

Agosto de 1754

Brice descendió de uno de los barcos mercantes de su padre en Leith y miró a su alrededor con curiosidad. No había puesto los pies en Escocia desde hacía casi diez años, pero Killian tenía razón: ahora recordaba cuánto le gustaba aquello. De hecho, no podía negar que aquí se sentía tan en casa como en Suecia. Oía voces que hablaban una mezcla de lenguas, casi todas en escocés, gaélico o inglés, pero entendía la mayor parte, aunque tenía el gaélico un poco olvidado. Hasta que tuvo doce años, solía pasar los veranos en Rosyth, y como se juntaba con chicos de por allí pronto aprendió su lengua.

Se quedó quieto un instante mientras su mente se adaptaba a aquellos sonidos inusuales. Estaba seguro de que pronto recuperaría el gaélico y de que lo hablaría con fluidez en un santiamén. Tenía buen oído para los idiomas porque su madre le hablaba en holandés, su padre en inglés y escocés y todos sus amigos en sueco. Sin saber cómo, su cerebro los asimilaba todos.

—Tienes que ir a ver a Rory Grant —le había dicho su padre—. Ya le he escrito para que te ayude con los papeleos legales y puedas hacerte cargo de la propiedad oficialmente. Si quieres evitarte problemas, es mejor que puedas demostrar que eres el dueño —Brice pensó que ese era un consejo prudente.

Dio varias órdenes para que dispusieran su equipaje, incluido su caballo, que le llevarían más tarde porque tenía intención de ir caminando los tres kilómetros largos que había hasta Edimburgo. Le parecía maravilloso poder estirar las piernas después de un largo viaje de una semana en barco, y no le importaba hacer ejercicio. Nunca había podido quedarse quieto mucho tiempo, y quizá por eso también se había ido a China. Así había postergado el momento de empezar a ayudar a su padre a dirigir la empresa familiar, lo que suponía estar sentado ante un escritorio durante horas.

Edimburgo era mucho más grande y más ruidosa que Göteborg y a Brice le emocionó estar allí. Caminando hacia High Street vio a su alrededor unos edificios muy altos contruidos en su mayoría en piedra. De cerca se veían como apiñados; algunos tenían doce plantas, y se maravilló de aquella altura. A cada lado de la calle y a intervalos regulares, había unas callejuelas, que llamaban *wynd*s o *closes*, oscuras, estrechas y pestilentes, que se perdían serpenteando entre los edificios.

La calle principal, con el imponente castillo al fondo, estaba abarrotada de gente y tuvo que abrirse paso entre la muchedumbre a empujones, pero como era alto siguió su rumbo sin problemas. Killian le había indicado cómo encontrar el hostel de Rory y

llegó enseguida. Rory lo hizo pasar a una pequeña salita, poco amueblada pero cómoda, donde sus huéspedes lo saludaron con sincera alegría.

—Bienvenido de nuevo a Escocia, joven. Has cambiado un poco, sin duda, pero tú me recuerdas, ¿no?

—Sí, por supuesto, ¿cómo iba a olvidarme de mi padrino? —Brice abrazó con cordialidad al viejo amigo de su padre—. Aunque ha pasado demasiado tiempo. Debería haber venido a visitarnos a Suecia. Padre siempre está hablando de usted.

—Ay, el mar no es para mí —respondió Rory, y después de llamar para que les trajeran algo de beber le indicó una silla a Brice y él se sentó en otra—. Solo con verlo me mareo, así que me parece que la sola idea de pasar toda una semana era demasiado para mí. Me temo que no soy tan intrépido como los miembros de tu familia. Ir hasta China... —se estremeció exageradamente.

—¿Quiere decir temerarios? —Brice sonrió abiertamente.

—Bueno, ya que lo mencionas, confiar tu vida a algo parecido a una gran bañera no parece muy prudente —y los dos se rieron.

Brice sabía que Rory no era un cobarde. También había apoyado la causa jacobita y luchado valientemente junto a Killian. El padre de Rory, sin embargo, había sido un *whig*^[2], pero había conseguido evitar a su hijo las consecuencias de sus «actos temerarios». Ahora, casi diez años después, Rory era miembro de pleno derecho de aquel partido que, según decía Killian, tenía «cierta influencia».

—Sí, no te preocupes, no voy a tener problemas por ayudarte a encontrar un abogado de confianza —le dijo a Brice cuando salió el tema—. Él tendrá listo los documentos enseguida y la hacienda será tuya. Como mucho tardará una o dos semanas, pienso yo.

—Estupendo, gracias —respondió Brice—. Entonces, si no le importa me marcharé y haré algunas averiguaciones mientras esperamos. Creo que mi padre lo puso al tanto en su carta.

Rory sonrió.

—Efectivamente. Te deseo suerte.

Marsaili oyó el aullido de dolor a través de la puerta entreabierta de la cocina y salió inmediatamente en aquella dirección. Un ladrido agudo la hizo echarse a correr como alma que lleva el diablo hacia el patio de los establos. Vio al instante lo que estaba pasando e intervino sin dudar: empuñó instintivamente la escoba que llevaba y le dio un fuerte golpe en el brazo a Seton, lo que provocó que este fallara la patada que iba dirigida a *Liath* al que uno de sus esbirros agarraba con fuerza por el collar, y se volvió hacia ella.

—¿Pero qué...?

—¡Deténgase ahora mismo! ¡No tiene ningún derecho a tocarlo, es mío! —gritó Marsaili y levantó la escoba para atizarle a Seton en las espinillas para que el

muchacho no siguiera arrastrando al perro hacia el establo. El joven soltó al animal y salió corriendo, dejando libre a *Liath*, que corrió a su lado y comenzó a enseñarle los colmillos a Seton. El tono amenazador de su gruñido y su postura eran inequívocos.

—Tú no lo entiendes. Me estaba defendiendo —dijo Seton, cuyos atractivos rasgos se transformaron en un rostro enrojecido por el enfado, que rápidamente mudó a una expresión conciliadora. Retrocedió un par de escalones, vigilando a *Liath* con la mirada—. El perro me atacó, y eso no puedo permitirlo. Es fiero y necesita que lo amansen.

—Eso no es cierto y usted lo sabe. Nunca ha hecho daño a nadie, a menos que lo amenacen. Además, ¿cómo ha podido atacarlo mientras otra persona lo sujetaba por el collar? —Marsaili miró alrededor para ver si alguien estaba escuchando, y luego añadió bajando la voz—: Usted tiene motivos para querer desembarazarse de él, pero se lo he dicho a la señora y, si algo le pasa a *Liath*, ella sabrá quién es el culpable.

—No sé qué quieres decir —el tono de Seton era displicente, como si ella estuviera diciendo alguna tontería.

—¿De verdad?

El rostro de Seton se relajó y luego le sonrió repentinamente con una mirada que trataba de reprimir cierta alegría y una sospechosa condescendencia.

—Además, ¿tú crees que la señora me da miedo? Encerrada en esa torre y estando en las nubes la mayor parte del tiempo. ¡Ja! No creo que a nadie le sirva de mucho su apoyo.

Marsaili apretó el puño con el que agarraba el collar de *Liath*, intentando no perder la calma. Seton le desagradaba de una manera irracional. Aparte de que hubiera ido a visitarla una noche, él siempre había sido educado con ella y nunca había intentado tocarla a escondidas, como otros hombres. Sin embargo, sus aires de superioridad la sacaban de quicio. «Se comporta como si fuera un rey —pensó—, o como si fuera el dueño».

No lo era, pero no se podía negar el hecho de que estaba a cargo de la hacienda de Rosyth y ella no.

—Hasta que el señor regrese, la señora todavía tiene la última palabra sobre cómo se manejan los asuntos de la hacienda —insistió Marsaili, a pesar de que sabía que Seton estaba en lo cierto. Ailsa Kinross, la viuda del primo del señor, era simbólicamente quien dirigía la hacienda en ausencia de lord Rosyth, pero todos sabían que quien tomaba todas las decisiones era Seton. A Ailsa raras veces se la veía.

Él negó con la cabeza ante su estupidez, como si fuera una niña ingenua.

—El señor no volverá, por lo menos mientras los sajones^[3] todavía quieran cortarles las cabelleras a los jacobitas. Pasarán unos años, recuerda mis palabras. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí, eh? ¿Hace diez años? No, ese cobarde no pisará suelo escocés en un futuro inmediato.

—Han pasado ocho años desde lo de Culloden^[4]. Las cosas han cambiado.

«Quizá no lo bastante», pensó. Porque aunque hubieran dejado de perseguir a la gente corriente después de la Ley de Indemnización de 1847, que garantizaba que los subordinados dejarían de ser castigados, los ingleses seguían interesados en un terrateniente que había sido un declarado jacobita.

Seton se acercó, sin hacer caso del creciente gruñido de *Liath*, y le susurró:

—Qué te importa el señor. Lo que de verdad debe interesarte es tu propio futuro, Marsaili. Si quieres que ese perro se quede contigo, tienes que ser buena conmigo y tenerlo bajo control. Aunque te des aires de grandeza, eso no cambia tus orígenes, pero tu vida podría ser mucho mejor de lo que ha sido hasta ahora. Tu propia casa en el campo, ropas bonitas, baratijas... Tú decides. Piensa en ello.

Y con ese golpe de gracia, se marchó tranquilamente dejando a Marsaili a punto de explotar. Hubiera deseado decirle que él era el último hombre en la Tierra con quien sería «buena», pero sabía que lo mejor que podía hacer era tragarse sus sentimientos.

Lo único que ella debía hacer era no cruzarse con él.

Según el plan que Killian había preparado para Brice, primero debía ir a Rosyth con un nombre supuesto para ver cómo estaban las cosas.

—De esa manera podrás comprobar cómo está todo de verdad y así los pillarás desprevenidos. Haz una evaluación de todos los bienes y del equipo que se necesita para volver a poner aquello en pie, si es que de verdad está tan mal como el administrador dice. Luego regresa a Edimburgo y disponlo todo para regresar junto con las escrituras. Si realmente hay algo turbio, los responsables se pondrán nerviosos con eso.

—¿Pero qué pasa —había protestado Brice— si me reconocen mis primas o la tía Ailsa?

—Lo dudo —se rió Killian—. Ya no eres aquel niño escuálido de doce años. Por lo que tengo entendido, Ailsa está inválida, así que no creo que la veas, y las chicas hace tiempo que se casaron y se marcharon. Hace mucho que les mandé sus bienes dotales.

—¿Sus qué?

—Bienes dotales, sus dotes. Con cinco mil *merks*^[5] cada una, estoy seguro de que se las quitaron de las manos enseguida, aunque es bastante raro que Seton no me haya contado nunca con quién se habían casado —dijo Killian encogiéndose de hombros—. Claro que en sus cartas nunca me cuenta nada que no sean asuntos de la hacienda y como te he dicho, no he tenido noticias de Ailsa desde hace tiempo. De todas formas, con un poco de suerte descubrirás algo antes de que ellos te descubran a ti. Merece la pena intentarlo.

Por consiguiente, Brice se marchó de Edimburgo apenas un día después. Ahorró algo de tiempo porque no necesitó alquilar ningún caballo, dado que se había llevado

el suyo desde Suecia. Sin embargo, estaba seguro de que *Starke*, después de haber aguantado una semana embarcado para cruzar el mar del Norte, se resistiría a cruzar el estuario de Forth en el transbordador, así que tomó la ruta más larga, que era hacia el oeste y por tierra. Pronto se encontraron cabalgando felizmente por el campo; pasaron Linlithgow y casi llegaron hasta Stirling, antes de dirigirse hacia el norte en dirección a Drummond.

Al principio el paisaje era bastante llano, con fértiles granjas por todas partes, diseminadas como en un edredón ondulado. Los cultivos maduraban al sol, casi todos ellos de avena dorada y cebada, entremezclándose con los verdes y polvorientos prados del final del verano. Pero una vez cruzado Menteith comenzaron a verse colinas bajas y onduladas, y en la distancia montañas altas y arboledas que a veces se convertían en bosquecillos. Aunque era muy diferente de los profundos bosques de pinos a los que Brice estaba acostumbrado en Suecia, se sentía atraído por la belleza innegable de aquella región.

Si bien el entorno en sí no había cambiado, Brice notó de inmediato la alteración del paisaje. Había oído hablar de las represalias contra los habitantes de las Tierras Altas durante el verano y el otoño de 1746, cuando las milicias del Gobierno desencadenaron una terrible venganza contra quienes osaron oponerse a ellos. Se contaban historias terribles de gente a la que se disparaba sin más, de mujeres violadas, de casas y cosechas quemadas, pero Brice siempre creyó que todo aquello eran exageraciones. Ahora ya no estaba tan seguro.

A pesar de que la naturaleza había cubierto los rastros de los saqueadores, todavía quedaban las ruinas carbonizadas de algunas casas. Observó que las malas hierbas lo invadían todo y que en lo que antes habían sido huertos solo quedaban los tocones de los árboles. Sin embargo, donde apreció un mayor cambio fue en los rostros de la gente que se encontraba por el camino. La mayoría de ellos tenían un aspecto horrible, no había otra palabra para describirlos, sobre todo cuando llegó más al norte.

Los escoceses en general y los habitantes de las Tierras Altas en particular eran una raza de gente orgullosa, pero educada y hospitalaria, como bien sabía Brice. O al menos solían serlo. Ahora se mostraban introvertidos y reacios a hablar con él. Cada vez que se detenía en alguna posada para tomar algún refrigerio, lo miraban con desconfianza, incluso aunque se dirigiera al dueño en gaélico o en escocés. Era como si no se fiaran de nadie y pensaran que él era algo así como un espía, simplemente porque iba mejor vestido y llevaba un buen caballo.

Después de una larga jornada cabalgando, se detuvo a pasar la noche en una típica posada cerca de Crieff. Desde el exterior no parecía muy tentadora, pues no era más que un primitivo refugio construido al estilo del Consejo de Highland. Consistía en una base baja hecha de piedra seca, sobre la cual se levantaba una pared de turba con un marco de madera que sostenía las vigas del techo. El tejado era también de turba, con hierba por debajo para que la tierra no cayera sobre la cabeza de la gente; el suelo

era de tierra batida y no había chimenea, sino un agujero en medio del techo por donde salía el humo.

Tuvo que atar al pobre *Starke* afuera porque era demasiado alto y no pasaba por la puerta del otro refugio que había al lado y que servía de establo, pero Brice se aseguró de que tuviera algo para comer y mucha agua.

—Estarás bien, muchacho, y por lo menos no parece que vaya a llover —le susurró Brice al gran semental, que como respuesta se limitó a bufar.

El propio Brice tuvo que agacharse para entrar en la habitación principal de la posada. Nada más entrar se vio inmerso en una nube de humo de turba.

Recordó un poco tarde que lo que debía hacer era sentarse enseguida en un taburete bajo, que por otra parte, era el único mobiliario que había en la sala. El «tufó», como los escoceses llamaban a aquella humareda, solía ir en aumento, por lo que solo se podía respirar en la zona más próxima al suelo.

—Buenas... Vamos, señor, siéntese. ¿Qué desea tomar? —dijo el posadero en gaélico.

El dueño de la posada fue más simpático que el resto y le indicó uno de los taburetes vacíos. Brice se agachó hasta sentarse, mientras la mujer del posadero no le hacía caso y continuaba removiendo el contenido de un enorme caldero que colgaba del centro por una gruesa cadena de hierro sujeta en las vigas del techo. Cuando estaba recorriendo la larga cadena con la vista, Brice vio varias gallinas que caminaban sobre los travesaños y agachó instintivamente la cabeza.

—Agradecería algo de caldo —le respondió sin estar seguro de que eso era lo que contenía el caldero.

—Sí, enseguida estará listo, y tenemos pan de avena para acompañarlo.

Mientras esperaban a que le sirvieran el caldo, el posadero se sentó junto a Brice, le ofreció una copa de whisky y luego él mismo se sirvió otra. Brice estaba seguro de que tendría que pagar las dos, pero le dio igual. Al menos el hombre no parecía reacio a hablar con él.

—A su salud, señor.

—Gracias. Y a la suya —respondió Brice educadamente.

El hombre era más abierto que la mayoría y miraba a Brice con la cabeza ladeada.

—Parece como si acabara de llegar, joven —le dijo como compadeciéndose del recién llegado—. No se espere una bienvenida muy amistosa por aquí si tiene algo que ver con los malditos casacas rojas —siguió diciendo en gaélico, y escupió al suelo para enfatizar sus palabras haciendo que su mujer murmurase por lo bajo algo acerca de su peligrosa conducta—. Bueno, nosotros no olvidamos a quien nos lo ha hecho pasar mal.

Brice se apresuró a decirle a aquel hombre que él no tenía nada que ver con el ejército inglés.

—Mi padre luchó en Culloden —le confió en voz baja, por si acaso había de verdad espías sajones alrededor—. ¿Puede ponerme al día? He estado en el

extranjero, y es difícil distinguir los hechos reales de las exageraciones de la gente.

El posadero asintió con la cabeza, quizá influido por la sinceridad de la voz y la mirada de Brice. Aceptó la invitación de compartir la comida y más whisky con él y en cuanto aquella estuvo servida le hizo cambiarse a un sitio más alejado del humo de turba.

—Bueno —dijo el hombre—, pues todos los sospechosos de ser jacobitas sufrieron terriblemente —siguió diciendo a la vez que meneaba la cabeza con tristeza—. Los casacas rojas trataban a todo el mundo igual, incluso a los niños. Se llevaron todo lo que teníamos y más. Sin compasión. Aquello fue un ultraje.

El hombre siguió entreteniéndolo durante la comida con varias historias terribles, y Brice lo creyó. Killian le había contado que el ataque del duque de Cumberland supuso una humillación total para la población. La amenaza a la Corona tenía que resolverse de una vez por todas destrozando al país y a sus gentes. A Brice le pareció que, aparte de esa curiosa chispa de resistencia que se veía en la gente, aquel hombre tan odiado lo había logrado de sobra.

No pudo evitar preguntarse qué es lo que se encontraría en Rosyth. Si bien no habían saqueado la propiedad porque no pudieron probar su relación con los jacobitas, se preguntaba si la gente de la hacienda estaría tan desanimada como la que se había encontrado hasta el momento. Esperaba que no fuera así por él y por ellos. Porque eso haría su trabajo mucho más difícil.

Capítulo 4

—¿Qué es eso que he oído de que atacaste al señor Seton con una escoba, querida hermana?

La pregunta y la risita consiguiente casi hicieron que Marsaili no viera el escalón y, para no perder el equilibrio, tuvo que alargar la mano hasta la gruesa pared de piedra del hueco de la escalera. Subía hacia el cuarto de Ailsa para la sesión de costura de la tarde y no había oído que nadie viniera tras ella.

—Kirsty, ¡qué susto me has dado! Y ya sabes que no debes llamarme hermana.

—Por supuesto que sí. Es así, y todo el mundo lo sabe —dijo Kirsty sonriendo y sin mostrar arrepentimiento.

Marsaili no contestó. A Kirsty no le faltaba algo de razón, pero solo eran medio hermanas y la verdad era que ella no podía reclamar aquel parentesco. El padre de Kirsty, Farquhar Kinross, había seducido a Janet Buchanan, la doncella de su esposa, y Marsaili fue el resultado de aquella relación. Sin embargo, no lo descubrió hasta que su madre murió cuando ella tenía catorce años. Habían tenido a Janet sentada durante tres domingos seguidos en el taburete de arrepentimiento de la iglesia presbiteriana, pero siempre se negó a revelar el nombre del padre de su hija.

Para entonces también hacía mucho que Farquhar se había muerto; no obstante, el pastor presbiteriano local informó a la viuda, Ailsa. Por lo visto, le juró que Farquhar había admitido ser el padre justo antes de partir hacia el que sería su último viaje al extranjero, y le dijo que incluso había firmado un documento a tal efecto.

—Quería asegurarse de que, si la criatura era un niño, fuera aceptado por el mismo terrateniente —explicó el pastor.

A Marsaili le habían dado a entender que su padre estaba obsesionado con engendrar un hijo varón. Por eso creía que había sido mejor que no volviera de su viaje, pues así nunca supo que tenía otra hija.

También tenía otra hermana, Flora, que se pasaba la mayor parte del tiempo cuidando a Ailsa, y además se enteró de que había habido una tercera que murió: Mairie, la más pequeña.

Marsaili negó con la cabeza mirando a Kirsty.

—Tal vez lo sepan, pero también son conscientes de que soy hija natural. Y seamos o no familia, tú estás tan indefensa como yo ante Seton, así que no le des más preocupaciones a tu madre contándole el incidente de la escoba. Si él quiere presentarle alguna queja, de acuerdo, pero tengo la sensación de que preferirá ocultar el altercado.

Kirsty frunció el ceño.

—Muy bien, pero prométeme que acudirás a mí si intenta pasarse de la raya. Me

han contado lo que intentaba hacer con *Liath* y no tiene ningún derecho a ello. Debe creerse que es él quien manda aquí, pero hasta él tiene que obedecer las órdenes de mi madre. Estoy bastante segura de que yo podría convencerla de que lo despidiera si fuera necesario.

Marsaili no estaba convencida, pero aun así asintió con la cabeza. Cuando las dos entraron en lo que hacía de alcoba y sala de estar de la torre norte que ocupaban las señoritas Kinross, a Marsaili le chocó una vez más la amabilidad y la paciencia con que la trataba Ailsa. No solo había aceptado la infidelidad de su esposo con ecuanimidad, sino que se había encargado de Marsaili cuando se quedó huérfana, la había alimentado y vestido, asegurándose de que recibía la misma educación que sus hijas. Hubiera hecho más si Marsaili se lo hubiera permitido, pero esta sentía que ser tratada como otra hija era excesivo. Aunque Ailsa tenía buenas intenciones, le parecía como si estuviera dándole una caridad, y eso era algo que ella nunca aceptaría.

—Preferiría que me diera un puesto de algo, si es posible, así podría trabajar por mi manutención —le dijo a Ailsa. Y así fue como se convirtió en ama de llaves, la responsable de la administración cotidiana de la hacienda. A las dos les convenía, ya que Ailsa jamás se preocupaba de esas cuestiones y ninguna de sus hijas quería encargarse tampoco de esas tareas. Flora estaba demasiado ocupada cuidando de su madre y Kirsty esperaba casarse, aunque todavía no se había anunciado el compromiso.

—Ah, ya habéis llegado, muchachas. Entrad, entrad. Acabábamos de empezar — Ailsa estaba sentada en una mesa camilla cerca de la ventana junto a Flora, trabajando en un enorme edredón que estaba extendido entre las dos y que estaba formado por docenas de cuadraditos de tela, restos de otras labores o retazos de ropas viejas. Como no disponían de dinero para comprar más metros de seda, tenían que apañárselas para hacerlo con lo que encontraban.

A los ojos de Marsaili, esto no le restaba belleza al edredón, que era toda una obra de arte. En ese momento, las señoritas se encontraban en el proceso de adornarlo; más aún, añadían bordados en algunos cuadros. Habían elegido un tema de flores porque eso les permitía trabajarlas individualmente, aunque procuraban darles un aspecto uniforme.

Marsaili y Kirsty se sentaron en sus sitios y tomaron cada una del edredón un lado para continuar cosiendo los motivos en los que habían estado trabajando los días anteriores. Marsaili estaba haciendo una ramita de brezo, cuyos tonos en morado y lila resaltaban contra el cuadrado de tela de color crema que ella había elegido para bordar. Kirsty acababa de empezar una rosa, cuyo intenso color amarillo daba otro toque de color a ese lado del edredón.

—¿Cómo se encuentra, señora? —le preguntó cortésmente Marsaili a la anciana. Ailsa le había pedido que la llamara por su nombre, pero por alguna razón no se sentía cómoda al hacerlo.

—Estoy muy bien, gracias, querida. Hace un día tan bonito, y soleado... ¿Cómo

no va a tener una la moral alta?

—Es cierto —dijo Marsaili sonriendo, aunque pensó que de hecho a Ailsa le sentaría maravillosamente bien salir fuera y disfrutar del sol y el aire fresco, más que estar enjaulada en su torre. A diferencia de Seton, Marsaili no creía que Ailsa «estuviera en las nubes», como había dicho, pero era frágil y nerviosa. Menuda como un pájaro, parecía como si fuera a salir volando cuando soplaba un viento fuerte. Su rostro era extraordinariamente terso para una mujer de su edad, y el cabello de un tono rubio ceniza mezclado con mechones grises la favorecía, aunque si hiciera ejercicio sus mejillas estarían sonrosadas. Marsaili creía que con un poco de color Ailsa tendría mejor aspecto, pero ella no quería bajar ni siquiera durante las comidas.

—¿Cómo está tu bonito galgo? Antes me ha parecido que le oía ladrar.

La observación de Ailsa parecía inofensiva, pero a veces Marsaili se preguntaba si la señora no sabía más de lo que aparentaba sobre lo ocurría en Rosyth. Sin embargo, su ojos azul claro no reflejaron nada, así que Marsaili le contestó con la mentira que le pareció más oportuna:

—Muy bien, gracias. Probablemente estaba respondiendo a los ladridos de los otros perros. Ya sabe cómo les gusta armar jaleo.

Ailsa sonrió.

—Sí, claro. ¿Y te ha servido para disuadir a ese pretendiente del que me hablaste?

Para obtener su consentimiento de dejar que *Liath* estuviera con ella todo el tiempo, Marsaili había urdido una historia sobre un mozo de cuerdas enamorado de ella que la acosaba. Ailsa había estado conforme y le había dado su permiso.

—Por ahora sí, gracias. *Liath* es un perro guardián estupendo.

Ailsa asintió.

—Bueno, me alegro —luego, como si su mente revoloteara de una cosa a otra, cambió de tema y empezó a hablar sobre un chismorre que le había contado Flora.

Marsaili dio un suspiro de alivio. En muchas ocasiones había sentido que Ailsa temía a Seton y, después de todas las amabilidades que la señora tenía con ella, lo último que deseaba era empujarla a una confrontación con él.

Mientras clavaba la aguja en la tela con injustificada agresividad, se juró que se encargaría de él. Aunque todavía no sabía cómo.

—Le deseo que tenga buen tiempo —le voceó el posadero en gaélico a Brice cuando a la mañana siguiente este dejó la posada algo soñoliento. A pesar de que el colchón de brezo en el que había dormido era bastante cómodo, aquella pequeña posada no ofrecía mucha intimidad, y alguien había estado roncando buena parte de la noche impidiéndole dormir.

—Gracias —sabía que esa extraña despedida era una herencia de otros tiempos, cuando la seguridad de un hombre que viajaba por las Tierras Altas dependía del tiempo, y sonrió al escucharla.

Pronto se encontró cabalgando por el camino militar que el general inglés Wade ordenó construir en la década de 1730. Tenía casi cinco metros de anchura, era mucho mejor que la mayoría de los caminos de todo el Consejo de Highland y estaba bien pavimentado con piedras y gravilla. El camino conducía al noroeste, hacia Glenalmond, y desde allí discurría por los acantilados que bordeaban las Tierras Altas. Las laderas cubiertas de brezo, más escarpadas que cualesquiera por las que hubiera pasado el día anterior, ofrecían una hermosa vista.

Aspiró el fresco aroma del rico manto de flores malvas, lilas y moradas que se extendía ante él. Las cimas de las montañas eran rocosas, y durante buena parte del año permanecían nevadas, pero ahora se veían oscuras e imponentes.

En el valle, el río Almond avanzaba hacia lo lejos como si fuera una larga y brillante serpiente. En un punto determinado, una preciosa cascada unía sus aguas a las del río, y Brice se detuvo a contemplarla. Caía un sol de justicia, pero las ráfagas de viento que se movían a su alrededor le refrescaban. Era un día sencillamente espléndido.

—¿Tienes sed, *Starke*? —le preguntó al caballo conduciéndolo hasta el borde de un riachuelo de aguas rápidas donde ambos calmaron su sed.

En cuanto llegó a la larga cañada, Brice no continuó en dirección norte hacia Aberfeldy, sino que tomó un sendero ancho, aunque abrupto, que había construido su abuelo Kenelm. El anciano había vivido muchos años, y como quería viajar cómodamente se había encargado de que el trayecto a Rosyth pudiera hacerse en carruaje.

—¿Mejor para nosotros, eh? —Brice le dio unas palmadas en el cuello al caballo y, como respuesta, obtuvo su habitual resoplido—. Eres demasiado grande y pesado para los caminos de las Tierras Altas —pensó que quizá no debería haberse llevado al caballo, pero odiaba la idea de dejarlo nada más regresar de su viaje a China.

Brice conservaba unos recuerdos entrañables de Rosyth y ahora que estaba más cerca comenzó a sentirse emocionado. ¿Tendría el mismo aspecto? ¿Cómo se sentiría allí ahora que era mayor? Obtuvo la respuesta cuando rodeó la última colina y vio el valle —uno de los característicos valles anchos y profundos de la zona—, que rodeaba el pequeño lago de Rosyth. El gran edificio de la casa permanecía intacto. Sin embargo, incluso a distancia era evidente el estado descuidado y ruinoso en el que se encontraba.

La casa estaba situada a la derecha del lago, dominando una península que sobresalía como si apuntara hacia una pequeña isla situada en medio del agua. Se parecía más a una fortaleza con muchas torres que a una mansión. Construida con aquella piedra gris procedente de las colinas próximas, parecía inhóspita, pero Brice sabía que su interior era cómodo y acogedor. «Por lo menos, solía serlo, pero quizá las cosas hayan cambiado», pensó.

Ese día la superficie del lago apenas se movía, y reflejaba totalmente el cielo de verano y de las colinas que lo rodeaban. Brice experimentó un inesperado sentimiento

de orgullo mientras contemplaba sus nuevos dominios. Hasta donde alcanzaba su vista eran tierras de Rosyth y ahora le pertenecían.

—Me cuesta bastante hacerme a la idea, *Starke* —musitó. Le parecía increíble.

Se aproximó descendiendo por un camino de tierra de casi un kilómetro de largo, que estaba flanqueado por las veinte cabañas que aproximadamente constituían la aldea de Rosyth. Siempre habían estado mal construidas, pero Brice no recordaba haberlas visto nunca en ese estado tan lamentable. Eran una versión en pequeño de la posada en la que había pernoctado, estaban hechas de madera, hierba y piedra, y sus tejados de hierba o brezo. Desde lejos se confundirían con el paisaje de no ser porque de sus chimeneas salían pequeñas volutas de humo.

Parecía como si la mayoría hubieran sido parcheadas y remendadas lo mejor que sus dueños habían podido, aunque algunas tenían unos agujeros enormes. Estaban dispuestas de manera desordenada, y las zonas que hacían de huerto eran todas de diferente tamaño y estaban separadas entre sí por muros de piedra seca. Brice comprobó que la mayoría cultivaba berzas y otras hortalizas, pero no parecía que hubiera suficientes para una sola persona, y mucho menos para alimentar a una familia de diez miembros o más, que eran las que solían ocupar la mayoría de las cabañas. De pequeño había pasado en ellas el tiempo suficiente como para saber lo hacinados que llegaban a vivir.

Al pasar vio a algunas mujeres y hombres sentados ante las puertas de las cabañas. Tenían el rostro arrugado y oscuro, con la piel como la de los arenques ahumados y la vista borrosa, si es que veían. Sabía que eso se debía a que llevaban muchos años viviendo junto al fuego de turba. Lo observaron impasibles, aunque pudo captar alguna mirada temerosa. Los niños jugaban en el polvo del camino, pero hasta ellos parecían deprimidos. Lo único que despertó su interés fue un grupo de chicas que cargaban aperos de labranza. Eran bonitas, dentro de su tosquedad, pero estaban sucias, vestían pobremente y llevaban los pies descalzos.

—Buenas tardes —dijo Brice con una inclinación de cabeza para corresponder a sus miradas de reojo, lo que las hizo meterse en la cabaña más cercana entre risitas y sin devolverle el saludo.

La puerta de todas las cabañas estaba flanqueada por una pila de hierba a un lado y por un muladar al otro. El mal olor de este último hizo que Brice contuviera la respiración al pasar. Eran pocas las cabañas que tenían en la parte de atrás un cobertizo para guardar alguna vaca o cabra, porque la mayoría tenían el establo dentro de uno de los extremos de la casa, separado de las estancias que ocupaban sus moradores por una pared de zarzo, hecha a base de varas, cañas y mimbres. Había también una estufa para secar cereales y unos cuantos graneros donde probablemente se guardaba el grano de la comunidad y se almacenaba el heno. También esto se encontraba en un lamentable estado.

Brice movió la cabeza negativamente.

—Esto no es como yo lo recordaba —masculló, al tiempo que *Starke* evitaba a un

perro que parecía que llevaba años sin comer.

Cerca de la casa principal había un par de viviendas un poco más grandes y sólidas, ambas construidas totalmente en piedra, menos el techo. Se veía claramente que una era la herrería, pues de ella salía el ruido rítmico del martilleo sobre el metal que llegaba hasta el camino; también se diferenciaba porque su tejado era de pizarra en lugar de paja, lo que reducía el riesgo de incendio. La otra, según Brice recordaba, siempre había pertenecido al administrador de la finca. Era de suponer que siguiera siendo así, lo que significaba que allí vivía Colin Seton. Eso le hizo preguntarse cómo sería el hombre con el que tendría que tratar. Con un poco de suerte lo descubriría enseguida.

Al entrar en el patio de Rosyth House, desmontó y miró alrededor en busca de alguien que se hiciera cargo del caballo. A pesar de que había varios muchachos holgazaneando en una esquina, ninguno de ellos dio un paso hacia él y ni siquiera lo saludaron. Un hombre moreno de mediana edad fue el único que le lanzó más de una mirada hasta que finalmente se dirigió a él sin prisa, dando pasos lentos y renuentes.

—Buenos días tenga usted —le dijo a regañadientes, como si realmente no quisiera pronunciar esas palabras. Tampoco había ninguna señal de bienvenida en sus oscuros ojos castaños.

Brice asintió con la cabeza.

—Buenas tardes. Me llamo Aaron. Viajo hacia el norte y me preguntaba si ustedes podrían ofrecerme una cama donde pasar la noche. Las posadas que hay por aquí no son precisamente muy cómodas, según he podido comprobar esta noche —dijo atenuando aquella crítica con una sonrisa para no resultar ofensivo, pero el hombre moreno no se la devolvió o no se dio por enterado del comentario. Brice añadió—: Como mi padre conoce a la familia Kinross me dijo que me detuviera aquí.

—Informaré al ama de llaves —se limitó a responder el hombre—. El señor no está en casa y la señora se encuentra enferma —luego se volvió hacia uno de los jóvenes que holgazaneaban y gritó en gaélico—: Ewan, llévate el caballo del señor. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Un muchacho huraño se acercó y se llevó a *Starke* sin mucho entusiasmo. Brice decidió que más tarde iría él mismo a comprobar cómo estaba el animal, pero de momento siguió a aquel hombre taciturno hasta el interior de la casa.

Unas escalinatas exteriores conducían a la puerta principal, que daba paso al gran salón situado en la planta baja. Brice había pasado más de una tarde allí jugando con sus hermanos y sus primos, y le gustó que le hicieran pasar allí primero. Lo recordaba como un lugar inmenso, pero agradable y acogedor. Evidentemente, ese no era ahora el caso.

La enorme chimenea situada en medio de una de las paredes tenía telarañas que colgaban de las esquinas y un montón de ceniza apilada en el hogar. Todas las cortinas estaban descoloridas, habían perdido sus vivos colores y se veían apagadas, por no mencionar su suciedad, así como la de todos los cojines y el mobiliario, que

presentaban el mismo lamentable estado. Sobre el suelo de losas de piedra se veían dispersas unas cuantas alfombras, pero ni de lejos se acercaban a las que Brice recordaba, y la mayoría estaban tan raídas que necesitaban ser cambiadas.

Frunció el ceño. Su padre tenía razón: nadie se cuidaba de Rosyth.

—Si espera aquí, enviaré a alguien a buscarle —dijo el hombre indicándole una de las sillas de la chimenea.

—Gracias, señor...

—Seton.

—Señor Seton, gracias por su amabilidad.

Un brusco asentimiento de cabeza fue la única respuesta que Brice recibió mientras Seton daba media vuelta y se marchaba.

Brice se sentó.

—Bueno, esto se va a poner interesante...

Marsaili detestaba con toda su alma los días de colada. No porque el trabajo fuera duro y mortalmente aburrido, sino porque la mayoría de los varones que vivían en Rosyth House siempre encontraban algún pretexto para ir a mirarlas.

No era tonta y sabía por qué. Ella y las otras muchachas eran sin duda un atractivo espectáculo mientras lavaban dentro de las tinas, de pie con las faldas remangadas hasta las rodillas y las piernas al descubierto pisoteando la ropa para frotarla. Y ello sin mencionar que el vapor del agua caliente hacía que algunas de sus prendas se les pegaran al cuerpo y que ciertas partes de su anatomía se movieran con aquel rítmico caminar sobre la ropa. Era increíble que los ojos de los hombres no tuvieran antenas como los de algunos insectos, pensaba Marsaili molesta.

Ahora se encontraba en la parte de atrás del patio de Rosyth House bregando con dos pesados cubos de agua caliente para echarlos sobre otro montón de ropa blanca sucia. Los músculos de los brazos y de la espalda los tenía tirantes por el esfuerzo que hacía para no derramar el agua. Hacía un calor bochornoso, y ni siquiera la suave brisa conseguía calmarle el escozor de los nudillos que tenía en carne viva. Trató de olvidar el dolor. Faltaba mucho para terminar la colada y era normal que tuviera las manos así. Estaba acostumbrada. Desde que Seton le dijo que no había dinero para pagar a más criados, a Marsaili no le había quedado otro remedio que ponerse a ayudar.

En la parte trasera de las torres de gruesos muros de Rosyth House se habían añadido edificios más bajos para destinarlos a establos y distintos almacenes. La colada no se hacía en el interior, sino cerca de la orilla del lago, ya que era más práctico para el aclarado. Seis muchachas jóvenes, incluida Marsaili, compartían tres grandes tinas y cantaban mientras trabajaban. Marsaili se dirigió a la tina que tenía más cerca para echar agua caliente, haciendo que el vapor encrespase su pelo rubio oscuro más de lo que ya solía tenerlo.

—Bueno, no hay duda de que la vista es bonita.

Marsaili se volvió demasiado rápidamente y juró para sus adentros, cuando parte del agua de los cubos se derramó. Miró enfurecida a Seton, pero no quiso darle el gusto de responderle. Sus atenciones eran cada día más descaradas y sus susurros más mordaces, pero ella sabía que mientras consiguiera estar fuera de su alcance por la noche, él no podría hacerle ningún daño. Solo deseaba que se cansara de ese juego y que encontrara a otra a quien acosar, aunque eso no parecía probable.

Puso los cubos sobre el suelo y se quedó mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Quería usted algo, señor Seton?

—Ah, sí —contestó él despacio, mirando hasta el último rincón de su cuerpo desaliñado, y lo hizo de una manera tan desconcertante que le puso la piel de gallina. Marsaili reprimió un escalofrío y dio gracias por haberse bajado las faldas en ese momento.

—Estoy haciendo la colada —le dijo—, así que si no le importa vaya al grano. No puedo quedarme aquí quieta todo el día. El agua se está enfriando.

Él apretó los labios.

—Engreída —le dijo, y luego añadió—: Tenemos un visitante. Un tal señor Aaron. Tienes que buscarle un sitio donde dormir y prepararle algo de comer. Aunque espero que algo sencillo, ya sabes lo que quiero decir. Recuerda mis palabras la última vez que alguien se detuvo aquí.

Marsaili frunció el ceño.

—¿Otro sajón que viene a controlarnos? —le preguntó ella—. ¿Todavía no tienen suficiente? Ya les ha enseñado usted bastante esas cartas del señor de Suecia.

Seton se encogió de hombros.

—Lo más probable es que lo sea. Pero deberíamos mostrarle enseguida el tipo de hospitalidad que somos capaces de ofrecer. No queremos que la gente como él se quede por aquí más tiempo del necesario.

—Muy bien, me ocuparé de eso enseguida. ¿Lo llevará al salón principal?

—Ya está allí. Está esperando.

—De acuerdo —le dio la espalda a Seton y siguió hacia el lago—. Lo siento pero tengo que dejaros con esto un momento —les dijo a las otras mujeres que estaban trabajando—. Parece que tenemos visita. Volveré en cuanto pueda.

Regresó corriendo hacia la casa y entró en la cocina. Era grande, con el suelo de ladrillo, e incluso, era más caliente que el vapor que salía de las tinas. Los calderos de agua que se estaban calentando para la lavandería formaban una línea interminable y la cocinera Greine Murray se veía sofocada y agotada.

—Acabas de estar aquí. A esto le falta todavía un ratito para hervir —le dijo Greine en gaélico.

—Lo sé, no he venido a por más agua. Al parecer, tenemos un visitante. ¿Queda alguno de esos panes de cebada?

Greine asintió mirando hacia la despensa.

—Sí, debe de haber alguno ahí dentro. Y también el vino que está avinagrado — la cocinera sonrió con ironía y siguió diciendo en gaélico—: ¿Otro visitante sajón, eh? No te preocupes, iré a buscarlos y prepararé una bandeja mientras tú vas a saludar al huésped.

Marsaili le devolvió la sonrisa.

—Gracias. Cuanto antes se vaya mejor. Pero no saques el vino, dale solo cerveza rebajada con agua.

Capítulo 5

Después de ordenar que prepararan una alcoba pequeña para el huésped, Marsaili se dirigió hacia el salón. No es que se diera prisa precisamente, porque, aunque sabía que era de mala educación dejar esperando a un huésped, eso formaba parte de las instrucciones que Seton le había dado hacía tiempo.

—Seguro que cualquier extraño que aparece de repente es un casaca roja disfrazado para acusarnos de ser jacobitas rabiosos —le había dicho—. No se merecen ninguna consideración ni hospitalidad. Confiemos en que noten la indirecta y no vuelvan.

Marsaili consideraba que Seton estaba siendo excesivamente cauteloso, incluso que rayaba en lo paranoico, pero se guardó su opinión. Culloden y sus secuelas habían quedado atrás, y ella dudaba de que los ingleses tuvieran ya algún interés en Rosyth House. De todas formas, apenas había comida para alimentar a los habitantes de la casa, y mucho menos para otros, así que cuantos menos huéspedes volvieran, mejor.

Entró en el gran salón sin llamar a la puerta y se acercó hasta las dos sillas de respaldo alto que se encontraban frente al hogar de la enorme chimenea. Del visitante solo podía ver un par de piernas musculosas embutidas en unos pantalones de montar sucios por el viaje y unas botas cubiertas de polvo. Iba a abrir la boca para anunciarse, pero no pudo hacerlo porque el visitante se dio la vuelta y habló primero con un inglés claro, sin ningún acento, que revelaba que se trataba de un sajón de la peor calaña, un aristócrata.

—Oh, pensaba que se habían olvidado de mí —dijo—. ¿Qué ha pasado con la famosa hospitalidad de Highland, de la que tanto he oído hablar? Aquí un hombre puede morir de sed.

Marsaili se dio cuenta de que la había tomado por una criada, pero no le extrañaba porque todavía iba con la ropa vieja que usaba los días de colada. Se enderezó y buscó las palabras adecuadas:

—Soy el ama de llaves y le pido disculpas por tenerlo esperando. Me entretuve, tenía la impresión de que ya lo habían atendido.

—No me han ofrecido ni una gota de agua —dijo levantándose y ladeando la cabeza en una expresión de crítica—. ¿Usted es el ama de llaves? Si no le molesta que se lo diga, me parece demasiado joven —mientras hablaba, su mirada penetrante la recorrió de pies a cabeza, y frunció el ceño.

Marsaili sintió que le ardían las mejillas. Los hombres se quedaban mirándola desde que era una adolescente, y odiaba eso. Le hacía sentirse verdaderamente incómoda. Aunque sabía que debería agradarle que la consideraran atractiva y

deseable, solo conseguían que se sintiera molesta. Este hombre también parecía estar examinándola, aunque no parecía impresionado por lo que veía. Al contrario, siguió frunciendo el ceño, como si hubiera descubierto que le faltaba algo, y eso la desconcertó. No era la reacción que solía provocar. De todas formas, sabía que no podía hacer otra cosa salvo fulminarlo con la mirada. Él volvió a mirarla de nuevo con unos ojos increíblemente azules.

Confundida, pero decidida a mantenerse firme, lo miró de la misma manera que él la estaba mirando a ella. Por desgracia, no encontró nada que criticar porque era el hombre más atractivo que había conocido. No era de una belleza convencional, pero sí increíblemente apuesto. De primera impresión parecía una estatua de oro, porque su piel estaba muy bronceada y tenía unos cabellos tan rubios que casi eran blancos. Algunos mechones que le caían completamente en línea recta desde la raya central, acariciaban sus pómulos y rozaban con las puntas su mandíbula cuadrada, que cubría una barba dorada de una semana por lo menos. El resto del pelo lo llevaba atado en una coleta desordenada que le colgaba por debajo de los omoplatos. La nariz marcada, recta, afilada y respingona; una boca generosa y firme, y la barbilla de alguien resuelto, añadían carácter y conformaban un rostro cautivador.

Marsaili bajó la mirada para abarcar aquellos anchos hombros que solo llevaban encima una camisa de lino arremangada, que dejaba ver unos musculosos brazos tostados por el sol. Como no llevaba ni chaleco ni lazo en el cuello y se había desabrochado la camisa por arriba, pudo ver que su pecho estaba igualmente bronceado. Era una visión perturbadora.

—¿Tengo que pasar revista? —le preguntó él en tono sarcástico—. Porque, en ese caso, ¿podría tomar ese trago ahora?

Las palabras del hombre sacaron a Marsaili de sus pensamientos y desvió la mirada.

—No entiendo qué quiere decir, señor —masculló ruborizándose de nuevo. No podía creer que acabara de hacer lo mismo que solían hacerle a ella. Ahora sí que había sido grosera, y justamente con el único hombre que parecía no sentirse atraído por ella.

Respiró profundamente, y se estaba preguntando si debía disculparse, cuando vio a *Liath* por el rabillo del ojo. El perro estaba recostado al otro lado de la silla que había ocupado el hombre, y parecía a gusto con aquel forastero. De hecho, la lengua le caía de la boca con un gesto absurdamente feliz. Marsaili lanzó un grito y miró alrededor para asegurarse de que nadie lo había visto, en particular Seton.

—¡*Liath*! —exclamó—. Ya sabes que no puedes estar aquí. Vete a la cocina ahora mismo —le ordenó señalando con el dedo hacia la puerta, y aunque el perro se sentó al oír su nombre, no se movió. Marsaili parpadeó. *Liath* nunca había desobedecido ni una sola orden suya desde que era un cachorro.

—Vamos, déjelo aquí —dijo el hombre—. Me estaba haciendo compañía y me ha dado la bienvenida —continuó, inclinándose para acariciando detrás de las orejas, lo

que le valió una especie de sonrisa ladeada del galgo—. Así que tú eres *Liath*, ¿eh? Encantado de conocerte —y luego mirando a Marsaili, siguió diciendo—: ¿Y podría saber el nombre de usted?

Marsaili apretó los dientes y se tragó la rabia. Cuanto antes sirviera a ese hombre, antes podría escaparse de su presencia.

—Marsaili Buchanan. Si no le importa esperar un poquito más, le traeré algo de comer y le enseñaré su habitación.

—Gracias. Por supuesto, no hace falta que se dé prisa por mí.

Una vez más aquel sarcasmo hizo que Marsaili sintiera ganas de pegarle, pero sabía que él tenía razón y que no le habían tratado como era debido, así que se conformó con salir hacia la cocina con pasos resueltos.

Brice se sorprendió gratamente de que solo tuviera que esperar unos minutos hasta que la mujer regresó con una bandeja. Pero no le agradó tanto lo que había en ella; una especie de panecillos de aspecto rancio. Por lo menos iban acompañados de una gran jarra de cerveza, aunque tras beber varios sorbos se dio cuenta de que estaba increíblemente aguada. Disimuló un gesto de desagrado. De no ser porque cabalgar por los caminos polvorientos daba mucha sed, hubiera rechazado aquel brebaje.

—¡Humm, vaya agasajo! —exclamó para luego dar cuenta de aquella exigua comida sin ningún otro comentario. Quizá realmente en la casa no tenían nada más que ofrecerle. Hasta lo que había podido observar, allí no había signos de prosperidad alguna. De hecho, le parecía que la mayoría de aquella gente necesitaba una comida decente. Esto le hizo fruncir el ceño porque no estaba bien. Como su padre le había dicho, la finca de Rosyth debería ser próspera, a pesar de los recientes conflictos. Entonces, ¿por qué no lo era?

Echó un vistazo a la mujer. «Un nombre raro el de Marsaili», pensó, y se fijó en que se había quedado esperando junto a la puerta con un gesto de impaciencia. Quizá él la estaba distraendo de su trabajo, pero en ese caso ¿no podía delegar en alguien la tarea de mostrarle la habitación? Volvió a mirarla, aunque esta vez sin tanto descaro. Antes ya se había dado cuenta de que su rostro y su figura estaban proporcionados, aunque para ser mujer era alta; de hecho, era casi una belleza. Normalmente solía comparar a todas las mujeres con Elisabet, y se dio cuenta de que era lo que estaba haciendo ahora de manera automática.

Aparte de eso, su cabello, de tonos rojizos y dorados, estaba peinado en una trenza que descansaba sobre sus hombros y ella lo estaba mirando como si fuera un insecto repelente.

Nunca le habían gustado las pelirrojas, y había oído decir que tenían un carácter fuerte acorde con su color, algo de lo que podía prescindir. Una mujer debía ser sumisa y obediente —«Así fingía ser Elisabet, ¡desgraciada!»—, y no tener la lengua demasiado suelta ni mirar como esta lo hacía.

Se levantó y anunció:

—Estoy listo.

El ama de llaves asintió:

—Sígame, por favor.

Brice y el perro la siguieron. *Liath* iba en la retaguardia a pesar de que, una vez más, la mujer le había dicho que se fuera a la cocina.

—No sé qué le pasa —masculló ella—. Suele ser muy obediente.

Brice sonrió al perro cuando ella no lo miraba, y este le correspondió moviendo el rabo. De alguna manera sentía como si el animal estuviera tratando de compensarlo por la falta de hospitalidad, y lo estaba haciendo muy bien. «Mejor que cualquiera de los seres humanos de aquí», pensó Brice con pesar. Aunque quizá fuera porque normalmente no trataban bien a aquel galgo y por eso disfrutaba de la atención que le prestaba el recién llegado. A Brice le encantaban los perros y los animales de todo tipo, y obviamente *Liath* lo había percibido.

—Ya estamos, señor. Espero que aquí se sienta cómodo.

Brice entró en la habitación que Marsaili le indicaba, mientras ella se quedaba junto a la puerta reteniendo a *Liath* por el collar cuando intentó escabullirse y pasar delante de ella. Brice dio dos pasos y se detuvo, ya que no podía ir más allá sin golpearse en la estrecha cama que ocupaba casi todo el espacio. «Más que una alcoba es un armario ropero», pensó. Y estaba situada en la parte que él siempre había creído que era la zona destinada al servicio de la casa. Respiró hondo para contener su enfado al percibir en ello un desaire intencionado y dijo entre dientes un seco «Gracias».

Por lo menos la cama tenía sábanas frescas y una manta sin agujeros, y Brice localizó en un esquina sus alforjas de montar. Se volvió decidido a provocar al ama de llaves un poco más.

—Me gustaría darme un baño si no es mucho pedir, por favor. Los caminos para llegar aquí son insoportablemente polvorientos en esta época del año.

Marsaili, que estaba a punto de irse, se volvió con el ceño fruncido.

—Es día de colada. ¿Por qué no se mete en el lago como todo el mundo? El agua está bastante caliente.

Se alejó arrastrando al perro con ella, y Brice se quedó mirándola por detrás. ¿Qué está pasando aquí?, se preguntaba. «¿Vaya y métase en el lago?» También podía haberle dicho directamente que se fuera a la mierda, ya que obviamente era lo que todos estaban pensando.

Bueno, pues no iban a librarse de él tan fácilmente. Ahora estaba incluso más decidido que antes a descubrir qué pasaba con la que había sido una vez la próspera finca de su padre y con sus huraños moradores. Su propiedad.

—Veremos quién se da antes por vencido... —masculló—. Apuesto a que no seré yo.

Marsaili arrastró a *Liath*, que no se mostraba nada dispuesto a entrar en la cocina. El perro la miraba fijamente con sus grandes ojos, como si quisiera decirle que estaba siendo cruel por no dejar que se quedara con el forastero. De todas formas, aunque le hubiera permitido quedarse, no había sitio suficiente en aquella diminuta habitación para él y el señor Aaron. Además si Seton encontraba a *Liath* en algún sitio de la casa que no fuera la cocina, montaría en cólera.

Sintió una punzada de remordimiento y se preguntó si no estarían cometiendo un gran error al tratar a un posible espía del Gobierno con aquella patente falta de hospitalidad. ¿Qué pasaría si eso hacía que él se empeñara aún más en encontrar algún cargo contra ellos? Sin embargo, no era una decisión suya, y siempre dejaba ese tipo de decisiones en manos de Seton. Él era quien estaba a cargo de los asuntos de la propiedad, y si creía que esa era la mejor política, pues adelante. Era un problema de él, y tendría que lidiar con las consecuencias, aunque fueran malas.

Volvió al lavadero, pero sus pensamientos no la dejaban tranquila. La imagen de la tez dorada del señor Aaron la abrumaba, hasta que se sintió extrañamente inquieta. Había algo en él que no le sonaba a verdad, pero no acaba de saber qué era. A pesar de sus punzantes comentarios, había sido de trato fácil y ella debería estarle agradecida porque no le hubiera dedicado una de esas miradas lujuriosas que estaba acostumbrada a recibir. Pero, por alguna razón, no lo estaba. En lugar de eso se preguntaba si él no tendría algo raro.

¿Por qué, si no, prácticamente la había ignorado?

«¡A fe que estaba más interesado en *Liath* que en mí!» Eso le dio que pensar. «Bueno, quizá te has acostumbrado demasiado a llamar la atención de los hombres», se dijo a sí misma. No todo el mundo iba a ser como Seton, y sin duda habría alguno más capaz de resistirse a sus encantos.

Sacudió la cabeza. «Olvida a ese hombre. Mañana se habrá marchado y nunca más volverás a verlo».

¿Por qué de pronto esa idea la deprimía?

Brice no sabía si el ama de llaves esperaba que se quedara el resto de la tarde en la habitación, pero esa no era su intención. Se puso manos a la obra y decidió ir a echar un vistazo por ahí. Si quería descubrir lo que estaba pasando, era mejor empezar ahora, concluyó.

Miró por la ventana y se distrajo por un momento viendo a media docena de muchachas de pie en unas tinas llenas de ropa para lavar con las faldas recogidas casi hasta las caderas. Aunque estaban a cierta distancia, distinguió enseguida al ama de llaves, cuyas esbeltas piernas trabajaban con tanta dureza como las de las demás. Recordaba esa extraña manera de hacer la colada de sus visitas de niño, pero nunca se había dado cuenta del cuadro tan seductor que componían esas mujeres, especialmente ella.

Parpadeó y se dio la vuelta tratando de borrar esa imagen de la cabeza. Tenía cosas más importantes que hacer que mirar embobado a mujeres indecorosas.

En primer lugar, tenía que ir a ver cómo estaba *Starke*. Como conocía la casa, salió por la puerta de atrás para no ser visto. Cuando llegó a los establos, los encontró desiertos; aparte de su propio caballo, allí solo había dos más. Eran pequeños, de un tipo muy común en las Tierras Altas, unos ponis resistentes y fuertes. Brice recordó que normalmente se les llamaba «garrones». Él y sus hermanos y hermanas solían montarlos, y sabía que gracias a sus patas anchas eran muy seguros para viajar por rutas difíciles, aunque también los empleaban para arar. Pero para eso se necesitaban recuas de cuatro. Brice se preguntaba qué había pasado con el resto.

Como sospechaba, habían dejado a *Starke* en una caballeriza, finalmente atado a la pared con un simbólico puñado de heno para mascar y sin agua. Todavía estaba cubierto por la manta llena del sudor y la mugre del viaje, y era evidente que nadie le había secado. Brice juró por lo bajo y desató la cuerda.

—Lo siento, amigo —le susurró acariciando su sedoso hocico—. Debería haber insistido en ocuparme yo directamente de ti.

De repente se dio la vuelta para ir a buscar una rasqueta, más heno fresco y agua, y se encontró de frente con un niño que debía de haber estado espíándolo. Posiblemente tendría nueve o diez años, su pelo castaño estaba revuelto y tenía ojos oscuros, pecas en la nariz y unas piernas muy flacas llenas de cardenales y suciedad; parecía un auténtico golfillo. Cuando se dio cuenta de que lo había descubierto, abrió los ojos asustado. Antes de que tuviera tiempo de largarse, Brice lo agarró por detrás de la camisa.

—No tan rápido, jovencito —le dijo—. Necesito tus servicios.

El chico fue lo bastante inteligente como para no forcejear. En lugar de eso, bajó la mirada y trató de poner cara de arrepentimiento. Luego, con las palmas hacia arriba, le dijo en gaélico:

—Lo siento, pero no entiendo.

Brice sonrió y le contestó en el mismo idioma:

—¿Ah no? Es una pena. Me vendría bien una ayuda.

El niño parpadeó sorprendido.

—¿Habla gaélico? Pensaba que el señor Seton había dicho que usted era un... — se detuvo en seco al darse cuenta de que no debería haber mencionado ni al señor Seton ni sus teorías.

—¿Un qué?, ¿un sajón?

El chico negó con la cabeza y balbuceó algo parecido a «espía». Bruce soltó una risita.

—Puede que tenga razón, pero no de la manera que cree. Bueno, ¿vas a ayudarme o no? Mi caballo necesita que se ocupen de él y lo haría más rápido con tu ayuda. Ya ha esperado bastante el pobre animal —y sin aguardar a que el niño aceptara, atravesó los pesebres hasta el cuarto de las monturas, donde enseguida encontró los

utensilios que necesitaba. Cuando se dio la vuelta para regresar junto a Starke, se encontró tras él al niño mirándolo inseguro.

—Yo, mmm..., no debería. El señor Seton dijo que no tocáramos su caballo.

—Bueno, te diré una cosa: si usas esta rasqueta no tocarás al animal, sino que en realidad lo hará la rasqueta. ¿Qué te parece? —le dijo sonriendo, y le observó mientras una sonrisa se extendía por sus pequeñas facciones en cuanto entendió el subterfugio.

El golfillo asintió con la cabeza y no perdió más tiempo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Brice mientras trabajaban juntos amigablemente. Estaba claro que el niño había hecho antes ese trabajo, aunque dada su corta estatura tenía que poner boca abajo uno de los cubos de la comida y subirse a él para poder alcanzar un poco más de la mitad del costado del caballo.

—Archie.

—Encantado de conocerte, Archie. Soy Aaron, por ahora.

Sorprendido, Archie volvió a hablar gaélico para comprobar si había entendido bien a Brice.

—¿Solo ahora? —sus ojos marrones miraron perplejos a Brice, quien sonrió de nuevo y le guiñó un ojo.

—Soy un espía, ¿recuerdas? Nosotros no damos nuestros nombres verdaderos.

—Ah, claro —sonrió de nuevo con aire conspirador, aunque enseguida se puso serio—. ¿Pero le hablará al señor Seton de lo que he hecho? Lo de ayudarle a usted, quiero decir.

—No, pero a cambio tienes que prometerme que guardarás un secreto.

—Sí, lo que sea.

—No quiero que nadie sepa que hablo gaélico, por lo menos de momento, así que no se lo cuentes a nadie. ¿De acuerdo?

—Completamente. Lo juro sobre el filo de mi puñal —dijo el niño, y sacó de su bolsillo un pequeño cuchillo, que apenas podía llamarse puñal, y puso la mano sobre la hoja oxidada.

—Yo también —Brice colocó su mano junto a la de Archie en el borde del cuchillo. Sabía que, para alguien de las Tierras Altas, adquirir un compromiso sobre el puñal era el juramento más solemne que se podía hacer, y mucho más vinculante que ningún otro. Le pareció divertido que alguien tan joven recurriera a eso, pero no se le ocurrió reírse delante del niño. Para Archie aquello era algo serio, y Brice tenía la sensación de que iba a necesitar todos los aliados que pudiera encontrar en ese lugar, fuera cual fuera su edad y su tamaño.

El niño era un buen comienzo.

Capítulo 6

En el verano en que iba a cumplir diez años, Brice había sido iniciado en el secreto de la familia Kinross: las puertas y pasadizos secretos que se escondían entre los gruesos muros de Rosyth House. Una noche, mientras todos dormían, su padre lo había llevado a conocerlos y Brice recordaba aún la emoción que había sentido.

—Ya eres lo bastante mayor para que te confíe el secreto —le dijo Killian—, pero debes jurarme que no se lo dirás a nadie, a menos que sea necesario. Un día podría salvarte la vida a ti y a quienes viven aquí, cosa que no pasaría si todo el mundo lo supiera. ¿Me entiendes?

—Sí, padre.

—También se lo contaré a Jamie cuando sea mayor, pero a nadie más. Es un secreto reservado a para los varones herederos que llevan nuestro apellido, aunque cuando te cases puedes decírselo también a tu esposa.

Después de regresar a la casa sin ser visto, Brice decidió utilizar los pasadizos ocultos para intentar obtener más información. La suerte estaba con él, pues encontró —y además desierta— la vieja biblioteca de lord Rosyth, que estaba en la parte trasera de la casa. Al poner el dedo sobre un pequeño agujero situado en una esquina del zócalo de madera, se abrió una puerta secreta de la que salió una vaharada de aire rancio, pero se apresuró a entrar y a cerrar el panel tras él.

«Lo recuerdo todo exactamente», pensó, aunque nunca lo había dudado. Killian le había hecho memorizar hasta el mínimo detalle de cada puerta escondida y el plano de los túneles. Se habían pasado horas cruzando la casa de arriba abajo hasta que pudo hacerlo con los ojos cerrados. De manera que cuando llegaba la hora de irse a la cama caía rendido.

Fue avanzando por aquel estrecho espacio, que, ahora que era adulto, le pareció más pequeño. De vez en cuando se detenía a escuchar. Había pequeños agujeritos horadados en la pared que atravesaban los muros a intervalos para que entrara aire y, de paso, se pudiera escuchar a los enemigos. En la parte que discurría por los muros exteriores había unas rejas que proporcionaban iluminación; no mucha, pero suficiente para poder guiarse por los túneles sin utilizar antorchas si fuera necesario.

Caminaba en paralelo a un pasillo que iba desde el gran salón hasta las escaleras de la cocina, que estaban en la parte trasera de la casa, cuando oyó unas voces familiares.

—Marsaili, si no te es mucha molestia... —Colin Seton, pensó Brice. No era fácil equivocarse con ese tono rudo de hablar, aunque ahora estaba hablando gaélico en lugar de inglés.

—¿Sí?

—¿Le dijiste al sajón que se quedara en su habitación? No quiero que ande deambulando por ahí, buscando recuerdos de la familia o de alguna de esas cosas inútiles.

—Si lo ha hecho, ha estado perdiendo el tiempo. No le he dicho exactamente que se quede allí, pero la última vez que lo vi estaba sentado en su cama, así que supongo que estará echando una siesta antes de cenar.

—Nunca dé nada por supuesto de esos hijos de perra. Uno no puede fiarse de ellos.

La vehemencia de aquellas palabras sorprendió a Brice. Sabía que los ingleses no eran populares, pero aquello parecía algo personal.

—De verdad, no creo que este hombre suponga un peligro para ninguno de nosotros. Parece bastante inofensivo.

—No sabes nada de él. Bueno, sírvele la cena en su habitación. Estoy apañado si tengo que entretenerle toda la noche.

—Como desee.

El timbre de la voz de Seton cambió repentinamente y masculló:

—De hecho, preferiría pasar el tiempo contigo. Espero que hayas pensado en lo que te dije.

A Brice le pareció oír una pronunciada inspiración y supuso que Seton se estaba tomando libertades con el ama de llaves. Por alguna razón eso le molestó, aunque sabía que no era asunto suyo. Le sonó como si los dos se entendieran y ella estuviera totalmente dispuesta a ayudarlo a maltratar a sus invitados. Estaba claro que ambos estaban de acuerdo en eso. Puede que los dos conspiraran también en otras cosas. Brice sintió lástima por la mujer de él.

—Señor Seton... —protestó ella, manifestando quizá tardíamente su arrepentimiento.

—Llámame Colin cuando estemos a solas.

Brice percibió el tono de dominio en la voz del hombre y también le sonó como si disfrutara con ello. Era comprensible. Marsaili era un premio que merecía la pena ganarse, siempre que a uno le gustaran las mujeres altas como estatuas con piernas que se movían con elegancia y... Detuvo sus pensamientos en seco, no podía culpar a Seton por desear tener a esa mujer. Pero antes de que ninguno de los dos pudiera decir algo más, se acercaron unos pasos procedentes de la cocina de abajo y alguien gritó:

—¿Marsaili? ¿Estás ahí?

—Quieren que vayas.

—¡Voy!

Desapareció rápidamente dejando solo a Seton, que se marchó en otra dirección caminando más despacio. Brice se quedó un rato donde estaba, reflexionando sobre aquel intercambio de palabras. Era evidente que había una especie de conspiración en relación con los visitantes, pero no sabía qué esperaban ganar exactamente con ello.

—Muy interesante —musitó Brice. Las observaciones de Seton referentes a los ingleses le hicieron darse cuenta de que realmente tenía que andarse con cuidado. Aquel hombre era un peligro y posiblemente estaba trastornado en cierto sentido, por no decir que estaba lleno de odio.

Una combinación peligrosa.

Marsaili en persona llevó al señor Aaron una bandeja con una exigua cena. Consistía en un par de panecillos rancios y algo de caldo de cordero, junto con un vaso del vino avinagrado que Greine había mencionado antes. La sopa estaba muy aguada y apenas tenía carne, dentro, solo trozos de berza demasiado cocidos. Vio en su rostro la sorpresa y el enfado cuando contempló lo que le ofrecía, pero no pudo culparle. Obviamente era un caballero de ciertos recursos y tenía derecho a que se le tratara mejor.

Pero también era probable que fuera el enemigo.

—Siento servirle aquí —le dijo Marsaili—, pero la señora no se encuentra bien y no puede recibirle. Estoy segura de que usted no querría comer con los criados.

Al principio el señor Aaron no respondió, solo le echó una de sus miradas penetrantes que la hicieron sentirse como un gusano. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, pero se paró cuando de repente él le lanzó una pregunta:

—Deduzco que las cosechas no han sido muy buenas por aquí esos últimos años.

Marsaili lo miró con sorpresa, preguntándose por qué estaba hablando de las cosechas. Y de toda la gente de la casa, precisamente a ella.

—¿Las cosechas? No, según tengo entendido han sido buenas en los dos últimos años. Tuvimos un año de escasez en el 1851 pero desde entonces nos ha ido bien.

—Entiendo —dijo mirando la comida, por lo que ella enseguida comprendió lo que quería decirle. Le estaba preguntando por qué le servía una comida tan miserable si no había escasez. Sintió que sus mejillas se ruborizaban y se enfadó consigo misma por no haber caído en la cuenta.

—Debería hablar de esos asuntos con el señor Seton —le respondió con aspereza—. Esa es su parcela como administrador. Ahora, si no hay nada más que pueda hacer por usted, tengo deberes que atender.

Las comisuras de la boca de él comenzaron a estirarse mientras sus ojos azules brillaban risueños.

—No me había dado cuenta de que me estaba ofreciendo otra cosa que no fuera comida —comentó.

Marsaili estaba tan distraída con aquella sonrisa que al principio no prestó atención. Sentía que toda la fuerza de sus palabras la invadía. Por alguna razón desconocida le temblaron las rodillas y su corazón comenzó a latir deprisa, pero luego se dio cuenta de lo que le había dicho y lanzó un grito ahogado:

—¿Cómo se atreve? —farfulló—. Debe saber que soy una mujer respetable.

Él le dedicó una amplia sonrisa.

—Esas suelen ser las mejores.

Marsaili no sabía si estaba siendo deliberadamente provocativo o se estaba burlando de ella, porque seguía sonriendo. De cualquier manera, estaba decidida a no permitirle que la sacara de quicio. No sabía qué tenía ese hombre que la alteraba tanto, pero no iba a permitirle que le hiciera perder la compostura. Apretó los puños por debajo del delantal y se dirigió a la puerta. No pensaba responderle para quitar importancia al comentario de él. Con su silencio lo diría todo.

Mientras cerraba la puerta con un perceptible ruido seco, oyó sus risas, sonoras y graves, que le calaron en lo más hondo y le perturbaron más aún, pero trató de ignorar aquel sentimiento y bajó las escaleras. Que otra le sirviera el desayuno, ella ya había tenido bastante.

Antes de tomar la cuchara de cuerno de vaca para empezar a cenar, Brice se quedó mirando un momento hacia donde había estado la temperamental ama de llaves. Se había divertido tomándole el pelo y, aunque probablemente ella no era la única responsable del mal trato que estaba recibiendo, tampoco le estaba ayudando. «Se merecía que la escandalizara un poco», se dijo.

Cuando la vio por primera vez esa tarde estaba despeinada y con ropa de trabajo, seguramente porque estaba ayudando con la colada. Por la noche se había vestido con más esmero, con una falda y un corpiño que, aunque estaban raídos y no precisamente a la última moda, dejaban ver una figura perfecta y una piel impecable. Por no hablar de sus bonitos ojos verdes, perfilados por unas pestañas oscuras. Había que ser de piedra para no quedarse turbado ante ella, fuera o no pelirroja.

Ya no estaba interesado en encontrar esposa, pero eso no significaba que pensara vivir como un monje. Había pasado el suficiente tiempo junto a su hermano para saber que había un montón de mujeres dispuestas a ofrecer algo más que miradas coquetas. Hablaba completamente en serio cuando le dijo a Marsaili que las mujeres que se decían respetables eran las mejores. Solían tener necesidad de hacer el amor de verdad, porque sus maridos solo las usaban como vacas de cría. Un hombre que supiera complacerlas podía recoger los beneficios sin el riesgo de atarse al matrimonio. Siempre y cuando el marido no lo descubriera, claro.

Brice no quería pensar en su hermano, pero tenía que reconocer que estaba en deuda con Jamie en lo relativo a esos asuntos. Desde el momento en que descubrió la traición de Elisabet había decidido hacer buen uso de esos conocimientos. Tenía que haber escuchado a Jamie también en ese aspecto: las mujeres solo eran una diversión temporal. Todas eran unas zorras traidoras, especialmente las más hermosas.

Se tragó un trozo de cartílago de cordero e intentó no atragantarse con ello ni con la rabia que le surgía de dentro otra vez. «Ya no pueden hacerme daño —pensó de modo despiadado—. No se lo permitiré».

Usar a las damas bien dispuestas pero sin dejarse atrapar: ese sería su lema a partir de ahora.

Mientras el señor Aaron traspasaba las puertas y se marchaba en dirección a la ciudad, Seton se quedó mirándolo, y cuando desapareció de la vista escupió en el

suelo.

—¡Por fin! —exclamó regresando a la casa. Su hijo Iain, que andaba justo detrás de él, se puso a su lado al mismo paso. El chico tenía veintitantos años y era uno poco más alto que su padre, pero no mucho. «Gracias a Dios no vienen muchos como ese inglés —pensó Seton—. Eso sería insufrible». Y luego añadió—: Me estoy hartando de que esos sajones vengan a fisgonear por aquí. No van a encontrar nada.

—¿Estás seguro de que era inglés? —preguntó Iain—. Le oí fingir un acento escocés muy bueno.

Seton hizo un gesto de desdén.

—No lo bastante bueno. Ya viste claramente que no era de por aquí. No, estoy seguro.

El señor Aaron le había desagradado. Los ojos de aquel hombre parecían fijarse en todo con demasiada atención, y Seton desconfiaba de su amabilidad y de ese fingido buen humor. Era el tipo de artimañas que emplearía alguien que buscaba algo.

—Me pregunto por qué vino —dijo Iain—. Lo digo porque nadie ha venido aquí desde hace siglos. Creía que ya habían perdido todo interés por la hacienda de Rosyth.

Seton se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Quizá hayan aprobado alguna ley nueva por la que pueden quedarse con las propiedades de los terratenientes ausentes. Aunque a nosotros nos da igual porque pronto tendremos nuestra hacienda y entonces la familia Kinross tendrá que valerse por sí misma.

Iain frunció el ceño cuando oyó ese comentario.

—No esperarás todavía que el Gobierno vaya a devolvernos Bailliebroch, ¿verdad? Eso no va a pasar.

—Eso lo sé de sobra. Naturalmente que hubiera preferido que nos la dieran a cambio de nada, pero pronto podremos volver a comprarla y dudo que rechacen nuestro dinero.

—¿Nuestro dinero? —Iain miró con sorpresa a su padre.

Iain sabía que Seton había estado desviando fondos de la hacienda de Rosyth desde hacía años. Pronto reuniría lo suficiente para volver a comprar las tierras de su familia. Las tierras que el idiota del hermano mayor de Seton había dejado y que había perdido por no tener la previsión de dejarlas a alguien que no fuera un conocido jacobita, lo mismo que había hecho el terrateniente Rosyth. «¡Desgraciado!». Si el imbécil no hubiera huido a Francia, Seton le hubiera retorcido su escuálido pescuezo.

No, Bailliebroch era suyo por derecho, sobre todo ahora que Duncan había muerto sin dejar un heredero. La recuperaría costara lo que costase.

—Sí, nuestro —dijo con firmeza—. El terrateniente Rosyth no lo necesita. ¿Qué le importa a él este sitio? No ha puesto un pie en suelo escocés desde hace años y tampoco es probable que vaya a hacerlo. Eso juega a nuestro favor y además me he ocupado de conseguir apoyos para obtener cierta clemencia. Cuando llegue el

momento, que será pronto, no habrá ninguna objeción para que compremos Bailliebroch.

Iain frunció el ceño de nuevo.

—Espero que sepas lo que haces. Esos casacas rojas no son de fiar, tú mismo lo dices.

—Con el incentivo adecuado sí lo son. El dinero es un poderoso estímulo. De cualquier manera, no necesitamos que venga gente como él —señaló con la cabeza en dirección hacia donde el señor Aaron se había ido—, a meter sus narices donde no los llaman.

—Bueno, dudo que vuelva —dijo Iain con una sonrisa—. Después de cómo le han tratado, sería tonto si lo hiciera.

—Y que lo digas. Espero sinceramente no volver a verlo otra vez.

Marsaili también respiró aliviada cuando el forastero se marchó. Después de quitar las sábanas que había usado —«Más ropa sucia, ¡maldita sea!»—, y de estirar la colcha, se retiró a la cocina. Greine estaba ligeramente de mejor humor desde que había vuelto a sus quehaceres normales, en lugar de estar calentando interminables calderos de agua.

—¿Le gustó la crema de avena a nuestro invitado? —preguntó en gaélico con una sonrisa—. Me parece que sin querer he puesto una pizca de sal excesiva.

Marsaili se rió, aunque sentía que todo eso era innecesario. Le pareció cruel, hasta que recordó que los casacas rojas habían hecho daño a mucha gente de las Tierras Altas en un pasado no tan lejano, y eso endureció su corazón.

—No tengo ni idea. Le envié a Isobel con la bandeja, y como es tan tímida seguro que se la dejó y salió corriendo.

Kirsty bajó por las escaleras de atrás y se asomó por la puerta.

—¿Puedo salir ahora? —preguntó, escrutando con sus pálidos ojos azules la habitación.

Marsaili sonrió.

—Sí, todo despejado. El ogro se ha ido.

—Gracias a Dios. No soporto estar escondida arriba todo el día. No sé cómo Flora aguanta la cháchara interminable de mi madre. Quiero decir, que no cuenta nada. Y no tiene nada que contar porque no va a ningún sitio —dijo Kirsty mientras se sentaba en la mesa de pino, grande y limpia, que había en el centro de la cocina. Tomó un cuchillo y se puso a ayudar a Marsaili a pelar cebollas—. ¿Así que el huésped resultó tan horrible? He oído decir que era bastante atractivo —comentó parpadeando y mirando a Marsaili.

—Sí que lo es, si te gustan los hombres descarados y egocéntricos —Marsaili hizo lo posible por traslucir una expresión despreocupada.

Si mostraba que el señor Aaron la había alterado en más de un sentido, Kirsty no

pararía de hablarle de eso. Era una casamentera empedernida que quería que todo el mundo estuviera enamorado como ella. No podía entender la renuencia de Marsaili a considerar siquiera los candidatos que ella le proponía.

—Parece la pareja perfecta para ti —le dijo Kirsty para hacerla rabiar.

—Kirsty —le advirtió Marsaili—, ya te lo he dicho otras veces: no me interesa.

—Vamos, anda. El hecho de que tu madre fuera maltratada por tu padrastro no significa que todos los esposos vayan a ser como él. Y con tu figura, estoy segura de que podrías encontrar a alguien que hiciera lo que le pidieras.

Marsaili la miró con desdén.

—Para qué serviría alguien tan delicado. Y si eso es lo que Iain te deja hacerle, no es ni la mitad de hombre de lo que yo pensaba.

—Hay maneras —dijo Kirsty sonriendo con suficiencia—. Además, ya sabes que unas veces se da y otras se recibe.

—Humm... Bueno, eso no es para mí —hizo que su voz sonara segura, sin poder evitar que en su mente surgiera la imagen del señor Aaron sonriendo.

Gracias a Dios que se había marchado.

Capítulo 7

Brice fue primero hacia el norte, ya que les había dicho que esa era la dirección a la que se dirigía, pero en cuanto llegó a Aberfeldy se dio la vuelta y cabalgó hacia el sudeste, en dirección a Dunkeld. Desde allí tomó el camino de regreso a Stirling a través de Perth, una ruta más larga que la de la primera vez, aunque tampoco se retrasaba demasiado. Necesitaba ir a Edimburgo para preparar la siguiente fase del plan de su padre; realmente estaba ansioso por enfrentarse a aquel desafío.

Todavía no había asimilado que él era el dueño de una enorme propiedad en Highland. Ni siquiera estaba seguro de que quería serlo, porque siempre se había imaginado a sí mismo viviendo en Suecia el resto de su vida. De todas formas, ya que era su herencia, había considerado que lo menos que podía hacer era convertirla en una propiedad rentable antes de venderla. Además, necesitaba descubrir qué era lo que el señor Seton estaba tramando. Si es que tramaba algo...

Antes de dejar Suecia había tenido que aprender muchas cosas en poco tiempo. Brice sabía cómo su padre administraba Askeberga, la hacienda de Suecia, pero era consciente de que la propiedad de Highland era distinta en muchas cosas. Por una parte, era mucho mayor. Su economía se basaba especialmente en la cría de ganado, le había dicho Killian, a diferencia de las hectáreas de terreno que tenían en Suecia donde cultivaban grano principalmente. Pero con una cierta orientación por parte de su padre, Brice estaba seguro de que lo conseguiría.

—Dime exactamente qué cosas hay que hacer allí —le había pedido Brice—. Así podré comprobar mejor si el administrador ha sido negligente o no.

Killian le pasó un cuaderno.

—Todo lo que recuerdo está aquí. He pensado que era mejor escribirlo, porque no estaré allí para responder a tus preguntas.

—Gracias. ¿Y cómo es ese Colin Seton? —le había preguntado Brice.

Killian se encogió de hombros.

—No lo conozco muy bien, a decir verdad. Antes de 1745 su hermano Duncan era el dueño de Bailliebroch, una finca vecina a la nuestra, pero se la confiscaron y Duncan huyó al extranjero. Colin, que no había tomado parte en el levantamiento, esperaba que como mínimo le permitieran cuidarla, pero las autoridades pensaban de otra manera. Quemaron la casa hasta sus cimientos y toda la familia tuvo que huir antes de que llegara el ejército del Gobierno.

—¿Todos? ¿También los aparceros?

—No, a los aparceros se les permitió quedarse. Es decir, a los que no eran

sospechosos de ser jacobitas. A los otros los mataron o los hicieron prisioneros. Luego se nombró a un administrador ajeno al clan y Colin y su familia buscaron refugio en Rosyth. Yo solo me enteré después; por lo visto mi abuelo había sido buen amigo del padre de Duncan, así que en mi ausencia nombró administrador de Rosyth a Colin, unos pocos meses antes de morir. Parecía una buena solución, por eso no me opuse a su decisión.

—Pero ahora sospechas que te engaña..., nos engaña.

Killian asintió.

—Lo que es seguro es que algo no marcha bien. No me creo que las tierras renten tan poco año tras año.

Brice se quedó pensativo un momento.

—¿Y qué hay de la tía Ailsa y de mis primas? Seguramente deben de estar pendientes de las cosas, ¿no?

—Bueno, hace tiempo que no sé nada de ellas. Ailsa siempre ha sido frágil y, para serte sincero, no creo que tenga la más mínima idea de cómo llevar una casa, y mucho menos una finca. Y ahora las muchachas, como te he dicho, deben de estar ya casadas y en otro lugar. La mayor tendrá unos veintiocho años, si no me equivoco.

—Entonces, ¿qué sugieres que haga? ¿Voy allí, tomo las riendas y despido a Seton?

—No, no tan rápido. Necesitamos poder demostrar que no está haciendo bien su trabajo, y eso puede que no sea fácil. Creo que habrá que proceder con un poco de cautela —Killian le había sonreído y luego le había resumido su plan—. ¿Qué te parece?

Brice le devolvió la sonrisa, su primera sonrisa sincera desde hacía semanas, y estuvo de acuerdo.

Pensando de nuevo en lo que había visto en Rosyth, Brice no se arrepentía de haber ido a espiar. Solo con lo que había visto a través de la pequeña ventana tenía claro que aquello estaba muy mal administrado. Se notaba el abandono por todas partes: en el jardín plagado de arbustos y malas hierbas, y en el palomar que parecía estar fuera de uso. Los hombres andaban haraganeando y, aunque más allá de los campos alcanzó a ver algunas reses pastando, no eran ni de lejos tantas como deberían ser.

Cuando observó a las mujeres atareadas lavando la ropa, y desde lejos notó que las sábanas estaban raídas y remendadas. Los niños que jugaban en el patio iban vestidos con una rara mezcla de piezas de ropa, como si fueran heredadas o recompuestas de otras prendas de tallas más grandes. Y las mismas mujeres llevaban faldas descoloridas y chales agujereados. Parecía como si los peores temores de Killian se hubiesen cumplido.

—Es hora de que esto cambie —susurró Brice—. Yo diría que hay alguien que necesita que se le dé un toque de atención de verdad —volvió a sonreír ante la perspectiva y animó a *Starke* para que galopara—. Vamos, amigo mío, tenemos

trabajo que hacer.

Brice entró cabalgando en el patio de Rosyth House casi exactamente dos semanas después de haberse marchado. Le seguía un séquito formado por dos carromatos cargados con todo tipo de productos. Eran unos carros antiguos de ruedas macizas, capaces de transportar una carga muy pesada. Brice también había llevado seis garrones cargados al máximo. Además de una pequeña manada de vacas negras, veinte cabras y, por último, unas cuantas ovejas. Iban en lenta procesión, así que no era de extrañar que Seton y lo que parecía la mayoría de los habitantes de la casa estuvieran esperándolo. Había habido tiempo de sobra para que cualquiera de los aldeanos corriera a alertarlos de su llegada.

Se detuvo en cuanto estuvo frente a aquel hombre malencarado y le sonrió.

—Buenos días, señor Seton. Espero que se encuentre bien.

El hombre frunció aún más el ceño, y Brice se imaginó que si Seton hubiera sido un perro tendría, en ese momento, los pelos del cogote bien erizados.

—¿Está otra vez de viaje? ¿O es que ha olvidado algo? —le preguntó Seton abriendo ligeramente los ojos mientras contemplaba el cortejo que seguía a Brice.

—Sí, de hecho así es —Brice sonrió más aún—. Se me olvidó completamente decirle que soy el nuevo lord Rosyth —puntualizó mientras desmontaba con un ágil salto y se dejaba caer a escasos centímetros de Seton—. Me llamo Brice Aaron Kinross. Creo que mi padre le habrá hablado de mí en sus cartas, ¿verdad?

Había por lo menos veinte pares de ojos mirándole; y Brice pudo sentir el peso de esas miradas fijas en él como algo tangible. Hubo murmullos de sorpresa entre los curiosos, pero no miró a nadie y fijó sus ojos en Seton. Sabía muy bien que los demás seguirían el ejemplo del administrador, como habían hecho en su anterior visita.

Seton se había quedado inmóvil al oír su anuncio, y tenía la boca entreabierta. Estuvo paralizado un buen rato, como si le hubiera caído un rayo. Como Brice continuaba mirándolo a los ojos sin titubear, mostrándole que hablaba en serio, Seton respiró hondo y parpadeó.

—Tendrá pruebas, me imagino —dijo con un tono no muy tranquilizador—. No creerá que voy a aceptar semejante afirmación sin más.

Brice asintió.

—Por supuesto —como venía preparado, sacó de las alforjas los documentos que Rory le había conseguido—. Aquí están los documentos que lo acreditan.

Seton tomó los papeles con reticencia, como si temiera quemarse con ellos los dedos, y desenrolló lo que parecían notificaciones oficiales. «Y metafóricamente hablando, deberían quemarte mucho», pensó Brice, que se mostró tranquilo mientras el administrador echaba una ojeada al primer documento. Hubo un largo silencio, y Brice siguió esperando pacientemente.

—Tengo que leer esto con mayor detenimiento —dijo Seton finalmente

enrollándolos de nuevo.

—Por supuesto —Brice tendió la mano hacia los documentos; no pensaba dejarlos lejos de su alcance.

—Puede leerlos detenidamente y tomarse su tiempo más tarde. De momento, agradecería que alguien viniera a encargarse de mi caballo y... —hizo un gesto señalando al resto de la caravana que estaba detenida detrás de él— también necesito que descarguen los carromatos y que metan a los animales en un corral o en un cercado. Supongo que las mercancías pueden dejarse de momento en la sala grande, después ya se ordenará cada cosa en su lugar. En cualquier caso, esa es una tarea del ama de llaves —al decirlo echó un vistazo alrededor, pero no la vio entre quienes estaban de pie, lo cual era una lástima. Había deseado sorprenderla a ella casi tanto como a Seton.

El administrador le devolvió los documentos y pareció como si fuera a protestar por esas órdenes, pero aunque abrió la boca no le salieron las palabras. Momentos después, su expresión pasó a ser inescrutable e inclinó la cabeza, eligiendo prudentemente no discutir la autoridad de Brice en ese lugar.

—Sea bienvenido, milord —dijo, a pesar de que Brice sabía que lo último que Seton quería era darle la bienvenida—. Estoy ansioso por trabajar con usted.

Brice reparó en que había dicho «con» no «por», como si fueran iguales, pero no insistió. Había dejado a aquel hombre boquiabierto, y no era su intención dejarle también sin dignidad delante de todo el mundo. Hasta que pudiera probar que Seton era culpable de una vulgar mala administración, tenía que andar con cautela. Incluso era posible que el administrador fuera inocente y que el culpable fuera otro. Era mejor asegurarse antes de lanzar ninguna acusación, pensó Brice.

—Gracias —le contestó.

Seton se dio la vuelta.

—Ya le habéis oído: ¡moveos! —vociferó para luego marcharse dando grandes zancadas, sin prestar su ayuda.

Brice respiró profundamente y sonrió cuando vio a Archie asomando la cabeza detrás de un chico más alto. Lo llamó con un gesto y le pasó las riendas de *Starke*.

—Ven, puedes encargarte de mi caballo. Ya sabes qué hay que hacer, ¿verdad?

Archie sonrió de oreja a oreja y acarició el hocico de *Starke*.

—Sí, señor..., quiero decir, milord, lo haré —respondió mirando sobre su hombro para asegurarse de que no había nadie cerca que pudiera oírle susurrar de nuevo en gaélico—: Estoy contento de que haya vuelto y de que no sea ya el señor Aaron.

Brice se rió y le revolvió el pelo con la mano.

—Yo también, Archie. Ahora vete. ¿Necesitas que alguien te ayude?

Se quedó mirando cómo el niño se llevaba al enorme animal, y llamó al muchacho más alto para que lo acompañara. Brice sabía que *Starke* no los lastimaría, porque era el caballo más tierno de toda la cristiandad y no haría daño ni a una mosca a pesar de su tamaño. Una vez tranquilo porque esta vez iban a cuidar del animal

volvió a supervisar la descarga de las cosas. Él no se limitó a observar, también llevó parte de su equipaje. Eso hizo que le miraran con sorpresa, aunque simuló no darse cuenta. Los moradores de Rosyth House iban a descubrir enseguida que él no era el tipo de dueño que se sentaba a mirar cómo los otros trabajaban.

Cuando todo el contenido de los dos carromatos estuvo dentro, una mujer apareció en la esquina de la casa y se detuvo mirando fijamente todo aquel alboroto. Se notaba que era una dama, aunque el vestido se veía descolorido y desgastado. Su pelo de color rubio ceniza enmarcaba un rostro en forma de corazón que a Brice le pareció pálido, aunque con unos ojos chispeantes. Era más baja y rellenita que el ama de llaves que había visto la primera vez. Cuando su mirada se detuvo en Brice, dejó escapar un chillido y salió corriendo hacia él echándole los brazos al cuello.

—¡Brice! ¡Por todos los santos! ¿Qué haces aquí? ¿Eres tú, verdad? ¡Caramba, cómo has crecido!

Brice le sonrió y le devolvió el abrazo, besándola en la mejilla antes de levantarla en el aire y darle vueltas como si fuera una niña. Ella se reía a carcajadas, pero no protestaba.

—Tú también has crecido un poco, Kirsty, aunque quizá no tanto como yo —le dijo con una sonrisa—. Creía que ya no vivías aquí, pero estoy encantado de verte.

Ella tenía cuatro años más que él, y solían juntarse para jugar al pillapilla y cosas por el estilo cuando eran pequeños. La última vez que la había visto tenía dieciséis años y ya se estaba convirtiendo en una señorita, a pesar de que en la intimidad parecía un poco marimacho. La puso en el suelo, y estaba a punto de tomarle el pelo con eso, pero no le dio tiempo porque una mano lo agarró por el hombro desde atrás y le hizo darse la vuelta. A continuación advirtió que alguien le daba un puñetazo en un lado de la cara y por un instante vio las estrellas.

—¡Pero qué...! —se apartó de un brinco por si le alcanzaba un segundo puñetazo y parpadeó para despejar su cabeza. Oyó vagamente el grito de Kirsty, porque estaba concentrado en el hombre que lo había golpeado.

Era unos diez centímetros más bajo que Brice, y sin embargo se le veía compacto y musculoso. Con ese cabello oscuro y con su complexión hubiera podido parecer un hombre bastante atractivo, de no ser por el enorme entrecejo que arruinaba sus facciones. Brice supuso que aquellos ojos claros de color avellana debían ser atractivos cuando no estaban llenos de furia. Sin embargo, no tuvo tiempo de hacer más especulaciones, porque el hombre cargó de nuevo contra él. Esta vez Brice estaba preparado.

Reaccionó instintivamente, sin preguntarse por qué lo atacaba. Al fin y al cabo, Jamie y él a menudo arreglaban sus cosas a puñetazos, así que había aprendido a defenderse desde pequeño. Pelear primero y preguntar después se había convertido en un acto reflejo. Además, Killian les había enseñado algunos trucos cuando su madre no estaba cerca, porque eso la hubiera horrorizado, aunque Killian lo consideraba parte de su educación.

—Lógicamente no quiero que vayáis por ahí buscando pelea —les había dicho—, pero si no podéis evitarla, procurad quedar en buen lugar —que era lo que Brice se disponía a hacer exactamente en aquel momento.

Como él era más alto, llegaba más lejos y podía lanzar varios golpes sin recibir ninguno a cambio. El joven del pelo oscuro, cuyo nombre supuso que era Iain porque eso es lo que Kirsty estaba gritando, no se rendía fácilmente. Parecía encajar todos los golpes que Brice le dirigía sin rendirse. Brice no quería alargar más la pelea, así que se acercó y dejó que el hombre le metiera unos cuantos golpes, para que se apaciguara con una falsa sensación de complacencia. Luego, cuando Iain bajó la guardia un instante, Brice le golpeó con dureza, apuntando bajo su barbilla.

Vio la sorpresa en la mirada de su oponente y rápidamente siguió dándole un par de buenos golpes en el estómago y en el torso. Iain se tambaleó, y se hubiera caído si Brice no llega a sujetarlo por el brazo. Aquello había llegado muy lejos, e iba a exclamar «¡Basta ya!», pero no pudo hacerlo, porque de pronto sintió la piel empapada por una oleada de líquido frío que surgió de alguna parte. Brice volvió la cabeza y se encontró cara a cara con Marsaili Buchanan, el ama de llaves.

Estaba mirando a los dos hombres mientras agarraba una jarra grande, que momentos antes debía de haber estado llena de cerveza. Su contenido chorreaba por el rostro y las ropas de Brice, que se limpió los ojos, apretando la mandíbula para contener su furia. Aquello desprendía un olor tan fuerte que ya se le había quedado impregnado, y la camisa estaba pegajosa.

—¿Pero qué cree que está haciendo? —le espetó, respirando agitadamente no solo por la pelea sino para controlar el impulso de gritarle por haberse entrometido.

—Impedir que siga haciendo daño a Iain —le respondió con firmeza, aunque él vio que el pulso de su cuello estaba acelerado. Admiró su coraje, pero en ese momento estaba demasiado furioso para apreciar la magnífica estampa que ofrecía cuando se mostraba belicosa.

—No es asunto suyo —le contestó, apretando los dientes. Miró a Iain para asegurarse de que no iba a atacarlo por detrás, lo cual parecía probable a juzgar por la expresión de sus ojos. Y cuando iba a decirle que retrocediera, Marsaili se lo impidió.

—Iain Seton, ¿es que no te queda ni una pizca de juicio en ese minúsculo cerebro? —le regañó—. Pelearse con el nuevo dueño en su primer día entre nosotros no es manera de comportarse.

Brice había notado el parecido de Iain con Seton la primera vez, y se preguntó por qué no lo había visto un rato antes. Iain era claramente hijo de su padre, quizá en más de un sentido.

Iain volvió la vista a Marsaili.

—Sea o no el nuevo terrateniente, estaba besando a Kirsty. En mi terreno no quiero furtivos que vengan a cazar de manera tan descarada.

—Es mi prima —dijo Brice, que empezaba a entender—. Solo la estaba saludando.

—Ya, claro, ¡y espera que me lo crea! —se mofó Iain—. Además, ella no tiene primos.

—En realidad, somos primos segundos, pero viene a ser lo mismo —contestó Brice, quien no veía en ello ninguna diferencia.

Kirsty, que hasta ese momento había permanecido callada, intervino en la conversación.

—Deberías saber que hace diez años que no nos vemos. Estábamos muy unidos, y por eso no es de extrañar que nos alegre volver a vernos.

—Muy unidos, de eso estoy seguro —masculló Iain.

—¡Oh, por Dios! No hay quien razone contigo. No voy a discutir con un hombre tan cabezota. Sinceramente, estoy harta de tus ataques de celos —dijo dándole la espalda y tomando del brazo a Brice—. Vamos, primo, será mejor que encontremos agua y jabón.

Brice dejó que lo llevara hacia la casa, pero volvió la cabeza por encima del hombro y miró a Marsaili y a Iain, que no se habrían movido del sitio. Hizo un gesto hacia Marsaili bajando la barbilla.

—En cuanto me haya limpiado, quiero tener unas palabras con usted, señora. Espéreme en el gran salón, por favor.

—Muy bien —replicó ella, pero con una expresión todavía testaruda.

«Dichosa mujer entrometida», pensó. Estaba satisfecho por la manera en que había ganado su primera pelea en Rosyth y, de no haberlo detenido ella, les hubiera demostrado a todos que con él no se jugaba. Tal como estaban las cosas, le iba a costar hacer valer su autoridad.

Bueno, se aseguraría de que no volviera a ocurrir.

Capítulo 8

Marsaili se hubiera dado de tortas, pero sinceramente había creído que aquel rubio tan bruto y tan grande iba a darle una paliza tremenda a Iain. Era más alto y sin duda tenía más fuerza y peleaba en serio. Tirarle la jarra de cerveza fue lo primero que le vino a la cabeza, pero ahora se daba cuenta de que debía haberse contenido. Gracias a su reacción excesiva era seguro que se quedaría sin trabajo y la echarían de Rosyth, ¿y adónde iría entonces?

Eso era de lo de menos. Después del trato que le había dispensado al nuevo lord Rosyth en su anterior visita, él estaba en todo su derecho de despedirla. Repentinamente apretó los dientes y tuvo un arrebató de ira. «¡Qué artimaña tan sucia!» Hacerse pasar por extranjero y engañarlos a todos. ¿Qué tipo de hombre podía hacer una cosa así? Era increíble. Aunque, para ser justos, nadie le había hecho preguntas ni le habían dado la oportunidad de explicar a qué venía. No veían la hora de deshacerse de él.

Su estómago se contrajo. Habían cometido un error y ahora tendrían que pagarlo.

—Imbécil arrogante —farfulló Iain frotándose las costillas, que debían dolerle por los puñetazos que había recibido.

Marsaili no le tenía mucha simpatía.

—La culpa solo la tienes tú —le dijo con rotundidad cuando él la miró abatido—. Si no puedes meterte en la cabeza que Kirsty solo tiene ojos para ti, eres un tonto mucho más grande de lo que creía. No tienes que dar esos espectáculos cada vez que alguien la mira un poco.

Y lo dejó meditando sobre lo que le acababa de decir, mientras ella se dirigía cabizbaja hacia la casa. Tenía que compensar a lord Rosyth de alguna manera, aunque eso fuera en contra su manera de ser. Pero sencillamente no podía imaginarse viviendo en otro sitio y no tenía ganas de dedicarse a otra cosa. Ella pertenecía a aquel lugar.

Cuando un poco más tarde Brice entró a grandes zancadas en el salón, ella ya lo estaba esperando. Sobre la mesa situada junto a los sillones había colocado una bandeja con cerveza fresca, tortas de avena recién horneadas y algo de queso y mantequilla.

Mientras él se dirigía hacia ella, trató de leer su expresión y se agarró fuertemente las manos. Todavía tenía el ceño fruncido, y sus ojos azules se veían sombríos y amenazaban tormenta. Se le cayó el mundo encima.

Parecía un toro a punto de embestir.

—Siéntese, por favor —le dijo para su sorpresa, sentándose en la silla que había cerca de la bandeja e indicándole que ella se sentara en la otra.

—Pero... soy el ama de llaves, una sirvienta —protestó Marsaili, nerviosa ante aquella orden.

—Eso está por ver —masculló haciendo que ella contuviera la respiración.

—De verdad, milord, le pido disculpas si actué precipitadamente, pero usted es mucho más grande que Iain y pensé que le iba a...

Brice levantó la mano para que detuviera aquel torrente de palabras, y señaló la silla.

—Por favor, siéntese y déjeme hablar a mí un momento, señora Buchanan.

Ella se sentó en el borde de la silla, incómoda ante aquella petición tan extraña. Estar sentada junto a él le parecía demasiada confianza, como si fueran conocidos en lugar de empleada y empleador. De hecho, su simple presencia la ponía inexplicablemente nerviosa.

—Es «señorita» Buchanan. No estoy casada —precisó, y luego añadió la palabra «todavía», aunque no sabía por qué, pues no tenía ninguna intención de dejar que ningún hombre la llevara al altar. De haberlo pensado antes, le hubiera hecho creer que era viuda, pero ya era demasiado tarde. Era muy consciente de que Seton no era el único que la consideraba demasiado joven para un puesto de tanta responsabilidad. De todas formas, el nuevo terrateniente enseguida habría descubierto su estado civil.

Él la miró como si quisiera evaluarla.

—¿De verdad? ¿Acaso los hombres de por aquí son ciegos?

Marsaili parpadeó, y después se ruborizó por lo que parecía un cumplido. La tenía confundida, primero enfadado y al minuto siguiente alabando su aspecto.

—Yo... no... —tartamudeó—. Pero soy un ama de llaves muy competente y si usted duda de mi respetabilidad porque todavía no estoy casada, entonces pregunte a la señora. Estoy segura de que ella responderá por mí y...

—Señorita Buchanan —la interrumpió—. Este no es el tema que quiero tratar ahora. Me interesa más lo que ha ocurrido ahí afuera que su estado civil. Me gustaría aclararle que en el futuro no toleraré ninguna interferencia suya ni de nadie cuando esté metido en alguna trifulca. ¿Entendido?

—Pero...

—Pero nada, señorita Buchanan. Ha sido muy imprudente por su parte meterse en la pelea, y le aseguro que no era mi intención hacer más daño del necesario al joven señor Seton, pero no podía permitir que me golpeará él a mi.

—No lo parecía —masculló Marsaili.

—Pues tendrá que creerme.

Ella asintió de mala gana y no pudo dejar de añadir:

—¿Entonces tiene la intención de pelearse a menudo?

La boca de Brice se estiró ligeramente, como si la observación de ella le resultara graciosa, pero desapareció con tanta rapidez que a ella le pareció haberlo imaginado.

—No, si puedo evitarlo —dijo—. Depende totalmente de si los demás hombres que hay por aquí son tan impulsivos como el joven Seton.

Marsaili tenía que admitir que llevaba razón. Iain se había extralimitado y no era la primera vez que eso pasaba. Esperaba que fuera la última. Volvió a mirar al nuevo terrateniente, cuyos ojos parecían haber perdido algo de su aire marcial.

—Ahora, si usted quiere mantener su puesto de ama de llaves, necesito que me responda con claridad a unas preguntas, por favor —le dijo.

Marsaili tomó una bocanada de aire.

—Por supuesto..., pero ¿qué tipo de preguntas?

—Puede empezar diciéndome en calidad de qué está contratado aquí Iain Seton.

—¿No sería mejor que ese tipo de cosas se las preguntara al administrador?

—Es posible, pero se las estoy preguntando a usted —dijo al tiempo que juntaba ambas manos por las yemas de los dedos y apoyaba en ellos la barbilla, mirándola con aquellos ojos azules de una manera que la desconcertó.

Marsaili no entendía a qué estaba jugando, pero decidió seguirle la corriente.

—Muy bien. Iain es uno de los hombres que se encargan del ganado, entre otras cosas.

El nuevo terrateniente se quedó pensativo un instante.

—¿Y entonces no debería estar en los pastos en lugar de holgazanear en el patio y atacar a desconocidos?

—Bueno, a estas horas todos están los pastos; él ya habrá estado allí antes asegurándose de que el ganado no se meta en los cultivos —al decir esto, Marsaili se ruborizó, aunque no sabía por qué se sentía avergonzada de la conducta de Iain. No era culpa de ella si Kirsty le hacía descuidar sus obligaciones para pasar más tiempo con él.

—Deduzco que es el marido de Kirsty. ¿Y aun así es un simple pastor de ganado? Eso me parece muy extraño.

—Oh, es que todavía no están casados. Ella vive aquí con su madre, por supuesto, y Iain está en la finca desde que su padre se convirtió en administrador. Está aprendiendo a serlo también; administrador, quiero decir. Quizá por eso andaba por aquí —dijo reparando en la expresión ceñuda de Brice.

—Pero a Kirsty se le ha pasado el arroz hace tiempo, si me permite decirlo así. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintiséis?

Marsaili se encogió de hombros.

—Sí, pero desgraciadamente no tienen suficiente dinero para casarse. Espero que lo consigan pronto, aunque quien lleva las cuentas es el padre de Iain, así que tienen que esperar a que él les dé su conformidad.

—¿Y qué ha pasado con la dote de Kirsty? ¿No era suficiente?

Marsaili se quedó mirándolo.

—¿Lo ha olvidado, señor? Ella no disponía de dote. Esta casa y todo lo que hay en ella era del padre de usted, y ahora deduzco que es suya. El padre de Kirsty no

tenía nada que dejarle.

Por alguna razón esta explicación pareció enfurecerlo, aunque Marsaili no tenía ni idea del porqué. La expresión de Brice se ensombreció como antes y apretó la mandíbula.

—Ya veo —respondió con un tono frío y entrecortado.

Se quedó en silencio unos instantes, como si estuviera dándole vueltas a aquello, y Marsaili se aventuró a preguntar:

—¿Eso es todo, señor? Tengo que atender a mis obligaciones —esperaba de todo corazón que fuera así y que él no la reemplazara por otra persona.

Brice suspiró y de nuevo se quedó mirándola fijamente con su penetrante mirada. A Marsaili empezaron a sudarle las manos; temía que fuera a despedirla. Entonces inspiró y fue soltando el aire despacio para tranquilizarse.

—Ah, sí, sus obligaciones. ¿Puedo preguntarle cuánto tiempo lleva aquí como ama de llaves? —le preguntó.

Ella levantó un poco la cabeza.

—Cuatro años —le respondió—. Y nadie ha tenido una queja hasta ahora —añadió—. «Excepto el señor Seton, pero él no cuenta porque se queja por todo», pensó.

—¿De verdad? Entonces quizá es porque este salón nunca se utiliza —comentó en un tono sarcástico al que ella reaccionó diciendo.

—¿Qué quiere usted decir?

Él señaló la chimenea.

—Telas de araña, un montón de ceniza sin barrer —respondió señalando el resto de la habitación—, cortinas que no se han descolgado ni sacudido hace tiempo... Hay suciedad por todas partes. Todo se ve descuidado. Si así es como lleva a cabo sus obligaciones, necesito una buena excusa para mantenerla en su puesto.

Marsaili tragó saliva. Tenía razón, maldita sea, pero no podía decirle que se había dejado el salón con ese aspecto porque Seton pensaba que era mejor que Rosyth House no pareciera próspera. Su razonamiento era este: cuanto peor estuviera la casa, menos probable era que alguien quisiera apropiársela. Cuando miró a su alrededor ya no estaba segura de eso.

—Esta habitación no se ha usado en muchos años —dijo finalmente—. La señora come arriba en su alcoba con sus hijas y el resto lo hace en la cocina.

—¿Hijas? ¿Me está diciendo que Flora tampoco está casada?

Marsaili pestañeó.

—Pues no, no lo está. Como ya le dije no tenían dinero para la dote y Flora cuida de su madre.

—¡Por todos los demonios! —exclamó poniéndose de pie, lo que la hizo levantarse también a ella, sobresaltada—. Alguien va a pagar por esto.

Marsaili no entendía qué quería decir, pero estaba segura de una cosa: no quería ser el blanco de su cólera. Se preguntaba si podría escapar pronto de su presencia.

Brice aspiró profundamente para intentar calmarse y se pasó la mano por la cabeza, alterado. Marsaili lo miraba atónita, y él se dio cuenta de que ella debía estar pensando que estaba loco o como mínimo que era un grosero.

—Discúlpeme —le dijo secamente—. No quería maldecir ante una dama. «Pero mierda, una y mil veces mierda», dijo para sus adentros. Estaba seguro de que su padre le había comentado que hacía años había enviado las dotes de las dos jóvenes. ¿No habían sido cinco mil *merks*? ¿Entonces por qué no les habían llegado?

Una cosa era que la finca estuviera mal gestionada, lo que podía deberse a pura dejadez por parte del administrador y de la otra gente; pero que desapareciera una suma de dinero tan elevada, eso era completamente diferente.

Eso era un robo flagrante y estaba perseguido por la justicia y él se encargaría de que se cumpliera la ley.

Marsaili lo miraba con ojos desconfiados mientras él caminaba arriba y abajo frente a la chimenea y se vio obligado a volver al tema: las dotes podían esperar, pero el salón no.

—Aunque mi tía Ailsa prefiera comer arriba, a partir de ahora me gustaría que todos usáramos esta habitación. Quiero que esté limpia y preparada para la cena de hoy, si es posible. Si lo necesita, puede contratar a gente del pueblo para que la ayude. Me aseguraré de que se les pague. ¿Puede pedirle a la cocinera que prepare un banquete para todo el mundo, por favor? Y quiero decir todo el mundo, desde la gente del pueblo a cualquiera que viva en la finca y le apetezca venir. Por ahí tiene comida de sobra, así que, si no le importa, nada de sus sopas aguadas y desabridas, o se quedará hoy mismo sin trabajo —hizo un gesto hacia la enorme pila de alimentos amontonada en la puerta de entrada.

—Como desee. ¿Entonces todavía sigo empleada? —la mirada de Marsaili le pareció desafiante, pero ese día ya tenía bastante con una pelea. Estaba cansado de sentirse enfadado, especialmente después de los últimos acontecimientos.

—Por ahora sí —y antes de que ella tuviera la oportunidad de protestar ante esa advertencia, le indicó que le siguiera—. ¿Qué tal si empezamos a sacar las provisiones que he traído? Algunas probablemente deben guardarse en algún sitio más fresco y las palomas necesitan ir a su nueva casa.

—¿Palomas? —Marsaili miraba con ojos como platos todas aquellas cajas, barriles y sacos, como si no hubiera visto tanta comida junta en mucho tiempo, si es que la había visto alguna vez.

—Sí, la última vez que estuve aquí vi que el palomar estaba vacío y pensé que era una lástima que no tuviera ocupantes. De vez en cuando se puede hacer con ellas un sabroso pastel, ¿no le parece? Pero quizá haya que limpiarlo también.

—Seguramente. Me sorprende que se fijara. Ha pensado en todo con sus compras.

Marsaili aún abrió más los ojos cuando vio el resto de las provisiones. Ahora que estaba más tranquilo, Brice se fijó en lo intensamente verdes que eran sus ojos. Pensó que tenían el color del musgo fresco del bosque. Luego recordó que eran espléndidos

cuando se enfadaba, pero incluso ahora, sin esos destellos, eran preciosos. Y a diferencia de la mayoría de casacas rojas, sus pestañas eran oscuras, lo que hacía que destacara aún más su perfección. Sacudió la cabeza y apartó estos pensamientos de la mente, diciéndose a sí mismo que no estaba interesado en aquellos innegables encantos.

Había sido muy meticuloso al planear las compras, era cierto. Además de sacos de avena, cebada, centeno y guisantes secos, había comprado muchos conos de azúcar, una docena de jamones ahumados, sal, especias, tubérculos, coñac, vino e incluso chocolate.

Delante había una jaula para aves donde estaban las palomas y más de dos docenas de gallinas que cacareaban enloquecidas. Por último, si bien no menos importante, había un exótico cofre de madera.

Al verlo, Marsaili exclamó:

—Esto es..., ¿esto no será té, verdad?

—Sí, pero solo un cofre. Si no es suficiente, siempre puedo comprar más —respondió Brice.

Se quedó mirándolo como si tuviera monos en la cara.

—¿Se ha vuelto loco? Quiero decir..., discúlpeme, esto durará toda la vida.

—¿De verdad? Le juro que mi madre se lo bebe a litros. Creía que todas las damas eran iguales —comentó, pues a él no le importaba tomarse uno de vez en cuando con algo de miel, aunque prefería la cerveza.

—Pero es tan caro... —replicó Marsaili.

Brice no pudo evitar sonreír ante el asombro de ella.

—No lo es tanto si uno mismo lo trae de China —le dijo—. Y eso es lo que hice —tomó el cofre y lo cargó en el hombro—. Pero si cree que es tan valioso, es mejor que lo guarde bajo llave en algún lugar. ¿Puedo llevarlo a su habitación?

—¿Mi habitación? —exclamó y el color de su piel se puso de un interesante tono rosado—. No, eso no será necesario. La cocinera deja cerrada la despensa con llave, allí estará seguro. O puedo hacer que se lo lleven a la señora Kinross más tarde, para que ella lo administre.

—Muy bien, adelante, la sigo.

—¿Quiere ir a la cocina?

—¿Por qué no? Así será más rápido. ¿O es que la cocina está en peor estado que esta habitación?

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—No, está impecable. Sígame.

Marsaili levantó sin esfuerzo un saco pesado y Brice se sorprendió de su fuerza. Se diría que ella hacía parte de los trabajos de la casa y que no se limitaba a supervisar las cosas, como Elisabet siempre había hecho en casa de su padre. Casi se echó a reír al imaginarse a su antigua amada haciendo un esfuerzo semejante. Le sería imposible cargar con un saco como el que llevaba Marsaili, aunque de todas maneras

tampoco lo hubiera intentado. Frunció el entrecejo cuando se dio cuenta de que nunca había pensado antes en eso. Era una faceta de Elisabet que no hubiera soportado de casados. ¿Por qué suponía él que podía cambiarla? Ahora dudaba de que pudiera haberlo hecho.

¿Pero qué le importaba eso, de todas formas? Tenía que olvidar a Elisabet del todo.

Marsaili se dirigió a la cocina y Brice la siguió. Podía haber encontrado el camino él solo, pero decidió que la vista era mejor si iba detrás de ella; tenía que aprender a disfrutar de esas ocasiones si quería enterrar el pasado. Se alegró al fijarse en el elegante movimiento de las caderas de Marsaili cuando andaba y las perfectas proporciones de su cuerpo. Durante mucho tiempo había estado ciego a los encantos de las mujeres, pero ahora era un hombre libre. No hacía daño a nadie por mirar al ama de llaves, incluso aunque estuviera comprometida. Siempre y cuando él no se dejara llevar por los pensamientos lascivos que le suscitaba.

Además, cualquier cosa era mejor que obsesionarse con lo que podía haber sido.

Capítulo 9

Marsaili no entendía a ese hombre. Primero le daba órdenes y le decía que no se entrometiera en sus asuntos, y al minuto siguiente se ponía a ayudarlo a llevar las cosas a la cocina. Por lo que había oído, el anterior dueño apenas ponía los pies en las zonas de servicio de la casa y mucho menos echaba una mano a nadie. Eso hubiera sido para él rebajarse demasiado. Sin embargo, a este no parecía importarle.

Todavía se quedó más perpleja cuando *Liath* saltó sobre él ladrando alegremente para saludarlo como si fuera un viejo amigo a quien no veía hacía tiempo. El perro estaba en su sitio habitual, en un hueco que había cerca de los fogones, pero en cuanto divisó a Brice saltó sobre él y excitado se puso a dar vueltas a su alrededor.

—¡*Liath*, pórtate bien! —exclamó Marsaili con severidad, pero, al igual que la última vez, el perro no la hizo caso. Solo prestaba atención a Brice, que bajó el cofre de té al suelo y se arrodilló, deshaciéndose en atenciones hacia *Liath* y acariciándolo por detrás de las orejas.

—Hola, amigo mío —le dijo al perro, sin hacer caso de la cocinera y sus dos ayudantes, que lo miraban atónitas—. ¡Me alegro de volver a verte! ¿Me has echado de menos, eh?

Liath estaba fuera de sí de contento, y agitaba el rabo con tanta fuerza que todo su cuerpo se contoneaba.

—Traidor —musitó Marsaili. No podía entender por qué su fiel galgo escocés se comportaba de esa manera, antes nunca se había tomado esas confianzas con desconocidos.

Cuando Brice se incorporó, ella hizo las presentaciones.

—Esta es la señora Murray, la cocinera, y sus ayudantes, Isobel y Fionna —dijo. Todas le hicieron una reverencia y él inclinó la cabeza.

—Espero que sepan perdonarme si al principio no recuerdo todos los nombres —les saludó con una sonrisa cautivadora—. Haré lo que pueda —y tras levantar de nuevo el cofre del suelo, preguntó—: Bueno, ¿dónde quiere que le ponga esto, señora Murray?

Greine estaba tan estupefacta como Marsaili al ver aquella enorme cantidad de té, pero acertó a abrir la despensa.

—Aquí, si es tan amable, milord.

—Será mejor que llame a uno de los muchachos de los establos para que la ayuden a traer el resto hasta aquí —le dijo a Marsaili—. Y necesitamos a alguien que se haga cargo de las palomas y las gallinas. Pero deje la mitad de los sacos de avena donde están, son para otra cosa.

—Muy bien, nos encargaremos nosotros —dijo Marsaili.

—Gracias. Luego iré a ver qué ha pasado con el ganado.

Marsaili había visto antes el ganado, las cabras y las ovejas. Había sido al salir al patio, después de que el señor Seton le diera la noticia de la llegada del nuevo terrateniente. Le intrigaba saber para qué los había traído y, sin pensar, lo había expresado en voz alta.

—¿Pará que son? ¿Para matarlos? No creo que en estos momentos tengamos sitio para tanta carne.

Él la miro sorprendido.

—Todavía no. Solo sacrificaremos alguno de vez en cuando. Me pareció que los rebaños de aquí eran pequeños, así que decidí añadir unas cuantas hembras más.

—Pero el invierno está cerca. La mayoría de esos animales se sacrificarán o se venderán pronto. Y los que usted ha traído no tendrán mucho tiempo para engordar.

—No lo necesitan, han sido bien alimentados. Los seleccioné yo mismo. Además, como le dije, no van a ser sacrificados. Vamos a mantener a la mayoría de ellos durante el invierno para que el próximo año el rebaño sea más grande. Por ahora, supongo que lo que necesitan es que los lleven a los pastos que haya más cerca. ¿Le importa si me llevo a *Liath* conmigo? Diría que le apetece dar un paseo.

Marsaili estaba tan atónita por las palabras de Brice que se quedó sin habla, aunque consiguió asentir con la cabeza a su petición. Para cuando se recompuso, él y el perro se habían marchado. Entonces se volvió hacia Greine:

—¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?

—Sí, así es —le contestó en su gaélico habitual.

—¿Pero de dónde conseguirá el heno para alimentar al ganado durante el invierno? Apenas se ha segado.

Greine se encogió de hombros.

—Tal vez quiera que se pongan a segar. Todavía queda hierba intacta en los prados —sonrió—. ¡Uy! Espero tener tiempo de ir a escucharlo cuando él les diga todo eso a los hombres, si es que piensa hacerlo, claro.

—Seguro que no les va a gustar tener más trabajo. Bueno, supongo que eso no es asunto nuestro. Nosotras también tenemos cosas que hacer y será mejor que empecemos. Su señoría va a dar una fiesta y quiere que todos cenemos en el salón; no sé cómo cree que vamos a prepararlo todo tan deprisa.

Greine sonrió.

—Todo irá bien. Será fabuloso cocinar una comida de verdad otra vez sin tener que escatimar nada. Y disfrutaré aún más si le baja los humos a ese estirado del señor Seton, como seguramente hará.

Marsaili se rió.

—Sí, eso estaría bien.

Seton sintió como si todo su ordenado mundo se hubiera vuelto del revés. Justamente

esa mañana, tras haber estado contando todo el dinero que tenía ahorrado, había llegado a la conclusión de que no tardaría mucho en volver a comprar sus tierras. Unos cuantos meses más y podría marcharse de Rosyth, un lugar que había llegado a odiar.

Pero la llegada de un hombre a quien no pensaba haber conocido jamás había echado por tierra sus planes. «¡Maldito insolente!», pensó.

Él no había aguantado allí para ver cómo ahora el joven Kinross mangoneaba a los hombres de su clan. Ya había sido bastante desagradable saludarlo civilizadamente y hacer como que iba a trabajar con él. «¡Y un cuerno! ¡Por encima de mi cadáver!». Sin embargo, sabía que tenía que ir con cautela o todo aquello por lo que había trabajado desaparecería en un abrir y cerrar de ojos.

«No puede probar nada», pensó. Ya se había asegurado él de que las cuentas de la propiedad cuadraran. Kinross nunca se enteraría de que Seton no había anotado ni siquiera la mitad de las cantidades reales. Ni tampoco de que disponía de unas reservas de dinero escondidas en un lugar secreto. Pero ¿cómo iba a conseguir el resto de la cantidad que necesitaba? De momento, lo ignoraba, pero ya pensaría algo. Siempre lo hacía.

De una manera u otra se ocuparía del nuevo terrateniente.

Antes de que Brice se marchara de Göteborg, Killian le había explicado el sistema de clanes, precisándole:

—Aunque supongo que después de lo de Culloden los ingleses han abolido ese sistema, las viejas costumbres tardan en desaparecer.

Según había entendido Brice, el jefe de un clan era el propietario de las tierras, el cual se las alquilaba a los aparceros, como se llamaba a los arrendatarios principales. La mayoría de ellos eran familiares del jefe, así que había un lazo adicional entre ellos que hacía que la relación fuera más fuerte. Ellos, a su vez, permitían que otros cultivaran parte de los campos que tenían arrendados. Esos labradores llevaban a cabo casi todo el trabajo, pero eran los aparceros quienes debían pagar al terrateniente la renta de cada uno. Además, había artesanos, como herreros, carpinteros y tejedores. Excepto los que vivían en Rosyth House, el resto estaban congregados en una aldea o en pequeños poblados de los valles cercanos.

—El terrateniente es más una figura patriarcal que otra cosa —le había dicho Killian—. En la época de mi abuelo se le debía una lealtad y una obediencia a toda prueba, pero hoy en día creo que tendrás que andar con tiento. Y no olvides que hasta que no demuestres que eres un jefe digno, te pondrán a prueba, por así decirlo. No te aceptarán así como así.

Brice no pensaba olvidarse de esto.

—¿Entonces los aparceros tienen que pagarme la renta?

—Sí, pero no necesariamente en efectivo —replicó Killian—. Es más que

probable que la recibas en especie, es decir: mantequilla, queso, harina de avena y quizá, en menor medida, alguna ternera, oveja o algo de ropa de casa hecha a mano. Si tienes excedente, tú lo vendes y así es como entra el dinero, igual que en Askeberga.

A Brice y a Jamie les habían enseñado cómo administrar la finca de Suecia, así que no estaba demasiado preocupado respecto a cómo manejar la de Rosyth. La producción podía variar ligeramente, porque aquí la cría de ganado parecía ser el principal objetivo, pero seguramente los principios eran los mismos.

Sin embargo, Killian habría subrayado especialmente la importancia que tenía que el jefe fuera hospitalario. Por eso estaba decidido a mostrar a todo el mundo que no era un tacaño, y por esa razón había ordenado preparar una fiesta para la cena. También serviría como sutil recordatorio de la falta de hospitalidad que le habían mostrado en su anterior visita. Estaba convencido de que con eso no sería necesario explicárselo detalladamente a los responsables.

Considerando que había llegado a media mañana, tenía que admitir que no les había dado mucho tiempo a la cocinera ni al ama de llaves. Sin embargo, no habían protestado ante su petición, por lo que estaba seguro de que harían cuanto pudieran. Lo que ahora tenía que hacer era invitar a la gente —a todos los miembros del clan que encontrara—, así que en cuanto hubo dado instrucciones para que se llevaran el ganado a un campo próximo, decidió acometer esa tarea. No estaba seguro de que vinieran, pero lo intentaría.

Caminó hacia los establos para recuperar a *Starke* con esa finalidad. Podía ir andando, pero pensó que a caballo llegaría más lejos. Además, le convenía estar en alto, pues esa posición le sería útil para hacer valer su autoridad. Y sabía que iba a necesitar todos los recursos posibles.

—Buenos días, señor..., quiero decir, señor terrateniente —se oyó decir en gaélico a Archie cuyo radiante rostro se asomó de pronto tras una de las divisiones de zarzo.

Le había parecido que los establos estaban desiertos, y por eso Brice se sobresaltó cuando apareció el chico, pero le sonrió. Había cierto encanto en su nariz pecosa, en sus ojos brillantes y en aquel pelo revuelto.

—Ah, estás ahí. ¿Estás jugando al escondite?

—No, estaba cuidando a su caballo, tal como me dijo. Le he dado de comer y de beber. Yo..., espero haberlo hecho bien.

Brice asintió con la cabeza.

—Perfectamente, lo has hecho muy bien, gracias. Pero no pretendía que lo cuidaras tu solo. ¿Dónde está tu amigo?

—Ha tenido que ir a ayudar a su padre —Archie movió la cabeza en dirección a *Starke*—. Tenía hambre de verdad —y al decirlo el caballo resopló como si estuviera de acuerdo.

Brice se rió.

—Sí, este es un estómago con patas. No dejes que te engañe para que le des más. Se pondrá gordo y perezoso.

—Discúlpeme, señor, pero ya no queda más comida que darle. ¿Ha traído algo más?

—Sí, un poco, pero tendremos que procurarnos heno para el invierno. Y no solo para los caballos. Les pediré a los hombres que corten todo lo que puedan.

Brice sabía que el heno natural era raro en las Tierras Altas y que tenía que recogerse de donde fuera, lo cual suponía una tarea agotadora en las buenas épocas. Normalmente no se plantaba mucho, porque casi todos los campos disponibles se destinaban al cultivo. Entonces le llegó un recuerdo lejano.

—Cuando yo era pequeño, los niños solíamos ayudar a recoger hierba de las orillas de los caminos, de debajo de los arbustos y de sitios así. ¿Podrías hacer correr la voz entre tus amigos de que les pagaré cuatro peniques por cada puñado que traigan?

—¡Se lo diré! ¿Lo hago ahora?

Brice se rió.

—Puedes hacerlo más tarde. Aunque recuérdame que eche también un vistazo al granero. Por lo que vi cuando estuve la última vez, no está en condiciones para guardar nada en seco.

—Claro, lo haré.

Archie asintió con la cabeza, y, al acercarse a Brice, este se dio cuenta de que la ropa que llevaba el chico estaba andrajosa. Archie necesitaba con urgencia ropa nueva. Sus bombachos, que le quedaban demasiado cortos, mostraban unas piernas flacas y llevaba los pies desnudos; la camisa, que estaba remendada por varios sitios, parecía como si fuera mucho más grande y se la hubieran recortado a su medida; colgaba del enjuto cuerpo del chico y le sobresalía por debajo de un chaleco raído, que también le quedaba demasiado largo. Estaba claro que Archie no era el primero en usarlo.

Brice decidió allí mismo que tenía que hacer algo para mejorar ese lamentable estado de cosas.

—¿Va a cabalgar lejos? —se atrevió a preguntar Archie.

—Sí, voy a invitar a todos a una fiesta esta noche. Y también voy a echar un vistazo al ganado. ¿Quieres venir conmigo?

En un abrir y cerrar de ojos la expresión de Archie pasó del asombro a la simple y pura alegría. Una enorme sonrisa surcó su rostro y asintió con entusiasmo.

—¡Sí, por favor! —dijo, pero al instante su sonrisa se atenuó—. Pero solo están los garrones de Seton y no me atrevo a tomarlos prestados. Y los que ha traído usted esta mañana estarán cansados.

Brice descolgó la silla de montar de *Starke* de un travesaño.

—No hay problema. En sueco, *Starke* significa «fuerte», y lo es. Creo que podrá llevarnos a los dos sin problema. Puedes sentarte delante de mí y guiarme.

—¡Estupendo! —los ojos de Archie brillaban y Brice pensó que era tan fácil hacerle feliz porque indudablemente el pobre muchacho no debía recibir ninguna atención. Quizás a partir de ahora él podría arreglar eso.

Era una bonita y soleada mañana, y *Starke* parecía feliz de encontrarse otra vez al aire libre. También lo estaba *Liath* que iba atado detrás de ellos. El gran caballo caminaba con ligereza, y el peso de más del chico no suponía ningún problema para él. Brice sujetó las riendas con una mano y dejó caer holgadamente la otra alrededor de Archie. El chico no mostraba miedo, a pesar de que por la altura del caballo estaba a cierta distancia del suelo. Sin embargo, se agarró de manera natural a las crines de *Starke*.

—¿Te importa que hablemos solo en gaélico? —le preguntó Brice—. Tengo que practicar, ¿sabes? Hace mucho que no lo hago.

Archie asintió.

—Por mí, de acuerdo.

—Veo que has montado antes. Llevas la espalda recta y aprietas con las rodillas, muy bien.

—Sí, siempre me han gustado los caballos y el marido de mi tía, que murió el año pasado, era el jefe de las caballerizas. Él me enseñó a montar.

—¿Qué le pasó?

—Los pulmones se le congestionaron. No se pudo hacer nada por él.

—Y tu padre, ¿a qué se dedica? ¿Y tu madre?

—También murieron. Vivo aquí con la tía Greine, la cocinera.

—Ah, ya sé. Es una lástima lo del señor Murray. ¿Lo echas de menos? —Brice se imaginó que el hombre debía de haber sido como un padre para el chico, pero Archie movió negativamente la cabeza.

—La verdad es que no. Solo echo de menos ayudar con los caballos. Tenía un carácter que daba miedo y no siempre me dejaba que anduviera cerca.

Brice decidió que era hora de cambiar de tema.

—¿Así que has vivido en la finca Rosyth toda tu vida? —decidió preguntarle—. Deduzco que naciste después de mi última visita, o sea que debes tener nueve o diez años, ¿no?

—Tengo once —dijo Archie, y luego añadió con tristeza—: Pero nadie me los echa porque me ven pequeño y esmirriado.

—No lo he dicho porque fueras esmirriado —replicó Brice—. Todavía no eres muy alto, pero sí fuerte y tenaz, y eso vale mucho. Y además, pronto crecerás, no te preocupes. No todo el mundo crece al mismo ritmo, ¿sabes?

—¿Usted cree? —en la voz de Archie había un tono de esperanza, y miró sobre el hombro a Brice con ojos grandes y confiados.

—No solo lo creo, lo sé —Brice sintió que algo cambiaba en su interior. Se dio cuenta de que él, estando allí, podía hacer que cambiara la vida de este niño. Como terrateniente de Rosyth era responsabilidad suya que Archie y los otros muchachos

tuvieran suficiente comida para que pudieran crecer como era debido.

Trato de ver las cosas con perspectiva y, aunque sabía que ser aceptado iba a ser una dura prueba, de pronto se sintió con más determinación para conseguirlo. Lo haría por Archie y por toda esa gente que ahora eran sus arrendatarios.

Y por sí mismo.

—Pero yo no nací aquí —dijo Archie, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿No? ¿Dónde?

—En Bailliebroch —la voz del muchacho había adquirido un tono muy serio, y daba la impresión de que se esforzaba para que le salieran las palabras.

Brice frunció el ceño.

—Ah, entonces viniste con el administrador.

Le habían contado que, cuando a Seton le dieron el cargo de administrador, algunos de los hombres de su clan lo habían seguido, instalándose en tierras de Rosyth.

—No exactamente. La tía Greine me trajo cuando..., después de que los soldados llegaran.

Brice miró las manos de Archie, que agarraban firmemente las crines de *Starke*. Apretaba el puño con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos; entonces bajó la cabeza, haciendo que su despeinado pelo castaño le cayera sobre la cara.

—¿Cómo dices? —preguntó Brice con delicadeza—. ¿Qué los casacas rojas saquearon tu casa, que estaba en las tierras de Bailliebroch? ¿Fue porque el hermano del señor Seton luchaba con los jacobitas?

Archie afirmó con la cabeza. Cuando Brice apretó la cintura del muchacho para mostrarle su apoyo, el chico le soltó toda la historia de un tirón.

—Yo era muy pequeño, pero lo recuerdo. E... ellos vinieron a nuestra cabaña gritando. Decían que mi padre era un traidor. De... decían que nosotros también lo éramos. Ellos... ellos agarraron a mi madre y ella me gritó que corriera. No sabía qué hacer, pero... al final hice lo que me pedía. Corrí todo lo rápido que pude. Encontré un sitio donde esconderme y me quedé allí hasta que se fueron. Nunca me encontraron, pero mi ma... madre...

Brice se imaginó el resto y le dio mucha pena. Nadie a su edad debería ser testigo de algo así. En realidad, no debería ocurrirle a nadie. Le recorrió un sentimiento de ira e insultó para sus adentros a las fuerzas del Gobierno por su brutalidad injustificada. Una cosa era hacer la guerra a hombres adultos que habían decidido elegir un bando... ¡pero a mujeres y niños...! Eso era una atrocidad, ni más ni menos.

—Está bien, Archie, no tienes que contármelo si no quieres —le dijo.

Archie tomó aire.

—Sí que quiero, pero es que aparte de eso no recuerdo mucho más. Me senté junto a mi madre, pero nunca se despertó. Alguien me sacó de allí y luego vine aquí —se volvió a medias y se quedó mirando a Brice fijamente con ojos de preocupación—. El señor Seton dijo que usted era como ellos, pero no lo es, ¿verdad?

Brice negó con la cabeza en silencio y maldijo a Seton.

—No, Archie, te juro sobre mi puñal que no —el chico medio sonrió al oír la referencia al juramento que habían hecho la primera vez que se encontraron—. De todas formas, no todos los ingleses son como esos, yo he conocido a algunos muy agradables en mis viajes. En todos los países hay gente buena y gente mala. Sea como fuere, no tengo ni una gota inglesa en mis venas, según creo. Pero incluso si la tuviera, nunca haría ese tipo de cosas. ¿Me crees? —lo miró directamente a los ojos y el muchacho asintió.

—Sí. Sabía que el señor Seton se equivocaba.

—Él se ha equivocado en muchas cosas, pero quizá tú y yo juntos podamos hacer algo por remediarlas. ¿Qué me dices? ¿Me ayudarás?

—Me gustaría, ¿cómo pero?

—Bueno, para empezar puedes presentarme a la gente. Quizá si te ven conmigo estarán más dispuestos a hablarme. Si el señor Seton les ha dicho que soy su enemigo, no me sorprendería que algunos me miraran con desconfianza. Tenemos que convencerlos de que estoy de su lado. ¿Crees que podremos hacerlo?

—Haré lo que pueda.

Brice estaba seguro de que el muchacho podría. Tal vez fuera pequeño, pero tenía tanta determinación como él mismo.

Capítulo 10

Cabalaron, por un camino trillado, hasta los pastos que había bajo la colina, donde cuidaban del ganado para evitar que se extraviara e hiciera estragos entre los cultivos. Hacía poco que los animales habían sido llevados al prado desde los pastos de la montaña, que es donde pasaban la mayor parte del verano, porque ahora allí ya no quedaba hierba fresca. Para deleite de Archie, Brice hizo que *Starke* saltara el murete de piedra seca que separaba el prado de los campos. El caballo saltó el obstáculo con facilidad, al tiempo que Brice sujetaba bien al muchacho para asegurarse de que no corriera peligro.

—¿Podemos volver a hacer eso a la vuelta? —le preguntó Archie.

Brice disimuló una sonrisa ante aquella petición infantil.

—Por supuesto, cuando quieras.

Aquel paseo a caballo resultó ser lo más agradable del día. Porque aunque llevaba a Archie para facilitarle el encuentro, a Brice le resultó difícil hablar con los arrendatarios y los hombres del clan. Los que estaban por ahí creyeron que venía a comprobar su trabajo y se mostraron ariscos y evasivos con él. Realmente había ido a comprobar algo pero no lo que ellos pensaban.

En su anterior visita se había fijado en que la manada de ganado no era tan grande como debería ser para una propiedad de esas dimensiones. Así que antes de incorporar al nuevo ganado quería saber cuántas cabezas había; de esta manera comprobaría si la cantidad cuadraba con los números que Seton tenía anotados en los libros. Como no consiguió una respuesta concreta de ninguno de los pastores, tuvieron que contarlas entre Archie y él.

—Me gustaría que estas condenadas vacas se quedaran quietas —masculló Brice después de que, al contarlas por tercera vez, le diera un resultado diferente.

—No son vacas, son *kyloes* —dijo Archie riéndose y usando el nombre local.

—Lo sé, pero para mí son vacas si producen leche y terneros y se convierten en carne en otoño.

Lo cierto es que aquellas bestias negras y lanudas de largos cuernos propias de las Tierras Altas de Escocia, no se parecían en nada a las vacas que Brice conocía. Gracias a su pelo largo y ondulado podían sobrevivir al aire libre la mayor parte del año, y daba la impresión de que comían casi de todo. Y eso era lo mejor, porque la mitad del tiempo tenían que apañárselas con lo que encontraban.

Mezcladas con las vacas había cabras y unas pocas ovejas, aunque no tantas como Brice esperaba. Eran blancas con la cabeza negra, tenían los cuernos rizados y también eran fuertes y resistentes, pero le habían dicho que necesitaban mucho más pasto que las *kyloes* y por eso no se podían mantener rebaños muy grandes. Aun así,

estaba convencido de que debería haber unas cuantas más de las que veía por allí.

Cuando estuvo satisfecho con la cantidad de ovejas y ganado que había contado, anotó mentalmente el número y regresó al grupo de hombres que estaba por allí. Uno de ellos, que antes no se encontraba en el grupo, se levantó, y Brice sintió alivio al reconocerle.

—¿Señor Ross? —le preguntó diciendo ese nombre que afloró en su memoria en cuanto distinguió su rostro, y luego añadió vacilante—: ¿Sandy Mor^[6]? —preguntó recordando que cuando era niño siempre había oído llamarle el Gran Sandy.

Los hombres de las Tierras Altas solían tener apodos, ya que muchos compartían el mismo apellido. Probablemente habían ido a buscar a Sandy para que fuera su portavoz, ya que como arrendatario y pariente lejano de los Killian él no dudaría en aceptar. Brice desmontó y le tendió la mano. Sabía que los arrendatarios escoceses se creían realmente iguales al jefe por compartir los mismos antepasados, y solían estrechar la mano del terrateniente siempre que se lo encontraban.

Sandy aceptó la mano tendida de Brice después de dudar un poco.

—MacCoinneach^[7] —dijo asintiendo con la cabeza.

Brice frunció el ceño, confundido al principio, hasta que le llegó otro recuerdo. A los jefes que descendían en línea directa de algún ilustre antepasado a menudo se los conocía como «hijo de» ese hombre, aunque hubiera entre ellos numerosas generaciones. En el caso de Brice, su antepasado más célebre fue Coinneach, quien al parecer había sido amigo de Robert Bruce^[8]. Sonrió a Sandy con cautela.

—¿Entonces te acuerdas de mí? —le preguntó en gaélico, para demostrarle que tampoco había olvidado sus veranos en Rosyth.

—Sí, todavía me acuerdo del delgaducho muchacho que jugaba con mi Rob —Sandy miró hacia uno de los hombres más jóvenes que estaban de pie cerca de él, y Brice reconoció a su antiguo compañero de juegos.

—Bueno, por lo menos vosotros no me tomaréis por un impostor —dijo Brice.

—No.

Aquel seco monosílabo le hizo ver a Brice que a pesar de eso no estaban preparados para aceptarlo enseguida como terrateniente. «¡Muy bien!», pensó.

—Sandy, soy consciente de que algunos de los hombres no pueden abandonar el trabajo, pero los que tengan algo de tiempo serán bienvenidos a cenar esta noche en mi casa. La tía del muchacho —señaló con la cabeza a Archie, que todavía estaba montado sobre *Starke*— está preparando comida suficiente para todo el mundo. ¿Podrías ir a decírselo a todos los que tengas cerca, por favor?

Vio la sorpresa en los ojos de Sandy, pero este disimuló enseguida.

—Muy bien —le respondió, aunque Brice notó que el hombre no estaba muy dispuesto. Suspiró para sus adentros. No es que pensara que les iba a caer bien o que le fueran a respetar inmediatamente, pero hasta entonces no se había dado cuenta de lo profunda que era su hostilidad. ¿Comprendían estos hombres por qué Killian no podía volver a Escocia a dirigir sus propiedades? ¿O es que creían que Brice debía

haber venido antes a ocupar su lugar?

Sin embargo, Brice ocultó sus pensamientos y asintió con la cabeza.

—Entonces, espero verlos más tarde —les dijo simplemente.

Además de contar el ganado, Brice decidió que le vendría bien saber hasta dónde llegaban sus dominios, a cuántas personas daban sustento las tierras y dónde se plantaba lo que cultivaban. Dentro de poco tendría que hacer balance de sus posesiones. Por eso él y Archie dieron un gran rodeo por los campos, a ratos llevando de las riendas a *Starke* tras ellos cuando el terreno resultaba difícil para el caballo. Antes de volver a la aldea comprobaron los tipos de cereales sembrados, principalmente avena y cebada, además de guisantes y linaza para hacer tejidos de lino.

Una vez de regreso, Brice hizo algo importante: detenerse en cada cabaña y presentarse personalmente a la gente. Casi todos los moradores eran mujeres y, aunque se mostraban desconfiadas, fueron mucho más acogedoras que los hombres. Archie hacía lo posible para romper el hielo y también le ayudó el que algunas ancianas recordaran a Brice de niño.

—Usted era un mozalbete temerario, milord —le dijo una de ellas sonriéndole. Recordó su nombre, Bridie Ross, y que era la esposa de Sandy, el arrendatario con el que había estado antes. En cuanto le mencionó eso, se acordó de que la mujer lo había reñido en más de una ocasión.

Brice le devolvió la sonrisa, sacudiendo la cabeza en señal de arrepentimiento.

—Lo sé, hice que a mi madre le salieran algunas canas, aunque no tantas como mi hermano —todavía le dolía pensar en Jamie, pero Brice sabía que incluso siendo un muchacho tenía a todo el mundo encandilado en Rosyth, así que probablemente se acordarían de él. Y así fue.

—Ay, sí, era un perfecto golfillo —pero lo dijo con una sonrisa indulgente, como solía ocurrir cuando la gente hablaba de Jamie. Al oír aquello, a Brice le entraron ganas de apretar los dientes y de golpear algo. Pero hacía tiempo que había aceptado que Jamie podía hacer cualquier fechoría y seguir cayendo bien. Sin embargo, eso no funcionaba con él, esta vez no. En esta ocasión prefirió enterrar esa idea y emular los encantadores modales de su hermano.

—Espero tener el honor de que nos acompañe esta noche para una pequeña fiesta que daré en casa —le dijo—. La señora Murray se sentirá muy decepcionada si no viene a probar los sabrosos platos que está preparando.

Le llevó un buen rato, pero al final le pareció que había convencido a la mayoría de ellas para que asistieran. Por último, intercambió miradas con Archie y le guiñó un ojo.

—Perfecto. Será mejor que volvamos a casa a ponernos presentables. Aunque no tengo ni idea de cómo vamos a lograrlo contigo. Bueno, creo que el agua y el jabón ayudarán. Señoras, nos vemos más tarde.

Marsaili estaba orgullosa de sus habilidades como ama de llaves y las críticas del nuevo terrateniente la habían molestado, aunque no era del todo culpa suya que el gran salón se encontrara en aquel estado. Por eso se puso a trabajar como venganza, decidida a dejar la habitación impecable para esa noche. Con este fin reunió a todas las mujeres que encontró, e incluso reclutó a Kirsty.

—Ni en broma voy a permitir que ese hombre encuentre ni una sola mota de polvo —advirtió Marsaili a su media hermana.

Kirsty le lanzó una de sus miradas burlonas.

—¿Ah, sí? ¿Quieres impresionarlo, eh? ¿Por qué será?

Marsaili le echó una mirada que esperaba fuera lo suficientemente fulminante.

—Es lo último que quisiera, pero no admito que nadie me llame incompetente, porque no lo soy. Todo es por culpa de Seton, y yo no voy a cargar con las culpas. Quiero quedarme aquí.

Kirsty sonrió.

—Dudo que Brice te despidiera. Es demasiado bueno para hacer eso. Bueno, si hubiera sido su hermano... podía pasar cualquier cosa. Pero Brice siempre ha sido el más juicioso.

—Eso no es lo que decías esta mañana cuando le ha pegado a tu querido Iain.

La expresión de Kirsty se ensombreció.

—El bobo de él se lo merecía. En serio, ten por seguro que ya se ha dado por enterado. ¿Cómo puede pensar que yo iba a serle fiel durante tanto tiempo si hubiera alguna probabilidad de que me gustara otro? —negó con la cabeza—. Espero que Brice le hiciera entrar en razón.

—Bueno, eso lo veremos pronto. Mientras tanto, descarga tu enfado con esos cortinajes, si no te importa. Necesitan una buena sacudida.

Brice se sorprendió al encontrar el gran salón mucho mejor para la hora de la cena. La última luz del sol reverberaba en los cristales recién limpiados. La chimenea estaba sin telarañas ni ceniza, y tanto los muebles como el artesonado estaban encerados y relucientes. No se podía encontrar una mota de polvo en ninguna parte y además, alguien habían puesto ramos de brezo en unos jarrones improvisados sobre los alféizares de las ventanas.

El fresco olor del brezo y de la cera de abejas se mezclaba con los deliciosos aromas que procedían de la larga mesa, donde habían colocado un surtido de succulentos platos. Asados de cordero y de ternera, filetes de salmón, soperas, platos con cebollas y queso junto con panecillos de avena frescos, que se entremezclaban con botellas de burdeos, jarras de cerveza y whisky. Brice estaba muy contento; aquello parecía un banquete real.

Mientras tanto, había llegado un enorme grupo de personas que comenzaron a deambular por el salón, incómodas, buscando su sitio. Llevaban con ellas el olor a humo de turba y a lana, pero estos olores enseguida quedaron envueltos por el olor a limpio. Brice decidió que era mejor tomar la iniciativa antes de que se lo pensarán

mejor y salieran corriendo de allí. Para pedir silencio tomó una cuchara de plata y comenzó a golpear la jarra de peltre dispuesta para él.

—Bienvenidos a todos y gracias por acudir —dijo con la voz más alta que pudo—. Por favor, tomen asiento siguiendo la tradición.

Killian le había dicho que todo el mundo sabría cuál era su asiento y, sorprendentemente, resultó ser así. Él estaba a punto de sentarse en la cabecera de la mesa, cuando una exclamación de sorpresa salió de los comensales y todos se quedaron mirando a la puerta que daba a la parte norte de la casa. Allí se encontraba una mujer menuda, pálida, de mediana edad y con el cabello de color castaño apagado. Se veía increíblemente frágil, pero a pesar de todo atravesó el salón con pasos decididos y la cabeza alta. Brice dejó su silla y fue a su encuentro.

—¡Tía Ailsa! —exclamó sonriéndole e inclinándose para darle un beso en su mejilla de porcelana—. Me dijeron que te habías retirado pronto a descansar y que no querías que te molestaran, así que pensaba visitarte en otro momento. Flora, me alegro de verte —saludó a su prima, que permanecía inmóvil detrás de su madre, poniéndole bien el chal y excesivamente pendiente de ella.

—Lo mismo digo, Brice. Bienvenido a Rosyth.

A Brice siempre le había caído bien Flora, que era amable y tierna, pero como tenía seis años más que él nunca habían jugado juntos. Con él y sus hermanos hacía más bien el papel de mamá gallina, aunque normalmente sin mucho éxito porque los Kinross eran muy inquietos. Le gustó comprobar que todavía era aceptablemente bonita, tenía el cabello rubio rojizo, los ojos azul claro iguales que los de Kirsty y una cuidada silueta. Por desgracia, su cara estaba salpicada de marcas de viruela, y se preguntó cuándo la habría tenido. Tuvo que ser durante los diez años que llevaba sin verla, pobre chica.

—Gracias —le dijo Brice tomando a Ailsa del brazo para conducirla hasta la mesa. La sentó a su derecha y a Flora al lado de ella, mientras que Kirsty se sentó frente a su madre. Y todo el mundo corrió sus asientos al sitio que les correspondía. Cuando Brice miró alrededor vio que Seton estaba a punto de sentarse junto a Kirsty. Como miembro de mayor cargo en la casa después de la familia, ese hubiera sido su lugar, excepto por un detalle. Brice disimuló una sonrisa y llamó a Iain, que estaba mucho más lejos en la mesa.

—Iain estás en el asiento equivocado, hombre. He oído que vas a ser parte de la familia, así que tu sitio está junto a Kirsty.

Iain solo dudó una fracción de segundo. Brice adivinó que, por un lado, el joven no quería estar en deuda con el nuevo terrateniente de ninguna manera, sobre todo después de su altercado de esa mañana. Pero, por otro, nunca dejaría pasar la oportunidad de sentarse junto a su amada. Brice captó la mirada de irritación que hizo pestañear a Seton, pero como al mismo tiempo era un honor para su hijo, difícilmente iba a decir algo.

Cuando finalmente todo el mundo estuvo en su lugar, Brice se levantó y todos

guardaron silencio, esta vez sin necesidad de que se lo pidieran.

—Gracias otra vez por haber venido esta noche —comenzó diciendo—. Solo les distraeré de la comida un momento para agradecer a la señora Murray y a la señorita Buchanan el admirable esfuerzo que han hecho hoy. Organizar esto tan deprisa ha sido un reto, pero lo han conseguido, así que gracias a las dos y a todas sus ayudantes —añadió viendo cómo Marsaili bajaba la mirada mientras un rubor de complacencia teñía sus mejillas—. Quiero disculparme en mi nombre y en el de mi padre por dejar que se las hayan arreglado por su cuenta tanto tiempo. Las circunstancias hicieron imposible que nosotros viviéramos aquí, como seguro que todos ustedes saben. Pero ahora he vuelto, y mi intención es mejorar la propiedad, no solo en mi propio beneficio sino en el de todos ustedes. Espero que me ayuden en este empeño para que a partir de ahora nadie pase hambre o frío en Rosyth. Les prometo que me esforzaré al máximo si ustedes hacen lo mismo. Y ahora, ¡vamos a comer!

Sus palabras fueron recibidas con murmullos discretos y algunas miradas escépticas, pero sin exclamaciones de agradecimiento. Él no esperaba una aprobación general sincera, pero se sintió decepcionado ante aquella indiferencia. Sin embargo, sintió una fuerza interior que le transmitía que ya se sentía responsable de esa gente y que estaba decidido a asegurarse de que nunca volvieran a pasar hambre. Era su gente, su clan.

Killian tenía razón: él pertenecía a esto y quería quedarse, así que era mejor que todos se acostumbraran a él.

Aunque Marsaili estaba exhausta por el esfuerzo que había hecho durante todo el día, se sentía inexplicablemente contenta por los elogios que había recibido del terrateniente. El gran salón se veía precioso, o por lo menos lo mejor que se podía, dado el estado en que se encontraban aquellas telas. Era increíble lo que se podía conseguir en poco tiempo con agua, jabón y un poco de cera.

Escuchó el discurso de su nuevo dueño y tuvo que admitir que sonaba sincero. Solo el tiempo diría si iba a ser capaz de cumplir sus promesas, pero daba la impresión de que hablaba en serio. Sin embargo, después de haberles engañado y de las palabras que habían intercambiado esa mañana, ella no deseaba que le cayera bien. En parte, admitía que estaba en su derecho de haber hecho aquello, considerando que Seton, con seguridad, le había estado estafando durante años. Ahora la propiedad de Brice Kinross volvería a ser lo que debía ser.

Era de tontos no darse cuenta de que algo grave pasaba en Rosyth. Durante estos años, Marsaili había sido testigo de muchos encuentros entre Seton y los arrendatarios.

—Necesitamos más comida, más raciones para nosotros y para los niños —le suplicaban—. Nos morimos de hambre y tenemos derecho a ello.

Pero él siempre los despachaba.

—No se puede hacer nada —era la respuesta habitual de Seton. Sin embargo, las cosechas nunca habían ido mal durante años y el ganado había prosperado. «Entonces ¿adónde iba a parar el excedente?», se preguntaba Marsaili.

Era cierto que la propiedad ya no resultaba tan rentable como, según contaban, lo había sido en otros tiempos. A pesar de eso, Marsaili estaba convencida de que los cultivos tenían que rendir lo suficiente para alimentarlos a todos adecuadamente. Pero, por alguna razón, nunca había bastante grano ni dinero para hacer reparaciones. Simplemente, aquello no cuadraba.

Dirigió la mirada oblicuamente hasta Seton, que se hallaba al otro lado de la mesa y unos pocos asientos más allá de donde ella estaba sentada. Su rostro era como una nube de tormenta en miniatura. Los demás se habían relajado, y el volumen de las conversaciones que le rodeaban iba subiendo. Seton no decía nada, solo comía en silencio.

Una de las veces Seton alzó la mirada y se volvió posando los ojos castaños sobre ella. Marsaili reprimió un estremecimiento. No tenía nada que ver con ella, y a ella no le caía simpático. La expresión de Seton aún se ensombreció más cuando, después de la comida, Brice anunció que en la puerta había un saco de avena para que cada familia se lo llevara a su casa.

—Espero que sea suficiente hasta que llegue la cosecha, pero si no lo es, por favor, díganmelo —les comunicó.

Marsaili vio que Seton sonreía y, en cuanto la gente se puso de pie, él se marchó empujando a unos cuantos en su prisa por llegar a la puerta.

—Humm, eso les ha gustado, ¿no le parece?

Aquella voz detrás de ella, baja y ligeramente sarcástica, hizo que Marsaili se diera la vuelta tan rápidamente que su coleta dio un latigazo en la barbilla del terrateniente.

—Oh, lo siento, yo... —advirtió que el rostro se le acaloraba, aunque él no parecía estar molesto—. Bueno..., ¿qué decía?

—La comida no ha sido una experiencia tan dura como pensaba —le dijo con una sonrisa irónica—. Hubiera estado bien que esta gente hablara conmigo, pero por lo menos no han intentado atravesarme con sus puñales. Por lo menos de momento.

Marsaili lo miró mientras el último de los hombres del clan salía arrastrando los pies. La noche era agradable, y cada hombre se iba con su saco de cereal a cuestas.

—Las palabras que ha dicho tendrán que estar de acuerdo con los hechos —le comentó ella—. La gente que tiene hijos que alimentar no puede precipitarse —lo miró y añadió—: Además, ¿no lo sabe? Los puñales están prohibidos.

Brice negó con la cabeza y sonrió abiertamente.

—Puede que sea un forastero, pero ni yo me creo que hagan caso de esa ley. Dudo que entregaran a las autoridades todos los puñales, por lo menos no los buenos —dijo levantando una mano para detener la protesta de ella—. Pero no quiero saberlo. No es asunto mío.

—Quizá no lo sea. Pero, por si le interesa, yo diría que de momento aún no han emitido un juicio sobre usted. Si quiere ganárselos, va por buen camino.

—Gracias. Eso es exactamente lo que necesitaba saber, y lo tendré en cuenta —dijo haciendo una inclinación de cabeza—. Buenas noches, señorita Buchanan. Espero que descanse después de todo el trabajo que ha tenido —y con cierto brillo en sus ojos añadió—: Para alguien que quiere conservar su puesto, usted también va por buen camino.

Marsaili no sabía si quería golpearlo o echarse a reír. Al final, sacudió afirmativamente la cabeza y se retiró a su habitación, murmurando:

—Dichoso hombre. Espero que pronto te hagan picadillo.

Pero ella sabía que no sentía lo que decía, y eso la preocupó.

Capítulo 11

Marsaili no durmió bien. La combinación de una buena comida, a la que su estómago no estaba acostumbrado, y una noche demasiado calurosa para esa época del año, hicieron que estuviera dando vueltas y más vueltas. A la mañana siguiente, en cuanto empezó a clarear decidió que no hacía nada quedándose en la cama. Después de todo el trabajo que había tenido los días anteriores, pensó que necesitaba un baño completo, así que reunió todo lo necesario y se dirigió hacia el lago. Como llevaba a *Liath* pegado a sus talones, se sentía segura para ir sola a nadar. Normalmente, cuando las mujeres querían darse un baño utilizaban una pequeña bahía que se encontraba resguardada entre los árboles. Como era muy pronto, pensó que no habría nadie por allí y, en cualquier caso, *Liath* la alertaría.

Era el primer día de septiembre y el agua estaba muy fría, así que tuvo que animarse y meterse de prisa en ella. Chilló, pero como lo hizo bajo el agua no se oyó nada; luego se puso a nadar adelante y atrás hasta que su cuerpo se acostumbró a la temperatura del agua. No era fácil nadar llevando puesta la combinación, pero lo hizo. Por nada del mundo se arriesgaría a que la vieran desnuda como hacían las otras; para ella, eso era arriesgarse demasiado. Finalmente se puso a lavar su larga melena con un jabón casero que elaboraba Flora, y dedicó a ello un buen rato.

Salió del agua, se secó y se puso una combinación limpia, un corpiño y una falda. Más allá de la orilla del lago, cerca de la casa, había un pequeño muelle con una magnífica vista al lago, y Marsaili decidió ir a sentarse allí mientras se peinaba el pelo mojado. Desenredar sus rizos era una ardua tarea para la que necesitaba distraerse con algo, de manera que no le resultara tan pesado.

—Vamos, *Liath* —llamó al perro, aunque eso no era necesario porque la seguía a todas partes. Cuando llegó hasta ella le acarició su enredado pelo gris mientras el animal empujaba su morro contra ella cariñosamente—. Buen chico. ¿Qué haría yo sin ti, eh? —le sonrió y quiso complacerle jugando con él y lanzándole un palo para que fuera a buscarlo.

En cuanto se sentó en el muelle sacó el peine e inició con la laboriosa tarea de desenredarse el pelo. Solía protestar por la mala suerte de tener esa maraña de rizos en lugar del precioso pelo fino que por fortuna tenían sus medio hermanas, pero ya se había acostumbrado a ello. Lo hacía metódicamente, dividiendo el pelo en mechones; los peinaba de uno en uno y los iba poniendo juntos según acababa. Cuando ya llevaba media cabeza desenredada, se le cayó el peine del susto al ver un rostro que emergía del agua frente a ella.

—¡Aaah! —exclamó, y se quedó mirando embelesada lo que veía ante ella.

El nuevo dueño, desnudo hasta la cintura, sacó medio cuerpo del agua a escasos

metros de ella. Su bronceado torso brillaba con la primera luz de la mañana, mientras las gotas de agua se le escurrían por el pecho como pequeños arroyuelos. Ella se quedó mirándolas, pero pestañeó y retiró la vista cuando llegó a sus calzones. No pudo resistirse a echarle otro vistazo con los ojos entrecerrados; estaba estupendo.

Bajo aquella piel bronceada se veía una fuerte musculatura y una estela de vello rubio partía de su ombligo hacia los calzones que se estaba sujetando. Sus fuertes brazos y hombros no reflejaban el gran esfuerzo que había hecho al recorrer el lago a nado. Su abdomen era plano, pero al mismo tiempo tenía unas ondulaciones que resultaban fascinantes. Al contemplarlo Marsaili sintió un cúmulo de sensaciones.

Entonces se dio cuenta de que él le estaba sonriendo.

—Siento haberla sobresaltado, señorita Buchanan —le dijo retirándose el pelo mojado de los ojos—. No era mi intención.

—Bueno, pues para no querer le ha salido muy bien —soltó Marsaili, molesta consigo misma porque le había sorprendido mirándolo otra vez—. Y encima he perdido el peine —que había rebotado contra el muelle, cayendo directamente al lago.

—Eso por lo menos puedo arreglarlo —le dijo él, sumergiéndose para salir un momento después con el peine en la mano. Cuando se lo dio, ella tuvo que contener la respiración porque estaban tan cerca que hubiera podido tocarle la piel si hubiera querido. Y eso era algo que definitivamente no pensaba hacer. O al menos es lo que trató de decirse a sí misma.

—Gracias —musitó, intentando disimular la sorpresa cuando al rozar los dedos de él sintió que los tenía calientes a pesar del agua fría. Aquel breve contacto entre ellos fue como el impacto de un disparo, lo cual la hizo ponerse aún más nerviosa. ¿Qué le estaba pasando?

—Ha sido un verdadero placer.

Su voz estaba más ronca aquella mañana. Aquel tono tan grave le provocó un escalofrío en toda la columna, aunque no le importó. Al darse cuenta de que seguía mirándolo fijamente, recuperó la compostura.

—¿Qué hace aquí tan pronto? —le preguntó ella, sin poder evitar un tono algo gruñón. Él tenía la habilidad de irritarla al mismo tiempo que la atraía. Y eso le resultaba bastante incómodo.

Entonces Brice cruzó los brazos sobre el pecho, y la visión de su cuerpo mejoró enormemente. Marsaili agarró el peine fuertemente para evitar que sus dedos fueran a tocar aquellos tensos bíceps. Eran tan increíblemente tentadores que le hubiera gustado comprobar si eran tan duros como parecían.

—Solo me estaba dando un baño —le respondió con una sonrisa—, como me dijo que hiciera la otra vez. Creí entender que el agua caliente era escasa.

Marsaili estaba segura de que se había puesto colorada cuando recordó aquel primer encuentro tan descortés. La mirada burlona de sus ojos tampoco la estaba ayudando. Él sabía que la incomodaba y lo hacía a propósito. ¡El muy sinvergüenza!

Pero como realmente no se sentía enfadada con él, tuvo que disimular una sonrisa.

—Se lo dije porque era día de colada —se defendió—. En cualquier otro día es mejor que la pida.

—Es bueno saberlo —dijo, y cambió de tema—. Usted también se ha levantado pronto —comentó—. ¿Se queda aquí sola? Podría secuestrarla un *kelpie*^[9].

—¡Qué tontería! Además, tengo a *Liath* para protegerme. Pero... —dirigió una mirada acusadora al perro que se había levantado de donde estaba echado junto a ella, y meneaba el rabo frenéticamente ante el terrateniente. No le había avisado de que había alguien cerca. Suspiró—... Pero no parece que me sirva de mucho con usted —tuvo que admitir.

Brice sonrió abiertamente y acarició la cabeza del animal.

—Eso es porque es un perro listo que sabe que usted no debe temer nada de mí —*Liath* aprovechó la oportunidad para darle un lametazo en la mano, como confirmando sus palabras.

—Puff —Marsaili no sabía si estar contenta o molesta con esa afirmación. Por un lado, eso la tranquilizaba al ver que el terrateniente no trataba de seducirla, pero por otro... Sintió que sus mejillas se ruborizaban de nuevo mientras trataba de no seguir esa línea de pensamiento. De acuerdo, aquel hombre era muy guapo ¿y qué? Había muchos otros como él y ella estaba mucho mejor sin marido. Había visto cómo aquel hombre trataba a su madre cuando por fin se casó. Fue un infierno.

Además, un hombre como Brice Kinross nunca querría casarse con una criada, aunque fuera cualificada. Seguro que sus padres le buscarían una novia entre la gente rica que conocían. Lo máximo que a él le interesaría de Marsaili sería un revolcón en el pajar. Y por muy tentador que le pareciera —volvió a mirar aquel torso dorado—, las consecuencias podían ser fatales. Un precio que su madre había pagado bien caro.

Haría bien en mantenerse totalmente lejos de su señoría.

«¡Dios mío, qué ojos tan azules! Son como para ahogarse en ellos...».

Esa mañana Brice no podía quitar los ojos de encima a aquella mujer. No sabía por qué, pero la veía diferente. Más tierna y vulnerable. O quizá era que el nadar tanto en el lago le había relajado y aplacado el mal humor. Se fijó en aquel espléndido cabello, un desorden de rizos de color miel, dorado y cobre, mezclados con mechass ocreas y rojas. Nunca había visto un pelo igual; se había equivocado al descartarlo con un simple «pelirrojo». No lo era. Comenzaba a brillar por el reflejo del sol, y unos cuantos mechones secos se levantaron con la brisa de la mañana. Buena parte de su melena todavía estaba mojada y sin desenredar, y no dejaba de pasarse el peine mientras hablaba con él. No parecía fácil a juzgar por los gestos que hacía con la boca cuando se daba algún tirón al intentar pasar el peine entre los largos tirabuzones.

Tenía una boca generosa, pero no excesivamente, con un hoyuelo a cada lado. Solo los había visto la noche anterior mientras sonreía a algo que le decía Kirsty.

Hasta ahora no la había visto sonreír mucho cuando él estaba cerca, lo que resultaba comprensible. El sol solo había bronceado ligeramente su piel, que se veía de color crema e impecable. Y sus verdes ojos se veían mucho más vivos fuera que dentro de las oscuras dependencias de Rosyth House.

Sin pedirle permiso, se subió al muelle a su lado y le tendió la mano.

—Deme el peine y déjeme ayudarla o no acabará nunca.

Ella se volvió mirándole sobresaltada y él la oyó ahogar la respiración.

—¿Qué? ¡No! Quiero decir que usted no sabe...

—Claro que sé. Tengo cuatro hermanas más pequeñas. Ya verá como tengo buena mano desenredando nudos difíciles.

—¿Cuatro? —miró su mano extendida y después de dudar le puso el peine en ella. Al ir a agarrarlo, él cerró sus dedos unos instantes en torno al peine y la mano de ella, que le miró a los ojos una vez más. Él sintió que le atravesaba un repentino deseo, pero lo reprimió. Estaba comprometida y en su última visita le había dejado claro que no estaba interesada en recibir proposiciones. Tampoco quería espantarla. Por ahora no.

—Dese la vuelta y le desenredaré enseguida esos nudos de duende^[10].

Ella hizo lo que le pidió.

—¿Qué sabe sobre los nudos de duende? —preguntó.

—Solo que son unos nudos muy enmarañados pero preciosos —respondió a la vez que le sonreía.

Comenzó a peinarla metódicamente de la misma manera que ella. La única diferencia era que él lo hacía más rápido, ya que no tenía que valerse solo del tacto. Le gustaba manejar aquel pelo. Aunque estuviera mojado era sedoso y suave, y el color seguía sorprendiéndolo aún más en seco. Desde donde estaba sentado tenía una buena visión por encima del hombro de ella sobre el corpiño, que llevaba atado de manera holgada. Al ver la mitad superior de aquellas curvas perfectas sus dedos se sintieron ansiosos por rodearla y tocarla. Se resistió otra vez.

—Veo que es una mujer práctica —comentó.

—¿Qué quiere decir? —su voz sonaba soñolienta, como si le agradara que le peinaran el pelo.

—Lleva un corpiño que se ata por delante, así no necesita que nadie la ayude. Es una pena, yo podría ser su doncella.

Ella le lanzó una mirada desconfiada por encima del hombro, enarcando una ceja.

—Y supongo que con todas esas hermanas también está muy versado en esa materia...

Le sonrió abiertamente.

—Por supuesto, ¿dónde, si no, podía haber aprendido?

Ella dio un resoplido.

—¿Dónde? ¿Me toma por tonta, milord?

—Llámeme Brice, por favor. Por lo menos cuando no haya nadie delante. Todo

eso de lord todavía me resulta extraño. Toda mi vida he sido Brice o señor Kinross.

—Pero eso sería incorrecto —le contestó ella mientras seguía mirándolo y se mordía un labio.

Él también sintió el impulso de mordérselo o de mordisquear por lo menos algo de su carne fresca.

—No, sería un gesto de simpatía.

—Mmm, puede que lo haga.

Cuando acabó con los últimos mechones, metió el peine en el pelo deslizándolo desde la coronilla y pasando por su bonito trasero, casi hasta el suelo del muelle.

—Ya están todos —dijo sin poder resistirse a tomar un mechón para oler su aroma a flores—. Mmm, qué agradable. ¿Qué se ha puesto?

Ella retiró delicadamente el pelo de su mano.

—De verdad, mi... Brice, no debe hacer eso. Es una mezcla del jabón de brezo y lavanda que hace Flora, por si le interesa.

Vio que ella se ruborizaba, y se dio cuenta por primera vez de que a Elisabet nunca le ocurrió eso ni una sola vez cuando le hacía cumplidos. Siempre los escuchaba como si se los mereciera y se limitaba a agradecerse los con elegancia. Se preguntó si al fin y al cabo su padre no tendría razón. ¿Lo había amado Elisabet alguna vez? ¿Le habían importado sus cumplidos? Quizás él simplemente no lo había comprendido hasta ahora. Sacudió la cabeza mentalmente.

«Olvida a Elisabet. Es un asunto irrelevante. Concéntrate en disfrutar de la vida, vive el momento», se dijo. Pero no era fácil, todavía le costaba quitársela de la cabeza.

Marsaili se puso a recoger sus cosas y él saltó desde el muelle al agua quedándose de nuevo frente a ella.

—Espéreme ahí —le dijo—. Iré a recoger mi ropa seca, así puedo acompañarla de vuelta a la casa.

—No es necesario, tengo a *Liath*.

—Ah, ¿pero él ha ahuyentado alguna vez a un *kelpie*? Usted no sabe cómo reaccionará si ve a uno.

A ella se le escapó la risa y sacudió la cabeza mirándolo.

—¿Sabe que usted está bastante loco? O eso o todavía está bebido de anoche.

Él también se echó a reír.

—Ninguna de las dos cosas. Quédese ahí, es una orden de su terrateniente.

—Sí patrón —le replicó ella sarcásticamente, y cuando él regresó con su ropa seca, que había dejado sobre una piedra de la orilla algo más allá, ella todavía estaba allí.

Le ofreció el brazo y se inclinó, como si fuera un caballero galante acompañando a su dama al baile. Ella sonrió, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Vamos, *Liath* —le dijo al perro—. No voy a ningún sitio sola con un loco así.

Liath obedeció, pero solo después de que Brice comenzara los primeros pasos.

—Buen perro —dijo Brice con una risita.

Colin Seton no vivía en la casa principal. Como administrador tenía casa propia en la aldea; era la más grande y tenía el suelo de losas de piedra y sus propios muebles. Consideraba que era apropiada para él. De todas formas, apenas se fijaba en lo que le rodeaba. Su mente estaba centrada en el futuro, cuando fuera el terrateniente de Bailliebroch y poseyera una gran propiedad con una vivienda adecuada. El hecho de que no quedara mucho de su antigua casa no lo desalentaba; pronto la reconstruiría, porque recordaba hasta el último detalle de su arquitectura y no dudaba de que llegaría a recrearla.

Pero eso requería dinero, y su plan para obtener la cantidad necesaria se había torcido. Apretó los puños mientras entraba en el patio de camino a su despacho. Tenía que hacer algo con el nuevo terrateniente, estaba claro. La simple presencia de Brice impedía a Seton conseguir su propósito.

Frunció el ceño aún más cuando recordó el desaire de la noche anterior. Poner a su hijo en un sitio de la mesa más cerca de la cabecera que él era más que suficiente. Su hijo ni siquiera estaba prometido a esa pobre chica sin dinero a la que quería. Seton había confiado en que dándole largas, disuadiría a Iain, pero el joven había demostrado ser sorprendentemente testarudo. Bueno, quizá debería acoger a Kirsty como nuera, pero en su casa él sería quien ocuparía la cabecera de la mesa hasta su muerte.

Entró en la gran casa y mientras avanzaba por el pasillo iba mirando las ventanas de vez en cuando. Un movimiento llamó su atención y se detuvo para verlo mejor. De pronto se dio cuenta de lo que ocurría: el nuevo terrateniente y Marsaili venían caminando juntos, paseando desde el lago. ¿A esas horas del día? Seton pestañeó aturdido.

¿Qué pretendía ahora ese hijo de perra? ¿No tenía bastante con interferir en la administración de la propiedad? ¿Pensaba también ganarse el favor de las damas haciéndose el simpático? Eso no iba a tolerarlo.

Estaban riéndose, podría jurarlo, aunque desde lejos no podía verlos bien. Y el terrateniente no iba vestido del todo. ¡Qué poca vergüenza!

Seton sintió que su rabia aumentaba y le presionaba el pecho. Marsaili era suya. La había deseado desde el primer momento en que le había puesto los ojos encima, cuando ni siquiera era una mujer. Había esperado pacientemente y sería suya. Ningún mequetrefe extranjero se llevaría lo que era suyo, se iba a asegurar de ello.

Sí, el terrateniente tenía que irse y después ese maldito perro. Pero ¿cómo iba a conseguirlo?

—Gracias por acompañarme, mi..., Brice. Y por su trabajo como doncella...

Marsaili se sintió de pronto avergonzada de estar tan cerca, sobre todo porque la toalla de tela que él llevaba para secarse solo le tapaba parcialmente el cuerpo,

todavía medio desnudo. La había hecho reír con historias suecas de *trolls* y seres fantásticos que según él eran mucho peores que cualquier *kelpie* escocés. Eso le había descubierto que él no siempre era el severo tirano que había conocido antes. Tenía un lado delicado que le resultaba muy atractivo.

—En absoluto, no hay de qué. Y aunque me gusta que me llame «mi Brice», sería mejor que no lo dijera cuando puedan escucharle otros —bromeó.

—Se me traba la lengua, ya lo sabe —dijo fingiendo un gesto amenazador, como si fuera a darle un puñetazo.

Él se rió.

—Ejem... Ahora no me vaya a dar ideas —le dijo levantando exageradamente las cejas y mirando sin rodeos su boca.

Marsaili sintió que se le encendían las mejillas.

—No le da vergüenza, mi... Brice. No quiero escucharle más.

—Bueno, no tiene que escucharme —le dijo mirándola con ojos pícaros—. Solo tiene que cerrar los ojos y se lo mostraré —añadió con una voz profunda y llena de promesas, que hizo que Marsaili se derritiera por dentro hasta el punto de hacer casi lo que él pedía, pero se recompuso y negó con la cabeza.

—No haré una cosa semejante. Y ahora es mejor que vaya a secarse o pillaré un resfriado de muerte.

Él suspiró exageradamente.

—Muy bien, mujer cruel. Entonces la veré en el desayuno. Asegúrese de que esta vez la crema de avena no esté aguada, por favor, o se la echaré por encima de su pelo recién lavado —anduvo hacia atrás unos pasos con una sonrisa, lo que hizo que ella también le sonriera, a pesar de que otra vez le había recordado lo mal que se portó con él—. Mucha mantequilla y miel por favor, con crema —añadió—. Y necesitaré dos criadas como mínimo. Peinar un pelo tan largo como el suyo es fatigoso.

—¡Váyase! —le hizo un gesto con la mano como para ahuyentarlo y se volvió hacia la entrada de la cocina, decidida a no hacerle caso. Sin embargo, no pudo resistir mirarle por última vez de reojo, y fue un placer ver sus anchas espaldas desnudas bajo la luz del sol.

Suspiró. Era realmente un hombre magnífico.

Capítulo 12

—Muy bien, señor Seton, creo que tenemos algunas cosas que tratar relativas a la gestión de esta propiedad.

Brice había pospuesto dos días ese inevitable encuentro con Seton con el fin de ver cómo respondía el hombre a su presencia en Rosyth. Hasta el momento el administrador no había revocado las instrucciones de Brice, pero tampoco las había respaldado asegurándose de que se cumplieran. Su expresión durante la cena no había sido precisamente alegre, y esa mañana parecía incluso más gruñón, si cabe, como si Brice lo hubiera ofendido mortalmente. «Tal vez le haya ofendido por el simple hecho de estar aquí», pensó Brice, pero no tenía ninguna intención de humillarlo, así que aquel enfado era un poco prematuro.

Seton ya estaba sentado en el escritorio cuando él llegó, y tuvo que mirarlo con insistencia para que le dejara la silla. Cuando Brice ocupó el asiento, Seton se sentó enfrente. Brice era consciente de que esto quizá le hiciera sentirse incómodo, pero eso era lo menos malo que le podía pasar. Aún tenía que responder unas cuantas preguntas.

—He estado echando un vistazo a los libros de cuentas —le dijo Brice— y todo parece cuadrar.

—Sí, así es como debe ser. Las he llevado yo mismo —respondió Seton con una mirada glacial, como si estuviera a la defensiva.

—No dudo de su capacidad para cuadrar o llevar las cuentas, señor Seton. Sin embargo, lo que me pregunto es por qué las cantidades son tan pequeñas. Parece que en los últimos años no ha habido ningún beneficio en absoluto.

Seton se encogió de hombros.

—Como habrá escuchado, hemos pasado por tiempos difíciles en las Tierras Altas. Los casacas rojas se han encargado de que así fuera. Destrozaron casas, y luego nos ahogaron con impuestos y más impuestos. Con ellos esto no se acaba nunca.

—A pesar de eso, han pasado casi ocho años desde el cuarenta y cinco y según tengo entendido, los dos últimos años han sido relativamente buenos en lo que a las cosechas se refiere. Y aun así, el rendimiento de Rosyth es ridículo. ¿Cómo se explica eso?

Las mejillas de Seton adquirieron un matiz más tosco, y Brice vio cómo el músculo de una de las mandíbulas se le contraía, pero mantuvo la calma.

—Después de la mala cosecha del cincuenta y uno tuvimos poco grano que sembrar, por eso tampoco hubo ningún rendimiento. La gente tiene que comer y las familias siguen aumentando. Hay demasiados malditos aparceros que alimentar.

—¿No se podía haber comprado más grano para sembrar? ¿Y qué pasa con el ganado? Creo que los pastos de aquí deberían ser suficientes para mantener a un rebaño de al menos trescientas cabezas y la mitad podrían venderse cada año en el mercado. Sin embargo, el año pasado usted solo vendió veinte.

El administrador trató de aparentar despreocupación, pero Brice notaba que se estaba poniendo nervioso. Quizá no se había imaginado que el nuevo terrateniente sabría algo de agricultura o que ni siquiera le interesara.

—Tuvimos que vender mucho ganado los años anteriores, así que no nacieron muchos terneros —replicó Seton—. Vendí los que podíamos permitirnos perder. El resto de animales ha tardado en crecer. Quizá al ser de otro país usted no conozca a los animales de aquí. Las *kyloes* tardan cuatro años en ser adultas y no se pueden vender antes. Además, no todas sobreviven al invierno.

—Entonces, ¿cuántas tenemos exactamente? —Brice miró en el libro de cuentas—. De acuerdo con esto, quedaban en el rebaño ochenta y cinco después de que el pasado otoño se llevara el resto al matadero o se vendiera. Suponiendo que la mayoría eran hembras y que los toros hicieran su trabajo, deberían haber nacido en primavera unos setenta u ochenta terneros. Según mis cálculos, eso hace ciento sesenta y cinco *kyloes*.

—Siii —Seton arrastró la afirmación como si no estuviera de acuerdo con Brice.

—Humm, es extraño que en los pastos haya unas cincuenta cabezas más —comentó Brice—. Doscientos dieciséis. ¿Ha habido muchos partos gemelares?

Seton enarcó sus oscuras cejas y miró con furia a Brice.

—¿Cómo ha llegado a esa cifra, milord? —dijo las dos últimas palabras con un tono ofensivo, pero Brice decidió no darse por enterado. En lugar de eso sonrió.

—Las he contado.

—¿Cómo? —el administrador abrió unos ojos como platos y enderezó su espalda.

—Subí ayer para invitar a la gente a la cena de anoche. Y como estaba allí conté a los animales. Y eran doscientos dieciséis.

Por un instante pareció como si Seton fuera a replicarle. Abrió la boca y la cerró de nuevo. Finalmente tomó una bocanada de aire y dijo:

—Tiene que haberse equivocado, señor. Se mueven mucho y no es fácil contarlas. Y siempre hay algún par de más que pertenece a los arrendatarios. Sí, debe de ser eso, habrán juntado las suyas con el resto.

—¿Usted cree? Lo veremos cuando las bajen a final de mes, espero. Sin embargo, le aseguro que mi vista es excelente, y si encuentro alguna menos de las que he contado, averiguaré qué les ha pasado.

El administrador no contestó a eso, lo que le hizo sospechar a Brice que efectivamente tenía la intención de ir quitando poco a poco algunos animales, quizá de noche, para venderlos. Había cortado de raíz aquella confrontación.

—Como habrá visto —continuó—, he traído algunas hembras, así que ahora la cantidad total debería ser de doscientos cincuenta. Creo que debemos vender

cincuenta toros este año y sacrificar unos cinco para empezar.

—¿Para empezar? ¿Cómo vamos a dejar ciento noventa y tantos para alimentar durante el invierno? ¡Imposible!

—No lo es si compramos más forraje y empezamos ahora a segar heno y a secarlo. Me gustaría que buscara a varios hombres para que lo hagan de inmediato, por favor, eso es prioritario. Yo mismo los ayudaré si hay una guadaña de sobra. El ganado puede quedarse fuera casi todo el año, pero necesitaremos forraje extra para cuando haya que guardarlo dentro.

—Nosotros no hacemos así las cosas por aquí —protestó Seton con una mirada sombría.

—¿Por qué no? La próxima primavera me gustaría tener ciento veinte animales vivos, de manera que al año siguiente tengamos un rebaño de una tamaño decente. Como le dije, esos pastos dan para más de trescientos.

—¿Pero dónde los guardará si tenemos un invierno malo? Los habitantes de la aldea solo pueden hacerse cargo de entre tres y seis animales cada uno, según el tamaño de su cabaña, y algunos solo de uno.

—Podemos construir otro granero para eso. Si no queda más remedio, algunos pueden guardarse en los establos, ya que lamentablemente están muy vacíos y ahora solo hay cuatro garrones y mi caballo. Así que eso no debería ser un problema. También he deducido que necesitamos un granero nuevo para el heno. Creo que es lo primero que deberíamos construir. ¿Está de acuerdo?

Y sin darle a Seton la oportunidad de contestar o de protestar, cambió de conversación.

—Me dijeron que, en ausencia de mi padre, usted presentaba sus informes a la señora Kinross. ¿Es así?

—Sí, en la medida de lo posible, habida cuenta de que es mujer y todo lo demás.

—¿Quiere decir que ella no entiende de los asuntos de la propiedad?

—A decir verdad, no. Y la mitad del tiempo está medio enferma, como usted sabe. Prácticamente lo dejaba todo en mis manos.

—Claro. ¿Y ha estado recibiendo toda la correspondencia en su nombre?

—La poca que había, sí.

—¿Así que es usted quien recibía las cartas de mi padre?

—No eran muchas, por lo que recuerdo. A mí mismo me extrañaba, pero tal y como están las cosas en Escocia, pensé que quizá no conseguían que llegaran más. La señora Kinross también me lo comentó.

Brice frunció el ceño.

—Mi padre me dijo que le escribía al menos cuatro veces al año.

Seton se encogió de hombros otra vez.

—Yo no he recibido tantas cartas.

Como no le creyó, Brice no siguió insistiendo. En vez de eso cambió otra vez de tema con bastante brusquedad:

—Ayer también eché una rápida ojeada a los campos, y diría que de aquí a dos semanas ya se podrá cosechar. ¿Qué cree usted?

—Sí, pero necesitaremos que haya más días de sol.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué le parece si nos ponemos manos a la obra, digamos en diez días?

—¿Nos?

Brice hizo un gesto de sorpresa.

—Por supuesto. Hay que arrimar el hombro durante la cosecha, ¿o no? Por lo menos, así es en la zona de donde yo vengo.

Seton lo miró con los ojos desorbitados, luego movió la cabeza negativamente.

—Tendrá que excusarme, milord, pero ya no estoy en la flor de la vida y hace poco me lastimé la espalda.

—Faltaría más —Brice pensó que lo veía todo demasiado claro, pero había querido forzar otra vez a aquel hombre a participar. Ocultó una sonrisa. Era la reacción que esperaba. De todas formas, a juzgar por las apariencias el administrador no tenía mal aspecto. De hecho, rara vez había visto a un hombre de su edad en tan buena forma, aparte quizá de su padre—. Esperemos que haya suficientes hombres fuertes. ¿Hay bastantes guadañas o tengo que comprar alguna?

—¿Guadañas? ¿Para qué? El cereal simplemente se arranca de la tierra, solo se necesitan las manos —Seton lo miraba confundido.

—¿Se arranca? ¿Con raíces y todo? —Brice no podía creer lo que estaba escuchando.

—Sí, así es como suele hacerse. Luego los granos se sacan de las espigas quemándolas; nosotros lo llamamos «descascarillar».

—¡Eso es absurdo! No me extraña que tenga que sacrificar a tantos animales cada otoño. No le queda paja para alimentarlos en invierno.

—Exactamente —por su expresión, Seton creía que lo había convencido, mientras que en realidad solo consiguió que Brice se decidiera aún más a hacer las cosas a su manera.

—De acuerdo, pero este año no se hará así. Usaremos guadañas. Me gustaría que se hiciera a mi manera, por lo menos esta vez. ¿No le importa? —realmente no se lo estaba preguntando, y los dos lo sabían.

Seton torció el gesto.

—¡Usted sabrá lo que hace! —masculló de forma extraña.

—Así es. Por favor, avise a los hombres para que empiecen a segar el heno inmediatamente. Me uniré a ellos en cuanto pueda —Brice hizo un gesto con la cabeza para despedirlo—. Hasta luego.

Después de que Seton se marchara, Brice estuvo mucho rato cavilando. Lo había pasado mal tratando de demostrar que el administrador no había hecho las cosas como era debido. Ahora tenía que adoptar medidas más drásticas. Tomó una hoja de papel y empezó a escribir una carta a su padre contándole todos los pormenores de

sus últimas averiguaciones.

Necesitaba ayuda.

—Es un hombre raro, sí señor —dijo Greine entrando en la cocina con una cesta llena de coles que acababa de lavar en el lago—. No sé qué pensar de él.

Marsaili, que estaba sentada junto a la mesa de la cocina anotando en el libro de contabilidad doméstica las nuevas provisiones, levantó la vista.

—¿Quién?

—El terrateniente, por supuesto.

—¿Por qué dices que es raro? ¿Qué ha hecho ahora? ¿Está repartiendo más comida? —aunque lo decía bromeando, sabía que no era para tomárselo a risa, porque era consciente de que su empleador no podría comprar el afecto de sus arrendatarios solamente dándoles cosas. «Debería peinarlos a todos». Aplastó aquel pensamiento travieso, pero no pudo reprimir un delicioso escalofrío que le recorrió la columna de arriba abajo al recordar lo bien que se había sentido con sus atenciones.

—No, está segando heno. Maneja la guadaña como si hubiera nacido para ello. ¡Él, que es un terrateniente! Eso es algo que no esperaba ver nunca.

Marsaili se quedó mirando fijamente a Greine.

—¿De verdad? Yo, desde luego, nunca en mi vida —comentó pensando que parecía haberlo comprendido. Entonces le vino a la mente una cosa y sonrió—. ¿También está el señor Seton echando una mano?

Greine resopló.

—En absoluto. No se le ha visto ni por asomo desde la reunión en el despacho de esta mañana. ¿No has visto que se iba con el rabo entre las piernas?

Marsaili frunció el ceño.

—No, pero espero que el terrateniente sepa lo que está haciendo. Enemistarse con el señor Seton puede ser peligroso. Es probable que le devuelva el golpe.

—Yo no he oído ningún ruido de pelea, así que me imagino que el administrador estará un poquito molesto por que ya no está al frente. Pero ya se le pasará. Al fin y al cabo, él tenía que saber que eso iba a pasar algún día.

—Sí, pero no tan pronto —eso es lo que él le había dicho a ella hacía poco.

—De todas, maneras deberías ir a pasear un ratito por el prado —le dijo Greine con una mirada pícara.

—¿Para qué? Tengo trabajo que hacer —respondió Marsaili intentando aparentar seriedad.

—Bueno, porque te aseguro que es un hombre de muy buena planta. Aconsejaría a cualquier mujer que fuera a verlo —comentó Greine, que soltó una fuerte carcajada cuando Marsaili agarró un rodillo e hizo el gesto de amenazarla con él.

—¿Es que por aquí no hay nadie que no esté empeñado en buscarme pareja?

Sin embargo, estuvo toda la tarde reprimiendo unas irresistibles ganas de ir a dar

un paseo.

Solo unos pocos hombres respondieron al llamamiento para la siega del heno. Pero a Brice le gustó ver a Sandy *Mor* y a su hijo Rob entre ellos. Sabía que si se ganaba la confianza del principal arrendatario, el resto de los aparceros lo secundarían.

A pesar de andar escasos de ayuda, a primera hora de la tarde ya habían terminado. Cortaron toda la hierba que pudieron en los campos húmedos que había junto al lago. Algunas de las mujeres de la aldea la habían extendido para que se secase, comprometiéndose a darle la vuelta de vez en cuando. No era mucho, pero sí un buen comienzo. Brice confiaba en que creciera más antes de que llegara el invierno. También le agradó ver que Archie y otros niños llegaban de vez en cuando con cestos llenos de hierba que habían cortado por ahí.

—Sois de gran ayuda —les dijo—. Seguid y luego venid a cobrar. Archie, tú me dirás cuánto le debo a cada uno, ¿te parece?

—Sí, se lo diré —le respondió Archie con una sonrisa de oreja a oreja, y luego se escabulló.

En cuanto regresó a la casa, Brice se bañó y se cambió de ropa; luego se dirigió a la torre norte y llamó a la puerta de las dependencias de su tía Ailsa. Abrió Flora, que sonrió al ver que era él.

—Pasa, Brice. Estoy segura de que madre se alegrará de verte —luego añadió susurrando—: No te imaginas lo animada que está desde que has llegado. Hacía siglos que no la veía tan contenta.

—Me alegro —replicó.

Siempre le había caído bien su tía Ailsa, aunque de niño no entendía por qué estaba siempre tan triste. En cambio, su madre estaba llena de vida y normalmente se la veía feliz y sonriente. El contraste entre ambas no podía haber sido más marcado ni queriendo. Sin embargo, a pesar del aire de tristeza de su tía Ailsa, a él siempre le había tratado con cariño y por eso no le costó ir a visitarla y sentarse con ella un rato. Su padre también le había explicado que el matrimonio de Ailsa con Farquhar, el primo de Killian, no había sido precisamente feliz, y hasta era posible que hubiera sido violento con ella. Por tanto, era comprensible que aquello hubiera dejado marcada a una mujer tan delicada.

—Ay, mi niño, me encanta que hayas venido —le dijo Ailsa con el rostro iluminado.

Al inclinarse para besar su traslúcida mejilla lo inundó el familiar olor a rosas que siempre la acompañaba. Kirsty estaba sentada junto a la ventana y la saludó también.

—¿Y tú, cómo estás? Esperaba encontrarte bien —le dijo a Ailsa.

—Nunca he estado mejor. La reunión de ayer para celebrar tu regreso a casa fue muy agradable. Hace mucho tiempo que esperaba que vinieras a hacerte cargo de tu herencia y por fin aquí estás —Ailsa suspiró de felicidad.

Brice no estaba muy de acuerdo con ella en eso de que la cena de la noche anterior hubiera sido tan agradable, por lo menos no en el sentido que ella decía. No obstante, respondió:

—Tengo que admitir que no pensaba..., quiero decir, que no pensaba venir —aclaró cuando vio su gesto de confusión—. Mi padre no mencionó lo de mi herencia hasta hace solo unas semanas. No sé muy bien por qué.

—Estoy segura de que tendría sus razones. Killian ha sido siempre muy listo. No como mi difunto esposo... —Ailsa arrastró estas palabras y una expresión sombría se apoderó de ella, pero enseguida sacudió la cabeza y volvió a sonreírle—. Pero no debemos vivir en el pasado. Eso ha quedado atrás.

—Es cierto, aunque observo que por aquí hay personas a quienes les cuesta olvidar ciertas cosas —comentó Brice, que, si bien no quería disgustar a su tía Ailsa, necesitaba algunas respuestas y sabía que ella era más astuta de lo que parecía. Algo que había descubierto tiempo atrás.

—Entiendo que te refieres en concreto a nuestro administrador, ¿verdad? —preguntó Ailsa estirando un poco los labios.

—Sí, exactamente. ¿Sabes si... le pasó a él personalmente algo que lo haga estar tan en contra de los ingleses? Sí, ya sé que su familia perdió su patrimonio, mi padre me lo contó, pero debe haber algo más.

—No lo creo. Lo que pasa es que algunas personas, incluido el señor Seton, se sienten muy orgullosas de su herencia y sienten que han abusado de ellas. A decir verdad, su hermano fue el único que se declaró abiertamente jacobita, así que Seton debió de imaginarse que él se haría cargo de Bailliebroch después de lo de Culloden. Lamentablemente eso no ocurrió, y si hay un hombre rencoroso ese es nuestro señor Seton.

—Me lo creo.

—¿Tienes algún problema a la hora de tratar con él? —le preguntó Ailsa—. Me temo que mi relación con él se ha reducido a la mínima expresión —añadió con semblante sombrío.

—Nada que no pueda manejar —dijo Brice para cambiar de tema. No quería angustiar a su tía, y estaba claro que a ella no le gustaba Seton—. Ahora vamos a tratar de asuntos más importantes: tu ropero.

—¿Cómo? —Ailsa se quedó mirándolo con perplejidad y Brice se rió, satisfecho de la sorpresa causada.

—O sea, tu ropa o lo que te haga falta. Me he tomado la libertad de comprar en Edimburgo algunas telas para ti, aunque no estoy seguro de haber acertado con los colores. Además, quizás eso no sea suficiente porque no sabía que mis primas todavía vivían aquí. Tendré que ir a comprar más, pero prométeme que me dirás si no te gustan o si deseas que devuelva o cambie alguna. Vosotras también —sonrió a Flora y a Kirsty, especialmente a esta última que lo miraba con unos ojos radiantes de emoción.

—¡Qué atento eres! Gracias. Hace mucho que no estrenamos vestidos. Te aseguro que cualquier tela es bienvenida, sea del color que sea.

—Estupendo. Entonces, ¿os gustaría también unas de seda? Compré algunas en mi viaje a China y pensé que os gustaría tener una pieza a cada una —dijo tratando de no pensar que en principio las había comprado para Elisabet. Pero ellas no tenían por qué saberlo.

—De verdad que esto es excesivo. No tenías que traernos nada —le dijo Ailsa casi abrumada.

—No te atrevas a rechazarlo, mamá —se rió Kirsty—. Hace años que no llevo un vestido decente, y seré la primera en aceptarlo con mucho gusto. Pero solo cosa, primo...

—¿Sí? —Brice vio de repente un travieso parpadeo en sus ojos y se preguntó con qué saldría su prima.

—¿Habrá también para nuestra otra hermana?

Ahora el sorprendido era Brice, que se quedó mirando a Kirsty y luego puso una expresión de extrañeza.

—Disculpadme, pero me dijeron que Marie había fallecido, ¿no? Estoy seguro de que mi padre comentó que había sido a causa de la viruela... —estuvo a punto de decir que suponía que Flora había insistido en cuidar a su hermana pequeña y que por eso se contagió y le quedaron esas marcas en la cara.

—No, no hablaba de Mairie, sino de Marsaili.

—¿Qué? Ahora sí que me he perdido.

—Kirsty... —le reprendió suavemente Ailsa, pero como lo dijo en un tono poco enérgico, Kirsty ignoró a su madre y le contó a Brice la historia de cómo el pastor había ido a comunicarles lo de su media hermana.

—Es increíble —comentó Brice cuando ella terminó de contárselo—. Tenía la impresión de que tu padre..., es decir, me sorprende que se preocupara tanto de un hijo ilegítimo.

Los labios de Ailsa se tensaron de nuevo.

—Puedes estar seguro de que nunca lo hizo con ninguno de los otros —dijo y, ante la mirada sobresaltada de Brice, ella lo miró irónicamente—. Ah, no soy ciega ni sorda, Brice. Farquhar dejó varios hijos por aquí, pero todas eran chicas, así que no se molestó en reconocerlas. Sin embargo, parece que aún confiaba en tener un hijo varón y por eso escribió esa carta y habló con el pastor antes de marcharse a su último viaje. Y yo soy la primera en alegrarme.

—¿Se alegra? —pensándolo bien, esa mujer seguía asombrándolo, había un corazón de acero bajo esa delicada fachada que la mayoría de la gente subestimaba—. ¿Por qué?

Ailsa sonrió.

—Marsaili es una chica encantadora, y desde que perdió a su madre y a una hermana de la misma edad, que incluso tenía el mismo nombre, parece que el destino

nos haya unido a todas. Además, ella pertenece a esto, es de la familia.

—Sin duda. ¿Y los otros?

—Nadie ha venido aquí a reclamar su parentesco —Ailsa se encogió de hombros

—. Si así fuera, haría lo que pudiera por ellos.

Kirsty la interrumpió.

—¿Entonces estás de acuerdo? ¿Puede quedarse una tela de seda?

Brice se rió al ver su entusiasmo.

—Por supuesto que sí, siempre puedo comprar más.

La expresión de Ailsa se ensombreció por unos instantes.

—Pero no disponemos de medios para costear esas compras. No queremos ser una carga para ti.

—No te preocupes por eso. Será mejor que vaya a por las telas, así podéis empezar a coser como os parezca. Vuelvo enseguida.

Capítulo 13

—¡Marsaili, ven enseguida! Tienes que ver algo.

Kirsty entró deprisa en la cocina, donde Marsaili todavía estaba comprobando las provisiones de su despensa inusualmente llena. Se volvió hacia su media hermana, que estaba dando botes en el suelo y tenía las mejillas coloradas de la emoción. Por lo menos, no parecía que ese «algo» fueran malas noticias.

—¿Puede esperar? Estoy un poco ocupada con esto.

—No, no puede. ¡Vamos! —exclamó Kirsty agarrándola de la mano y empujándola hacia la puerta.

Marsaili meneó la cabeza y se rió.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—Espera y verás. Los ojos de Kirsty brillaban, y Marsaili se preguntó en qué demonios andaría metida.

La siguió hasta las habitaciones de Ailsa, cuya puerta estaba abierta. Marsaili se detuvo en seco en el umbral y puso unos ojos como platos. Parecía como si la salita de Ailsa se hubiera transformado en una tienda de telas. Apoyados contra la pared había rollos de tela de algodón con rayas, otros de lino blanco básico y rollos de diferentes tonos de una tela de algodón oscuro muy práctica. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fueron las piezas de reluciente seda que caían sobre las rodillas de Ailsa, la mesa y las sillas cercanas.

Marsaili se puso la mano en la boca, que se le había quedado desmesuradamente abierta.

—¡Qué preciosidad! —exclamó, y luego se dio cuenta de que en la habitación, aparte de las mujeres, también estaba Brice.

—¡Ay, lo siento! No lo había visto, milord.

Él le sonrió y alzó la mano.

—Por favor, no se preocupe. Solo soy un espectador.

—Embustero —le dijo Kirsty con una carcajada—. Esto es obra suya. Él las ha comprado todas. No me digas que no son increíbles...

—De verdad que sí —comentó Marsaili sorprendida una vez más por estos detalles de Brice, aunque quizá su madre había tenido algo que ver. O sus hermanas. Su mirada volvió a posarse en las lujosas telas de seda. Nunca había visto algo así y no podía dejar de mirarlas.

—¿Qué color te gusta más? —preguntó Kirsty, mientras las alzaba una por una y las llevaba hasta la luz—. A mí me gusta esta azul, es como el cielo de verano, y a Flora le gusta mucho la lila.

—No, la verde es la más bonita —dijo Marsaili sin pensar. Era un deslumbrante

color esmeralda que, cada vez que Kirsty la movía, cambiaba a un tono menta mucho más claro. Marsaili jamás había visto nada tan exquisito.

—Entonces quédate esa —le dijo Ailsa—. Para mí el gris plateado, que es más de mi gusto.

—¿Que me la quede? ¿Qué quiere decir? Son vuestras, ¿no?

Marsaili había salido de su trance y miró parpadeando a Ailsa.

—Hay una para cada una —dijo Brice, y con una sonrisa añadió la palabra «prima».

—Pero yo..., no, no puedo... No es adecuado. Quiero decir...

Alisa alzó la mano y dijo en un tono más firme de lo habitual:

—Querida, ya hemos tenido antes esta conversación y sabes lo que pienso de ello. Brice es ahora el cabeza de familia y está de acuerdo conmigo. Eres hija de esta casa y tienes derecho a que se te trate como tal. Por favor, acepta este generoso regalo de tu primo.

—Primo segundo —Brice le guiñó un ojo—. ¿Pero quién lleva la cuenta? Aparte de Iain, claro —bromeó mientras se agachaba riéndose para esquivar un amago de puñetazo de Kirsty en el brazo.

Marsaili estaba indecisa. Era sumamente tentador, nunca le habían ofrecido algo tan bueno en su vida, pero quedaría en deuda con Brice. ¿Y si esperaba algo de ella a cambio?

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, él le sonrió y le dijo con más familiaridad:

—Si quieres darme algo a cambio, por favor, hazme una colcha nueva para la cama. Cada vez que miro la que tengo encima, me acuerdo del bisabuelo y me siento como si estuviera haciendo algo indebido.

Ailsa se rió.

—Ya sé lo que pasa. Posiblemente el viejo cascarrabias está mirándote y no le hace mucha gracia que uses su alcoba.

—Bueno, él quería que yo heredara esta casa, así que tendrá que aguantarme —dijo Brice—. Y por mí puede quedarse esa colcha mohosa ahora mismo.

Todas se rieron y Marsaili no pudo seguir discutiendo sobre si aceptar la tela de seda verde, porque, para ser sinceros, la quería.

Era el regalo más bonito que había recibido en su vida.

Marsaili fue una de las últimas personas en entrar en el gran salón para la cena de esa noche. Sabía que el terrateniente había hecho otra invitación abierta a todo el mundo y en esta ocasión acudió más gente. Alrededor de la mesa había unas cincuenta personas, incluidos los hombres, mujeres y niños que habían estado ayudando en la siega del heno. Ella se dirigió a su sitio habitual, pero la voz de Brice le hizo detenerse.

—Prima Marsaili, a partir de ahora te sentarás aquí —dijo señalando el sitio al lado de Flora, que estaba frente a Seton.

—Creo que no... —empezó a decir, pero, para su sorpresa, Ailsa la interrumpió.

—No discutas, querida. Es lo correcto —dijo con voz firme la anciana, quien había anunciado que a partir de ese momento haría todas las comidas abajo, lo que en sí mismo ya era un pequeño milagro.

Marsaili no estaba convencida de que eso fuera apropiado, ni tampoco el señor Seton, a juzgar por la expresión de su rostro. Este les miró con recelo, a Brice y a ella, como si pensara que estaban tramando algo. O peor: ¿creía que ella se había acostado con él para ganarse su favor? Las mejillas de Marsaili se encendieron. No quería contradecir una orden directa de Ailsa, así que decidió que no tenía alternativa.

—Ah, muy bien —respondió, y fue a sentarse. Nadie más parecía pensar que hubiera algo malo en ese orden de la mesa, pero ella no podía dejar de sentirse incómoda.

Flora, tan amable como siempre, le susurró:

—Puedes estar contenta de no ser un chico. Tú podrías aspirar a ocupar al puesto de Brice como heredera porque naciste un mes antes que él.

—¿Yo? —respondió distrayéndose momentáneamente con aquellas palabras. Ella no sabía qué edad tenía él exactamente.

Flora asintió con la cabeza y añadió:

—Ahora no pienses más en eso, por favor. Tú perteneces a este sitio igual que nosotros.

Marsaili intentó concentrarse en la comida y no participó mucho en la conversación. Sonreía de vez en cuando por las bromas que se intercambiaban Brice y sus primas. Él bromeaba diciéndoles que cuando sus nuevos vestidos estuvieran listos atraerían a todos los buenos partidos de las Tierras Altas. Flora y Kirsty le replicaban, y Marsaili observó que se trataban como si fueran hermanos. Ninguna de sus medio hermanas veía a Brice como un hombre, aunque para ella era un misterio cómo conseguían no verlo así. ¿Quizá porque las dos eran mayores que él? De cualquier manera, eso la alegraba, aunque no tenía ni idea de por qué debería importarle.

En un determinado momento, alzó la vista y sorprendió a Seton mirándola fijamente con expresión pensativa. Era como si la estuviera evaluando de forma diferente, y entonces sintió un escalofrío que le pasó rozando por la espalda como una bala. ¿Qué estaba tramando ahora? Tenía mucho miedo de que estuviera maquinando alguna manera de forzar la entrada de su cuarto. ¿Pero cómo?

Apartó la vista explícitamente y maldijo en voz baja. Tenía que estar en guardia. Ese despreciable podría volver a asaltarla en cualquier momento.

Brice se lo estaba pasando muy bien esa noche, en buena parte gracias a sus primas, que parecían decididas a no dejar decaer la amena conversación. Las otras personas seguían su ejemplo. En un momento de la cena le hizo una pregunta a Sandy

Mor, y este le respondió con calma:

—¿Coinneach Kinross? ¿No te acuerdas de las historias sobre él? Pues hay alguien aquí que se alegraría de refrescar tu memoria. ¿Mungo? ¿Has oído eso? Por una vez tienes una audiencia dispuesta a escucharte sin rechistar alguna de las anécdotas que compartisteis.

Se rió y la mayoría de los presentes también. Eso pareció relajar la tensión considerablemente y Brice se lo agradeció. Sonrió a Sandy, luego asintió al hombre mayor, que se puso en pie cumpliendo las órdenes de Sandy. Con su piel oscura y arrugada por el humo y un escaso pelo que mantenía en mechones sobre su cabeza en forma de huevo, el viejo Mungo le recordó a Brice a un *goblin*^[11]. A pesar de todo, su memoria y sus pulmones estaban perfectamente, según Brice pudo comprobar. Obviamente, el viejo no se daba cuenta de que hacía de bardo del clan de manera gratuita.

Mungo golpeó la mano contra la mesa para que todos se callaran.

—Escuchad todos, porque tengo una historia que contaros. Una historia de tiempos pasados, cuando el jefe del clan Kinross era el primer Coinneach y nuestros antepasados luchaban a su lado por lo que era justo. Esto es lo que pasó y es la verdad, como bien sabéis...

Todos escucharon su historia de hazañas espeluznantes, de actos de venganza contra otros clanes traidores y de la valentía de los hombres del clan Kinross a través de los siglos. Aunque a Brice le parecían todos una pandilla de camorristas rencorosos que nunca dudaban en vengarse a la mínima provocación, lo cual siempre implicaba horribles derramamientos de sangre, que no parecía importar a ninguno de los que escuchaban al viejo Mungo.

Todos estaban fascinados, como si no hubieran oído en su vida aquellas historias, y Brice tuvo que admitir que él también las disfrutaba.

Sintió que los lazos de amistad que compartía con aquella gente se fortalecían con cada palabra. Él era un MacCoinneach, el descendiente directo del hombre protagonista de aquellas historias, y debía cuidar del clan en su nombre. El honor de todos ellos dependía de él.

Cuando el viejo Mungo terminó con sus historias, un par de arrendatarios, que no querían quedarse atrás, tomaron sus instrumentos y quisieron entretener al nuevo jefe con canciones tristes interminables sobre actos heroicos de sus antepasados. Marsaili tenía que admitir que el hombre lo soportaba bien, pues conseguía mantener la cara seria, incluso cuando el cantante desafinaba penosamente como si no hubiera practicado mucho últimamente.

Se preguntó si en el futuro esas historias hablarían del actual dueño. Definitivamente, con aquel atractivo tono dorado que se intensificaba bajo el resplandor de las velas, su aspecto recordaba al de un héroe. ¿Pero tenía en su interior

lo necesario para serlo?

Eso estaba por ver.

Al día siguiente Marsaili estaba a punto de llevar una bandeja con comida al despacho, cuando un montón de niños irrumpieron en la cocina hablando todos a la vez, nerviosos:

—¡Callaos! —Greine les gritó en su gaélico habitual y señaló con el dedo a uno de ellos para poder entender lo que decían—. Tú, Roy, respira hondo y dime qué pasa.

El joven Roy hizo lo que le pedía y a continuación comenzó a hablar en gaélico atropelladamente.

—Estábamos jugando en el bosque, señora Murray, subiendo a las ramas de ese árbol tan grande y entonces Archie dijo que él podía subirse a la más alta de todas y que nadie se atrevería a subir más alto que él, y le dijimos que era un fanfarrón y que no lo haría, pero lo hizo y ahora se ha quedado atrapado y no puede bajar. ¿Qué hacemos?

Roy se quedó sin aliento después de soltar aquella frase tan larga y Greine pudo intervenir:

—¿Me estás diciendo que Archie está arriba de un árbol?

Todos los niños asintieron al unísono y comenzaron a parlotear otra vez. Greine se volvió para mirar a Marsaili.

—¡Que Dios nos asista! —exclamó—. Será mejor que vaya a ver.

—Espera, le llevo esto al terrateniente y voy yo también —Marsaili fue corriendo y entró en el despacho olvidándose de llamar. Prácticamente arrojó la bandeja ante el sorprendido Brice y se volvió corriendo hacia la puerta, murmurando:

—Lo siento, tengo prisa.

—¡Espera! Dime qué pasa, por favor —su tono era apremiante, así que Marsaili le explicó rápidamente lo que estaba ocurriendo. Para su sorpresa, tiró la pluma de escribir y se levantó de un salto.

—Yo lo ayudaré —le dijo—, llévame a ese sitio.

Ella asintió, pues estaba demasiado preocupada por Archie como para discutir. Greine ya se había marchado de la cocina y alcanzaron a verla cuando estaba en el límite del bosque.

Realmente era una pequeña arboleda, no un bosque, por más imaginación que uno tuviera, pero siempre se le había llamado así. Tenía un roble especialmente bonito, el único de los alrededores, que debía de tener cientos de años, pensó Marsaili. Muy cerca del final de la copa se encontraba Archie. Desde abajo vio que el chico, con la cara lívida como un muerto, se agarraba como si estuviera en juego su vida.

—Por Dios, ¿es que has perdido el juicio? —le regañó Greine—. ¿Pero es que se te ha metido el diablo dentro?

Archie no contestó. Parecía que no estaba para discursos y cerró los ojos.

Llegaron corriendo unas cuantas personas, pero ninguna sabía qué hacer. Marsaili se mordió el labio. El chico estaba tan arriba que si se caía podía matarse, aunque las ramas amortiguaran su caída.

Para asombro de ella, Brice empezó a quitarse los zapatos y los calcetines y luego se deshizo del chaleco.

—Yo lo bajaré —dijo, y después le gritó a Archie—: ¡Sigue sujetándote, granuja, ya voy! No te sueltes, ¿de acuerdo?

A Marsaili le pareció que Archie asentía con la cabeza, pero no estaba segura.

—¿Seguro que puede hacerlo? —le preguntó, pero Brice solo asintió con la cabeza y se colgó de la rama más próxima.

Solo de pensar que iba a subir tan arriba se le puso el corazón en un puño, pero tras observarle con ansiedad durante unos minutos tuvo que reconocer que sabía lo que se hacía. No le costó mucho trabajo trepar entre las ramas inferiores, que eran resistentes y dejaban espacios suficiente. Al llegar arriba avanzó con más cautela, eso era lo más prudente. Una o dos ramas se rompieron y le hicieron perder pie. Se oyó un grito ahogado entre el pequeño grupo de gente que estaba observando bajo el árbol, pero él no pareció preocuparse y siguió subiendo.

—Ya casi estoy —le dijo llamando la atención de Archie, que tenía los ojos cerrados—. Sujétate —esta última advertencia era claramente innecesaria, pero Marsaili se dio cuenta de que, al hablarle, Brice estaba intentando tranquilizarle. Su admiración por él aumentó.

En lo que pareció un espacio de tiempo relativamente corto, a pesar de que se le hizo eterno, Brice llegó hasta Archie y rodeó la cintura del niño con el brazo.

—Ya te tengo, ahora puedes soltarte —se le oyó decir. Tuvo que volver a decírselo varias veces hasta que consiguió disipar el pánico que bloqueaba al chico. Finalmente, le explicó que debía ponerle los brazos alrededor del cuello y sujetarse a él con fuerza.

—Yo necesito las dos manos para que ambos podamos bajar, ¿me entiendes? —le explicó.

Marsaili vio cómo descendían y sintió que un sudor frío le bajaba por la nuca. Tenía el estómago en un puño y casi no podía respirar, así que apenas pudo escuchar lo que la gente murmuraba a su alrededor. Solo tenía ojos para Brice.

Él lo hacía todo con una elegancia sencilla, hasta subir a los árboles, y se quedó mirando como hipnotizada cómo usaba los brazos y los hombros para mantener el equilibrio. Llegó hasta abajo con su carga con mucho cuidado, yendo de rama en rama, hasta que estuvo en la más baja y pudo dejar al chico en unos brazos que alguien extendió. Finalmente, se lanzó al suelo con un salto tan ligero como el de un gato de caza.

Marsaili no podía quitarle los ojos de encima.

Brice levanto la vista, se encontró con su mirada y la sonrió de esa manera suya

tan deslumbrante. Parecía como si aquella sonrisa solo estuviera dirigida a ella, pero entonces se volvió para aceptar las felicitaciones de la gente y las gracias de Greine.

—Siento haberle molestado tanto, terrateniente —le dijo la cocinera—. Y a este le voy a dar una zurra por lo que ha hecho, y tanto si se la voy a dar.

Brice revolvió el pelo de Archie.

—No, por favor, no lo castigue. Estoy seguro de que hoy ha aprendido una buena lección. Le he dicho que fue muy valiente por intentarlo —le guiñó un ojo a Archie—. Pero la próxima vez déjame que primero te dé unas clases para trepar árboles, ¿eh?

Archie asintió y dejó escapar una tímida sonrisa.

—Gra..., gracias por ba..., bajarme, señor —dijo con una vocecita.

—No ha sido nada. ¿Quieres que te lleve en los hombros de vuelta a la casa? —Brice no esperó la respuesta del niño. Lo levantó sentándoselo sobre los hombros y luego comenzó a caminar. Archie chilló, pero no de miedo esta vez.

Se lo veía orgulloso, como un héroe que regresaba triunfante de una batalla, y el color volvió a sus mejillas.

Marsaili intercambió una mirada con Greine, que movió la cabeza de un lado a otro.

—El terrateniente es muy blando —murmuró la cocinera—. Aunque puede que tenga razón, Archie se ha dado un buen susto, es que es un torbellino. Y después de todo lo que le ha pasado... Bueno, en boca cerrada no entran moscas. Será mejor que volvamos a trabajar.

Al ver el desfile de niños que corrían y gritaban alrededor de Brice y de Archie, Marsaili sintió que algo en su interior se suavizaba. Era raro que un hombre tratara a un niño con tanta delicadeza, especialmente si acababa de hacer una tontería tan grande.

Miró a *Liath*, que como siempre la seguía detrás silenciosamente.

—Me parece que tú eres el más listo de todos los que viven en Rosyth. Lo calaste desde el principio, ¿verdad? Me gustaría saber si alguna vez nos perdonará a todos los demás.

Liath emitió un breve ladrido y la miró como si sonriera. Marsaili le devolvió la sonrisa.

Capítulo 14

Una semana después, en una mañana clara y soleada, Brice se levantó pronto para asegurarse de que la cosecha comenzaba. Habían tenido una buena racha de días cálidos y secos, por lo que los cultivos de avena, cebada y cebada de cuatro carreras —una clase inferior de cereal que crecía en los campos menos fértiles— ya estaban maduros y listos. Tenían que darse prisa si quería que se cosechara todo sin problemas. Porque cualquier día podía ponerse a llover de nuevo, y eso no era nada bueno.

Como ya les había demostrado trabajando en la siega del heno, Brice hablaba completamente en serio cuando dijo que él también participaría. Ayudar en la cosecha era algo que cualquier hombre, mujer o niño sano tenía que hacer en Askeberga, y no veía por qué aquí iba a ser diferente. Los hombres más fuertes cortaban el cereal con las guadañas. Las mujeres iban detrás, dos con cada hombre, una para hacer fardos y la otra para atarlos en gavillas. Los niños recogían los restos de paja y los ponían en tresnales^[12]. Era un trabajo en equipo, pura y simplemente.

—Quien no quiera tomar parte no recibirá el grano que le correspondería —le dijo a Seton la noche anterior—. A menos que tenga una buena excusa, por supuesto —añadió dirigiendo al administrador una mirada mordaz, que no le hizo mucho efecto porque el hombre tenía una cara más dura que la suela de un zapato.

Le gustó que casi toda la aldea estuviera presente y le agradó ver que Seton los organizaba por equipos. Por su parte, dejó que el administrador le asignara un grupo, en el que alguien le pasó una guadaña bien afilada y una piedra de afilar. Los aldeanos todavía se mostraban un poco recelosos con él, pero en cuanto empezó el trabajo notó que se relajaban. Uno o dos de los hombres incluso se atrevieron a bromear con él comparando su técnica de segar con la de ellos.

—¿Así es como lo hacen en Suecia? Pues deben de acabar la cosecha en Navidad.

Como Brice había comprobado que no había diferencia, les contestó en el mismo tono.

—Al contrario, aquí sí que se hace con lentitud —replicó con una sonrisa.

Cosechar era una tarea dura que requería fuerza y resistencia. Él tenía ambas, y de hecho disfrutaba con el ejercicio físico que ello conllevaba. Pero además había que ir poniendo el cereal a resguardo, por si el tiempo cambiaba, lo cual era muy posible en las Tierras Altas. Así que tenía a unos hombres reparando el granero para que lo cortado se pudiera poner a secar. Aunque de momento lo que hacían era simplemente meterlo dentro.

En líneas generales, podía decir que la jornada marchaba bien.

Marsaili estaba en un grupo de trabajo diferente al de Brice. Como Seton se había encargado de distribuirlos, ella sospechaba que el administrador lo había hecho a propósito. En todas las comidas Seton no dejaba de mirarlos a los dos, e incluso ella decidió no mirar hacia la cabecera de la mesa a menos que no le quedara otro remedio. No quería causarle problemas al nuevo terrateniente innecesariamente. Tampoco este le había vuelto a dar ningún trato especial.

Sin embargo, como ella no estaba muy lejos en el campo pudo observar a Brice, y le gustó comprobar que se defendía bien entre los cosechadores. Se encontraba justo en medio de una línea de segadores que lanzaban sus guadañas en forma de amplios arcos al mismo ritmo. Marsaili sabía que eso requería bastante destreza, pero no tenía que preocuparse por Brice, pues era evidente que sabía lo que se hacía.

Se enfadó consigo misma por preocuparse por él. Lo que le ocurría era que desde su encuentro en el lago, y tras el rescate de Archie, había comenzado inconscientemente a ponerse de su lado. Sabía que aquí él tendría que demostrar su valía y ella deseaba que lo aceptaran. Tal vez fuera una tontería, pero si le gustaba a *Liath*, tenía que ser un hombre bueno.

A la hora del almuerzo todo el mundo se tomó su bien ganado descanso, y Greine y algunos de los que estaban ayudando salieron de la casa llevando cestas de comida. También les entregaron jarras de cerveza y todo el mundo recibió su parte. Marsaili se recostó bajo la agradable sombra de un arbolito con la espalda apoyada en el tronco. Para su sorpresa Brice se puso en cuclillas junto a ella.

—¿Puedo sentarme contigo? —le preguntó educadamente.

Ella asintió, y él movió su cuerpo esbelto hasta sentarse en el suelo y apoyándose contra el mismo tronco. Estaban tan pegados que el hombro de él rozó el de ella y, aunque debería haber protestado, no dijo nada. Se dio cuenta de que le gustaba tenerlo cerca.

—Espero que a tu, esto..., admirador no le importe —susurró—, pero acabo de ver que se iba a su casa ahora mismo, así que espero que no se dé cuenta. Por hoy ya he hablado bastante con los otros.

—¿Mm... mi admirador? ¿Qué quieres decir? —Marsaili se enderezó y se volvió a mirarlo—. No estoy prometida con nadie.

—¡Ah! Me había parecido entender... Quizá lo malinterpreté.

—Claro que lo malinterpretaste —Marsaili apretó los dientes para contener la rabia. Era el colmo que Seton fuera por ahí diciéndole a la gente que le pertenecía.

Brice levantó las manos.

—Bueno, te creo y me disculpo. No quería ofenderte.

Marsaili volvió a apoyarse, intentando calmarse. Brice no tenía la culpa, así que no tenía por qué tomarla con él.

—No, soy yo quien debería disculparse. Este es un tema un poco delicado para mí, eso es todo.

—Te juro que no volveré a mencionarlo otra vez —aseguró Brice.

Marsaili asintió con la cabeza, aunque acto seguido no pudo evitar preguntarle:

—¿Qué te dijo?

—¿Qué? Ah, no, él no me dijo nada. Es solo por la manera como me mira cada vez que hablo contigo, por eso deduje que..., pero obviamente estaba equivocado. De verdad que lo siento.

Marsaili se quedó aliviada ahora que sabía que Seton no iba diciendo por ahí que ella estaba a punto de ceder a sus pretensiones. De todas formas, no le gustaba que se quedara mirando al terrateniente cuando ella estaba cerca. Uno de esos días tendría que dejarle claro que nunca iba a ser suya.

—Por favor, olvídale —murmuró.

Durante un rato ambos se limitaron a comer el pan con queso. Sentada junto a Brice, Marsaili se sintió extrañamente tranquila. Se dio cuenta de que aparte de lo ocurrido en su primera visita, nunca la devoraba con la mirada como los otros hombres ni la hacía sentirse incómoda. Él tenía un extraño efecto en su cuerpo, pero no porque él hiciera algo conscientemente, excepto bromear con delicadeza.

—Bueno, ¿y cuándo pensabas decirme que éramos parientes? —le preguntó cuando terminó de comer, cerrando los ojos y dejando caer la cabeza hacia atrás.

—No creía que eso fuera importante. Nunca me he considerado de la familia, diga lo que diga la señora Kinross.

—Bueno, pues deberías considerarte así. Tú eres de la familia, ella tiene razón en eso. Y está claro que le gustas, lo que dadas las circunstancias es algo poco corriente.

—Es una mujer muy cariñosa —Marsaili lo decía de corazón. Nunca había recibido de Ailsa una palabra severa y, por supuesto, jamás le había reprochado nada por ser quien era.

—Sí, de verdad que lo es —Brice se volvió a mirarla y Marsaili respiró intensamente. Él estaba tan cerca, con esos ojos tan azules, a solo unos centímetros de ella, que se quedó como hechizada; sencillamente, no podía apartar la mirada. Si él seguía inclinándose un poco más hacia delante, su nariz tocaría la de ella y sus labios... Tragó saliva y parpadeó. Brice frunció los ojos al sonreírle.

—Estoy contento de que eligieras la seda verde. Te quedará perfecta, a juego con tus ojos.

Marsaili sabía que se estaba poniendo colorada, pero su boca esbozó una sonrisa para responderle.

—¿Por qué? Gracias, pero... No debería quedármela. Debería ser para la señora Kinross.

—¿Puedes guardarme un secreto? —le preguntó. Ella notó que su mirada se había puesto seria y asintió.

—Para serte sincero, todas esas telas las compré para una persona, pero ella no se las merecía, así que me las traje al salir de Suecia. Me temo que no lo hice para tener un detalle con la tía Ailsa ni con nadie. ¿Te hace eso pensar mal de mí?

—No. Por lo menos no las vendiste para obtener provecho, y regalándolas has hecho que otras personas sean muy felices.

—Es verdad. Aun así, no fue muy noble por mi parte hacer como que las había comprado para ella y mis primas.

—Creo que te lo perdonarían —Marsaili se rió—. Me parece que cualquier mujer perdonaría a un hombre que le regalase algo tan exquisito. ¿De verdad las compraste tú mismo en China?

Brice asintió.

—He estado allí dos veces, siempre para comprar mercancías, incluida la seda.

—¿Fue allí donde aprendiste a trepar de esa manera, como hiciste al rescatar a Archie?

—Sí, solía andar arriba y abajo con las jarcias junto a los otros marineros. Mi padre dice que estoy loco, pero me encanta. La vista desde arriba del mástil es increíble. La belleza hace que tu estómago dé saltos mortales.

A Marsaili la sola idea le prdujo escalofríos.

—Creo que no me gustaría. Pero ir a China tiene que ser maravilloso. Tienes mucha suerte. Navegar a lugares tan lejanos y ver mundo... —suspiró con melancolía.

—Y comer carne podrida y beber agua con gusanos, y no ver tierra durante semanas, ¡oh sí, maravilloso! —ahora fue Brice quien se rió cuando Marsaili hizo una mueca—. No todo son cosas buenas, pero confieso que lo que se ve compensa todas las penurias.

—Me estás tomando el pelo —le dijo ella.

—Un poco, pero también hablo en serio. Estoy contento de haber ido pero no deseo volver. A partir de ahora, que vayan otros.

—¿Me contarás alguna vez esas cosas buenas?

—¿Como la del calamar gigante con tentáculos de siete metros que casi vuelca el barco?

Ella le dio con el puño en el brazo y sintió como si chocara contra una pared de piedra.

—¡Te estás riendo de mí!

Brice esbozó una sonrisa.

—Muy bien. Te contaré mis aventuras cuando quieras. Pero tengo que pedirte algún tipo de aliciente, porque me cuesta mucho recordarlas todas.

—¿Qué tipo de aliciente? —preguntó ella recelosa.

Él se inclinó para susurrarle al oído.

—Un beso por cada historia.

A continuación, antes de que ella tuviera tiempo de protestar y de siquiera poner en orden sus pensamientos, él se levantó de un salto y gritó que era tiempo de volver al trabajo.

Se alegraba de que no hubiera nadie cerca que pudiera haberlos oído.

Ni el mismo Brice comprendía por qué le había pedido a Marsaili aquellos besos. Era consciente de que no debía tener nada con ella, y más ahora que ya sabía que no era solo una criada. Ailsa lo despellejaría vivo si intentaba algo con ella. Sin embargo, no podía negar que Marsaili era sumamente hermosa y se sentía atraído por ella casi en contra de su voluntad.

A decir verdad, había estado tentado de besarla allí mismo, pero no pudo hacerlo. Hubiera sido el equivalente a una declaración de intenciones y eso era lo último que quería. Por ahora no deseaba encadenarse a ninguna mujer.

Pensar en el matrimonio inevitablemente le hacía recordar a Elisabet, pero, para su sorpresa, esta vez no percibió el dolor que solía acompañar el recuerdo de ella. Frunció el entrecejo y luego, al cerrar los ojos observó que a quien veía no era a Elisabet, sino a Marsaili. Al compararlas a ambas se dio cuenta de que a su nueva prima no le faltaba nada.

Eso era extraño.

Dirigió la mirada hacia donde estaba Marsaili, que se encontraba arrodillada en el suelo atando con destreza una gavilla de cebada. Este era un duro trabajo que dejaba las muñecas y los antebrazos doloridos, pero ella parecía distraída y lo hacía con rapidez. De la trenza que le colgaba sobre la espalda se le escapaban hebras de aquel increíble cabello que resplandecía bajo la luz del sol. Sus movimientos eran elegantes, sus manos habilidosas y sus brazos fuertes. En cuanto a su cuerpo..., ningún hombre podría ponerle objeciones. Aunque era alta —mucho más alta que Elisabet, que parecía más una muñeca de porcelana de cuerpo fino—, tenía unas proporciones perfectas. Brice apartó la vista.

Esto no podía ser. Uno no podía confiar en las mujeres, por muy bonitas que fueran. Había aprendido esa lección y no pensaba olvidarla.

Aun así, un poco de coqueteo de vez en cuando seguramente no le haría daño. Siempre que no llegara muy lejos.

Después de una semana de duro trabajo, los cereales ya estaban todos almacenados. Aunque a Marsaili le dolían hasta los huesos, el último día, cuando regresaba de los campos con los demás, tenía la sensación de haber conseguido algo importante. Todos estaban de buen humor, esperando la fiesta de la cosecha que Brice había encargado preparar para el día siguiente.

El mismo Brice caminaba al frente del grupo junto a Seton, que solo había intervenido como supervisor. Marsaili se fijó en la espalda del administrador. Había oído comentar a alguien que Seton había pretextado tener dolores como excusa para no echar una mano, pero ella sabía que lo había hecho porque consideraba que el trabajo manual no era digno de él.

Él y Brice parecían estar discutiendo, por lo que alargó el paso para oír lo que

decían.

—No vamos a descascarillar el grano, ya se lo dije; es un desperdicio espantoso —oyó decir a Brice—. Ya sabe que este año necesitamos paja.

—Pero así es como hacemos aquí las cosas —replicó Seton con una expresión testaruda—, y siempre tenemos. Creo que le costará encontrar a alguien que esté dispuesto a trabajar más.

—No vamos a quemar nada. Este año lo haremos a mi manera, trillando, y si no resulta, el año que viene le haré caso.

—No lo harán, se lo digo yo.

—Lo harán si quieren comer este invierno —argumentó Brice insistente. Seton abrió la boca como si quisiera seguir discutiendo, pero Brice no le dio la oportunidad.

—Espere —le dijo, y se detuvo repentinamente dando un salto sobre un murete de piedra que había cerca—. ¡Un momento! —gritó—. ¿Podéis escucharme un momento, por favor?

Todos se detuvieron y se acercaron arrastrando los pies y mirando a Brice y al administrador, cuyo rostro no parecía precisamente contento.

—El señor Seton y yo no estamos de acuerdo en una pequeña cuestión acerca de cómo extraer el grano. Yo digo que debemos trillar y luego separar el grano de la paja, mientras que el señor Seton prefiere quemar la paja para desgranar porque parece que aquí esa es la costumbre —mientras hablaba, unos lo miraban con perplejidad, pero otros asentían—. Bueno, ahora quiero saber si podríais seguir trabajando un par de semanas con el fin de mantener vivo durante el invierno el ganado suficiente como para alimentar a vuestras familias, o si preferís pasar hambre.

Seton protestó airadamente.

—¡Oiga! —exclamó—. ¡Usted no puede venir aquí a imponernos sus métodos extranjeros, queramos o no!

—No lo estoy haciendo —argumentó Brice, haciendo un gesto hacia la gente que lo rodeaba—. Les estoy pidiendo que elijan.

Seton abrió la boca para seguir protestando, pero antes de que pudiera añadir nada más, uno de los hombres se adelantó:

—Yo soy partidario de trillar —manifestó en gaélico dando un paso hacia delante para mostrar su solidaridad con Brice—. Ya estoy harto de ver a las criaturas pasando hambre.

Otro hombre asintió a aquellas palabras.

—A mí me parece lógico.

—Y a mí —Sandy *Mor* y su hijo se unieron a ellos.

Algunos hombres empezaron a discutir, pero la mayoría se puso del lado de Brice.

—Lo haremos si nos promete que recibiremos nuestra parte.

—Os lo prometo —contestó Brice—. Sé que es un trabajo largo y pesado, pero si primero conseguimos reparar el tejado del granero entonces no tendremos tanta prisa.

Podemos hacerlo en turnos de noche, después de que hayáis terminado las otras tareas. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí, me ocuparé de ello —asintió Sandy.

—Magnífico. Tenemos que evitar que el agua se filtre y eche a perderlo todo. No puedo arriesgarme, el grano es un tesoro —Brice se volvió hacia Seton, que se limitó a encogerse de hombros.

—¡Allá usted! —dijo, y se marchó a grandes zancadas.

Marsaili se estremeció al notar la mirada sombría que Seton lanzó al nuevo terrateniente antes de marcharse. Aquello no presagiaba nada bueno. Entendía por qué Brice estaba contra la quema para descascarillar porque se desperdiciaba mucho, pero Seton estaba en lo correcto al manifestar que allí había esa costumbre. Esperaba que Brice no se equivocara al insistir en probar nuevos métodos.

La gente se dispersó y siguió caminando. Los que no iban a volver de momento a la aldea se fueron hacia Rosyth House siguiendo a Brice, y se lo encontraron en las escalinatas de la puerta principal ante un hombre bajo y vestido de negro. A Marsaili le dio un vuelco el corazón porque le reconoció a la primera. El señor Keil era un predicador al que habían echado la última vez que estuvo en Rosyth, y se le había pedido que no volviera a pisar aquel lugar.

Pero aquí estaba de nuevo.

Obviamente, Brice no tenía ni idea de quién era aquel hombre ni de que no se trataba de un simple pastor. Lo vio hablando con él educadamente e invitándolo a entrar en la casa. Marsaili quiso ir corriendo a detenerlo, pero decidió que era mejor avisar a Brice en privado. Miró a Seton, que parecía haberse quedado esperando cerca de la casa. No hacía ni dos meses que él mismo había ordenado al predicador que se marchara, pero ahora mantenía la boca cerrada.

Marsaili frunció el ceño. Pasaba algo raro.

Siguió a los otros hasta dentro. Pero en lugar de subir a su habitación para lavarse y cambiarse, vio que Brice se excusaba y se dirigía a su alcoba. Asegurándose de que nadie la veía, lo siguió corriendo y lo alcanzó justo tras cruzar la puerta.

—Un momento, por favor, milord —le susurró.

Brice se dio la vuelta, sorprendido.

—¿Marsaili? ¿Qué...?

Ella le puso un dedo en los labios y le hizo un gesto para que entrara. Él sonrió e hizo lo que le pedía, cerrando la puerta tras ellos.

—No sabía que deseabas tan intensamente oír esas historias que te prometí —dijo con una sonrisa—. ¿O es el aliciente lo que deseas?

Y antes de que ella pudiera protestar, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. Ella lanzó un grito ahogado y lo miró, pero en un instante él le robó el aliento poniendo sus labios sobre los de ella.

Marsaili se olvidó de todo y se deleitó sintiendo el roce de sus labios de aquella forma tan maravillosa. Ya la habían besado antes, pero siempre de una manera ruda y

contra su voluntad. Esto era diferente. Era como si él le pidiera permiso para continuar, y lo hacía moviéndose tan lentamente que podía haberle interrumpido en cualquier momento. Por alguna razón, eso solo aumentaba su deseo. Le dejó que le mordisqueara el labio inferior y que lo acariciara con su lengua. Él continuó con un beso cada vez más intenso al que ella correspondió. Parecía que su lengua tuviera voluntad propia y quisiera entrelazarse con la de él.

Le sabía a cerveza y olía a paja, a polvo y a hombre. Después de aquella larga jornada de trabajo los dos estaban sucios y acalorados, pero no les importaba. Nada importaba, excepto la maravillosa sensación de sentirse abrazada por él y anhelada por su boca.

Si pudieran quedarse así... Si ella no hubiera ido a...

De pronto recordó la razón por la que le había seguido y trató de apartarlo de ella murmurando:

—No, espera, no era por eso...

Él dejó de besarla y se quedó contemplándola, con la mirada un poco perdida. Marsaili se dio cuenta de que su respiración era entrecortada como la de ella, cuyo pulso duplicaba su velocidad habitual. Le sonrió, pero no la soltó.

—No era por eso, ¿el qué? —le preguntó con un leve susurro.

—Solo venía a avisarte, Brice. El hombre que has invitado a entrar... Tienes que deshacerte de él. Es peligroso.

—¿El clérigo? No lo creo —dijo Brice enarcando mucho las cejas.

—No es un pastor cualquiera, es un no juramentado.

—¡Vaya! —Brice puso una expresión más seria.

—¿Sabes lo que quiere decir eso? —Marsaili quería asegurarse de que él comprendió el peligro al que se exponía. Brice asintió.

—¿Es un pastor episcopaliano, no? Uno de los que se negaron a prestar el juramento de lealtad al rey inglés. En otras palabras, un prófugo.

—Sí. Los pastores de la antigua religión escocesa que no quisieron prestar juramento son perseguidos por las autoridades —le confirmó Marsaili.

—Lo había oído, pero creía que no quedaban muchos. Me preguntaba por qué se aparecía de pronto un clérigo ante mi puerta, habiéndome yo presentado ya ante el titular presbiteriano de la parroquia de Rosyth. Ahora lo entiendo.

Los pastores no juramentados ya no podían predicar; sus lugares de reunión fueron destruidos, e incluso habían incendiado las iglesias episcopalianas. Nadie daría cobijo a un hombre que estuviera infringiendo la ley.

—Tienes que hacer que se marche —le rogó Marsaili otra vez agarrándole por la camisa sin pensar en lo que hacía.

Él negó con la cabeza con una expresión de gravedad en los ojos.

—No. Tengo la sensación de que ha venido por algún motivo y quiero descubrir cuál es.

Marsaili parpadeó.

—¿Estás loco? Los casacas rojas podrían arrestarte. Solo por dar cobijo al señor Keil podrían hacerlo.

—Entonces me aseguraré de que no puedan encontrarlo.

—Pero...

Él le puso un dedo en los labios y ella dejó de hablar.

—Escúchame. Algo me huele mal, pero mientras no me sorprendan dando cobijo a este hombre, no podrán hacerme nada. Tengo un plan. ¿Confías en mí?

Ella asintió. Era bastante extraño que ella confiara en él.

—Quiero ayudarte. ¿Qué quieres que haga?

Él sonrió y se inclinó hacia ella para darle un último beso, al que ella no se resistió.

—Si los casacas rojas vienen a fisgonear, retenlos fuera un momento y te garantizo que no encontrarán al señor Keil.

—Muy bien, haré lo que pueda.

—De acuerdo. Entonces será mejor no hacerle esperar —la soltó, pero le acarició la mejilla con un dedo y añadió—: Y a menos que quieras bañarte conmigo, te sugiero que te marches ahora mismo. Voy a ver si hay moros en la costa...

Acto seguido Marsaili se encaminó hacia su habitación, sintiendo las piernas como si fueran de gelatina. Sin embargo, no era porque temiera por la seguridad de Brice, pues confiaba en él cuando le dijo que no estaba en peligro.

Era algo completamente distinto, algo que la asustaba mucho más. Era amor.

Capítulo 15

—Me parece que yo tenía razón: de tal palo, tal astilla —divagaba Seton cerca de donde el pastor estaba sentado disfrutando de una jarra de cerveza mientras esperaba a que volviera su anfitrión.

Keil levantó la vista con expresión recelosa.

—Parece bastante simpático, pero el tiempo lo dirá, supongo.

Seton observó que al pastor se le veía delgado y ojeroso, como si últimamente las cosas no le fueran bien. Con la persecución a que les sometían los casacas rojas, ahora ya no debían de quedar muchos como él. Supuso que, en esos tiempos, a un hombre como Keil no le resultaría fácil esconderse ni encontrar cobijo. Le había costado convencer al hombre para que volviera, y no le sorprendía. La última vez que el pastor fue a Rosyth habían tenido unas palabras y después se enteró por casualidad de que el hombre andaba por los alrededores.

Miró a Brice cuando volvió de cambiarse la ropa de trabajo. La manera en que hablaba a Keil le indicó que no tenía ni idea de que estaba albergando a un fugitivo, que era lo que Seton esperaba. A Brice le habían inculcado que uno de sus principales deberes como terrateniente era la hospitalidad, y no se había entretenido en averiguar demasiadas cosas sobre aquel extraño.

En consecuencia, Seton pasó la tarde con el mejor humor que recordaba en los últimos tiempos. No solo tenía a Marsaili enfrente en la mesa para poder mirarla, sino que de reojo veía al nuevo terrateniente trabando amistad con el señor Keil. Las cosas no podían ir mejor.

Tenía ganas de que llegara la mañana siguiente porque aquello iba a ponerse muy interesante. Se rió para sus adentros. «Al menos desde mi punto de vista», pensó.

Brice intentó actuar como si todo fuera normal. No estaba preocupado por la presencia del señor Keil, eso podía manejarlo. Lo que le preocupaba era Marsaili.

O más bien la manera en que antes había respondido ante ella, dejándose llevar por sus más íntimos impulsos.

«¡Maldita sea! —pensó—. No debería haberme aprovechado así de ella». ¿Pero cómo podía haberlo evitado? Estaba en su cuarto, y tan cerca que podía oler el dulce aroma de la lavanda y el brezo que ella se ponía en el cabello. No se había podido resistir. Un beso, se había prometido a sí mismo, pero no fue suficiente. Sintió la necesidad de algo más.

Le gustó tanto tenerla entre sus brazos, era tan agradable... Le daban ganas de abrazarla y no dejarla irse nunca. Cada vez que besaba a Elisabet —se lo había

permitido en varias ocasiones—, era como si fuera una muñeca frágil; era tan menuda y etérea, que le parecía que podía romperla si no la tocaba con cuidado. Con Marsaili ese pensamiento ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Aunque era alta y esbelta, no había nada frágil en ella, era perfecta.

Apartó esos pensamientos. ¿Qué le pasaba? Si ya había decidido alejarse de ella, ¿por qué no podía? Eso no era lógico.

Tendría que intentarlo con más fuerza.

A la mañana siguiente, Marsaili acababa de volver de la cocina cuando oyó un alboroto en el patio de entrada de la casa. Había ido a pedir más crema de avena para Brice y su invitado, con quien mantenía una conversación matutina sobre las ventajas de la tolerancia religiosa, según le pareció entender. No había nada malo mientras estuvieran ellos dos solos en la mesa, pero a Marsaili le preocupaba que alguien pudiera escucharlos.

Obviamente, Brice oyó también el ruido. Levantó la vista y se encontró con la mirada de Marsaili, pero no pareció excesivamente preocupado.

—Perdóneme un momento, señor Keil —le dijo al pastor. Luego se levantó y fue hacia Marsaili—. ¿Recuerdas lo que te dije ayer? —le susurró. Cuando ella asintió, él continuó—: Estupendo. Vete e intenta entretener un rato a quien esté afuera. Haz como que nunca has visto al señor Keil, y luego ve a la cocina y reúne suficiente comida y bebida para un par de días, además de algunas mantas y una almohada, y déjalo todo en la biblioteca.

Marsaili no entendía esta última petición.

—Muy bien —dijo, porque estaba segura de que tendría sus buenas razones para pedírselo.

—Gracias. Ahora date prisa, necesito quedarme a solas con mi invitado un momento.

Afuera Marsaili se encontró con un pelotón de casacas rojas, capitaneadas por un hombre rubicundo, cuyo uniforme de color escarlata le quedaba tirante sobre su corpulento estómago. Tenía gotas de sudor sobre las cejas, como si hubieran ido cabalgando hasta allí muy deprisa, y tanto sus botas como los flancos de los caballos estaban llenos de polvo. No le extrañó ver a Seton hablando con él; la expresión en el rostro del administrador era decididamente arrogante.

—Buenos días, caballeros. Hace un día bonito, ¿verdad? —dijo acercándose hasta donde el capitán y sus hombres habían desmontado, y se detuvo frente al jefe. Marsaili le dedicó su mejor sonrisa y vio cómo el hombre abría unos ojos como platos.

—Buenos días, señora —la saludó haciendo una reverencia—. El capitán Sherringham a su servicio —y al decirlo, sus ojos recorrieron las curvas de ella; luego volvió a mirarle a la cara y ella vio aquella mirada de lujuria que le resultaba tan

familiar. Verdaderamente, los hombres eran tan predecibles..., pero por una vez eso iba a resultarle útil.

—Me temo que la señora de la casa está indispuesta, pero yo soy el ama de llaves. Si se han detenido para refrescarse, ordenaré que les sirvan algo inmediatamente.

—Pues..., no, señora, aunque naturalmente algo para beber siempre es bienvenido —el capitán Sherringham se aclaró la garganta.

—Hemos, humm, recibido informes de que un hombre del clero ha sido visto por esta zona y estaba pidiéndole permiso al señor Seton para registrar la propiedad.

—Ah, entiendo. Bueno, si lo creen necesario, faltaría más. Pero he de decirle que yo he estado en la casa desde ayer y no he visto a esa persona —con los ojos muy abiertos miró a Sherringham, que arrugó la frente. De reojo, vio que Seton juntaba las cejas frunciendo el ceño.

—¡Escúchame, Marsaili! —empezó a vociferar, pero ella se volvió dirigiéndole una mirada fulminante.

Luego se volvió hacia el capitán Sherringham, quien se aclaró otra vez la garganta, un tic nervioso que ya estaba empezando a molestar a Marsaili.

—Me temo que debo insistir, por muy inoportuno que pueda ser, señora —le dijo—. No tardaremos mucho.

Marsaili suspiró con afectación y se dio por vencida de buen grado.

—Supongo que es su deber, capitán —admitió, preguntándose si los habría entretenido lo suficiente. No sabía cuánto tiempo necesitaba Brice, pero esperaba que hubiera sacado al pastor por la puerta trasera. Sin embargo, las siguientes palabras del capitán la dejaron petrificada:

—Ya me he tomado la libertad de enviar a algunos de mis hombres por la parte de atrás. Espero que no le importe, señora.

—No, por supuesto que no —respondió Marsaili intentando mantener una expresión inocente, aunque apretó los puños bajo el delantal para no mostrar su nerviosismo.

—Pasen adentro, si lo desean —y le indicó al capitán que la siguieran.

—Jones, Allder, quedaos aquí afuera —ordenó a dos de sus hombres—. No dejéis que nadie se vaya.

Afortunadamente el gran salón estaba vacío, pero Marsaili no pudo evitar lanzar una mirada preocupada alrededor de la habitación. Se preguntó si allí habría algún sitio donde un hombre pudiera esconderse. «No, a menos que trepara por la chimenea», se dijo. Sherringham parecía haber llegado a la misma conclusión, e inmediatamente ordenó a dos hombres que buscaran dentro del conducto.

—Nada por aquí, señor. ¿Da usted su permiso para seguir mirando en el resto de la casa?

—Sí, rápido.

El capitán Sherringham no parecía dispuesto a tomar parte en la búsqueda, pero se quedó en la habitación inspeccionando los cortinajes descoloridos y los cuadros

antiguos con un leve aire altanero. Seton permanecía de pie en la puerta observando lo que hacía Marsaili, quien hubiera querido borrar aquella mirada arrogante de un bofetón.

—Me pregunto qué pasa aquí —era la voz de Brice que entraba en la habitación con andares pausados y con cara de sorpresa—. ¿Nos han invadido? —se veía que la pregunta era una broma porque estaba sonriendo.

—Capitán Sherringham, del Quinto de Dragones de Su Majestad —el capitán le hizo una reverencia, aunque no con la misma galantería que a Marsaili—. Estamos llevando a cabo una búsqueda con el permiso de esta dama —e inclinó la cabeza mirándola.

—Ya veo —Brice puso expresión de extrañeza mirando a Marsaili, que se encogió de hombros disculpándose.

—Lo siento, milord, no pensaba que usted se opondría. El capitán cree que hay un clérigo escondido aquí, aunque ya le he dicho que yo no he visto a ninguno —aclaró.

—De acuerdo, continúen entonces —respondió Brice—. Espero que no les importe que siga con mis asuntos.

Sherringham movió la cabeza.

—Faltaría más.

Brice salió con paso tranquilo y Marsaili se excusó también.

Recordó la segunda petición de Brice sobre la comida y las mantas, y se dio prisa en reunir lo que le había pedido. Lo llevó todo a la biblioteca, donde era evidente que los soldados ya la habían registrado porque algunos muebles estaban fuera de su sitio. Unas motas de polvo revoloteaban cerca de las cortinas de las ventanas, como si alguien las hubiera apartado hacía poco, y había caído hollín de la chimenea, por donde los casacas rojas también parecían haberse asomado.

Colocó la comida, las mantas y la almohada en la mesa y luego dio un respingo al oír una voz que le susurraba por detrás:

—Gracias Marsaili. Por favor, ¿puedes cerrar la puerta cuando salgas y quedarte ahí simulando que estás pensativa? Luego entra otra vez y la comida habrá desaparecido.

«¡Brice!» Marsaili miró a su alrededor, pero allí no había nadie. Examinó de prisa las cortinas, que eran lo bastante anchas como para esconder a un hombre, pero comprobó que no ocultaban a nadie. Debía de haber un lugar secreto para esconderse detrás de las paredes, y las recorrió con la mirada preguntándose dónde estaría. No vio nada raro, pero asintió con la cabeza hacia la dirección de donde venía la voz.

Hizo lo que le pedía, y cuando poco después abrió otra vez la puerta, la habitación estaba vacía. Dio varios pasos hacia el interior para asegurarse, pero estaba sola. «Así que yo tenía razón —pensó—, hay una cámara secreta». Sí que había oído hablar de ellas, pero nunca se imaginó que hubiera una en Rosyth.

—Marsaili, ¿qué estás haciendo aquí?

Se dio la vuelta y se puso una mano en el pecho para contener su corazón, que

acababa de darle un vuelco.

—Señor Seton, ¡no lo había oído llegar! Yo, pues..., estaba comprobando que los soldados no hubieran estropeado nada por aquí.

Como respuesta emitió uno de sus habituales gruñidos y echó un rápido vistazo a la habitación.

—No lo han hecho.

—Lo sé, así que mejor vuelvo a mis cosas. Si no le importa dejarme pasar. Tengo mucho que hacer.

Brice pegó el oído a la pared y contuvo la respiración. Había oído la voz de Seton un poco antes de que cerrara la entrada secreta y sabía que Marsaili estaba sola en la habitación con él. A juzgar por la vehemencia con que ella había negado cualquier relación entre ellos, parecía que eso era realmente lo último que deseaba. Pero estaba atrapada, y todo por culpa de Brice.

Maldijo en silencio.

Luego notó que el tono de Seton cambiaba ante su petición de apartarse.

—Ah, sí, siempre estás ocupada, pero uno de estos días me vas a dedicar algo de tiempo, ¿verdad?

—No, no lo haré. Ya se lo dije, conmigo no tiene ninguna posibilidad.

Se oyó un golpe seco y la pared en la que estaba Brice, que era bastante delgada a esa altura, se movió ligeramente.

—No me estás escuchando, Marsaili. No esperaré toda la vida, y más tarde o más temprano tomaré lo que quiero, con tu permiso o sin él —la voz de Seton era un susurro ronco que temblaba con furia reprimida y, según adivinó Brice, también con deseo.

—¡Quíteme las manos de encima ahora mismo! —el tono de Marsaili era cortante e igualmente enfurecido, y Brice frunció el ceño. ¿Qué haría él si Seton la forzaba? No podía quedarse ahí dejando que eso ocurriera, pero tampoco podía revelar que estaba escuchando desde el otro lado de la pared. Y además, tenía que pensar en el señor Keil. El predicador estaba en otra parte del pasadizo, y si los soldados sospechaban que había algún posible escondite, no dejarían piedra sobre piedra hasta encontrar a aquel hombre.

«¡Maldita sanguijuela!». Esperó con la respiración contenida y los puños apretados.

Marsaili resolvió el problema por él. Dio un agudo silbido, de esos que los chicos se sienten muy orgullosos de conseguir, y Brice oyó a Seton lanzando una exclamación de fastidio en el mismo momento en que se oyeron los arañazos de unas zarpas que corrían velozmente por el pasillo y atravesaban la puerta.

—Maldito perro del demonio —lo insultó Seton. *Liath* gruñó y se detuvo estrepitosamente, al tiempo que comenzaba a ladrar de manera amenazadora.

—No te atrevas a tocarme o...

—Sabe que no lo hará a menos que yo se lo pida —dijo Marsaili con una voz que se notaba más aliviada—. Bueno, ¿no haría mejor en asegurarse de que los casacas rojas no están apropiándose de lo que no deben, señor Seton?

Seton murmuró algo que pareció una palabrota, y salió dando un portazo.

—Zorra arrogante —fue lo último que Brice le oyó decir y por un instante todo se quedó tranquilo.

Marsaili dejó escapar un suspiro de alivio y luego le dijo al perro en voz baja:

—Buen chico, *Liath*, gracias. Uno de estos días te voy a dejar que lo ataques, y que sea lo que Dios quiera... ¿Cuándo se dará por vencido?

A continuación se marchó seguida por el perro, y Brice recogió las mantas y las provisiones y se encaminó por el oscuro pasadizo hacia el lugar donde había dejado al señor Kiel. Sin embargo, solo pensaba en lo que acababa de oír, y advirtió hasta qué punto se había equivocado al pensar que Marsaili y el administrador eran cómplices. Era evidente que este la deseaba, pero ella le había rechazado, y varias veces por lo que parecía. Y como ella no consentía, ahora la amenazaba. ¿Desde hacía cuánto tiempo estaría ocurriendo este acoso?

Definitivamente esto le hacía relativizar la impresión de su primera visita a Rosyth, y pensó que era evidente que Marsaili solo estaba cumpliendo las órdenes de Seton en tanto que empleada suya. Por alguna razón esa idea lo puso muy contento. Luego contuvo la respiración y se detuvo en seco al darse cuenta del porqué.

Quería a Marsaili para él.

Seton entró en su casa hecho una furia y dio un portazo tan fuerte que las vigas temblaron. Le dio una patada a un cubo vacío que estaba allí cerca y dijo unas cuantas palabrotas en voz baja; y aunque el cubo hizo el estruendo que él esperaba al chocar contra la pared, eso no sirvió para calmarlo. Las palabras de despedida del capitán Sherringham tampoco habían suavizado su mal humor:

—No sé de quién ha sido la idea de mandarnos a buscar. Pero puede decirle al imbécil responsable de ello que no me gusta que me hagan perder el tiempo. No volveré aquí de nuevo sin una buena razón.

Como el «imbécil» en cuestión era Seton, a este le costó no replicarle. Casi no pudo morderse la lengua. Entonces descargó su ira contra Iain, que por casualidad fue a ver a su padre justo después.

—No lo entiendo —farfulló—. ¿Cómo ha conseguido escapar ese maldito clérigo? Me aseguré completamente de que los ingleses entraran en la casa por los dos lados y aun así se ha escapado. ¡Es increíble!

—¿Fue usted quien los llamó? —Iain se quedó mirando fijamente a su padre con gesto de desaprobación. Eso acabó de fastidiar aún más a Seton.

—Por supuesto. ¿Quién te crees que ha sido? Tenemos que deshacernos del

terrateniente, ya te lo dije. Si conseguimos que lo arresten, igual se piensa dos veces lo de quedarse en Escocia.

—¿Seguro que los sajones podrían condenarle por albergar a un pastor no juramentado? Es extranjero, y el lord solo sabe a qué religión pertenece. No pueden acusarlo por eso.

—Esa no es la cuestión, tonto. Queremos asustarlo, que se vuelva a ese país dejado de la mano de Dios con el rabo entre las piernas. Aunque los casacas rojas no lo condenen, seguro que no lo tratarían bien mientras esté detenido. Todos los sabemos.

Iain guardó silencio unos instantes y luego dijo:

—Eso no está bien, padre. Esta propiedad le pertenece, y usted ya le ha quitado más que suficiente.

—¿Te has vuelto estúpido, muchacho? —exclamó Seton agarrándolo por los hombros y sacudiéndolo con fuerza, pero Iain se deshizo de él y se quedó mirándolo.

—No, creo que estoy recuperando el juicio. Lo que usted ha estado haciendo está mal. Mientras el terrateniente era un extraño que vivía lejos, no pensaba en ello. Creía que era un bastardo arrogante a quien no le importaban ni su clan ni sus tierras. Ahora lo hemos conocido y sé que no es así. Es un hombre decente, que intenta hacer mejoras y ayudar a su gente. Eso cambia las cosas.

Seton apretó los dientes.

—No, no las cambia. Al menos para nosotros. Todavía tenemos que pensar en nuestras tierras y en nuestra gente. Nos necesitan, y la única manera de ayudarlos es recuperando Bailliebroch. ¿Cómo sugieres que lo hagamos si no podemos seguir haciendo aquí lo que empezamos? Piénsalo, muchacho, no hay otra manera. Nunca ganaremos el dinero suficiente a menos que nos dediquemos a robar.

—Eso es más o menos lo que está haciendo —murmuró Iain.

—¡Lo hago por ti, por nosotros! —la rabia ahogaba a Seton, que tenía ganas de golpear la pared con sus puños—. ¿Es que no lo ves?

—Lo único que veo, padre, es que eso no está bien y que ya no quiero formar parte de este asunto. Afróntelo, hemos perdido Bailliebroch y tenemos que sacar el mejor partido de nuestra situación. Y por primera vez estoy contento de estar aquí para sucederlo como administrador. A Kirsty no le importa, a ella no le interesa ser una gran dama.

—Kirsty —le espetó—. Esa estúpida chica te ha vuelto un sentimental. Ni siquiera sé qué ves en ella. Insípida rubia parlanchina...

—No diga otra palabra o lo lamentaré —la voz de Iain era tan amenazadora que llegó a disipar la propia furia de Seton.

Los dos se miraron una vez más y luego Iain se precipitó hacia la puerta.

—Haga lo que quiera, padre. Pero ya lo sabe: yo no tomaré parte en ello.

—Sí, si que lo harás o le diré al terrateniente que has sido tú quien le ha estado robando todo este tiempo. Me creerá, porque nadie en su sano juicio denunciaría a su

propio hijo a menos que fuera verdad. Y es cierto, tú has estado metido en esto desde el principio. Y puedo probarlo.

La mirada que Iain dirigió a su padre estaba llena de ira.

—Es usted despreciable —le soltó antes de marcharse. Dio un portazo y Seton arrojó tras él una jarra de cerveza que se hizo añicos contra la madera con el estruendo que era de esperar, pero, al igual que la patada que antes había dado al cubo, tampoco eso calmó su enfado. Todavía tenía deseos de matar a alguien, pero no iba a darse por vencido tan fácilmente. Este plan no había funcionado; mala suerte.

Ya se le ocurriría otro.

Capítulo 16

Thomas Sherringham era el hombre ideal para tomar parte en la operación de «limpieza» emprendida por el duque de Cumberland en las Tierras Altas. Odiaba a los escoceses con todas sus fuerzas y creía que tenía motivos suficientes, pues su única hermana había muerto por culpa de ellos. Solo con recordarlo le hervía la sangre.

Susanna estaba loca por un jacobita cuando el Joven Pretendiente entró con sus tropas en Inglaterra. Como creía estar enamorada, lo siguió a su regreso al norte y nunca más volvieron a verla. Más tarde Sherringham descubrió que había muerto de parto en una aldea del Consejo de Highland, y para él fue un gran placer matar a sus habitantes y quemar todo el lugar. De hecho, disfrutaba con todos los castigos que infligía a los sospechosos de ser jacobitas, ya fueran jóvenes y viejos, hombres o mujeres. Eran basura. Para él, el mundo ideal era aquel en el que las represalias no se acabaran nunca, pero desgraciadamente casi estaban llegando a su fin y el Gobierno había reducido su actividad.

Y eso no podía aguantarlo.

Sherringham sabía que la insurgencia estaba muy lejos de haber desaparecido. Esta gente era pagana, eran bárbaros, en su opinión carecían totalmente de honor, y el duque había hecho lo correcto al no tratar a los jacobitas como se trata a los enemigos de guerra normales. Estaba de acuerdo con él en que todos ellos eran traidores a la Corona, y no había que concederles derechos ni tener consideraciones con ellos, ni siquiera como prisioneros. Sherringham estaba convencido de que ellos nunca dejarían de hacer sus ridículas reclamaciones, incluso aunque aparentaran que lo hacían. La agitación hervía a fuego lento bajo el suelo y todo lo que él tenía que hacer era escarbar un poco para que las burbujas de la ebullición salieran a la luz.

Lo habían destinado recientemente a los confines de las Tierras Altas, porque sus superiores creían que allí tendría que preocuparse menos por castigar a nadie. Estaba decidido a demostrarles que se equivocaban.

—Hay jacobitas por todas partes —declaró a sus soldados—, los habitantes de por aquí pueden parecer inocentes, pero en sus ojos ocultan su resistencia y su engaño. Es solo cuestión de erradicar a los peores infractores por las buenas o por las malas. Luego los arrestamos y les damos su merecido.

En lugar de limitarse al uso de la fuerza, Sherringham operaba con disimulo. Fingía hacerse amigo de algunos hombres de la zona y luego esperaba a que se les escaparan algunas pistas sobre las tendencias de sus vecinos. Con frecuencia, se juntaba con ellos para tomar un trago o dos de la bebida favorita de aquella gente, el whisky, que él solo toleraba porque no le quedaba más remedio. Bajo los efectos del

alcohol los hombres se ponían a hablar sin reservas y en varias ocasiones había utilizado esta estratagema.

Seton era diferente. Él había ido a buscar a Sherringham por su cuenta. Justamente hacía poco que le había comentado que el heredero de la propiedad Rosyth había vuelto y que probablemente tenía conexiones jacobitas. Pero Sherringham detectó inmediatamente que había otro motivo, y tuvo razón. Seton necesitaba a alguien con contactos que le allanara el camino para poder recuperar sus propias tierras, y estaba dispuesto a pagar por ello.

Obviamente, Seton creía que con la información era suficiente para asegurarse un trato con él, pero en eso se equivocaba. Sherringham no estaba dispuesto a vender sus servicios por meras especulaciones. Lo que quería a cambio era oro e información.

—¿Entonces cuánto quiere? —saltaba a la vista que a Seton no le gustaba la idea de desprenderse de un solo penique de más.

—Dependerá de lo difícil que me resulte convencerlos de vender las tierras. Empecemos con un pago inicial, ¿le parece?

Desde entonces le había hecho varios pagos, y quizá por eso aquel día Seton lo había llamado para hacerle perder el tiempo. Sherringham tenía una expresión mejorada cuando se marchó de Rosyth House. No dudaba de que allí había estado un predicador, pero el terrateniente nuevo era demasiado astuto como para dejarse atrapar dándole cobijo bajo su techo. Era un fastidio, pero no era el fin del mundo. El hombre acababa de llegar, y si de verdad tenía tendencias jacobitas, como Seton decía, entonces solo era cuestión de tiempo que metiera la pata.

Cuando esto ocurriera, Sherringham estaría preparado.

La fiesta de la cosecha o *ceilidh*, como la llamaban los de la aldea, fue un gran éxito. Como el tiempo seguía siendo bueno, se celebró en el patio de entrada de Rosyth House, en una de cuyas esquinas se pusieron bancos y mesas improvisadas. Al haber visto que su terrateniente tomaba parte activa en la cosecha, todos parecían sentirse más relajados con respecto a él, por lo menos un poco más. Marsaili había escuchado comentar a algunos que quizá «el hombre no era tan malo después de todo, y hasta puede que sea un buen hombre». ¿Un buen hombre? No podía estar más de acuerdo, aunque sabía que ellos todavía tenían mucho que descubrir respecto a él.

Muchas de las jóvenes casaderas, e incluso algunas de las mujeres mayores, le dedicaban miradas más que insinuantes. A Marsaili no la sorprendía, porque era un hombre muy guapo. Sin embargo, sentía una punzada molesta; cada vez que una muchacha le sonreía, él le devolvía la sonrisa. Se preguntaba si aquellos ojos azules tenían el mismo efecto hipnotizador para las otras, como le ocurría a ella. ¿Y él, las miraría de la misma manera provocativa que a ella?

Trató de no pensar en esas cosas. No eran buenas para favorecer su tranquilidad.

Cuando todo el mundo había comido hasta saciarse con las abundantes viandas y

algunos ya habían bebido demasiadas copas de vino, cerveza fuerte o whisky, el viejo Mungo sacó su violín y uno de sus nietos un silbato.

—¡A bailar! —gritó, y todos los jóvenes de la aldea presentes saltaron veloces formando un corro y golpeando con los pies contra el suelo al ritmo de las palmadas.

Marsaili los contemplaba desde la sombra, escondiéndose de la vista de Seton. Estaba segura de que le pediría un baile, quisiera o no, y prefería evitarlo en lo posible. Últimamente tenía las manos demasiado ligeras para su gusto, y nada de lo que ella dijera lo desanimaba. Con suerte, bebería tanto que enseguida se quedaría aturdido, como ya le había pasado otras veces.

—¿No bailas? —la voz salió de la oscuridad que había a su espalda y le hizo dar un respingo. Brice apareció tras ella y la miró con unos ojos que resplandecían con la luz de las antorchas que tenían cerca. Él le sonrió y extendió su mano—. No podemos tener a la mujer más hermosa de Rosyth sin pareja. Están haciendo otro corro, ¿puedes enseñarme los pasos del baile?

—Yo... ¿No los conoce?

—Ha pasado mucho tiempo, mi memoria necesita refrescarlos.

Debería haberle dicho que no. Aquel hombre la desconcertaba, y su conciencia le decía —más bien le gritaba— que se mantuviera lejos de él. Pero su cuerpo pensaba de otra manera. Así que puso la mano sobre la de él y le siguió hasta donde un grupo bailaba con energía. Entonces le hizo a Brice una breve demostración y le explicó lo que tenía que hacer. Él lo captó enseguida, lo cual le hizo sospechar que no había sido del todo sincero.

—Eres un mentiroso —le dijo, dulcificando su afirmación con una sonrisa—. Habías bailado esto antes.

Él le devolvió la sonrisa sin mostrar arrepentimiento.

—Ya te dije que hacía mucho. Pero tengo que confesar que deseaba oír tu voz describiendo los pasos y mirarte a ti primero.

—¿Por qué...?

No le dejó acabar la frase. Se rió y la rodeó por la cintura levantándola en el aire y dando vueltas con ella. No eran los pasos del baile, pero no le importaba. Ella se olvidó de todo menos de la alegría de sus ojos al son de la música y del calor que le transmitían sus manos a través de la tela mientras la agarraba por la cintura. Eran tan grandes y hábiles que casi rodeaba completamente su cintura con ellas, y a ella le gustaba esa sensación.

—No tienes que levantarme —protestó con poco entusiasmo—. Te vas a hacer daño. No soy precisamente una muñeca.

Una extraña expresión cruzó la cara de él, pero se desvaneció casi al instante. Le sonrió.

—No, pero eres preciosa.

Marsaili no sabía qué decir a eso y balbuceó un «gracias».

Cuando se detuvieron para descansar y tomar un vaso de tinto, ella sintió que el

vino le subía por las venas. ¿O quizá era la excitación de haber bailado con él? De cualquier manera, eso le dio valor para preguntarle por el predicador.

—¿Qué ha pasado con el señor Keil? —le dijo en voz baja, asegurándose de que se acercaba a él lo suficiente como para que nadie la oyera.

Él se aproximó aún más, y mientras le respondía sintió el aire de su aliento en la oreja. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—No debo contártelo —le respondió—. Es mejor que tú no sepas nada de esto. Pero ya se ha ido, así que no hay de qué preocuparse.

—¿Huyó estando los casacas rojas aquí?

—Sí, y no lo encontrarán, te lo prometo. Y tampoco va a volver, a menos que esté desesperado. Le di dinero suficiente para que pueda vivir un tiempo y me dijo que todavía le quedaban algunos sitios donde podía estar a salvo.

Marsaili asintió. Era bueno saber que el peligro había pasado, al menos de momento.

—Es una lástima que no lo dejen en paz, pero supongo que él mismo ha elegido este camino. ¿Crees...? Quiero decir, ¿eres uno de sus feligreses?

—No. Me educaron en la Iglesia sueca. Es ligeramente diferente, pero tampoco tan distinta. A decir verdad, no soy muy religioso. Voy a la iglesia como todo el mundo, donde sea, no me importa. Creo que Dios me escucha donde quiera que esté rezando —dijo lanzándole una mirada pícara seguida por una media sonrisa—. Ahora mismo estoy rezando para bailar otra vez contigo. ¿Tú crees que me está escuchando?

—¡Qué vergüenza! —susurró, y se le escapó una risita—. Eso es una blasfemia, milord.

—Brice, ¿te acuerdas? Nadie puede oírte.

—Brice... —Le gustaba ese nombre, le gustaba cómo sonaba... ¿Le gustaba su dueño? «¡No! ¡En absoluto!» Levantó la vista hacia él y le sorprendió mirándola con una extraña expresión en los ojos que le hizo derretirse por dentro. Pero se dijo con firmeza que eso no era amor y que él no la quería. «Mentiroso», dijo una vocecita en su cabeza, aunque ella la ignoró. Fuera lo que fuese, un baile más no podía hacerle daño, ¿verdad? Tomó aire y le dio la mano.

—Muy bien, solo uno.

—¿Un qué? Ah, sí —él salió de su trance y la agarró de los dedos, empujándola por la espalda hacia los que bailaban.

Sin embargo, solo habían dado algunos pasos cuando Marsaili se soltó de la mano de Brice de un tirón. Otra mano fuerte rodeó su cintura y la apartó de él.

—Creo que es mi turno. No le importa, ¿verdad, terrateniente?

Marsaili miró a los ojos castaños de Seton y reprimió un estremecimiento. Había algo oculto en ellos, un atisbo de amenaza que la asustó, incluso sabiendo que allí no podía hacerle nada.

Miró hacia Brice preguntándose si montaría una escena, como Iian hacía siempre que alguien intentaba bailar con Kirsty.

Brice solo se inclinó y le sonrió:

—En absoluto. Gracias por su tiempo, señorita Buchanan —respondió y luego se mezcló con la multitud. Marsaili hizo esfuerzos para no seguirlo con la mirada mientras se iba, aunque como la dejó tan repentinamente casi se sintió abandonada.

Seton la arrastró al baile con pasos muy enérgicos y bastante garbo. A Marsaili se le ocurrió que era como un gato salvaje, con una fuerza impresionante en sus giros, pero aterradora para sus presas. Y por la manera en que había saltado encima de ella y la había reclamado, Marsaili se sentía como una presa. Él no tenía ningún derecho a hacer eso sin preguntarle primero, era como si intentara demostrar a Brice que Marsaili era terreno prohibido. Sin embargo, solo ella tenía derecho a decir eso. Ese hombre no tenía ninguna autoridad sobre ella, bajo ningún concepto.

—Así que ahora jugueteas con el terrateniente, ¿no? —comentó despectivo Seton—. No te dejaré ir a ninguna parte. Él le ha estado diciendo a todo el mundo que no es de los que se casan, así que solo podrás llegar a ser una dama casándote conmigo.

—¿Me lo está pidiendo? —no pudo reprimir un tono de sorpresa en su voz. Si estaba dispuesto a casarse con ella para salirse con la suya, debía de estar desesperado.

—Tal vez. La cuestión es que el terrateniente nunca lo hará.

Sabía que era inútil discutir con él o sacarle del error de que ella iba detrás de Brice. Él creería lo que quisiera creer. Pero ella rechazaría su oferta como siempre hacía. Aunque una proposición de matrimonio mostraba una intenciones más honorables, seguía sin quererlo. No a cualquier precio.

—Puede que le cueste creerlo, señor Seton, pero no todas las mujeres quieren convertirse en damas. Especialmente si eso significa tener que casarse con alguien que les repugna.

Seton la atrajo con fuerza hacia él, aunque ese no era uno de los pasos del baile, y durante un instante se encontró inmovilizada. El cuerpo de él era como un tornillo de acero, firme e inflexible, y eso hizo que el pánico la dominara. Intentó zafarse del abrazo de él, pero no podía hacer nada contra su fuerza.

—Suélteme —dijo con rabia—. Usted no tiene derecho a...

—¿Qué yo soy repugnante? Eso lo veremos. Estoy seguro de que tú eres hija de tu madre, y ella no era difícil de convencer. Lo que necesitas es un hombre de verdad, y pronto lo tendrás.

Marsaili forcejeó y se encogió como si él la hubiera golpeado. Se había enterado de que Iain era el fruto de las relaciones que tuvo su madre con varios hombres antes de casarse, pero nunca había imaginado que Seton fuera uno de ellos. Que él quisiera casarse con la hija de una mujer con la que se había acostado hacía tiempo lo empeoraba todo. Marsaili soltó una exclamación de enfado y le pateó con fuerza en la espinilla. Afortunadamente, fue suficiente para que la soltara y ella aprovechó para empujarle.

—Déjeme en paz.

—¡Eres una víbora! —exclamó, aunque para consternación de Marsaili sus ojos aún estaban encendidos de deseo, y le sonrió—. Disfrutaré domándote y eso será pronto, te lo prometo.

Se dio la vuelta abruptamente y salió empujando a la gente. Marsaili se quedó en medio de las parejas que bailaban. Algunos la miraban con expresión de lástima y, como no pudo resistirlo, se marchó. Con la cabeza erguida, se dirigió con resolución hacia la casa y subió directamente a su habitación seguida de *Liath*, que había estado esperándola en la puerta. Encendió una vela con dedos temblorosos y luego se echó en la cama, rodeando con sus brazos el cuello lanudo del perro.

—Ay, *Liath*, ¿qué voy a hacer? —dijo en un susurro—. ¿Por qué no se rinde?

El perro gimió suavemente, como si entendiera su agitación, y se inclinó sobre ella, tranquilizándola con el calor de su cuerpo. Era su única protección, pero ¿podría mantener siempre alejado a Seton?

No, si Seton podía evitarlo.

Desde su escondite, Brice vio cómo Seton se llevaba de malos modos a Marsaili al baile. Aquel hombre era un patán que necesitaba que le enseñaran modales, pero pensó que ese no era ni el momento ni el lugar. Todos se lo estaban pasando bien, y tener una pelea con el administrador arruinaría la armonía de la velada. La mayoría de los arrendatarios parecían haber aceptado ya a Brice, aunque con cautela, y él era reacio a cambiar esa opinión favorable imponiéndose tan abiertamente.

Pero, maldita sea, ese hombre estaba tocando a Marsaili como si le perteneciera.

Cuando vio la mirada furiosa de Marsaili pensó que quizá sí iba a tener que intervenir, pero una vez más lo resolvió ella sola. Le dio a Seton una patada en la espinilla con una fuerza considerable. Eso pareció ser suficiente para que la dejara en paz, y él desapareció de su vista. Brice vio que se quedaba quieta, como paralizada por una emoción intensa. Apretaba y soltaba los puños hasta que se dio cuenta de las miradas curiosas que le dirigían, y entonces se fue con pasos airados hacia la casa. Brice dudó en seguirla para asegurarse de que se encontraba bien, pero decidió no hacerlo. Querría estar sola.

Como se sentía inquieto y no le apetecía bailar con ninguna de las mujeres que lo miraban con ojos seductores, se dirigió hacia los establos. En la semana de la cosecha no había tenido tiempo de salir temprano a cabalgar, así que pensó ir a ver cómo estaba *Starke*. Archie cuidaba de manera especial de aquel caballo tan grande, que seguía prefiriendo los cuidados de Brice. Sin embargo, cuando se hallaba a medio camino de la caballeriza de *Starke*, se dio cuenta de que no estaba solo. En una de las caballerizas que había más allá se oían murmullos. Una pareja cortejando, pensó, y se dio la vuelta para irse. Lo último que quería era entrometerse en la intimidad de nadie. *Starke* tendría que esperar.

Pero reconoció que una voz le hizo detenerse en seco.

—No, Iain, así no. No lo voy a consentir, ya te lo he dicho.

Kirsty. ¿Tenía algún problema? Brice dudó. Si su prometido estaba intentando seducirla contra su voluntad, tenía que hacer algo. Aunque casi estaban desposados, Iain no tenía derecho a forzarla. Brice tomó una decisión: iría a ver qué estaba pasando.

Se dirigió hasta la última caballeriza y carraspeó con fuerza.

—¿Kirsty? ¿Va todo bien? —le preguntó.

Un farol de la pared iluminaba tenuemente la escena, y Brice vio que su prima se ruborizaba cuando se asomó por una de las divisiones de zarzo. Iain, que tenía las manos sobre la falda de ella, las bajó enseguida como si se hubiera quemado y se quedó mirando a Brice con el ceño fruncido.

—Sí, todo va bien —refunfuñó—. Y si no le importa, estamos un poquito ocupados.

Brice lo miró enarcando las cejas.

—Estaba hablándole a mi prima. Kirsty, ¿necesitas ayuda? —le sonrió para demostrarle que si la necesitaba no tenía que sentirse incómoda por haberla sorprendido así; sin embargo, el rubor de sus mejillas se acentuó.

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—No. Como te ha dicho Iain, estamos bien.

—De acuerdo. Los dos estáis bien. Me alegro de oírlo. Yo... pues..., te espero afuera. ¿O no? —Brice soltó una risita y se dio la vuelta para marcharse, pero la voz de Kirsty le hizo detenerse.

—Espera. Pasa algo.

—Kirsty, no. No tiene nada que ver con él —siseó Iain.

—Quizá pueda ayudarnos. Por favor, Iain, no podemos seguir así. Lo sabes.

Brice los miró a ambos y se quedó esperando. Iain tenía un gesto de testarudez en la boca, pero cuando Kirsty le miró de nuevo suplicante, encogió los hombros y masculló:

—Bueno, pero estás gastando saliva.

Kirsty se mordió el labio.

—Es el padre de Iain. Por alguna razón se opone a que nos casemos, y Iain no quiere seguir adelante hasta que no tengamos la aprobación del señor Seton. ¿Puedes ayudarnos a convencerle? Llevamos años esperando.

Brice estuvo a punto de soltar una carcajada. Probablemente era la última persona en el mundo a la que Seton escucharía en esa cuestión; aquel hombre no seguía el consejo de nadie, de eso Brice estaba seguro.

—Lo siento, Kirsty, pero creo que no debo entrometerme entre un padre y un hijo —al decir eso vio cómo los hombros de su prima se hundían y pestañeaba para impedir que le saltaran las lágrimas—. Aunque puede que exista otra manera. ¿Qué te parece si le hago saber que estoy preparándote una dote lo bastante importante como para tentar a cualquier padre de familia? —Brice miró directamente a los ojos de Iain

—. ¿Crees que eso lo convencería?

Iain asintió, mudando su expresión malhumorada por una esperanzadora y algo admirativa.

—Sin lugar a dudas, el dinero podría influir en él. ¿Pero es capaz de conseguir una suma importante?

Brice sonrió abiertamente.

—No he dicho que vaya a mostrársela. Podemos ganar tiempo diciendo que tienen que enviarlo desde Suecia. Mientras tanto, daremos a entender que te has anticipado un poco a tu compromiso y que es necesario celebrar la boda de inmediato. Confiamos en que la codicia ciega a tu padre y dé su consentimiento.

—¿Y si no lo da? ¿Qué pasará si él insiste en esperar hasta que llegue el dinero?

Brice se encogió de hombros.

—Entonces yo te entregaré algo a ti, lo suficiente para convencerlo. Una vez que el matrimonio se haya celebrado, tu padre no podrá anularlo —dijo, y volvió a sonreír—. Estoy seguro de que tú te encargarás de todos los requisitos legales necesarios.

Kirsty se ruborizó una vez más y dio un cariñoso puñetazo a su primo en el brazo mascullando algo entre dientes, mientras Iain y Brice intercambiaban una mirada de complicidad masculina.

Brice se puso serio.

—Después de la boda, le diréis a tu padre que yo me encargo de guardar vuestro dinero. Así no podrá reclamarlo.

Iain asintió.

—Claro.

—Entonces, ¿estáis de acuerdo? —le tendió la mano y Iain se la estrechó con energía.

—Sí, lo estoy —luego levantó a Kirsty y comenzó a dar vueltas con ella—. ¿Puedo decirle ya que se largue? —dijo riéndose.

—No, yo lo haré. Desaparece y borra esa sonrisa de superioridad de tu rostro antes de que lo haga yo —los ojos de Kirsty estaban radiantes de felicidad y Brice sacudió la cabeza mientras la miraba.

—Vaya par de tontos enamorados —dijo, y se esfumó.

Capítulo 17

Salió de nuevo de los establos y se quedó de pie un momento, dudando entre meterse en la cama o quedarse un poco más con los que aún estaban disfrutando de la fiesta. Antes de poder decidirse, resonó una voz y vio a alguien que venía del *ceilidh* y se dirigía hacia él. ¡Diantre, Seton!

—¿Cómo estamos, terrateniente? —esta última palabra la dijo en un tono de desdén que Brice ignoró. Su prioridad era alejar al administrador de los establos para que no se topara con Iain y Kirsty como le había pasado a Brice, porque entonces todo se estropearía.

—¿Me estaba buscando? —le preguntó yendo a su encuentro.

—Sí, algunos hombres quieren que usted participe en un juegucito. ¿Ha probado el whisky?

—¿Un juego de beber? ¿Por qué no? —Brice había pensado resolver su falta de sueño con uno o dos tragos de aquel licor típico, pero no estaba seguro de querer hacerlo en compañía de Seton. Sin embargo, con más gente delante, podía pasar.

—Usted primero —le dijo haciendo como que no reparaba en su sonrisa de satisfacción.

No tardó en descubrir a qué se debía la sonrisa de Seton. El juego consistía en ver cuántos tragos de whisky podía tomarse un hombre y pasar sin caerse sobre un palo de madera colocado entre dos caballetes. En las jarras, que no eran muy grandes, cabían tres tragos. Como la mayoría de los hombres allí presentes ya se habían tomado más de la cuenta, acababan perdiendo el equilibrio al segundo intento. Sin embargo, Seton era ágil como un gato y lo cruzó hasta seis veces, lo mismo que Brice y su amigo de la infancia, Rob.

Cuando iba por la séptima jarra, la suerte de Seton cambió. Ya casi había llegado al final, pero calculó mal el último paso y se cayó.

—¡Maldita sea mi suerte! —bramó, pues, como resultaba predecible, era un mal perdedor. Fue a caer en la hierba dándose un golpe, y comenzó a proferir maldiciones mientras se frotaba algunas partes de su anatomía. Alguien lo ayudó a levantarse y se sentó desplomándose en un banco.

Cuando les llegó el turno a Brice y a su amigo, se oyeron gritos de «¡Robie, Robie!» y algunos menos estridentes de «¡MacCoinneach, MacCoinneach!». Los dos lo consiguieron, y Seton se quedó mirándolos a los dos como si lo hubieran ofendido personalmente. Cuando Rob falló en el siguiente intento, Seton asintió satisfecho con la cabeza. Luego se quedó mirando con los ojos entrecerrados a Brice, que estaba vaciando en su garganta el octavo trago y saltó otra vez al palo haciendo malabarismos.

—¡Ocho, ocho, ocho! —coreaban los curiosos.

—¡MacCoinneach, MacCoinneach!

Brice ocultó su sonrisa. Confiaba en que lo conseguiría, ya que tenía la ventaja de estar más o menos sobrio cuando empezó el juego. Pero había dos factores más que le favorecían: estaba acostumbrado al *brännvin*, un licor sueco aún más fuerte, y durante sus viajes a China había tenido que mantener el equilibrio sobre los palos del barco aun con mal tiempo.

—¡Venga, hombre, vamos! —las voces que lo alentaban se hicieron más fuertes. Como no deseaba parecer presuntuoso, lo hizo despacio, moviendo la cintura para hacer como que perdía el equilibrio en un par de ocasiones. Cuando por fin llegó al extremo del palo, los vítores fueron ensordecedores. Aceptó las felicitaciones y las palmadas en la espalda, pero Seton ni se acercó. Había cerrado los ojos haciéndose el dormido.

A Brice no le importó.

—¡Gracias a todos! —les gritó—. Si encuentro el camino, me parece que me meteré ahora en la cama. ¡Buenas noches!

Algunas mujeres le gritaron algo cuando se iba hacia la casa, y se preguntó si alguna se ofrecería a acompañarlo. Sin embargo, la idea no le tentaba. No quería crearse fama de que seducía a las chicas de los alrededores.

De pronto, en su mente surgió la imagen de Marsaili y estuvo a punto de tropezar. «¡Pero si tampoco la quiero a ella! ¿O sí?». Se detuvo un momento en el gran salón porque la cabeza le daba vueltas. No es que estuviera borracho, pero tampoco estaba sobrio y maldijo a Seton, deseando que se despertara con un terrible dolor de cabeza. Después de la semana de juerga en Göteborg, se había prometido no volver a encontrarse en ese estado, pero aquella noche no había tenido elección.

Al pensar en Seton se acordó de Marsaili. ¿Estaría bien? ¿Qué le habría dicho aquel hijo de perra para que se enfadara tanto? ¿Debería ir a verla?

—Idiota —se murmuró a sí mismo—. Ella no te necesita.

Pero ¿qué había de malo en asegurarse de ello?

A Marsaili le estaba costando dormirse porque su mente cansada no paraba de dar vueltas. Justo cuando acababa de relajarse llamaron suavemente a la puerta. Se sentó y se espabiló al instante; el pánico se apoderó de ella como una fría ráfaga de aire, mientras la inquietud le cortaba la respiración. Cuando miró a *Liath*, se dio cuenta de que no estaba gruñendo. Lo miró con extrañeza.

Del otro lado de la puerta llegó un susurro.

—Marsaili, ¿estás bien?

Los latidos de su corazón se aceleraron sobremanera, pero suspiró con alivio al sentir la voz de Brice en lugar de la de Seton.

—Sí, estoy bien —dijo en voz alta—. Gracias.

—¿Estás segura? Es que... noté que tú y Seton teníais una especie de discusión. ¿Quieres que hable con él? Después de todo, es mi empleado.

Marsaili vaciló. No dudaba de que Brice consiguiera que Seton dejase de acosarla, pero sabía que el administrador no iba a dejarlo así como así. Querría vengarse de Brice de alguna manera, y por alguna razón ella no podía soportar esa idea.

—¿Marsaili? Háblame.

Ella tomó aire. Pensó que no se iría hasta que no hubiera comprobado por sí mismo que estaba bien, aunque sabía que abrir la puerta no era muy sensato. Pero, en fin, si eso hacía que se marchara rápidamente... Levantó la pesada barra y se lo encontró afuera, con expresión seria. La luz de la luna que se filtraba a través de una estrecha ventana lo iluminaba de una manera extraña.

—No sabía que esto fuera una fortaleza —le dijo—. ¿Esperamos invasores?

Marsaili sintió que enrojecía.

—Yo... Esta parte de la casa está, humm..., un poco aislada. Y no quiero que nadie se presente sin avisar, por si acaso *Liath* se confunde.

Observó por encima de ella al perro, que la miraba con veneración golpeando el rabo contra la colcha.

—¡Eh, hola chico! —Brice sonrió y volvió a mirar a Marsaili—. Me alegra saber que estás protegida. Debes necesitarlo, supongo.

Ella asintió. El fuerte olor a whisky le hizo arrugar la nariz, aunque no le pareció que estuviera ebrio. «¿Había estado nadando en licor?», se preguntó. De cualquier manera, la precaución era mejor que la valentía, así que agarró la puerta y le dijo con firmeza:

—Por supuesto. Como puedes ver, estoy perfectamente bien, así que será mejor que vuelvas al *ceilidh*. Necesito dormir para levantarme pronto a hacer mi trabajo. Que tengas buenas noches.

Inesperadamente, él le tendió una mano y le acarició la mejilla con dos dedos ligeramente callosos.

—Después de trabajar tanto durante toda la semana, todos tendrán un día de descanso. Tú también te lo mereces.

Sus dedos apenas la rozaban, pero era lo único que centraba su atención. Aquel contacto le hizo sentir un hormigueo en la piel y se quedó sin aliento. Deseaba rodearle la muñeca con los dedos para acercarse más a la mano de él. Los vapores del whisky, combinados con el fresco aroma que procedía del exterior y el propio olor de Brice, la envolvieron. Era una sensación embriagadora. Trató de resistir al impulso de tocarlo cerrando los ojos, pero no le dijo que se marchara.

Brice debió de confundir el gesto con una invitación, porque lo próximo que sintió fue su boca sobre la de ella. Iba esparciendo en sus labios besos de mariposa, lentos y lánguidos, cada uno un poco más largo que el anterior. Lo notaba más tierno que la última vez que la besó, y solo había puesto las manos muy suavemente sobre

los hombros de ella, lo cual le pareció todavía más seductor, si es que eso era posible. Sabía que lo más sensato era empujarle fuera y cerrar la puerta, pero no quería. Todavía no. Estaba jugando con fuego, pero se sentía bien, de maravilla, en realidad, y no deseaba que él detuviera.

—Esto es una mala idea —masculló él sobre la boca de ella para contradecirse a continuación rodeándola con los brazos y apretándola contra su firme y esbelto cuerpo. Aunque aquello se asemejaba a lo que Seton le había hecho antes, Marsaili no sintió ni la repulsión ni el pánico que le causaba el administrador. Bien al contrario: el tener todo el cuerpo de Brice tocándole desde el cuello hasta las rodillas le hizo sentir el ardor de la pasión.

—Sí, muy mala —dijo ella al tiempo que abría la boca para permitir que Brice la explorara con la lengua. Mientras, sus manos avanzaban acariciando sus anchas espaldas y sus hombros, quemándose los dedos con el calor que emanaba del cuerpo de él.

Nunca le había gustado el whisky, pero su sabor acre hizo que aquellos besos le supieran a gloria. Marsaili no podía entenderlo. Debería sentir rechazo y repulsión, pero en lugar de eso quería más.

Las manos de Brice se movieron acariciándola y atrayéndola hacia sí. Ella sintió la evidencia de su deseo, pero ni siquiera eso la asustó como debería haberlo hecho. Una parte que no controlaba de su ser quería frotarse contra él como un gato, y estaba a punto de hacerlo cuando un gruñido de *Liath* la devolvió a la realidad. Brice debió oírlo también porque dejó de besarla. Los dos se quedaron inmóviles escuchando.

Alguien subía por la escalera de caracol.

Brice echó una ojeada a su alrededor e intentó que su cabeza funcionara. La embriagadora combinación de un exceso de licor y de tener en sus brazos a Marsaili no lo ayudaba precisamente, si bien fue capaz de valorar qué opciones tenía. Estaban en un pequeño rellano que no conducía a ninguna parte, solo a la habitación de Marsaili, ya que se encontraba en lo más alto de la torre. Al parecer, solo se podía hacer una cosa. Empujó a Marsaili dentro de la habitación y cerró la puerta tan silenciosamente como pudo, colocando la gruesa barra en su sitio. Ella abrió la boca para protestar, pero él le puso un dedo en los labios para que se callara. Los dos sabían que él no debería estar allí, pero no se quedaría mucho más y nadie lo descubriría.

Los pasos podían oírse claramente; quienquiera que fuese, no trataba de ocultar su llegada. Marsaili miraba fijamente a la puerta como si estuviera en trance, con unos enormes ojos de miedo. Brice adivinó que ella sabía quién venía y que no era la primera vez que eso ocurría. Apretó con fuerza la mandíbula. Bueno, pues esta sería la última vez, se prometió a sí mismo.

Liath seguía gruñendo, y el volumen de sus gruñidos fue aumentando hasta

retumbar en la pequeña habitación. Brice palmeó el lomo del animal en señal de aprobación, y luego se movió en silencio poniéndose detrás de Marsaili. Le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo contra su pecho. La sintió temblar, pero poco a poco ella se fue relajando y se recostó sobre él como si confiara en que la protegería. Eso hizo que él tomara aire con fuerza, sin detenerse a analizar aquel instinto protector que ella le despertaba. Puede que ya fuera demasiado tarde.

Una patada en la puerta anunció la llegada del visitante.

—¿Marsaili? Sé que estás ahí, así que no hagas comedia. Y también ese animal del de... de... demonio.

Seton. Brice quería enseñarle los colmillos y gruñirle, tal como estaba haciendo *Liath* en ese momento. Le invadió la rabia, pero intentó controlarla. Era evidente que aún estaba borracho, y Brice no podía enfrentarse a él en ese estado. Eso pondría a Marsaili en un compromiso sin vuelta atrás. La abrazó con más fuerza y puso su mejilla contra la cabeza de ella. Se sorprendió al darse cuenta de que Marsaili encajaba perfectamente en su cuerpo, y sus suaves curvas se moldeaban sobre él como si ella estuviera hecha para él y nada más que para él.

Las palabras mal articuladas de Seton interrumpieron sus pensamientos:

—No *pinses* que te vas a *sscapar* de mí... *Sssabes* que es inútil. Eres mía. Siempre lo has sido —Seton se rió con una carcajada seca—. No estarías aquí si no fuera por mí. Deberías agradecermelo. Si no, serías una puta como tu madre. Yo hice que ese cob... cobarde de pastor viniera a ver a la viuda. Hace años que, mmm... me había contado lo de tu padre.

El pecho de Marsaili subía y bajaba con rapidez, lo que mostraba a Brice cómo la angustiaba aquella revelación del hombre que había detrás de la puerta. Puso otra vez un dedo en los labios de ella para indicarle que era mejor no replicarle. Por su experiencia, seguir la conversación a un borracho solo servía para prolongarla, y eso era lo último que querían.

Seton soltó un último bramido de frustración y dio un fuerte puñetazo a la puerta.

—Duerme bien, víbora. Cuando seas mía, te tendré despierta todas las noches, ya lo verás...

Sus palabras se fueron apagando y la puerta se movió como si algo pesado hubiera dado contra ella. Brice adivinó que Seton se había caído al suelo tras perder el conocimiento, y que probablemente tardaría en despertarse. Maldijo para sus adentros, no se atrevía a arriesgarse a levantarlo, de manera que no podía salir por ahí. Solo le quedaba una opción. Bueno, dos, pero no estaba tan bebido como para contemplar la segunda.

Liberó suavemente a Marsaili de su abrazo y ella se volvió mirándolo con aquellos bonitos ojos verdes llenos de extrañeza y ansiedad. Brice se aproximó a su oído y le susurró:

—No te preocupes. Ahora me marchó, pero enviaré a alguien a que recoja a Seton y se lo lleve a su casa.

—¿Y si se despierta cuando pasas sobre él?

—No voy a marcharme por ahí —le dijo sonriente sin poder resistirse a darle un último beso—. Pero si alguna vez le cuentas a alguien lo que te voy a mostrar, te haré picadillo y me lo comeré como desayuno —estaba medio bromeando, porque su padre le había recalcado la necesidad de que fuera un secreto absoluto.

Marsaili volvió a abrir unos ojos como platos, pero esta vez de sorpresa, cuando lo vio entrar en el armario empotrado de la pared. Vio cómo buscaba con los dedos hasta que encontró un mecanismo y empujó las piedras a un lado. Tuvo que hacer cierta fuerza, pero finalmente cedieron y al abrirse sonaron como si rasparan algo, dejando ver una estrecha abertura que era evidente que no se había utilizado en mucho tiempo. Por la parte de arriba se movieron las telas de araña, y un ligero olor a moho entró en la habitación junto con una corriente de aire frío.

Marsaili parpadeó, pero no le dio tiempo a hablar. Él la sonrió y le dijo adiós con la mano, luego se metió dentro hacia la escalera secreta y cerró la puerta tras él. Después se quedó un momento inmóvil para dejar que los ojos se acostumbraran a la tenue iluminación, y bajó por los empinados peldaños con un ligero remordimiento.

Sabía que había tomado la decisión correcta. No le hubiera costado nada pasar la noche con Marsaili, pero era consciente de que eso podría haber tenido consecuencias que no estaba seguro de estar listo para afrontar. Necesitaba pensar, pero cuando tenía a Marsaili en sus brazos no podía, el cerebro no le funcionaba. Y ello por no hablar de todo el whisky que llevaba encima. Agradeció a sus antepasados que le hubieran facilitado aquella vía de escape. Sin embargo, no terminaba de estar seguro de qué estaba escapando.

Marsaili no pegó ojo en toda la noche, dándole vueltas a todo lo que había pasado y mirando fijamente a la pared donde estaba la puerta secreta.

¿La había usado Brice con anterioridad? ¿Había entrado en su habitación mientras ella dormía? La sola idea le hizo estremecerse, aunque estaba segura de que no era así. En primer lugar, porque *Liath* habría dado muestras de la presencia de Brice. Aunque nunca le gruñía, siempre lo saludaba por lo menos moviendo el rabo, y eso hubiera despertado a Marsaili.

¿Pero qué sabía ella de Brice? ¿Cómo podía estar segura de que podía confiar en él? Ahora que conocía la existencia de la puerta secreta, nada podía impedirle a él usarla si se empeñaba en seducirla. Y lo que más la asustaba era que no sabía si sería capaz de resistirse.

Lo quería.

No podía negar el hecho de que ella había perdido completamente la cabeza mientras Brice la besaba. Había estado dispuesta a actuar de manera irresponsable, a olvidar sus principios y a permitirle que hiciera con ella lo que quisiera. En ningún momento él había dejado de acariciarla donde había querido. Ella había hecho lo

mismo recorriendo con las manos aquellos hombros tan anchos, aquellos duros músculos de sus brazos...

«¡Santo Dios! ¿Qué debe pensar de mí?»

Se había jurado que nunca dejaría que ningún hombre la tratara como habían hecho con su madre. Primero su padre, Farquhar Kinross, y luego algunos otros habían usado a Janet hasta que el viejo verde de Simon Grant decidió casarse con ella. Y solo lo había hecho para tener un ama de llaves y alguien a quien golpear cuando le venía en gana. El odio que Marsaili sentía hacia su padrastro resurgió en su interior, pero consiguió apaciguarlo. Estaba muerto, no era cuestión de revolver el pasado.

«No puedo dejar que eso me ocurra a mí».

Tenía que dejarle claro a Brice que ella no era como su madre y que nunca lo sería. Iría a buscarlo lo antes posible. Tenía que pedirle que dejara de jugar con ella porque no podía fiarse de sí misma.

Hacia el mediodía Brice salió de su habitación y se dirigió directamente al lago. El agua estaba decididamente fresca, y eso lo espabiló y aclaró algunas ideas que estaban borrosas en su mente. No le quitó el dolor de cabeza, aunque sabía que era cuestión de esperar.

Después, un plato fuerte con restos de asado, pan de avena y una jarra de cerveza lo ayudaron a aliviar el martilleo que sentía en la cabeza. Realmente no se sentía con ganas de ver a nadie, así que cuando Marsaili entró y le pidió tener unas palabras con él en privado, la miró frunciendo el ceño. Seguro que quería preguntarle por el pasadizo secreto, pero él no estaba de humor para dar explicaciones.

—¿Puede esperar? Es que no me encuentro muy bien y estaba pensando en retirarme a mi habitación un rato —le dijo y se puso una mano en la cabeza masajeándosela, lo cual le alivió.

—No me llevará mucho, te lo prometo. Yo..., solo quiero hablar de algo brevemente —dijo con una mirada de ansiedad en los ojos poco habitual en ella, y se fijó en que tenía ojeras como si no hubiera dormido bien.

Se tragó un suspiro.

—Muy bien, sígueme.

Brice se encaminó hacia la biblioteca del antiguo terrateniente y cerró la puerta tras ella. Marsaili se detuvo nada más entrar y se volvió hacia él.

—¿Cuántas habitaciones de esta casa tienen puertas como la que me mostraste anoche? —le preguntó.

—No voy a decírtelo. Es un secreto que solo mi padre y mi hermano comparten y no debería haberte mostrado la de tu habitación. Lo hice solo porque la necesidad me empujó a ello. Espero que no hayas hablado con nadie de eso —dijo lanzándole una mirada severa, y su cabeza empezó a latirle otra vez con más fuerza. Había pensado

que podía confiar en ella, pero quizá no fuera así.

—No, por supuesto que no se lo he contado a nadie, pero debes comprender que no me siento muy segura.

Él ladeó la cabeza e hizo como si no la comprendiera.

—Al contrario, debería tranquilizarte mucho más. Si alguna vez Seton vuelve y consigues echar tu puerta abajo, puedes desaparecer y él no se dará cuenta.

Ella dio un paso hacia delante y señaló a Brice con el dedo, entrecerrando sus verdes ojos, que echaban chispas.

—Me preocupas tú, no Seton. Él no traspasará la puerta y si lo hiciera *Liath* se encargaría de él. Tú, sin embargo, no tienes nada que te detenga. Dudo de que el traidor de mi perro te atacara aunque se lo pidiera.

Él cruzó los brazos y la miró con los párpados medio cerrados.

—¿Y qué te hace pensar que yo voy a meterme de noche en tu habitación sin decírtelo? Soy un hombre bien educado. Suelo esperar a que me inviten.

Marsaili soltó un resoplido.

—¿Cómo hiciste anoche?

Brice dejó escapar una sonrisa.

—Según recuerdo, tú abriste la puerta cuando llamé y aunque es cierto que te empujé adentro, era para proteger tu reputación, no para destrozarla.

Lo miró enfurecida.

—¿Y por eso me besaste?

Él se rió a pesar de lo mucho que le dolía la cabeza.

—No, te besé porque no pude resistirme y porque lo deseaba. Tampoco me pediste que me detuviera, así que deduje que no te desagradaba.

—Bueno, a lo que íbamos, te ruego que desistas en el futuro. Soy una mujer respetable y no puedes engatusarme con tu galantería, como haces con todo el mundo.

—Mmm..., ¿quieres hacer la prueba? —preguntó acercándose a ella, pasándole sensualmente un dedo por la mejilla y por el labio inferior mientras la miraba a los ojos. Ella parpadeó y los abrió del todo cuando él le apuntó con un dedo diciéndole —: Ahora no te has alejado de mí.

Ella se apartó de él y le dio la espalda.

—No, por favor. Yo... te agradecería que a partir de ahora te mantuvieras lejos de mí. Vete a practicar tus artimañas con otra. Estoy segura de que por aquí hay un montón de muchachas que estarían encantadas de calentarte la cama.

—Quizá no las quiera a ellas.

Marsaili le lanzó una mirada por encima del hombro.

—Eso no es lo que he oído. He oído que piensas que todas las mujeres son iguales y que no merece la pena estar mucho tiempo con ninguna. Pues ya encontrarás a alguna con la que pasar el rato.

Ahora fue Brice quien frunció el ceño. Recordaba haber comentado algo de ese

estilo bromeando, quizá a alguno de los hombres, pero no era su intención que llegara a oídos de una mujer. Trató de hablar con un tono despreocupado:

—Bueno, puedes intentar cambiar mi forma de pensar —la retó—. Es posible que solo sea porque todavía no he encontrado a la mujer adecuada. Al menos eso es lo que dice mi padre.

—Quizá no quiera que me molesten —replicó ella pronunciando esta última palabra con bastante sarcasmo.

Él se rió entre dientes.

—No, quizá no vale la pena que te haga perder el tiempo —aceptó—. ¿Alguna cosa más o ya puedo ir a meterme en la cama?

—Todavía no has prometido que me dejarás en paz —Marsaili observaba con recelo.

—Desde luego —contestó él sonriendo aún más, pero sin decir las palabras que ella quería oír.

Marsaili soltó una exclamación de impaciencia y fue hacia la puerta con un aspaviento.

—¡Eres imposible! No te acerques a mí, ¿me oyes?

—Sí, señora, bien alto y claro —le dijo haciendo una reverencia exagerada sin dejar de sonreír—. De hecho, demasiado alto, ¡uf! —siguió diciendo poniéndose una mano en su dolorida cabeza.

Exasperada, Marsaili abrió la puerta dando un tirón muy enérgico y salió afuera, pero al instante volvió hacia atrás, como si hubiera rebotado contra algo. Soltó un grito de sorpresa.

Brice miró por encima de ella y se quejó, diciendo:

—Muy oportuno, como siempre.

Capítulo 18

Marsaili intentó mantener el equilibrio. Había chocado contra alguien que tenía una mano levantada como si fuera a llamar a la puerta. Un extraño que parecía tan perplejo como ella. Bajo unas cejas de color castaño y un pelo ondulado algo largo, unos ojos grises pestañearon al mirarla. Ella había rebotado contra un pecho duro, pues el hombre era robusto pero no estaba gordo, simplemente era fornido y musculoso.

—Discúlpeme —dijo él—, pero estaba buscando a Brice Kinross —dijo y alzó la vista distinguiendo a Brice—. ¡Ah, estás ahí! —exclamó con una sonrisa en el rostro—. Lo siento, no me había dado cuenta de que estabas ocupado con..., mmm, una señora.

La manera en que dudó al decir la última palabra hizo que Marsaili se ruborizara.

—Si no le importa, señor, soy el ama de llaves y estábamos hablando sobre las provisiones —le informó, mirándolo a los ojos para ver si se atrevía a dudarle. Él alzó las manos como si se rindiera, pero ella no estaba segura de haberlo convencido porque él todavía tenía los ojos risueños.

Brice sonrió y fue hacia el hombre envolviéndolo con un gran abrazo.

—Ramsay, qué ganas tenía de verte. ¿También han venido Alex e Ida? Vaya, vaya, realmente es todo un honor.

Marsaili miró detrás del hombre llamado Ramsay y vio, un poco tarde, que no estaba solo. Un adolescente con un abundante cabello rizado negro y unos alegres ojos castaños les sonreía. En la cara tenía unos hoyuelos que le daban un aire travieso, acentuando su cuerpo delgado y su nariz respingona. Una niña de unos cuatro o cinco años lo agarraba de la mano, tenía el pelo tan rubio como Brice y sus ojos azules miraban con seriedad.

A Marsaili se le entrecortó la respiración. ¿Brice era padre? No sabía por qué, pero eso no se le había pasado por la cabeza.

—Caballeros, les presento a la señorita Marsaili Buchanan, mi ama de llaves, como ella ha dicho. Marsaili, este es Ramsay Fergusson, mi tío, y un joven amigo, Alex Adair; los dos vienen de Suecia a visitarme, si no me equivoco. Y por último, pero no la menos importante, Ida —y al decirlo se agachó abriendo los brazos.

—¡Hola, pequeña! ¿Me vas a saludar?

La pequeña sonrió por fin y corrió hacia él. Brice la levantó y le dio varias vueltas, haciendo que la niña diera gritos de alegría.

—¡Más alto, más alto!

Marsaili sintió como si tuviera un nudo que le apretaba el estómago y le dolía. Dado que Brice no estaba casado, la niña tenía que ser una hija ilegítima, y no podía

dejar de pensar en su relación con la madre de la niña. Obviamente tenía que ser buena, de otra manera no permitiría que la niña viajara tan lejos para ver a su padre. Pero seguramente Ida no habría viajado sola con dos hombres. Marsaili estiró el cuello para mirar afuera de nuevo y distinguió a una joven sentada en un banco del gran salón. ¿Una niñera o la madre?

El hombre llamado Ramsay interrumpió sus pensamientos bromeando con Brice:

—Debes saber que no hemos venido de visita. Tú mandaste a buscarnos — Ramsay se rió—. Aunque, ahora que lo pienso, no parece que sea tu mejor día, así que ¿es posible que lo hayas olvidado? ¿Puedo aventurar una conjetura sobre lo que estuviste haciendo anoche? —dijo dirigiendo a Brice una mirada burlona.

—¿Tanto se me nota? —Brice sacudió la cabeza y luego se la sujetó mostrando que realmente le dolía—. Tuvimos la maldita fiesta de la cosecha. Los aldeanos prácticamente me forzaron a tomar parte en un juego de beber. ¿Qué podía hacer salvo seguirles la corriente? No quería que pensarán que su terrateniente era un cobarde o algo peor.

Ramsay se rió de nuevo.

—Dudo que les costara mucho esfuerzo convencerte. Pero me agrada que estés en un estado de ánimo soportable, no como la última vez que te vi.

El rostro de Brice se ensombreció por un instante, pero no tardó en ocultar el dolor que Marsaili vislumbró en sus ojos.

—Estoy bien, aparte de un dolor de cabeza atroz, por supuesto.

—Me alegro de oírlo. Te he traído unas cartas, aunque quizá prefieras leerlas más tarde, cuando dejes de ver doble —Ramsay sacó de un portafolio una docena de cartas y se las pasó.

Brice las recogió rápidamente, mirando la letra de los sobres como si la reconociera. Cuando llegó a las dos últimas cartas, se quedó paralizado un instante, y luego se las pasó a Ramsay apretando los labios.

—Estas puedes quemarlas. No las quiero.

—¿Estás seguro? Te ayudaría saber lo que Jamie y Elisabet tienen que decirte... —empezó Ramsay, pero Brice lo interrumpió.

—No me interesa oír más excusas. Además, eso es el pasado. Ya no me importa.

Marsaili sabía que Jamie era el hermano de Brice, pero ¿quién sería Elisabet? Estaba claro que era alguien que había lastimado a Brice de alguna manera, a juzgar por cómo se ensombrecieron sus ojos por el simple hecho de mencionarla. ¿La madre de Ida? ¿Una mujer a la que quería? Aquel pensamiento la hizo sentir como si le dieran una puñalada en el estómago, pero apretó los dientes para sofocarlo. ¿Por qué debería importarle que Brice amara a alguien? De todas formas, ella no lo quería. Decidió concentrarse en sus deberes como ama de llaves para no seguir pensando más en ese tipo de cosas.

—Será mejor que vaya a preparar las habitaciones de invitados, milord —le dijo a Brice—. ¿Les pongo cerca de la suya?

Él asintió enarcando una ceja.

—Sí, por favor. Y ordena que traigan algo de beber. Estoy seguro de todos estáis muertos de sed, ¿no es así? —esto último se lo dijo a Ramsay, quien asintió.

—Algo de beber estaría muy bien, gracias, y quizá algunas galletas para Ida.

—Por supuesto. Me encargaré ahora mismo —Marsaili añadió vacilando—: Oiga..., ¿desea que la niña duerma en su habitación o en una contigua?

—¿Cómo? —exclamó Brice alzando las cejas de golpe y echándose a reír—. No, no, Ida es hija de Ramsay, no mía —luego movió la cabeza de un lado a otro y le dijo sarcásticamente—: Realmente tienes muy buena opinión de mí, ¿eh?

—Bueno... —Marsaili los miró a él y a la niña y luego a Ramsay, que también sonreía por el malentendido. El nudo que sentía comenzó a aflojarse. ¿Por qué le importaba si la niña era de Ramsay o de Brice? No lo sabía, pero evitó analizar ese sentimiento demasiado a fondo.

—Su madre era rubia —Ramsay explicó—, y mi madre y mi hermana también. Por suerte para Ida, no se parece a mí —luego, moviendo la cabeza hacia la joven que estaba fuera, añadió—: Ida puede dormir con Kristina, su niñera, si hay una habitación para ellas, y si no, puede quedarse conmigo. Gracias.

En cuanto Marsaili se escabulló de la biblioteca, sus pensamientos empezaron a darle vueltas, pero se prohibió a sí misma obsesionarse con ellos. Tenía trabajo que hacer, y esa era su única función en Rosyth. Brice y su familia no tenían nada que ver con ella.

—¿Qué cantidad dices que le va a dar a ella? —Seton sintió que se le salían los ojos de las órbitas mientras hacía que su hijo repitiera la supuesta cantidad de la dote de Kirsty—. ¿Está loco?

Ian asintió con la cabeza sonriendo.

—No, supongo que solo es rico. O en todo caso, su padre. El terrateniente dice que tienen que enviarle el dinero de Suecia, o sea que ahora solo nos dará una parte.

—Pero eso es mucho más que la original... —Seton se detuvo, pero aun así Iain le lanzó una mirada de sospecha.

—¿Qué original?

—La suma que originalmente yo pensaba que recibiría antes de descubrir que no tenía nada.

—Ah, ya, bueno, entonces ahora ya no pondrás objeciones a nuestro casamiento.

Seton apenas lo escuchaba. Su cabeza estaba ocupada calculando cuánto le sobraría después de que comprara Bailliebroch. Tendría más que suficiente para restaurar la casa devolviéndole su antiguo esplendor, a pesar del lamentable estado en que los casacas rojas la habían dejado. La idea lo llenó de alegría y, por primera vez en semanas, se sintió en paz con el mundo.

—¿Padre?

Se dio cuenta de que Iain le había estado hablando y sacudió mentalmente la cabeza.

—Lo siento, ¿qué decías?

—Decía que si puedo seguir adelante y hablar ya con el pastor. ¿Tenemos tu consentimiento?

—Sí, sí, por supuesto. Cuanto antes, mejor —agitó una mano indicándole a Iain que se marchara—. Las mujeres son inconstantes. Haz lo que sea, pero no dejes que semejante tesoro se te escape de las manos. Vete, vete, ¿a qué estás esperando?

—Está bien, me voy. Luego tendré que pensar en construir una casa para Kirsty y para mí. Con todo ese dinero, podemos tener una tan grande como esta, ¿verdad? Sin reparar en gastos.

Seton miró a su hijo con el ceño fruncido.

—No seas ridículo. No tendréis que vivir en una casucha, sino que utilizaremos la dote para levantar Bailliebroch. Este es el lugar al que tú y tu esposa pertenecéis.

—¡Por el amor de...! ¿Todavía no se te ha quitado esa idea de la cabeza, padre? No nos lo van a devolver, así que no tenemos que guardar el dinero para eso.

—Claro que sí. Espera y verás. ¡Ahora, vete!

Iain salió a toda prisa y Seton se sentó a cavilar. Iría a su escondite tan pronto como pudiera, sin que nadie se diera cuenta. Tenía una necesidad imperiosa de contar todo el dinero escondido que había ido atesorando. No es que tuviera que hacerlo ahora necesariamente, era solo por el puro placer de contemplar que casi había conseguido su objetivo. Estaba tan cerca de ello. «¡Por fin!»

No pudo dejar de esbozar una sonrisa y poco después, cuando iba hacia la mansión, incluso le dirigió un simpático «Buenos días» a Archie, quien normalmente le incomodaba bastante. El chico andaba embobado con el nuevo terrateniente y Seton no podía soportar que el héroe a quien el muchacho adoraba fuera alguien a quien él detestaba. Pero hoy eso ya no le importaba, enseguida los perdería de vista.

—Entonces, ¿no te importaría venirte a Escocia?

Brice iba paseando junto al lago con el joven Alex Adair, que lo miraba con ojos radiantes. «No me sorprende», pensó Brice. Era uno de esos días frescos de otoño en que la neblina flotaba sobre las tranquilas aguas del lago y rodeaba las cimas de las colinas cercanas. Los tonos morado y lila del brezo se entremezclaban con el color amarillo de la aulaga, que con el austero color peltre de las rocas constituía un espectacular marco de fondo para las torres de Rosyth House. Era un escenario casi mágico.

—No, claro que no, esto es maravilloso —dijo Alex—, mi padre me había hablado mucho de su tierra. Hacía tiempo que quería venir, pero no me dejaba —el joven sonrió—. Por eso, cuando llegó tu carta, no se pudo negar, sobre todo porque vendría con el señor Fergusson.

Brice también le sonrió.

—Eso es lo que pensé.

—Pero, ¿por qué yo? Quiero decir que el señor Fergusson te será de mayor utilidad para dirigir la propiedad y esas cosas. A mí me han enseñado a comerciar — Alex hizo una mueca—. No es algo que me interese mucho, porque yo preferiría estar navegando a tener que aprenderme primero todas esas cosas de números.

—Yo sé que quieres ser comerciante, pero según recuerdo tú tienes otras..., cómo lo diría, «habilidades especiales» que yo necesito. Es decir, a menos que ahora seas un santo.

Alex sonrió.

—¡Ni de broma! Soy tan bueno como siempre y sigo practicando de vez en cuando, cuando nadie me ve.

Ambos se miraron con aire de complicidad.

Las habilidades a las que se refería Brice eran ilegales y no debería fomentárselas, pero sabía por su padre que a veces los métodos poco ortodoxos eran necesarios. El padre de Alex había sido un carterista y ladrón que Killian rescató de la pobreza y la delincuencia. A pesar de que ahora era un miembro destacado de la sociedad de Göteborg, el viejo Adair le había enseñado a su hijo algunos trucos de su antiguo negocio.

—Nunca sabes cuándo te será de utilidad —le había dicho—. Siempre que lo uses en circunstancias extremas y nunca en tu propio provecho. Si lo haces, te azotaré el trasero a base de bien.

Brice había descubierto las extraordinarias habilidades de Alex cuando lo pilló practicando con uno de los cofres de su madre. Al principio se negó a creer que el joven estuviera robando, pero cuando el padre de Alex y Killian se lo confirmaron tuvo que creérselo.

—No sé qué te han contado —le dijo—, pero aquí hay un hombre, el administrador Colin Seton, que sospecho que ha robado. Es muy astuto, así que dudo que esconda el botín en su casa. Me gustaría que te colaras en ella y le echaras una ojeada. ¿Te importaría?

Alex se encogió de hombros.

—Claro, pero tienes que entretenerlo en otro sitio.

—Lo haré. Él cierra siempre la puerta, pero el cerrojo es viejo y no creo que para ti sea difícil abrirlo. Si no encuentras nada dentro, te agradecería que lo vigilaras para ver si te conduce hasta donde guarda las cosas. Y si es posible, comprueba e indaga si hay alguien más que se comporte de manera rara. Cualquier pista sobre el lugar donde guarda el dinero nos vendrá muy bien.

—Ningún problema. Indícame quién es y empezaré.

—Gracias. Estaré en deuda contigo por ello.

—No hasta que encuentre algo —se rió Alex—. Luego me das un porcentaje. He aprendido de esas cosas.

Brice hizo como que le daba un cachete.

—¡Qué pedigüeño descarado! —exclamó—. Venga, vamos adonde está el señor Seton. Acabo de darme cuenta de que necesito que me acompañe a arreglar el tejado del establo.

Ailsa y Flora bajaron para el almuerzo y Marsaili se dió cuenta de que saludaban a los recién llegados tan calurosamente como Brice había hecho.

—Has engordado, Ramsay —dijo Ailsa—. La última vez que te vi ya eras alto, pero ahora también estás rellenito.

Ramsay sonrió y besó la mejilla de la anciana.

—Espero que no demasiado. Mi hermana no para de darme comida, como si fuera el remedio para todo.

—Estoy segura de que eso es porque se preocupa por ti. ¿Quieres decir que en este momento vives con ella y con Killian?

—Sí, pensamos que era lo mejor para Ida —dijo mirando a su hija con cariño, pero la niña estaba distraída hablando con Flora y Kirsty y no se dio cuenta.

Marsaili se quedó observando esta escena y dio un salto cuando Brice susurró tras ella:

—Ramsay enviudó hace dos años. Su esposa murió en el parto y también el niño. Ella lo miró, y le dijo en un susurro:

—Qué triste. Aunque parece que empieza a aceptarlo.

Brice asintió.

—Sí, Ramsay no es de los que van por ahí deprimidos. Y todavía tiene a Ida —su mirada se dulcificó al posar la vista sobre la pequeña—. Le envidio.

Marsaili lo miró con sorpresa.

—¿Te gustaría tener hijos? —no le parecía que fuera del tipo de los que se casan, así que eso la sorprendió. Aunque, para ser justos, se le veía que tenía mano tanto con los animales como con los niños.

—Sí, tantos como pueda, especialmente hijas.

—Ahora te estás burlando de mí —dijo, ya que por experiencia sabía que los hombres siempre querían hijos, como ella misma podía atestiguar por la conducta de su padre.

—En absoluto. Ya te lo dije, tengo cuatro hermanas y he observado que todas ellas adoran a mi padre sin reservas. Creo que los hijos son más críticos. Mi padre no lo ha tenido fácil ni con mi hermano ni conmigo —se rió.

—Mmm, bueno, no sabía eso.

Brice le lanzó una rápida mirada de consternación.

—Perdona, no quería decir que...

—No te preocupes, no me importa. Sinceramente, por lo que he oído fue mejor no tener padre. Él solo quería varones, así que no le hubiera gustado tenerme cerca.

—Desgraciadamente, puede que fuera así.

A Marsaili la reclamó una de las criadas que le preguntaba dónde debía poner la sopera con consomé de carne. Y Brice tomó su asiento en la cabecera de la mesa. Marsaili se corrió para que Ramsay pudiera sentarse junto a Flora con la pequeña Ida entre ambos. No le importó, porque además así no estaría frente a Seton, a quien por alguna razón hoy se le veía como si disfrutara de algo. Marsaili se mordió el labio, porque eso no presagiaba nada bueno.

En cuanto todos tomaron asiento, Brice se levantó y golpeó la cuchara contra su jarra de cerveza.

—Escuchadme un momento, por favor. Tengo algo importante que anunciaros —dijo sonriendo a Kirsty y a Iain, que estaban sentados uno junto a otro como siempre—. Hoy se ha fijado la fecha de la boda de esta pareja y me siento dichoso al deciros que Kirsty se convertirá en la esposa de Iain, no este domingo, sino al siguiente, que ya han esperado bastante. Un brindis por ellos, por favor... ¡Por Kirsty y por Iain!

Todos se unieron al brindis, y Marsaili se fijó en que Seton estaba rebosante de alegría. Eso no le pareció normal sabiendo que él se había opuesto a ese matrimonio desde el principio. No hacía más que pensar qué había podido cambiar para que él también hubiera dado su consentimiento. Enseguida tuvo que apartar la vista de él, porque seguía lanzándole miradas intencionadas, como si dijera que los siguientes serían ellos.

«Por encima de mi cadáver», pensó.

Ida no paraba de parlotear con Flora y pronto se llevaron de maravilla. Ramsay se volvió hacia Marsaili con una sonrisa y movió la cabeza poniendo los ojos en blanco.

—Lo siento, no hay quien pare a esta damita cuando alguien le presta atención. Pobre Flora, seguro que mañana se sentará en otro sitio.

Marsaili le sonrió.

—Lo dudo, le encantan los niños. Es una pena que no tenga hijos —y como eso no era algo para hablar con un extraño, cambió de tema—. Entonces, mmm, ¿usted es el tío de Brice? No parece tan mayor, si me permite decírselo —observó, calculando que tendría unos veintitantos años o, como mucho treinta.

—Es algo complicado, porque mi madre me tuvo tarde y con su segundo marido, así que la madre de Brice es media hermana mía. Tengo cinco años más que él, y la verdad es que siempre nos hemos llevado como hermanos.

—Entiendo —estaba claro que los dos tenían muy buena relación, y eso le hizo preguntarse cómo se las arreglaba con su otro hermano—. ¿Y Jamie? ¿También se lleva bien con él y con todas sus hermanas?

Ramsay asintió.

—Sí, pero... —vaciló poniendo una expresión interrogante—. No sé lo que Brice habrá contado aquí. Es difícil para mí estar en medio —se encogió de hombros—. Comprendo las dos posturas y no quiero inclinarme por ninguna.

—Puedo entenderlo. Yo me sentiría igual si Flora y Kirsty empezarán a pelear

entre ellas.

—Exactamente, pero espero que con el tiempo lleguen a algún tipo de entendimiento.

Marsaili no quería presionarlo más con el tema del distanciamiento de Brice y su hermano. Era un asunto privado, y, si Brice hubiera querido que se enteraran, ya lo hubiera contado.

Sin embargo, se preguntaba qué podía haber pasado, porque Brice no parecía el tipo de hombre al que le duraran los enfados ni que se molestara por naderías.

Fuera como fuese, lo que Jamie le había hecho tenía que ser algo pero que muy grave.

Por la noche, Brice se encerró en la biblioteca y sacó las cartas que le había llevado Ramsay. Enseguida leyó la de sus padres y sus hermanas, sonriendo mientras las iba leyendo. No traían noticias importantes, pero todas estaban llenas de cosas cotidianas que lo pusieron un poco nostálgico. A pesar de eso, le gustó saber que todos estaban bien y que lo echaban de menos tanto como él a ellos.

Debajo del montón de cartas estaban las de Elisabet y Jamie. Ramsay había insistido en devolvérselas aquella mañana después de que Marsaili saliera de la habitación.

—No seas tozudo, Brice, al menos mira a ver qué tienen que decirte —le aconsejó—. Como mínimo les debes eso.

Brice no estaba muy convencido y las tomó sin decir una palabra. No quería discutir con Ramsay nada más llegar. Pero ahora seguía sintiendo el impulso de arrojarlas directamente al pequeño fuego de turba que ardía en la chimenea. En las últimas semanas había ido dejando de pensar en su derrota y leer esos mensajes abriría de nuevo las heridas. «¿De qué serviría?», se preguntaba.

Al ver la caligrafía de ambos, los recuerdos y el dolor se apoderaron de nuevo de él. Sin embargo, tenía que admitir que sentía una curiosidad morbosa por saber cómo justificarían lo que habían hecho. En Suecia se había negado a oír sus explicaciones. Si ahora leía lo que le habían escrito, todo terminaría y se los quitaría de la cabeza de una vez para siempre.

—¡Miserables! —exclamó y se quedó mirando las cartas un momento más antes de decidirse—. Ah, qué demonios... —cortó primero el sobre de Elisabet para abrirlo y empezó a leer, deslizando su vista por los renglones con creciente incredulidad.

No estaba seguro de lo que esperaba, pero desde luego sí algún tipo de disculpa. En cambio, lo que ella le había escrito era una letanía de acusaciones, haciéndolo responsable de haberla «descuidado» y de haberla empujado a los brazos de su hermano. Le acusaba de «crueldad» por dejarla durante años, en lugar de quedarse donde ella lo necesitaba, y de su «evidente indiferencia», ya que no se había preocupado de estar en el mismo país que ella hasta que tuvo edad suficiente para

casarse.

Brice movió la cabeza de un lado a otro y se rió mientras estrujaba la carta y la arrojaba con certera precisión al fuego que ardía en la pequeña chimenea que había cerca del escritorio.

—La Elisabet de siempre —murmuró—. Debería haber contado con que tergiversarías las cosas a tu favor. Padre tenía razón: me da pena Jamie... —sin embargo, a pesar de decir eso, no excusaba la traición de su hermano. Aunque esa era otra cuestión.

Por lo menos, su carta le confirmaba lo que llevaba sospechando desde hacía unas semanas: que ella no era la mujer que él creía amar. «¡Qué alivio!», pensó.

Al abrir la carta de Jamie inspiró profundamente, preguntándose si él también trataría de justificarse culpando a Brice. Pero no lo hacía. Nada más empezar leer unas cuantas frases apretó los dientes.

Querido Brice:

Sé que piensas que no tengo derecho a llamarte hermano, pero solo quiero decirte que, pase lo que pase, te veré siempre como mi hermano, el mejor hermano, la persona a la que más he admirado en el mundo. No puedo expresar con palabras cómo lamento lo que pasó. Sin embargo, ya no hay vuelta atrás y tengo que arrastrar las consecuencias. Sé que probablemente no podrás perdonarme, pero si alguna vez te ves con ánimos, por favor, créeme que haría lo que fuera para que las cosas se arreglaran entre nosotros. Bastará con que tú me lo digas.

Jamie

Sin explicaciones, sin excusas. Brice cerró los ojos, embargado por la emoción. El enfado, la tristeza y el pesar luchaban en su interior. Pero la herida estaba abierta y la ira se impuso. Todavía no podía perdonar a Jamie y quizá nunca lo haría.

Arrojó también al fuego la segunda carta lanzando un insulto feroz; luego se quedó mirando cómo las llamas devoraban el papel y las palabras de Jamie se hacían cenizas. Hubiera deseado poder hacer lo mismo con sus pensamientos para tener su mente en paz, pero de momento no le daban ningún respiro.

¿Perdonar y olvidar? Quizá algún día, pero no por ahora.

Capítulo 19

La boda de Kirsty y de Iain se celebró diez días después. Brice llevó a la novia al altar y hubo una fiesta en la que el baile y los cánticos duraron hasta bien entrada la noche. Incluso el padre del novio parecía contento, aunque Brice observó que no se quedaba tan satisfecho cuando le comunicó que, de momento, él guardaría la dote por precaución. Se imaginó que solo sería cuestión de días el que enviara a Iain a pedir una parte con la excusa de necesitarla para algo.

Sin embargo, había algo más que fastidiaba a Seton.

Dos días después de la boda, Brice mandó a los hombres que llevaran el ganado a un cercado que había en la colina más baja.

—Es hora de vender los terneros que nos sobran. Ramsay, Alex y yo llevaremos a los animales al mercado mañana mismo, así que hemos de elegir cuáles quedarnos y cuáles vender —le dijo al administrador.

—Yo no pensaba partir hacia Crieff hasta el final de esta semana —protestó Seton—. No es necesario ir tan pronto.

—Es más que necesario —repuso Brice—. Hemos de ir a vender mientras los compradores todavía están dispuestos a comprar, y ahora es cuando están interesados y a la espera.

—Bueno, no sé si podré estar listo para ponerme de viaje tan pronto. Mi espalda me está dando problemas otra vez...

Brice alzó una mano.

—No se preocupe, prefiero que se quede aquí para vigilar esto en mi ausencia. No quisiera que nadie me engañara mientras yo estoy fuera. Ramsay y Alex son toda la ayuda que necesito, además de uno o dos hombres. Quédese tranquilo y deje descansar su espalda. Permita que Iain haga el trabajo duro en cuanto acabe su luna de miel.

Vio que los ojos de Seton se encendían de rabia, pero no podía revocar una orden de su terrateniente, especialmente porque había dado su palabra en lo concerniente a su salud. Brice adivinó que Seton esperaba embolsarse parte de los beneficios de la venta del ganado y no quería que le desbaratara sus planes. «¡Mala suerte! —pensó—. Ya me has robado bastante».

Cuando volvían a la casa, Alex fue a su encuentro. Llevó a un lado a Brice y le susurró:

—Tengo que decirte una cosa.

Brice asintió, y esperaron a que los demás estuvieran lo bastante lejos como para no oírles.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó.

El joven asintió esbozando una sonrisa.

—Vaya que sí. Hay una vieja cabaña casi en ruinas en un arbolado de por allí — Alex señaló hacia el este—. Allí es donde tiene el dinero escondido, bajo una enorme piedra que antes formaba parte de la chimenea.

—¡Increíble! Bien hecho. ¿Cómo lo descubriste?

Alex sonrió.

—Tu amiguito de los establos tiene una vista de lince y me dijo que solía ver a Seton saliendo a dar paseos en esa dirección, y que le parecía extraño porque allí no había nada. Así que me quedé esperando y seguí al hombre. ¿Sabes qué encontré?

—¡Cómo! ¿Llegaste a mirar todo lo que había?

—¡Por supuesto! ¿De qué sirve descubrir el escondite de un hombre si no sabes qué guarda en él?

—Sigue, anda. —Brice tuvo que reírse a la fuerza.

—Hay un cofre casi lleno hasta arriba de monedas de oro. No hay plata ni metales malos, todo son guineas y medias guineas de oro. ¡Debe de llevar años ahorrando!

La mandíbula de Brice se tensó.

—¡Cómo se ha atrevido el muy miserable! —exclamó—. Todo eso tenía que habérselo enviado a mi padre o haberlo usado en beneficio de los arrendatarios.

—¿Quieres que vaya a por ello? Lo puse otra vez en su sitio, por si acaso volvía antes de que yo pudiera contártelo.

—No, déjalo ahí. No podemos probar que es suyo a menos que le pillemos con las manos en la masa. Le diré a Iain que se asegure de que su padre no se marcha a ningún sitio antes de que regresemos. Por lo menos, de momento no aumentará su botín. Yo me encargaré de ello.

Cuando los hombres se llevaron el ganado al mercado dejaron en casa a la pequeña Ida. A la niña no pareció preocuparle quedarse sin su padre unos días y, como su niñera sueca también estaba allí, Ramsay no tuvo inconveniente en dejarla.

—Espero que no les dé mucho trabajo, señoritas —les dijo a Marsaili y a Flora, que en aquel momento estaban con ella—. Me he dado cuenta de que ha hecho muy buenas migas con usted, Flora. Pero si le molesta, dígale que la deje. Me temo que como todo el mundo se apiada de ella porque se ha quedado sin madre, la hemos mimado mucho. Y no debe aprovecharse de ello.

Marsaili se fijó en que las mejillas de su hermana se ruborizaban ligeramente al contestar:

—En absoluto. Ida es una delicia y siempre que quiera puede venir a pasar el tiempo conmigo y con mi madre. Mamá le está enseñando a coser.

—Humm, pues que tengan buena suerte... —se rió Ramsay—. Dudo que se quede sentada mucho tiempo. Les agradezco lo amables que son con ella, sinceramente.

Las mejillas de Flora adquirieron un tono aún más rosáceo.

—No es difícil, se lo aseguro.

Después de que se marchara, Marsaili no pudo dejar de bromear un poco con Flora.

—Te gusta, ¿verdad? —le preguntó.

Flora evitó su mirada y le respondió en tono tranquilo:

—Es muy simpático, pero no es para mí.

—¿Por qué no puede serlo? Es viudo, quizá está buscando esposa y, como él dijo, Ida ha encajado muy bien contigo.

—Quizá, pero él no me querría —Flora se volvió despacio hacia Marsaili—. Mira mi cara, nadie me querrá con esto.

Marsaili vio que los ojos de su hermana estaban llenos de angustia y se compadeció. Puso la mano sobre el brazo de Flora.

—Claro que sí. Si alguien te quiere de verdad, unas cuantas marcas de viruela no tienen importancia. Honestamente, Flora, dudo de que nadie las note, excepto tú.

Eso no era del todo verdad, pero Marsaili anhelaba que Flora la creyera. Aparte de las marcas de las mejillas, Flora era tan bonita como Kirsty, y Marsaili sabía que también tenía un carácter más amable. Sería una perfecta esposa y madre.

Marsaili esperaba que Ramsay fuera el tipo de hombre que veía más allá de las pequeñas imperfecciones, porque, en ese caso, estaba segura de que sería ampliamente recompensado.

Antes de partir con el ganado, Brice organizó al resto de los hombres y jóvenes en grupos de cuatro o cinco.

—Quiero que reparéis todas las cabañas, empezando por las que están a punto de venirse abajo. El herrero ha estado haciendo clavos, así que habrá suficientes; el resto del material lo encontraréis por ahí. Podéis llevaros del bosque toda la madera que queráis. Si tenéis algún problema, hablad con el señor Seton.

—Él nunca nos deja arreglar nada —indicó alguien.

Brice miró enfurecido al hombre.

—Esta vez él no tiene nada que decir sobre el asunto. ¿De verdad queréis que vuestras mujeres y niños se hielan este invierno? He visto en qué estado se encuentran algunas de vuestras casas y, francamente, estoy horrorizado. Si no queréis hacerlo, muy bien, pero si estáis dispuestos a ello yo os doy la oportunidad.

—Algunas de las cabañas necesitan reconstruirse por completo —comentó alguien discretamente.

—Bueno, entonces seguro que cuanto antes empecéis, mejor.

Algunas cabezas asintieron aprobando sus palabras, y Sandy *Mor*, el miembro más importante de la comunidad, aparte del señor Seton, se dirigió a él:

—Tiene razón MacCoinneach: nos ocuparemos de ello inmediatamente. Gracias.

Vamos, todos.

—No entiendo por qué son tan reacios a colaborar —se quejó Brice a Ramsay al partir hacia el mercado—. ¿Les gusta vivir en la miseria?

Ramsay sonrió.

—Yo creo que solo te están probando. Todavía no te han aceptado del todo como terrateniente suyo y no les gusta que les den órdenes.

—¡Uf! Eso es de tontos, si es por su propio bien.

Ramsay se encogió de hombros.

—Dales tiempo, Bri, dales tiempo. Y ahora qué te parece si nos vamos a Edimburgo un par de días después de que hayamos colocado a los terneros. Tengo ganas de tomar una cerveza decente y de divertirme.

Brice movió la cabeza rechazando la idea.

—Creo que no. De momento prefiero no estar demasiado tiempo fuera de Rosyth, no me fío de que Seton haga alguna tontería a mis espaldas. Pero podéis ir tú y Alex. Ida está bien, así que puedes quedarte por ahí el tiempo que quieras.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Muy bien, entonces nos iremos un día o dos, pero manda a alguien a buscarnos si nos necesitas.

Seton se quedó en la puerta viendo cómo el terrateniente se marchaba a caballo, y deseó que no volviera nunca. Era como una piedra en el zapato para Seton y, desde que se había hecho cargo del trabajo diario de la propiedad, el administrador no tenía nada que hacer. No es que antes hubiera hecho mucho, aparte de sacar dinero, pero aun así...

La promesa de la dote de Kirsty era otro asunto delicado.

Iain no había visto ni una sola moneda y Seton sospechaba que nunca la vería. Todo había sido una artimaña, aunque no entendía cuál podía ser el interés del terrateniente en que Iain se casara. El chico hubiera aceptado lo que él le mandara y se habría casado con la hija de alguien importante en cuanto estuvieran en Bailliebroch, pero creía estar enamorado.

—¡Bah! —Seton escupió en el suelo. Su hijo tenía menos cerebro que la mujer idiota que le parió. Ella no le había sido de gran utilidad, le dio a Seton un solo hijo y después vivió unos cuantos años, lo cual le impidió a él volver a tomar otra esposa. Por lo menos ya había pasado a mejor vida y pronto la remplazaría por Marsaili. Estaba decidido a ello, y no permitiría que el terrateniente estropeará sus planes.

En realidad, no pensaba casarse con ella, pero cuanto más reflexionaba sobre ello más sentido le veía. No solo porque así la tendría completamente bajo su control, como esposa suya, sino porque nadie más podría poseerla. Seton se había dado cuenta de cómo la seguían con la mirada algunos hombres. Tener derechos exclusivos sobre

ella sería muy gratificante. Además, él tenía que casarse con alguien, y ahora que el terrateniente la había reconocido como de la familia, ya no era una don nadie.

Miró la pared de piedra seca de uno de los laterales de su casa y se dio cuenta de que algunas piedras del estrato superior se habían caído. Un aparcerero, Sandy, pasaba por ahí llevando unas cuantas herramientas y Seton lo llamó.

—Encárgate de eso, ¿quieres? —dijo señalando con la cabeza hacia la pared—. Y hazlo rápido antes de que se derrumbe toda la casa.

—Lo siento, señor Seton, pero el terrateniente nos ha ordenado que arreglemos todas las cabañas. Ahora mismo nadie tiene tiempo para tonterías —le contestó Sandy con una clara sonrisa de suficiencia. Nunca se habían mirado a los ojos, y era evidente que el hombre estaba disfrutando al poder negarse a acatar las órdenes de Seton por una vez.

Seton lo miró fijamente y supo que de momento le había ganado. Ello acrecentó su decisión de deshacerse del terrateniente, y ya que nadie parecía necesitarlo en ese instante, se sentó ante el fuego y comenzó a trazar un plan.

Esta vez no fallaría.

Brice entró en el patio de Rosyth House sintiéndose cansado pero contento. Había conseguido vender a buen precio los terneros y, aunque no podía vender muchos porque estaba tratando de que su ganadería aumentara y no de que mermara, la cantidad que consiguió fue un buen pellizco. Los terneros se usaban sencillamente para ser sacrificados, así que solo merecía la pena quedarse con las hembras.

Archie llegó corriendo para sujetar las riendas de *Starke* en cuanto Brice desmontó. Brice no pudo resistirse a abrazar al niño y le sonrió antes de entregárselas.

—¿Todo bien por aquí? —le preguntó.

—Sí —sonrió abiertamente Archie—. Casi no hemos visto el pelo al señor Seton, así que todo está muy tranquilo.

Brice se rió y revolvió el pelo del chico.

—Me gusta oír eso —dijo metiéndose a continuación una mano en el bolsillo, del que sacó un paquete—. Mira, en el mercado he encontrado esto y me pareció que te gustaría. Pero ten cuidado, ¿eh? No quiero derramamientos de sangre.

Archie deshizo el paquete con tanta prisa que se olvidó de los modales y luego chilló con alegría:

—¡Un auténtico puñal! ¡Es increíble! ¡Gracias, muchas gracias, es precioso!

Abrazó a Brice a la altura de la cintura con su carita sonriente. Brice se había imaginado que al muchacho le gustaría tener un nuevo puñal cuando vio que el suyo era endeble y muy rudimentario. Encontró uno pequeño, pero de hoja afilada, que tenía un mango de asta con incrustaciones de plata en espiral y le pareció perfecto.

—¡De nada! Te lo has ganado por cuidar tan bien de *Starke*. Bueno, será mejor

que entre, luego nos veremos.

Mientras subía de dos en dos las escalinatas se sentía especialmente feliz, pues no había pensado en Elisabet desde que quemó su carta. Casi ni recordaba cómo era. Esa parte de su vida había quedado atrás de verdad, y estaba resuelto a no volver a pensar en ello. Mientras había estado fuera, veía en sueños otro rostro, con unos preciosos ojos verdes y unos labios generosos hechos para... Se lanzó a abrir la puerta y chocó con la dueña de aquellos preciosos atributos, que emitió un leve grito:

—¡Aah! Ya has vuelto.

Él le puso las manos sobre los hombros para evitar que perdiera el equilibrio, y se dio cuenta de que ella no los levantaba para zafarse de sus manos, a pesar de haberle advertido que guardara las distancias. Eso le hizo sonreír e inclinarse hacia ella antes de que tuviera tiempo reaccionar, y rápidamente la besó de lleno en la boca.

—Así es —le dijo—, y estoy muy contento de estar aquí.

—Creí que te había dicho... —empezó diciendo, pero él la interrumpió con otro beso, y esta vez se entretuvo un poco más.

—Lo sé, lo sé —masculló Brice—, pero es culpa tuya por tener ese encantador aspecto. Eres una gran tentación para los hombres, Marsaili.

—¿Ah, sí? ¿En serio? No veo cómo podría yo ser culpable —protestó, pero un ligero rubor en las mejillas le indicó a Brice que el cumplido le había gustado.

La miró divertido mientras ella intentaba recuperar el control, pero no le dio tiempo a pensar demasiado en ello.

—¿Me has echado de menos? —le preguntó. Se inclinó sobre ella acercándose y acariciándole el cuello con la nariz, justo debajo de la oreja. Su piel era tan suave como una pluma y él aspiró aquel familiar aroma a brezo y lavanda que era exclusivo de ella.

—No, no lo he hecho —le replicó dejando oír su respiración jadeante cuando él le mordisqueó la oreja—. Por favor, no... —susurró, y subió las manos interponiéndolas contra su pecho, pero sin mucho convencimiento.

—¿Qué? ¿Ni siquiera un poco? ¡Qué poca vergüenza! Y yo que anhelaba tus dulces besos... —dijo, y su boca pasó, despacio, de la mejilla a la comisura de los labios—. Me moría por tenerte, por probarte... —musitaba mientras pasaba rápidamente la lengua por sus carnosos labios, haciéndole abrir la boca y luego hundiéndola en ella. Él oyó vagamente otra respiración entrecortada y entonces ella capituló, devolviéndole el beso. Las manos de ella subieron enredándose en el cabello de él y conforme el beso se iba intensificando él deslizó las manos más abajo.

Un gran ladrido y algo que saltaba sobre la espalda de Brice los separó. Mientras *Liath* lo saludaba con el mismo entusiasmo de siempre, Brice masculló:

—Qué inoportuno eres. Vamos a tener que trabajar eso —aunque no dejó de sonreír y de dar unas palmadas al galgo—. Sí, sí, yo también estoy contento de verte.

—Yo... bueno, mejor me voy —Brice sofocó un suspiro cuando Marsaili dijo eso alejándose y dirigiéndose a la cocina—. Voy a traerte algo de comida —le dijo.

—Perfecto, gracias. Y si no es día de colada otra vez, ¿crees que podría darme un baño? Por favor. Siento como si llevara pegado al cuerpo todo el polvo de Escocia.

—Muy bien.

Brice podía haber ido al lago. La temperatura del agua todavía era soportable, pero lo justo. Lo que ocurría era que tenía los músculos agarrotados de haber estado en la silla de montar tanto tiempo, y por eso prefería el agua caliente. Sonreía de nuevo mientras se dirigía a sentarse junto a la chimenea, donde ardía un fuego de turba que desprendía lentas nubes de humo que se elevaban hacia lo alto.

Le gustaba estar de vuelta.

Mientras estaba inmerso en estos pensamientos, la puerta se abrió repentinamente y el inglés Sherringham irrumpió en el salón entrando a zancadas sin llamar siquiera. Brice se puso de pie enseguida, con el cuerpo en tensión.

—Señor, está bajo arresto —le anunció Sherringham.

Algunos de sus hombres lo acompañaban, y él les indicó con un gesto que apresaran a Brice.

Brice se irguió por completo, sobrepasando bastante la altura de los casacas rojas.

—¿Cómo dice? ¿Por qué motivo?

Sherringham apuntó con un dedo a Brice y entrecerró los ojos.

—Hemos encontrado su reserva de armas, terrateniente.

—¿Mi qué...? —Brice notó cómo las cejas se le disparaban hacia arriba. No tenía ni idea de qué estaba hablando aquel hombre. En las paredes del gran salón colgaban un par de floretes oxidados, reliquias de otros tiempos, pero cuando miró seguían allí, así que presumió que el capitán estaba hablando de otra cosa.

—Sables, mosquetes, pistolas, puñales... —Sherringham iba enumerando con los dedos de la mano cada una de estas armas—. Aquí tiene bastantes, aunque quizá debería haberlas escondido mejor. Es muy fácil mover el heno...

—No sé nada de ningún arma —objetó Brice—. Acabo de regresar de un viaje al sur.

—¿Y...? Es probable que lleven aquí desde hace una eternidad, de hecho desde la batalla de Drum Mossie Moor. Como supongo que usted sabe, va contra la ley poseer ese tipo de cosas. Se enfrenta por lo menos a seis meses de cárcel. No tengo otra alternativa que conducirlo hasta Fort George, en Inverness.

—¡Oigame! —Brice se estaba enfadando cada vez más y se soltó de las manos que aún trataban de sujetarlo—. Que yo sepa no poseo armas y si mis arrendatarios tienen alguna debe tratar el asunto con ellos. Además, soy ciudadano sueco y no tienen ningún derecho a arrestarme.

—Sueco o no, usted es aquí el terrateniente, y como tal es responsable de su gente y de sus posesiones. Eso lo obliga ante nuestras leyes.

Brice apretó los puños y se quedó mirando fijamente a aquel hombre tan agresivo.

—Está cometiendo un error, capitán Sherringham. En Edimburgo tengo amigos influyentes que responderán por mí.

Sherringham lo miró con desdén.

—Eso son patrañas. Y seguirán siéndolo hasta que sus amigos no estén aquí, ¿verdad? Llámelos para que asistan al juicio, si lo desea. De momento, usted se viene con nosotros ahora mismo. Jones, Alder, llévenselo —ordenó chasqueando los dedos y volviéndose hacia la puerta.

Los soldados a quienes se les había encomendado la tarea de llevarse a la fuerza a Brice cumplieron entre sonrisas de suficiencia y comentarios por lo bajo del tipo «Así caen los poderosos». Brice trató de forcejear con los soldados, pero entonces acudieron varios de sus camaradas en su ayuda y al final se dio cuenta de que era inútil. No podía enfrentarse él solo contra todo un pelotón. Cuando salieron al patio vio a Seton de pie, junto a los caballos de los ingleses, mirando la escena muy satisfecho de sí mismo. Brice le lanzó una mirada de odio, pero no dijo nada. En vez de eso llamó a Archie. El muchacho estaba ocioso en las escaleras, porque obviamente había terminado con *Starke*.

—Archie, prepárame el caballo, por favor. Parece que voy a volver a necesitarlo.

—No lo crea —dijo Sherringham—. Los prisioneros no van montados a caballo.

Brice apretó los dientes e inspiró profundamente para no decir nada que luego pudiera lamentar. Le ataron rápidamente las manos por delante a una cuerda que sujetaba uno de los soldados que iban a caballo. Archie abrió con consternación unos ojos enormes y se arrojó sobre Brice abrazándole las piernas.

—¡No! ¡No pueden hacerle esto a él! ¡Déjenlo! —gritó usando el gaélico de manera instintiva para que los sajones no le comprendieran.

Brice se inclinó y apartó al chico, susurrándole también en gaélico:

—Eso no importa ahora. Vete y cuéntale a Marsaili lo que ha pasado y dile que escriba al señor Rory Grant de Edimburgo inmediatamente. ¿Lo has entendido? Él sabrá que hacer. Rory Grant, ¿entendido? —le dijo dándole la dirección del hostel de Rory.

Archie asintió, mientras parpadeaba para quitarse las lágrimas que inundaban sus ojos.

—Todo se arreglará, ya lo verás —le prometió Brice—. Tú haz lo que te digo.

—Lo haré —dijo Archie echándose a correr y desapareciendo hacia la parte trasera del patio.

Brice se volvió a Sherringham.

—Ni siquiera he visto las armas de cuya posesión se me acusa. ¿Cómo sé que no se lo está inventando?

—Ya las verá, pronto. En el juicio.

Sherringham se rió disimuladamente y ordenó al pelotón que se pusiera en marcha. Brice sintió el tirón de la cuerda con la que lo habían atado y empezó a caminar. En aquel momento estaba tan furioso, que se olvidó de cuánto lo molestaba.

Le dirigió a Seton una última mirada que dejaba traslucir una represalia terrible, y concentró sus pensamientos en la venganza. Eso le ayudaría a seguir adelante.

Capítulo 20

Marsaili estaba en la alcoba de Brice colocando unas toallas de tela limpias junto a la gran bañera de madera que uno de los hombres había subido al piso de arriba. Cuando Archie irrumpió en la habitación el corazón casi se le desbocó y tuvo que ponerse una mano en el pecho.

—¡Por Dios! ¡Qué susto me has dado, mocoso! ¿Qué pasa?

Marsaili vio el rostro del muchacho fuera de sí, y su boca se abrió y cerró varias veces antes de que le salieran las palabras. Corrió hasta ella aferrándose a su falda, mirándola con ojos llorosos.

—Es el terrateniente... Se lo han llevado... los casacas rojas —jadeó—. Dijo que tenías que escribir... a un amigo... de Edimburgo.

—¡Basta! ¿Cómo? ¿Llevado? ¿Por qué demonios?

—Armas... Montones de ellas..., escondidas.

—No entiendo —Marsaili se dirigió a la ventana que daba a la parte delantera de la casa y ahogó un grito al ver que se llevaban a Brice con las manos atadas por el camino que conducía a la ciudad. El pelotón de casacas rojas no cabalgaba precisamente despacio para que él pudiera seguirles el ritmo. Iba casi corriendo para no caerse. Se tapó la boca con una mano y murmuró:

—¡Dios mío!

Se volvió hacia Archie para que el crío diera más detalles, cuando de repente la pesada puerta de la habitación se cerró con un tremendo portazo. Un chirrido anunció que alguna persona había cerrado con llave desde fuera, y Archie y Marsaili se quedaron mirándola fijamente antes de sentir el impulso de dirigirse hacia ahí para impedirlo.

—¡No, espere! ¿Qué significa esto? —Marsaili corrió hacia la puerta golpeándola; no necesitaba haber oído la risa de Seton para explicarse lo que estaba ocurriendo.

—Ya que vosotros dos le tenéis tanto cariño al terrateniente, he pensado que os gustaría pasar un tiempo en su habitación —dijo Seton levantando la voz a través de los gruesos tablones de madera—. No puedo correr el riesgo de que vayáis en busca de ayuda, así que preparaos para una larga estancia aquí. Estaréis bastante cómodos —añadió con una risita a la que Marsaili respondió dando un puñetazo a la puerta con ira y frustración.

—¡No se saldrá con la suya! —le gritó—. Cuando el terrateniente vuelva, se encargará de que pague por esto.

Se oyó otra risita.

—Si es que vuelve —replicó—. He oído que los calabozos ingleses no son el

mejor sitio para pasar medio año. Se pueden pillar todo tipo de enfermedades, especialmente cuando se está debilitado por el hambre.

—¡Es usted despreciable! —Marsaili dio una patada a la puerta por si acaso, pero solo consiguió hacerse daño en los dedos de los pies, lo que aumentó su rabia.

—Sí, bueno, pronto te haré cambiar de parecer, cuando seas la señora de Bailliebroch.

—Por última vez: ¡prefiero morirme antes que casarme con usted, traidor!

Sin embargo, no hubo respuesta, solo el eco de los pasos de Seton alejándose en la distancia. Marsaili se dejó caer hasta sentarse en el suelo y Archie la imitó.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —balbuceó ella.

—No lo sé, pero y el terrateniente..., ¿qué le ocurrirá? ¿Pasará lo que dice el señor Seton?

—No, si puedo evitarlo. Pero, primero, dime exactamente qué ha ocurrido.

Mientras el chico se lo contaba todo de corrido, Marsaili apretaba los puños en su regazo e intentaba que el miedo no la dominara. Tenía claro que era urgente ayudar a Brice. Era su deber, nada más. El beso que se habían dado no tenía nada que ver con esto.

Él lo había hecho porque estaba de buen humor, estaba coqueteando con ella, y no significaba nada más. De todas maneras, eso le daba lo mismo. «Me preocuparía igualmente por cualquiera», se dijo a sí misma. ¿Era eso verdad?

Sacudió la cabeza. Tal vez sintiera debilidad por el terrateniente, pero ella nunca lo aceptaría y todo quedaría en nada. Sin embargo, eso no cambiaba las cosas. Lo que había ocurrido era una injusticia, y tenía que liberarlo como fuera. Y eso significaba pensar en un plan. Tenía que haber una manera de liberar a Brice, ¿pero cuál?

No podría hacer nada mientras no los rescataran a ellos. ¿Y cómo podían hacerlo si nadie sabía siquiera que estaban encerrados? La habitación principal estaba en un lugar muy tranquilo de la casa. No era probable que alguien pasara por allí. ¿Y si gritaban por la ventana? Dudaba que eso funcionara. Estaba muy alta, y por el momento nadie tenía que pasar por delante de la casa.

«Espera... ¿Y los hombres que tienen que traer el agua caliente?» Una breve y repentina esperanza la animó, pero luego pensó que probablemente Seton les habría dicho que ya no requería sus servicios. Se habían llevado al terrateniente y ya no se necesitaba el baño.

—¡Demonios! —se lamentó—. Tiene que haber otra manera.

Pero como Archie lo miraba con unos grandes ojos llenos de esperanza, sintió que se estaba agarrando a un clavo ardiendo. Lo cierto es que estaban atrapados.

Brice sabía que aquello iba a ser desagradable, pero subestimaba la crueldad de la que era capaz el capitán Sherringham.

Aquel hombre parecía disfrutar con las incomodidades de su prisionero, y no le

importó en absoluto que Brice tuviera que ir andando mientras el resto iba a caballo. Aunque el paso de los caballos era lento, resultaba agotador para alguien que tratara de seguirlo a pie. Y eso se hizo especialmente duro cuando al atardecer abandonaron el camino principal y se adentraron en un terreno abrupto.

Brice seguía avanzando sin dejar escapar ni una queja. Estaba convencido de que, si lo hacía, Sherringham les diría a sus hombres que fueran más deprisa.

—Nos detendremos en las ruinas de un viejo castillo, allí hay un par de habitaciones que aún tienen techo —Brice oyó que el capitán le decía a su segundo—. No puedo soportar esas pocilgas que los de aquí llaman mesones. Prefiero probar suerte con los elementos. Por lo menos, uno no acaba con chinches o apesta durante días a ese humo de turba.

Para cuando divisaron las ruinas en cuestión, Brice estaba empleando las últimas fuerzas que le quedaban. Tenía agarrotados los músculos de las piernas y le dolían las rozaduras que después de una marcha tan larga le habían hecho las botas en los pies. Cuando el pelotón se detuvo, intentó ocultar su cansancio y permaneció de pie con la cabeza inclinada, tratando de recobrar el aliento. Tenía la sensación de que su calvario no había hecho más que empezar.

—Ahora no se le ve tan petulante, terrateniente —se burló Sherringham.

Brice alzó la vista y vio que el capitán estaba justo delante de él mirándolo con desprecio. Como había hecho antes, Brice se irguió, forzando así al inglés a mirar hacia arriba. Esto hizo que Sherringham bajara sus cejas y frunciera el ceño de manera furibunda.

—Se cree usted mejor que todos nosotros, ¿verdad? —preguntó—. Usted no es más que otro maldito rebelde, y le voy a demostrar exactamente cómo tratamos aquí a la escoria —añadió, y se volvió hacia un grupo de sus hombres que los observaban—. Soldados, dadle una lección al prisionero, y luego metedlo en el hoyo.

Brice inspiró hondo, tratando de prepararse para lo que se avecinaba. No tuvo que esperar mucho. Los soldados se turnaron para darle puñetazos, como si estuvieran poniendo en práctica técnicas de golpeo. Pudo repeler algunos puñetazos, pero tener las manos atadas le impedía contraatacar. Sin embargo, se dio cuenta de que solo eran unos pocos los que ponían todo su empeño en golpearle, pues los otros se habían agrupado alejándose lo más posible. Al menos había unos cuantos respetables; siempre pasaba igual. A todos los soldados se les había dicho que lo hicieran, pero no todos eran tan sanguinarios ni sentían tanto odio como Sherringham. Sin embargo, había un par de sus secuaces que eran de su misma ralea, y estaban disfrutando al máximo de la situación. Cuando derribaban a Brice, le costaba ponerse de pie. Cada vez que se caía, lo llovían patadas de todas partes hasta que las entrañas le ardían. Nunca le habían golpeado de aquella manera, porque normalmente por lo menos podía devolver los golpes.

—Cobardes... —balbuceó—. Desatadme las manos y veremos si sois tan valientes.

Pero los soldados ignoraron sus provocaciones, y los pocos que estaban disfrutando con ese juego continuaron hasta que se quedó inmóvil en el suelo, enroscado sobre sí mismo, esperando que terminaran. Lo único que lo sostenía en aquel calvario era la furia que lo consumía ante aquella injusticia. Durante el trayecto no esperaba que lo trataran con condescendencia, pero esto iba más allá de lo tolerable. Esos hombres eran animales, y su capitán el mayor de todos.

—¿Seguro que es suficiente? —oyó Brice que alguien decía, y luego los golpes cesaron.

Sintió que unas manos lo levantaban por los brazos y lo llevaban a rastras hasta las ruinas del castillo. La luz del sol desapareció, y vio un agujero en el suelo de la habitación hacia el que lo arrastraron, e inmediatamente se dio cuenta de lo que era: una antigua *oubliette*^[13].

Apenas acababa de recordar esa palabra cuando fue arrojado a aquel hoyo oscuro, precipitándose durante un tiempo inquietantemente largo. Intentó prepararse para el impacto, pero fue a dar en el suelo de mala manera con un pie un poco torcido y se dobló el tobillo.

—¡Malditos! —exclamó.

Afortunadamente el suelo del hoyo era bastante blando, pues estaba cubierto por una capa de barro y hojas que sin duda habían sido arrastradas por el viento a través de los muros derruidos del castillo. Brice dio gracias a Dios por ese pequeño regalo, pues significaba que por lo menos no se había roto la pierna, lo cual habría sido muy probable si el fondo hubiera sido de piedra. Se estiró para enderezarse, y estuvo un rato apoyado en la pared de piedra mientras intentaba apartar de su mente el dolor que sentía en todo el cuerpo.

Desenterró de su interior los últimos restos de rabia y apretó los dientes. No iba a aguantar aquello ni un minuto más. Tenía que escapar.

¿Pero cómo?

Marsaili trataba de no dejarse llevar por la desesperación. Intentó apartar aquellos pensamientos porque sabía que necesitaba pensar con calma para que se le ocurriera un plan.

—Me gustaría que pudiéramos hacer algo o que hubiera otra manera de salir —masculló Archie con la tristeza y el desánimo reflejados en los ojos—. ¿Y si trepara por fuera de la ventana? Si atáramos las sábanas juntas, ¿no podrías bajarme?

Pero Marsaili no había escuchado la pregunta del muchacho. Su mente se había aferrado a la primera frase, y se volvió hacia él con una repentina esperanza.

—¡Eso es! Me apuesto lo que sea a que hay una.

—¿Que hay qué? —respondió Archie con extrañeza.

—Otra salida. Una salida secreta.

Las cejas de Archie se enarcaron hasta cerca del nacimiento del pelo.

—¿Como en las historias que la tía Greine cuenta a veces? ¿Pasadizos de fantasma?

Marsaili sonrió por primera vez desde que los habían encerrado.

—Pasadizos, sí, aunque espero que sin fantasmas —saltó apoyándose sobre sus pies y extendió una mano a Archie para que se levantara—. Ven, ayúdame a buscar. Esta es la habitación principal; seguro que hay una salida en caso de que el terrateniente estuviera en un aprieto.

Se dirigió hacia la pared más cercana y empezó a tocar los paneles de madera, dando golpecitos de vez en cuando con los dedos para comprobar si sonaba a hueco. Archie la miraba con una expresión incrédula al principio, pero enseguida la imitó.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Marsaili asintió con la cabeza.

—Apuesto hasta mi último *merk* —dijo echando un vistazo a la puerta—. Pero si oyes que alguien se acerca, detente enseguida. Es mejor que nadie sepa lo que estamos haciendo.

Les llevó un rato, pero al final sus esfuerzos se vieron recompensados. Archie la llamó cuando estaba en la esquina más alejada, cerca del grueso muro exterior de la casa, y señaló un lugar.

—Puede que aquí haya un agujero. Escucha —dijo golpeando con los nudillos en aquella parte de los paneles, y dando otro golpe para mostrar la diferencia.

—Tienes razón —respondió Marsaili, sonriéndole de oreja a oreja—. Ahora solo tenemos que localizar el mecanismo.

Resultó que estaba dentro de un pequeño agujero cerca del suelo, que parecía como roído por un ratón. Al introducir el dedo y girarlo, Marsaili se encontró con un mecanismo que se soltó, haciendo que los paneles de madera se movieran hacia afuera. Salió una vaharada de aire rancio que hizo bailar las motas de polvo a lo largo de los rayos de luz que entraban por la ventana. Detrás de la puerta secreta había una escalera estrecha en sentido descendente.

—¡Por fin! —se volvió para agarrar a Archie de la mano, y luego se le ocurrió algo más—: Espera. Tenemos que asegurarnos de que nadie descubra que nos hemos ido, al menos durante un buen rato. Ven, ayúdame a empujar algo pesado contra la puerta.

Había un largo baúl tallado a los pies de una cama con dosel de cuatro columnas. Juntos, empujando y arrastrándolo, lograron llevarlo hasta la puerta, apalancándolo por uno de los lados en una pequeña chimenea que había cerca.

—Ahí debería impedir que alguien entrara —dijo Marsaili sacudiéndose el polvo de encima—. Vamos a salir de aquí cuanto antes.

Archie no necesitó que se lo pidiera dos veces, y la siguió hacia el interior del pasadizo secreto. Cerraron la puerta tras ellos y se quedaron inmóviles unos instantes para permitir que sus ojos se adaptaran a la oscuridad.

—No es tan malo como pensaba —susurró Marsaili—. Entra algo de luz.

A pesar de ello, tenían que ir tanteando con cuidado para no caerse por aquellos escalones irregulares, y les llevó bastante tiempo llegar hasta una puerta que había abajo del todo.

—Archie, debes jurarme que nunca le dirás a nadie esto, a nadie, ¿me entiendes? Yo solo lo descubrí por causalidad, y el terrateniente quiere que se mantenga en secreto.

—No te preocupes, no diré una palabra.

Antes de abrir la puerta se pusieron a escuchar con cuidado. Resultó que daba a un gran arbusto que había al lado de la casa, y se quedaron agachados bajo las ramas hasta asegurarse de que no había nadie por ahí.

—¿Vas a enviar esa carta ahora? —le preguntó Archie.

—No, no hay tiempo que perder. Yo misma iré a buscar el terrateniente.

—¿Qué? ¿Estás segura? Él me dijo que escribieras.

—Sí, pero ¿en quién podemos confiar para que lleve una carta a Edimburgo? Seton nos estará vigilando a todos. Te diré qué vamos a hacer... Si no estoy de vuelta en dos días, pídele a Kirsty que escriba al señor Grant. El terrateniente necesitará un abogado que lo defienda en el tribunal si yo no consigo liberarlo, puede que yo también. ¿Me has entendido? —añadió, trasluciendo un momentáneo pensamiento pesimista, aunque seguía negándose a considerar un posible fracaso.

—Sí —Archie aún se mostraba dubitativo, pero Marsaili no le dio tiempo a seguir pensando en ello.

—Necesitaré a *Liath*, además de un par de garrones y algo de comida y mantas —le dijo—. Si yo me voy a los establos, ¿crees que podrías llegar a la cocina sin ser visto y contarle a tu tía lo que ocurre? Ella te dará lo que necesito, pero no debes dejar que Seton te vea.

—Claro que puedo hacerlo. Él nunca presta atención a los niños, así que dudo que se fije en mí a menos que me esté buscando. Cree que estoy arriba.

—Muy bien, pero ten cuidado. Voy a ensillar los ponis, y nos encontraremos en los establos. Si viene alguien, me esconderé en el granero del heno.

Siguieron con su racha de buena suerte, y Archie enseguida entró de puntillas en los establos tirando de *Liath*. El perro estaba contento de verla, como siempre, pero instintivamente pareció entender que tenía que guardar silencio.

—Me lo encontré en la cocina —susurró Archie.

—Estupendo, gracias —Marsaili colocó todo lo que le había traído y metió la comida en las alforjas—. No voy a usar el caballo del terrateniente, es demasiado brioso para mí.

—¡Qué va! *Starke* es como un cordero, no tiene mal carácter en absoluto.

—Sea como fuere, no es bueno para ir por los senderos de las montañas de Highland y, si consigo rescatar al terrateniente, viajaremos con estos —dijo enrollando las mantas y atándolas a la parte de atrás de las alforjas. Archie también le había llevado un *arisaid* gris claro, la larga capa de lana que las mujeres del Consejo

de Highland llevaban para abrigarse. Realmente era como una manta muy larga que también podía usarse como tal en caso necesario. Marsaili se lo colocó plegando unos dos tercios alrededor de la cintura, sujetándolo con un cinturón y dejando delante una abertura. El resto se lo alzó por detrás y se lo puso sobre los hombros, ajustándose con un tocoso imperdible. Eso la abrigaría y, si llovía, podía protegerse echándose por la cabeza.

—Y ahora, ¿puedes ocultarte tú, Archie? No quiero que Seton te atrape o que te encuentre mientras yo estoy fuera.

—Me vuelvo con la tía Greine. Me ha dicho que puedo quedarme en la despensa —vaciló—. ¿Estás segura de que no deberías ir solamente a Edimburgo? El señor Seton no se enteraría.

Marsaili respondió negativamente con la cabeza.

—No, tengo el presentimiento de que no llegaríamos a tiempo de alcanzar al terrateniente. Y sé que podría pasarle algo espantoso. Ya has visto al capitán, estaba disfrutando con ello. No quiero ni pensar qué le hará a Br..., al terrateniente.

Archie asintió lentamente con la cabeza.

—Sí. Entonces, ¡buena suerte!

—Gracias, Archie.

Mientras conducía a los ponis hacia el lago, Marsaili rogó para que nadie la viera y fuera a decírselo a Seton. Dudaba de que mucha gente estuviera de parte de él, pero no quería correr ningún riesgo. Aquello era demasiado importante.

Consiguió llegar hasta el bosquecillo donde los árboles los ocultaban de la vista. Una vez allí, encontró un tronco caído para apoyarse y subirse a uno de los ponis, y luego agarró con fuerza las riendas. No estaba muy acostumbrada a montar a caballo, pero estaba segura de que lo lograría. «¡Tengo que hacerlo!». Sacó del bolsillo un lazo de cuello que había tomado al salir de la habitación de Brice. Esperaba que conservara su olor, aunque no se lo había puesto desde hacía días. Se inclinó hasta *Liath* con él en la mano y le susurró:

—Encuétralo, *Liath*. Por favor, encuéntralo —sabía que podía hacerlo. Era un pasatiempo al que había jugado mucho con él cuando era un cachorro y que al perro le encantaba. Las orejas de *Liath* se levantaron y abrió su boca como sonriendo; luego se puso a andar sin vacilar.

Marsaili hizo que los ponis se pusieran de inmediato al trote, siguiendo los largos pasos del perro. «Por favor, querido Dios, ayúdanos a encontrar a Brice enseguida, antes de que sea demasiado tarde», rezó en silencio, repitiendo esa letanía.

En cuanto sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad de aquel hoyo, Brice comenzó a buscar una manera de salir de allí. Dado que las *oubliettes* eran mazmorras a prueba de fuga, no tenía muchas esperanzas. De arriba abajo había por lo menos cuatro metros, lo que significaba que por mucho que saltara no llegaría al

borde. De cualquier forma, con un tobillo torcido tampoco podía saltar mucho. La boca del agujero era demasiado grande para agarrarse con los brazos a ambos lados y saltar fuera. Sin embargo, había algo a su favor, pues parecía que ese castillo llevaba en ruinas bastante tiempo. Eso significaba que los elementos habían hecho estragos en la construcción original y al parecer, por fortuna también en aquella primitiva prisión.

Las paredes eran de piedra, alisadas y unidas con mortero para que nadie pudiera agarrarse y trepar por ellas. Sin embargo, la lluvia, el viento y algunas malas hierbas habían deshecho el mortero, que se estaba desprendiendo en muchas zonas. Brice advirtió que en uno de los lados del hoyo se estaba desmoronando más que en otros. Fue a probarlo buscando donde colocar los dedos, y luego intentó escalar un pequeño trozo de pared.

—*Fan i helvete*^[14] —maldijo en sueco cuando se apoyó con todo el peso de su cuerpo en el tobillo lastimado. Un fuerte pinchazo de dolor le recorrió el tobillo y tuvo que terminar el experimento apretando los dientes. Instantes después, no le quedaba ninguna duda de que con un poco de suerte y perseverancia podría escapar de esa manera. La pared lo sujetaba, y si buscaba con las yemas de los dedos sería capaz de encontrar suficientes puntos de agarre para ir trepando hacia arriba. Afortunadamente, las piedras de la pared no se movían y parecía que podían soportar su peso.

Su principal preocupación era el tobillo, porque necesitaba ambos pies, pero no podía hacer nada excepto aguantar el dolor. Para hacerlo más soportable, rasgó unas tiras de tela de la parte baja de su camisa y se las ató al tobillo para inmovilizarlo. El tenerlo tirante lo ayudó un poco, aunque se le hizo difícil volver a ponerse la bota. Al final lo consiguió haciendo mucha fuerza.

Ahora lo que tenía que hacer era esperar el momento oportuno. Sin duda los soldados comerían algo y se echarían a dormir por la noche en algún lugar dentro del castillo. Como no eran estúpidos, dejarían a alguien de guardia, pero si conseguía sorprenderlos podría encargarse de uno o dos hombres, pensó Brice.

Eso tenía que funcionar, porque de algo estaba seguro: no quería quedarse allí.

A Marsaili le parecía que llevaba días cabalgando, porque debido a la falta de costumbre le dolían las posaderas. Pero prefería no pensar en eso, ya que no estaba dispuesta a volver hasta encontrar a Brice y rescatarlo. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo exactamente. Estaba empezando a pensar si no se habría precipitado demasiado saliendo sola de viaje. En la aldea había hombres que parecían haber aceptado a Brice, y podría haberlos convencido para ayudarla.

—Bueno, ya es demasiado tarde. Pensaré en algo —masculló para sí—. Si me volviera ahora, los soldados se alejarían mucho y en cuanto llegaran a Fort George no habría ninguna posibilidad de liberar a Brice —y dijo después para sus adentros,

apretando los dientes—: No voy a permitir que esos malditos casacas rojas lo traten como a un delincuente.

Ella pensaba que la persecución de posibles jacobitas y de armas había acabado de verdad. Conocía a muchas personas que o bien habían continuado haciendo su vida o bien se habían marchado lejos, a las colonias del otro lado del mar. Hacía mucho tiempo que no se oía de ninguna conspiración jacobita, y sabía de sobra que los cargos contra Brice eran falsos. Tampoco tenía la menor duda de quién estaba tras su arresto. «¡Seton, maldito seas!» Aunque él no hubiera podido hacerlo sin el capitán inglés, y parecía que el amigo Sherringham era tan obstinado como el que más.

—Puede pudrirse en el infierno, también —susurró para sí. Deseaba golpearlos a los dos con la fusta.

Al principio iba por el nuevo camino inglés, que sabía que habían construido para facilitar que las tropas llegaran a los tres fuertes que había seguidos a lo largo del Gran Glen, hacia el norte. Mantenía todos los sentidos alerta y doblaba cada recodo con precaución, pero no había llegado a ver al pelotón ni siquiera de lejos. Se imaginaba que los soldados iban bastante más rápido que ella y le llevaban ventaja.

Continuó avanzando, incluso después de que empezara a anochecer gracias a que la luz de la luna le iluminaba el ancho camino. Sin embargo, al cabo de un rato *Liath* torció a la derecha y Marsaili tuvo que mirar al suelo para asegurarse de que no metía a los ponis directamente en una ciénaga. El galgo seguía un sendero estrecho que serpenteaba entre las colinas y Marsaili se preguntó por qué, aunque no dudaba de su olfato. Parecía que el perro iba tras una presa sin vacilar. Confiaba en que, si llegaba a ver a Brice, no se excitara demasiado, alertando de su presencia al enemigo.

—Espacio —lo reprendió—. En silencio, ¿de acuerdo? ¡Más espacio!

Por fin, *Liath* se detuvo en seco y se quedó olisqueando en el aire, gimoteando quedamente.

—Buen perro —Marsaili desmontó el poni y le dio una palmada al galgo—. ¿Lo has encontrado? De acuerdo, ahora silencio, silencio, muchacho.

Se puso a escudriñar en la oscuridad y vio ante ella lo que parecían unas antiguas ruinas. Cerca de la entrada alcanzó a ver una fogata y a algunas personas moviéndose alrededor de ella que tapaban la luz del fuego. Rodeó las ruinas para llevar a los ponis a la parte de atrás y allí encontró un grupo de árboles donde posiblemente había habido un huerto. Ató los garrones a una rama recia, y luego sujetó a *Liath* por el collar y subieron a la colina.

—Venga *Liath*, vamos a ver si podemos trazar un plan.

Capítulo 21

Brice esperó pacientemente hasta que los ruidos de los soldados se fueron apagando. Luego aguardó un poco más hasta que por fin todo quedó en silencio, excepto por el ulular de algún búho. Encontró una piedra más bien grande donde sentarse para evitar el barro que había en el suelo, pero era incómoda y dura. El tobillo le latía, y eso indicaba que la torcedura era seria. Tenía la sensación de que la bota lo ayudaría a proteger el tobillo, o cuando menos serviría para fijarlo hasta que la inflamación le bajara.

—Podía haber sido peor —se dijo a sí mismo, porque si se hubiera roto la pierna no tendría ninguna posibilidad de escalar ni de escaparse. Por lo menos, ahora lo único que tenía que hacer era aguantar el dolor.

Cuando hacía tiempo que los soldados se habían quedado en silencio, empezó a intentar ascender por la pared. Le costaba, pero sus brazos, que habían sujetado muchas veces las jarcias del barco de las Indias Orientales, eran fuertes y sabía que podía hacerlo. No quiso ni pensar en que no lo conseguiría. El dolor del tobillo era intenso, y los otros cortes y golpes le cortaban la respiración cada vez que se movía, pero trató de no pensar en ello y se concentró en encontrar puntos donde apoyar las manos y los pies. Tenía la sensación de que le estaba costando una eternidad, sobre todo porque tenía que detenerse cada vez que se caía alguna piedra o un puñado de mortero por si sus captores oían el ruido e iban a ver qué pasaba. No ocurrió nada.

Apenas le quedaban unos treinta centímetros para llegar al borde cuando de pronto se oyó retumbar el eco de un escalofriante aullido en las colinas de alrededor. Todos los soldados se levantaron de un salto, interrumpiendo obviamente su sueño, y corrieron hacia allá. El sonido volvió a escucharse, y parecía provenir de muy cerca. Un escalofrío recorrió la espalda de Brice.

—¿Pero qué demonios...? —masculló. No creía que quedaran lobos en Escocia. Sin embargo, los casacas rojas sí. Todos sin excepción salieron disparados hacia el patio de entrada gritando y soltando palabrotas.

—¿Dónde está? ¿Viene de allí?

—¡Calla! ¡Por ahí, he visto unos horribles ojos rojos!

—¡Imbéciles! Aquí no hay lobos —era la voz del capitán que intentaba sonar firme, aunque sin conseguirlo.

—Pero, señor, usted mismo puede oírlo.

—Y Houghton ha visto que algo se movía. Allí, señor, mire.

Se escucharon un par de disparos, pero siguieron oyéndose los aullidos. Brice no se quedó esperando a oír más. Reuniendo todas sus fuerzas, se dio impulso y se agarró al borde del hoyo. Lanzó su cuerpo de lado y rodó deprisa fuera del agujero

hacia la zona más oscura de las paredes. Una vez allí se puso de pie y se movió con sigilo hasta una abertura de la pared. Cuando miró hacia fuera vio al capitán y a todos sus hombres, que estaban reunidos fuera del edificio principal discutiendo todavía mientras continuaban los aullidos. Ahora el sonido parecía proceder de otra dirección, lo cual los llenó de confusión y causó más disensiones entre ellos.

Brice se fue cojeando hasta la siguiente habitación sin techo y giró a la izquierda, esperando encontrar una abertura por la parte trasera de las ruinas del castillo. Justo cuando doblaba una esquina chocó contra algo blando que soltó una leve exclamación de sorpresa. «¡Estoy perdido! ¿Pero por qué este no está fuera?», se preguntó Brice. No se detuvo a preguntárselo: le dio un empujón y le cogió un brazo, retorciéndoselo. Brice le tapó la boca con la mano; el hombre intentó mordérsela.

Brice lanzó un fuerte bufido de sorpresa cuando lo asaltó un aroma de brezo y lavanda y se quedó paralizado por un instante. Retiró la mano y dio la vuelta a su prisionero escudriñándolo en la oscuridad.

—¿Marsaili? —susurró.

—Sí. Ahora suéltame y salgamos de aquí —susurró ella, dándole un empujón con impaciencia.

Brice estaba tan estupefacto de encontrarla allí que hizo lo que le pedía. Sintió que ella le agarraba la mano y lo llevaba en la dirección de donde ella venía.

—¿Hay una salida por detrás?

—Sí, pero date prisa. *Liath* no va a poder entretenerlos mucho más.

—¿*Liath*? ¿El lobo? —Brice quería reírse, pero no era ni el momento ni el lugar. Avanzaba renqueando tras ella lo más deprisa que podía, de nuevo apretando los dientes cada vez que sentía cómo el dolor le laceraba al pisar. Ella tenía razón: no disponían de mucho tiempo.

Frente a ellos apareció una pared que se había derrumbado, y la tenue luz de la luna le permitió ver a Brice que tendría que bajar por una colina. Inspiró profundamente, preparándose para soportar todavía más dolor mientras trepaban por el montón de piedras caídas. Marsaili salió corriendo con Brice, que la seguía tan rápido como podía, saltando a veces sobre una sola pierna. Vio que lo miraba de reojo y se detenía para ver por qué iba tan despacio, pero él le hizo un gesto para que siguiera adelante. Si atrapaban a alguien, no quería que fuera ella.

Por fortuna, nadie gritó: «¡El prisionero ha escapado!» y finalmente Brice pudo llegar a la arboleda donde le esperaba Marsaili. Le alegró enormemente encontrar también dos ponis y dio gracias a Dios. De tener que seguir a pie, hubiera sido imposible.

—¿Qué le pasa a tu pierna? —le susurró Marsaili.

—No es la pierna, me he torcido el tobillo. Te lo contaré después —dijo montándose sobre uno de los ponis mientras Marsaili los desataba de una rama y después se subía en el otro.

—¿Cómo hacemos para que vuelva *Liath*?

—Le silbaré cuando ya hayamos bajado la mitad de la colina.

—Pero los casacas rojas te oirán —repuso Brice. No podía soportar la idea de que volvieran a apresarlo, ahora que estaba tan cerca de la libertad.

—Lo dudo. El silbido que hago es como el de un pajarito. He entrenado a *Liath* para que acuda como con un silbido normal.

—¿Lo mismo que le enseñaste a aullar cuando se lo pides? —la imagen de ella entrenándolo le parecía graciosa y le hizo pensar en los lazos tan fuertes que había entre aquel galgo y ella.

—Por supuesto. Cuando se lo enseñé era un juego inocente, no creía que algún día me sería de utilidad.

—Bueno, espero que obedezca a tu silbido.

Así fue, y Brice se tranquilizó al ver que *Liath* venía corriendo tras ellos poco después. Se juró que en cuanto estuvieran de vuelta le daría a ese fiel perro una docena de sabrosos huesos. Se merecía eso y mucho más. Y en cuanto a su dueña y su temeraria misión de rescate que bien podía haber sido un fracaso..., bueno, pensaría en ello más tarde.

—¿En qué dirección? —preguntó él cuando llegaron al ancho camino inglés que conducía al noreste, hacia Inverness.

—Atravesaremos al otro lado —contestó con firmeza Marsaili—. Cuando descubran que te has ido pensarán que regresas a casa o a Edimburgo en busca de ayuda, así que tenemos que despistarlos. Para asegurarnos tomaremos una ruta larga, subiendo hasta las colinas más altas que podamos.

—Muy bien, parece lógico.

Brice puso a su poni al trote y cruzaron el camino, dirigiéndose a lo que adivinó que era el sudoeste. Cualquier sitio era mejor que la *oubliette* en la que lo habían metido.

Viajar por las Tierras Altas podía ser peligroso, incluso a la luz del día. Marsaili sabía que debían tener cuidado de no caer ladera abajo o de quedarse atrapados en una ciénaga. Sin embargo, *Liath* no parecía vacilar, así que al final dejaron que el perro los guiara por aquellos estrechos senderos, pues solo él podía ver en la oscuridad.

—Creo que podemos fiarnos de él para no meternos por sitios peligrosos —dijo Marsaili a Brice, que estuvo de acuerdo.

—Sí, parece más inteligente que la mayoría de galgos.

Todo iba bien hasta que el poni de Marsaili tropezó con algo y empezó a cojear.

—¡Vaya! ¡Detente, Brice, tengo que mirar el casco del garrón!

Marsaili desmontó e intentó palpar la pata del poni. Este se espantó soltándose de las manos de ella, y relinchó, volviéndose para morderle el brazo.

—¡Eh, déjame! —y dirigiéndose a Brice, añadió—: Creo que se ha lastimado. Apenas puedo ver, pero creo que no puede llevar mucho peso encima.

—Parece que es la noche de los tobillos torcidos —suspiró Brice—. ¿Crees que

este podría llevarnos a los dos? Si no, tendremos que hacer turnos andando...

—Me imagino que podemos intentarlo; esta raza es de pequeño tamaño, pero muy fuerte.

—Venga, entonces sube. No podemos permitirnos perder más tiempo.

Brice la ayudó a montar tras él y ella le rodeó la cintura fuertemente con un brazo mientras agarraba las riendas de su poni con la otra mano.

—Espero que por lo menos pueda seguir sin peso —masculló.

El poni de Brice siguió adelante, aunque más despacio. En un punto también tropezó, y Marsaili contuvo la respiración esperando que no se hubiera lastimado, pero no fue nada. Sin embargo, sí oyó un quejido de Brice, por lo que hizo un gesto de sorpresa. Entonces le apretó otra vez la cintura a propósito y recibió como respuesta un seco «¡No!». Luego pareció recordar sus buenos modales y añadió: «Por favor».

—¿Por qué? ¿Dónde más estás herido? ¿Te caíste cuando te llevaban atado? —la preocupación por él dio paso una vez más a la indignación por el trato que le habían infligido.

Brice se rió entre dientes, aunque sonó un poco forzado.

—Me duele todo el cuerpo —confesó—. Pero no me caí.

—¿Quieres decir...?

—Los casacas rojas decidieron practicar conmigo, sí. Eso antes de empujarme por un hoyo profundo, que es cuando me doblé el tobillo.

—¡Malditos hijos de perra!

Brice se volvió tratando de distinguirla en la oscuridad.

—¡Ese lenguaje! —bromeó, haciendo como que se escandalizaba—. Y yo que creía que eras una dama... Vaya, vaya —dijo chasqueando la lengua.

—No me importa, eso es lo que son —gruñó—. ¿Qué derecho tienen a tratarte así? Todavía no han podido probar que eres culpable —lo cual le hizo recordar algo—. ¿No eres culpable, verdad? Quiero decir, sé que tu padre era jacobita, pero nunca has dicho...

—No, no lo soy. Lo que no significa que no lo fuera si mi padre me lo pidiera, pero en este momento soy inocente. Aunque tengo una idea bastante aproximada de dónde han salido las armas.

—Lo sé, de Seton —le espetó—. Me las va a pagar, si Dios me ayuda —y le contó a Brice lo que había pasado después de su partida.

Brice protestó:

—Pero, mujer, toda la casa se va a enterar de los túneles secretos. ¿Y entonces de qué servirán?

—No es que tuviera mucho donde elegir precisamente —le contestó ella enfadada, y luego oyó otra risita ahogada—. Bah, me estás tomado el pelo otra vez —dijo, y le dio suavemente con el puño en el brazo sin recordar sus heridas hasta que oyó un aullido de dolor—. ¡Ay, lo siento! ¡No me acordaba!

—Está bien, solo trata de contenerte a partir de ahora. Por favor.

—¿Prefieres que no me agarre a ti?

—No seas boba. No voy a dejar que te caigas. Además, me gusta que me pongas las manos justo donde están. Por ahora —soltó otra risita entre dientes.

Marsili resopló:

—Hombres... ¡Uf!

—¿Me estás diciendo que no te gusta agarrarte a mí? No me pareció eso cuando volví del mercado —ella notó su tono de burla y quiso golpearlo otra vez, pero se contuvo.

—Piensa lo que quieras. Me sorprendiste, eso es todo.

—Humm, una larga sorpresa, ¿eh?

—Sujeta tu lengua, Brice, o te apretaré en las costillas otra vez.

—Promesas, promesas, contigo solo hay promesas —suspiró él.

—¡Brice! —intentaba que su voz pareciera intimidatoria, pero no lo consiguió, porque volvió a oír otra risa. Sin embargo, dejó de tomarle el pelo y se permitió disfrutar de ir agarrada a su cintura. Bajo sus manos sentía el estómago de él, duro, cálido, y tuvo la tentación de posar la mejilla sobre aquella ancha espalda. Finalmente cedió a la tentación y no lo lamentó. Era casi como si encajara en él.

—Bueno, tendremos que detenernos pronto —dijo Brice al fin—. Los ponis han estado día y de noche cabalgando y deben de tener mucha sed, como yo. ¿Alguna sugerencia?

Marsaili reflexionó un momento.

—¿Los refugios de los prados? —aventuró—. Si subimos un poco más seguramente encontraremos algunos, y estarán vacíos porque todo el mundo ha bajado hace tiempo a las *kyloes*.

—Buena idea. Ayúdame a buscarlos.

Capítulo 22

Hasta rayar el alba no encontraron por fin un par de refugios de piedra abandonados. Por suerte, estaban en el prado de un gran afloramiento rocoso que los ocultaba de ser vistos.

—A menos que Sherringham tenga perros de rastreo. Nunca nos encontrará aquí —dijo Marsaili.

—Para eso tendría que ir hasta la siguiente guarnición. Dudo que pierda el tiempo.

Brice oyó el borboteo de un arroyo que bajaba de la colina, y en cuanto desmontó dirigió a los dos ponis en esa dirección. Bajo la pálida luz de la mañana, él y los caballos bebieron hasta saciarse de aquel agua fría. También se lavó la cara y las manos lo mejor que pudo. Eso le refrescó, aunque se sentía cada vez más agarrotado y dolorido. Mientras cabalgaban había tenido mucho tiempo para valorar sus heridas, llegando a la conclusión de que tenía varias costillas rotas y contusiones por todas partes. No era nada que no pudiera curarse con el tiempo, y daba gracias de que así fuera.

—Tenemos que dejar a los garrones fuera, no caben dentro de los refugios —le dijo Marsaili cuando volvió a su lado. Hablaba en voz baja, a pesar de que era improbable que los casacas rojas les siguieran la pista.

—Y eso que no son precisamente grandes, ¿eh? —respondió Brice, quien tuvo que agachar casi la mitad de su cuerpo para entrar en el refugio que estaba más cerca para mirar por dentro. El sitio solo disponía de una pequeña chimenea a un lado y una plataforma para dormir hecha de hierba en el otro; eso era todo. Apenas había sitio para darse la vuelta, así que mucho menos para meter un caballo.

Sin embargo a los ponis no les importaba. Mientras tuvieran hierba para comer y el arroyo cerca, estaban contentos. Brice los ató, aunque sabía que los caballos no solían alejarse demasiado.

—*Liath* nos avisará si se acerca alguien, ¿verdad? —le preguntó, aunque estaba seguro de eso.

—Sí, le he dicho que esté alerta. Él sabe lo que quiero decir —la luz del día cada vez era más intensa, y de pronto ella pareció reparar en su rostro—. ¡Brice! ¡Dios mío! ¿Qué...?

Él levantó una mano para tranquilizarla.

—No es tanto como parece, de verdad. No tengo nada roto, ni siquiera la nariz, lo que no es poco.

Ella sacudió la cabeza y le puso una mano en la sien. Él intentó no hacer una mueca de dolor, y supuso que debía tener el ojo morado ya que solo al rozarle con los

dedos sintió dolor.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —le dijo, con los ojos inundados de lo que él supuso era dolor de verle así.

Se encogió de hombros, y las costillas le dolieron al hacerlo.

—Ahora no es cuestión de enfadarse. Se lo haré pagar con creces después. Primero tenemos que conseguir llegar a casa sin percances, luego ya pensaré en cómo cobrarcelo. Ambos sabemos quién es el culpable, y en cuanto a los casacas rojas, tengo amigos en Edimburgo que me ayudarán a limpiar mi nombre. O en todo caso, lo hará mi padre.

—De acuerdo. Siéntate mientras busco algo para hacer una cama. Necesitas descansar.

En el exterior de uno de los refugios había una gran piedra, aplanada, que claramente se utilizaba como asiento. Brice se hundió en ella, feliz por obedecerla en esta ocasión.

Marsaili enseguida juntó puñados de brezo; los extendió sobre la plataforma para dormir y la cubrió con una manta.

—Vamos, tumbate —le rogó, y Brice entró dentro.

Luego se echó en la cama improvisada, dejó escapar un gemido y se apoyó contra la pared.

—Ah, esto está mejor —masculló—. Por lo menos no tiene barro.

—¿Barro? —Marsili lo siguió hacia dentro del refugio.

—Como el suelo del hoyo donde estaba. Era muy viscoso.

—Ah, ya —contestó, tomando un pequeño cubo que alguien se había dejado—. Espera, vuelvo ahora mismo.

—¿Qué? —Brice se quedó mirándola mientras ella se iba, pero pronto volvió con el cubo lleno de agua.

—Deja que te lave las heridas —le dijo, arrodillándose en la plataforma donde él estaba.

—No es necesario. Sobreviviré.

—No seas cabezota. Quítate la camisa, por favor.

Brice la miró mientras se levantaba la falda y rasgaba un trozo del dobladillo de su larga combinación.

—Esa es una petición que no suelo oír a menudo —dijo bromeando—. Al menos no de mujeres hermosas.

Ella entrecerró los ojos mirándole.

—Mentiroso. Apostaría a que las damas se pelean por ti allá donde vas —Brice observó cómo se le ruborizaban las mejillas al darse cuenta de que le había hecho un cumplido—. Quiero decir... no es que yo... —tartamudeó.

Brice sonrió y acudió en su rescate. O algo así.

—¿Tú crees que soy tan atractivo? Está claro que no has visto a mi hermano —dijo sacándose la camisa por la cabeza con cierta dificultad y apretando los dientes a

causa del dolor.

—Si no se parece en nada a ti, me alegro —replicó ella con humor.

—Oh, no, él es el encanto personificado —le dijo Brice—. Ninguna dama se le resiste —esperó sentir la habitual punzada de rabia que le inundaba al pensar en Jamie tomando lo que no era suyo, pero esta vez no sintió nada. Eso le sorprendió, y se dio cuenta de que ya no le importaba lo que su hermano le había hecho. Su padre tenía razón: no merecía la pena pelearse por Elisabet. Al final de ese día Brice y Jamie todavía eran hermanos, sus lazos eran irrompibles, mientras que Elisabet era una criatura inconstante, que realmente no formaba parte de ese mundo.

Brice sintió un gran alivio ante aquella repentina revelación. Había dejado atrás el pasado de verdad. Ahora tenía que seguir adelante, vivir la vida a su manera. Y con tiempo para disfrutar de lo que tenía. *Carpe diem*.

Marsaili mojó el trozo de combinación en la fría agua del arroyo y comenzó a lavar el maltrecho rostro y el torso de Brice. Él la vio vacilar en un par de ocasiones, como si temiera hacerle daño, pero lo hacía con tanta delicadeza que no había peligro de que lo lastimara. Con el agua fría le calmó el dolor de las magulladuras y luego le limpió los restos de sangre, hasta que se sintió limpio y casi entero otra vez. Él la miraba con los párpados entrecerrados mientras lo hacía, pero ella desviaba la mirada. Supuso que sentía vergüenza al tocarlo y volvió a preguntarse por qué ningún hombre de Rosyth había conseguido todavía atraerla. Parecía increíble que alguien tan encantador no tuviera quien la amara.

—¡Ya está! ¿Mejor? —le preguntó en cuanto hubo terminado.

Él asintió y volvió a ponerse la camisa.

—Sí, gracias.

Ella siguió evitando su mirada. Retiró el cubo y rebuscó dentro de las alforjas que había llevado. Le pasó un pan de avena y algo de queso de cabra.

—Toma, debes de estar muerto de hambre.

—Un hambre canina —respondió, y devoró la comida emitiendo sonidos de agradecimiento mientras ella mordisqueaba una galleta de avena.

—Gracias. No sé si aprobar que hayas actuado tan precipitadamente para intentar liberarme de los casacas rojas por tu cuenta, porque eso ha sido sumamente peligroso y temerario, pero he de admitir que me has sido de mucha utilidad.

Marsaili se volvió hacia él y, dado que la luz de la mañana entraba de lleno por la puerta abierta, Brice pudo contemplarla con toda nitidez. Su expresivo rostro le indicaba que no estaba segura de cómo tomarse aquella broma; sin embargo, le replicó con cierto humor:

—¿De veras?

Él sonrió.

—Humm... Estoy seguro de que no solo eres buena dando de comer —añadió agarrándola por la cintura y atrayéndola hacia él.

—¡Brice!

—¿Qué? Solo quiero darte las gracias por venir a rescatarme —dijo poniendo a un lado su pesada trenza y besándola en el cuello—. No sé qué habría hecho sin ti. Puede que incluso te deba la vida.

—Marsaili se retorció forcejeando con su abrazo, pero él notó que no hacía demasiado esfuerzo por liberarse de él, sino todo lo contrario.

—Tus golpes —protestó ella débilmente.

Él sonrió sobre la suave piel de Marsaili y dejó que su boca viajara por debajo de la barbilla de ella y subiera por la mejilla, salpicando de besos todo su recorrido.

—Te lo dije: sobreviviré. Y mi gratitud hace que me olvide de ellos.

—No necesitas agradecermelo —murmuró—. Cualquiera hubiera hecho lo mismo por...

—¿Por quién? ¿Por un hombre irresistible? —bromeó.

Iba a contestarle algo enfadada, pero él aprovechó que tenía la boca abierta y la besó de verdad, profundamente. Sabía que no debía hacer aquello. No era propio de un caballero. Estaban solos, lejos de casa, y debía protegerla, no amenazar su virtud.

Pero no podía resistirse.

Y si ella se lo permitía, entonces ¿qué mal había en ello? Si ella le pedía que se detuviera, lo haría; en caso contrario, tomaría lo que ella estuviera dispuesta a ofrecerle.

La echó sobre la suave manta de lana e ignoró una vocecita en su interior que le decía que se detuviera en ese instante antes de que fuera demasiado tarde.

Pero para él ya era demasiado tarde.

Marsaili no sabía cómo había llegado a esa situación. Había decidido decirle a Brice que se quedaría a dormir en el otro refugio por decoro y que se mantuviera a distancia. Pero primero tenía que darle de comer y ver sus heridas. Parecía tan exhausto y era tan evidente que tenía dolores que no tuvo corazón para soltarle aquella parrafada directamente. «¡Y mira dónde he terminado!».

Era difícil hilvanar pensamientos coherentes mientras él la besaba de esa manera. No podía concentrarse en otra cosa que no fuera lo que él hacía y lo bien que se sentía. Antes de que se diera cuenta, ambos yacían en aquel pequeño espacio, él inclinado sobre ella con la boca haciéndole aquellas cosas maravillosas sobre sus labios. Nunca hubiera imaginado que entrelazar la lengua con otro pudiera dar tanto placer ni que le hiciera sentir como si de todas partes de su cuerpo brotaran fuegos artificiales que estallaban en la boca de su estómago. O puede que un poco más abajo. Ese pensamiento le hizo ruborizarse.

Brice tomó en una sola mano la mejilla de ella, y luego avanzó rozando su pecho izquierdo. Marsaili sintió que su pezón se endurecía a pesar de que él la tocaba por encima de su corpiño y de su combinación. Otra vez tuvo aquel extraño impulso de frotarse contra él. Su cuerpo se tensó hacia arriba por su cuenta, como anhelando

más. Él pareció pensar lo mismo y, con un sonido de impaciencia, tiró de los cierres del corpiño hasta que los aflojó y pudo llegar con la mano hasta la piel de ella a través del fino lino de la combinación.

—Eres tan hermosa, Marsaili —jadeó, recorriendo la línea de su mentón con delicados besos y continuando hacia abajo por dentro de la combinación—. La perfección absoluta —añadió, lamiéndole el pezón y haciendo que ella dejara escapar un grito apagado, impresionada por la intensidad de lo que sentía. En su interior seguían disparándose más fuegos artificiales, pero descubrió que no tenía bastante dejando que actuara solo él. Ella también deseaba explorar.

—¿Puedo? —le susurró mientras le sacaba la camisa de sus pantalones de montar. Él soltó una leve risa que sonó con una mezcla de dolor.

—No tienes que preguntar. Haz lo que quieras, soy todo tuyo —lo dijo con un tono de alegría despreocupada, pero también de algo más, algo a lo que ella respondió instintivamente. Un desafío que la retaba a seguir.

Lo hizo.

«Es mío, todo mío. Por lo menos en este momento». ¿Pero lo quería todo de él? ¿Podría olvidar sus principios y limitarse a disfrutar del momento? De lo que no dudaba era de que, cuando eso se acabara, él dejaría de ser exclusivamente suyo.

Era una idea deprimente, pero en ese instante sus dedos descubrieron el suave contorno del pecho de Brice y su duro abdomen, y se olvidó de todo menos de lo agradable que era tocarle. Acarició sus pezones, y se quedó perpleja al ver que reaccionaban de la misma manera que antes los de ella. Estaba cautivada cuando de pronto tropezó con aquel camino de vello dorado que había visto en el lago y lo recorrió hacia abajo, haciendo que él gimiera de placer cuando sus dedos llegaron peligrosamente cerca de la cintura del pantalón. Entonces él tomó la mano de ella y la colocó lentamente más abajo, como si comprobara su decisión.

—¿Sientes cuánto te deseo? —le susurró—. ¿Te da miedo?

—No —respondió, y supo que era cierto. Quizá fuera una libertina, como su madre, pero no le importaba. Lo deseaba tanto como él la deseaba a ella, y no tenía miedo. Sabía que con él sería maravilloso, y quizá esta fuera su única posibilidad de experimentarlo. La expectación le provocó un escalofrío que la hizo temblar.

—¿Y es eso lo que quieres hacer? —le preguntó levantándole la falda con la mano, recorriendo con los dedos suavemente el interior de su pierna, hacia arriba, donde ella sabía que él deseaba llegar. No lo detuvo, sino que se movió para satisfacerlo.

—Sí —jadeó—. Sí, Brice, te deseo. Deseo todo tu cuerpo.

—Entonces, ¿cómo podría negarme? Tus deseos son órdenes para mí.

Avanzó con los dedos más allá, y ella gimió cuando él alcanzó su objetivo. La tocó, provocándola, buscando de ella una respuesta que estaba bien dispuesta a dar, y entonces, de pronto, ella sintió que superaba el límite y gritó:

—Ay, Brice, yo... ¡Dios mío!

—Espera, mi amor, eso solo es el principio —le dijo, con un tono ronco lleno de promesas y deseo. Y cuando sus dedos comenzaron de nuevo sus jugueteos, ella se sorprendió al volver a sentir aquella agitación creciente—. Ahora entraré dentro de ti —le susurró, besándola profundamente mientras la penetraba.

Marsaili se olvidó del momentáneo dolor y siguió sus instintos, moviéndose a su ritmo. No estaba desilusionada. Era maravilloso, algo indescriptible. Cuando aquellas deliciosas sensaciones que la invadieron de nuevo fueron más intensas, y oyó que Brice también gritaba antes de detenerse apoyando su frente en la de ella. En ese momento Marsaili se sintió completa, fundida con él.

—Amor mío, eres increíble —le susurró acariciándola la mejilla mientras aún jadeaba.

Su respiración también era irregular, y Marsaili sintió como si su corazón fuera a estallar en cualquier momento, pero entonces Brice la arrimó a su cuerpo, estrechándola contra él, y ella cerró los ojos sintiéndose completamente feliz.

Sabía que probablemente lo lamentaría después, pero de momento todo era perfecto.

Capítulo 23

Como nadie había preguntado por el paradero de Marsaili, Seton decidió dejarlos a ella y a aquel mocoso toda la noche. Se habían quedado tranquilos enseguida y, si no conseguían llamar la atención de nadie, no irían a ninguna parte.

Estaba encantado con su rápida idea de encerrarlos. Había sido una decisión impulsiva al ver que Archie entraba corriendo en la alcoba principal para irle con el cuento a Marsaili. «Dos pájaros de un tiro: una idea acertada», pensó.

Sonrió para sus adentros mientras cruzaba el gran salón para subir por las escaleras en dirección a la alcoba del terrateniente. Todavía debían de estar allí, porque de lo contrario estaba seguro que Marsaili hubiera ido enseguida a cantarle las cuarenta a su casa. Esa era una de las cosas que le gustaban de ella, su carácter, aunque naturalmente tendría que domárselo cuando estuvieran casados. Lo deseaba profundamente.

Se detuvo al otro lado de la gruesa puerta a escuchar. ¿Se habrían agotado de intentar buscar una manera de salir? La idea le hizo sonreír más. Metió con suavidad la llave en la cerradura y la giró, luego empujó la puerta. Pero no ocurrió nada.

Su sonrisa se desvaneció y le dio un empujón a la puerta, que siguió sin moverse.

—¿Pero qué diantre...? —exclamó. ¿Cómo era posible que hubieran cerrado la puerta desde dentro si él tenía la única llave? Y tampoco había ninguna barra por dentro.

A Seton aquello le olió mal. Algo no marchaba bien.

—¿Marsaili? —gritó, pero no obtuvo respuesta. Ni un solo movimiento salió de la habitación. Seton soltó una sucia palabrota: «¿Cómo es posible que se hayan escapado? ¡Maldita mujer!»

Bajó las escaleras estrepitosamente y salió de nuevo al exterior mirando hacia la ventana, para comprobar si veía una cuerda improvisada o algo por el estilo. No había nada. Maldiciendo de nuevo fue deprisa a la cocina, donde se encontró a la señora Murray con aspecto cansado, de pie ante los fogones removiendo una crema, y casi no se dignó mirarle, sino que dio un enorme bostezo.

—¿Dónde está Marsaili? —Seton no se anduvo por las ramas. Si alguien sabía su paradero, era la señora Murray.

—¿Cómo iba yo a saberlo? Ya tengo bastante con cuidar en la cocina como para preocuparme de los demás. Por cierto, debería estar aquí ayudándome. Si la ve, dígaselo de mi parte.

Seton se acercó a ella dando zancadas y sujetó a la mujer por el brazo, dándole la vuelta para mirarla de frente.

—Se ha fugado, ¿verdad? —le preguntó, aunque realmente no era una pregunta

sino una afirmación.

La señora Murray frunció el ceño.

—¿De qué fuga me habla? ¿Qué disparates está usted diciendo, señor Seton? Si no le importa, he pasado muy mala noche con un dolor de muelas y ahora tengo que hacer mi trabajo —contestó.

Seton la dejó ir, y su mirada se posó en la esquina donde el apestoso perro de Marsaili pasaba la mayor parte del tiempo. Pero el animal tampoco estaba.

—¡Ojalá cojan la viruela! —gritó. Luego tiró una jarra que había sobre la mesa de la cocina, cuyo estruendo al romperse contra al suelo de piedra haciéndose añicos le resultó muy satisfactorio, pero no calmó su rabia. Ignoró las protestas de indignación de la señora Murray y salió por la puerta de atrás haciendo crujir los pedazos de la jarra al pisarlos.

Cuando llegó a ella, se dio la vuelta y señaló a la mujer.

—Se arrepentirá de esto, se lo prometo —dijo, y salió dando fuertes pisotones en dirección a los establos.

Cuando descubrió que también faltaban dos de los ponis, le invadió una furia tal que pensó que le iba a dar algo allí mismo. Respiró un par de veces para serenarse e intentar ordenar su mente. Tenía que pensar. No podía creer que esa estúpida mujer se hubiera ido detrás de los casacas rojas. ¿Qué creía que iba a conseguir con eso?

Ese razonamiento le hizo calmarse un poco. Sherringham no escucharía de ninguna manera a una mujer, y menos a una escocesa, que pidiera clemencia por un hombre que él creía que era jacobita. Se mostraría poco compasivo con ella y puede que incluso la apresara también. El malhumor de Seton fue remitiendo.

—Puede que no sea tan malo —masculló. Incluso podría favorecerle si él jugaba bien sus cartas. Sí, dejaría que Sherringham la amenazara con hacerle pasar unos días a la sombra y quizá luego estaría más que dispuesta a dejar que Seton la rescatara—. ¡Ja! —exclamó. ¡Hasta le estaría agradecida!

Su humor mejoró otra vez mientras regresaba hacia su casa. Tenía que empacar unas cuantas cosas que necesitaba y salir tras ellos para poder hablar con Sherringham. No dudaba de que el hombre estaría dispuesto a un arreglo si le daba el incentivo adecuado, como siempre.

Sin embargo, justo cuando llegaba ante su puerta, un jinete que venía cabalgando como un rayo desde la aldea se detuvo junto a él haciendo que el caballo patinara. Era uno de los casacas rojas y parecía que había hecho correr mucho al caballo porque el pobre animal estaba sucio y empapado de sudor.

—Señor Seton —jadeó el hombre—. ¿Ha visto al prisionero de esta mañana?

—¿Qué? —respondió Seton mirándolo con los ojos desorbitados, mientras sus agradables sueños quedaban destrozados.

—El prisionero, señor. Se escapó anoche, y supusimos que vendría directamente a su casa para pedir ayuda. ¿Lo ha visto?

Seton negó con la cabeza.

—No, no ha vuelto, y aquí no hay nadie que vaya a ayudarlo —dijo confiando en que no lo hubiera—. Ha debido de irse a Edimburgo. ¡Ve tras él! No hay tiempo que perder.

El inglés se quedó mirándolo.

—Soy consciente de ello, señor. Muy bien, será mejor que regrese a informar al capitán. Mientras tanto, si ve al prisionero, arréstele si es tan amable y avísenos.

—Sí, lo haré —prometió Seton.

Se dio cuenta de que también había perdido esta partida. Era el momento de las medidas desesperadas. Necesitaba a los MacGregor.

Cuando Brice se despertó estaba tan agarrotado que al principio dudaba de que pudiera moverse. Se quejó e intentó incorporarse para sentarse, pero sus costillas rotas protestaron y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano solo para hacer esa sencilla maniobra. Marsaili se agitó y lo miró parpadeando con sus ojos verdes aún llenos de preocupación.

—¿Brice? ¿Estás bien? —le preguntó, retirándose un largo mechón rubio rojizo que le caía sobre la cara. Su gruesa coleta se le había soltado, y su maravillosa masa de rizos estaba desparramada a su alrededor. Brice quería tocarlos y enroscar sus dedos entre aquellos suaves rizos, pero en ese momento ni siquiera podía hacer eso.

En su lugar se recreó mirándola, así despeinada y con las mejillas coloradas de haber dormido. Ella estaba aún más preciosa cuando por la mañana temprano le había hecho el amor, dos veces, antes de que ambos cayeran exhaustos en un ligero sueño. Cierta parte de su anatomía lo recordaba muy bien, pero no estaba en condiciones de seguir donde lo habían dejado, por mucho que lo deseara.

Brice sacudió la cabeza, pero incluso ese leve movimiento le dolía muchísimo.

—No, me siento como si me hubiera pasado por encima una manada de toros.

Ella sonrió ligeramente y se sentó extendiendo una mano para tocar su pecho desnudo, que a la luz del día no se veía precisamente bonito. Él se quedó mirando los moratones y las contusiones que salpicaban de manchas su piel habitualmente dorada.

—Se te curarán —le dijo ella—. Pero tienes que ir a casa. Tengo algún ungüento que seguro que te ayudará, y quizá un baño caliente de hierbas... Aquí no puedo hacer nada por ti.

Él arqueó una ceja mirándola.

—¿Nada? —le preguntó, acariciándola con la mano en la mejilla. Y aunque sus músculos se quejaron, él los ignoró. No podía resistirse a no tocarla ni un minuto más. Las palabras no podían expresar toda su belleza.

Marsaili e puso colorada y se volvió.

—¡Qué vergüenza! ¿Cómo puedes pensar en... en eso en un momento como este?

—Teniéndote cerca, no puedo pensar en otra cosa —le respondió Brice con toda sinceridad, pero ella parecía creer que él bromeaba porque ella meneó la cabeza y se

levantó de un salto de la plataforma donde dormían.

—Iré a por los garrones —le dijo—. Intenta vestirme y te ayudaré a montar. No deberíamos quedarnos aquí más tiempo.

Cuando ella se agachó para salir del refugio, él suspiró, pero sabía que ella tenía razón. No era el momento ni el lugar para proseguir con lo que se había iniciado entre ellos. Tendría que esperar hasta que él resolviera sus otros problemas.

Consiguió ponerse la camisa intentando no respirar profundamente.

Avanzaron despacio por estrechos senderos de montaña, confiando en que *Liath* los alertara de cualquier peligro. Los ponis conocían el terreno que pisaban y eran ágiles, y la montura de Marsaili parecía haberse recuperado lo bastante como para llevarla. De vez en cuando, y a pesar de que Brice tenía mal el pie, se apeaban e iban caminando por las zonas más peligrosas. Marsaili le oía quejarse a menudo y deseaba poder hacer algo por él. Pero lo mejor sería que llegaran a Rosyth lo antes posible.

A decir verdad, ella misma estaba dolorida, aunque evidentemente lo suyo no era nada comparado con lo que él estaba sufriendo. Cambió de posición para que la silla de montar no le rozara las zonas bajas. Apenas podía creer lo que había permitido que Brice le hiciera, pero en ese momento era incapaz de hacer nada. Él la había cautivado completamente con su forma de hacer el amor y se había olvidado de todas las promesas que se había hecho a sí misma.

«¡Loca!», pensó. ¿Cómo podía haber cedido tan fácilmente? Como si él estuviera pensando lo mismo, Brice la miró por encima del hombro y le dijo:

—Marsaili, respecto a lo que ha pasado...

Ella apartó la mirada.

—Está bien. No hablemos de ello ahora —le contestó, intentando mantener un tono neutro y frío. No podría soportar oírle decir que él solo había tomado lo que ella le había permitido libremente, que a la luz del día lo lamentaba y que como terrateniente necesitaba buscar una esposa de mayor nivel social. No era necesario que se lo dijera con todas las palabras.

—¿Pero qué pasa si...?

—Te haré saber si voy a tener un hijo —le espetó—. Por favor, ahora no quiero hablar de lo que ha ocurrido entre nosotros. Estoy agotada y tú también; tiempo habrá.

Él frunció el ceño y buscó su mirada, luego asintió.

—Muy bien, pero lo hablaremos cuando hayamos descansado.

—De acuerdo —respondió, aunque no pensaba dejar que sacara el tema otra vez. Él ya se había divertido, y eso era todo lo que iba a obtener de ella. Si tenía un hijo se aseguraría de que le pagara su manutención, y en caso contrario, ella se olvidaría de lo que había pasado entre los dos.

Recordar era demasiado doloroso.

Decidieron aproximarse a Rosyth House desde la dirección contraria a la habitual con el fin de asegurarse de que los casacas rojas no estaban al acecho. Dejaron los ponis en el bosquecillo que había junto al lago mientras ellos se acercaban sigilosamente a la casa y se dirigían hacia la puerta secreta que Marsaili había utilizado para escapar desde la habitación. Cuando llegaron, la oscuridad era total y no vieron ni oyeron a nadie.

La alcoba de Brice estaba exactamente tal como Marsaili la había dejado, con el baúl todavía atrancando la puerta.

—Aquí no ha venido nadie —murmuró ella.

—No lo parece —Brice dirigió una mirada de deseo a la cama, pero sabía que todavía no podía relajarse. Tenían que descubrir qué había pasado en el resto de la casa.

Con ayuda de Marsaili movió el baúl sin hacer ruido y comprobó la puerta. Para su sorpresa, se abrió y fuera encontró la llave puesta en la cerradura. La sacó y cerró la puerta de nuevo desde dentro.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Marsaili.

—Quiero que te quedes aquí mientras yo voy a descubrir qué ocurre ahí abajo.

—Pero...

—Aquí estarás segura, y no iré por los sitios habituales —dijo haciendo un gesto hacia la entrada secreta.

—Ah, de acuerdo.

Él le puso las manos sobre los hombros.

—Prométeme que no te arriesgarás a salir hasta que yo vuelva. Siento dejarte a oscuras, pero es mejor que todavía no se enteren de nuestra presencia.

—Muy bien, pero por favor date prisa.

Se dirigió hacia el pasadizo secreto, y en lugar de bajar por las escaleras por donde habían subido, abrió otra puerta que había a la derecha, justo dentro del panel de la pared. También estaba muy ingeniosamente oculta, por lo que dudó que Marsaili la hubiera visto cuando usó la escalera la primera vez. Desde esa puerta se accedía a un laberinto de pasillos que recorrían la casa e hizo buen uso de ellos, si bien tenía que andar despacio. «Fue una buena idea que padre me hiciera memorizar todos los recorridos, porque no veo nada», pensó. Sentía que le quemaba todo el cuerpo; el esfuerzo de cabalgar durante tanto tiempo le estaba pasando factura.

Estaba sorprendido de no ver ninguna señal de los casacas rojas o de Seton por ninguna parte. Estuvo espiando a Ramsay y a Alex en el gran salón, caminando arriba y abajo, hablando sobre qué deberían hacer. Era un alivio ver que por lo menos a ellos los habían dejado en paz.

—No podemos ir tras él, ahora, está demasiado oscuro —decía Ramsay—. Tenemos que esperar hasta mañana, si no nos perderemos, y entonces no le serviríamos de nada.

—Pero no podemos quedarnos sentados con los brazos cruzados —protestó Alex—. ¡Solo Dios sabe lo que estarán haciendo con él!

—Lo sé, lo sé, pero no podemos arriesgarnos a irnos ahora. Sería inútil sin un guía.

—¡Entonces vamos a buscar a uno! ¿Y ese tipo, Iain?

Ramsay resopló.

—Me parece que no nos sería de mucha ayuda. Ni siquiera se creía que habían apresado a Brice hasta que la cocinera lo confirmó.

Brice no se quedó a escuchar más. Estaba claro que en la casa no había enemigos en ese momento y, si llegaban, siempre podía esconderse de nuevo en los pasadizos. Regresó por las escaleras para reunirse con Marsaili y le contó lo que había escuchado. Juntos se fueron hasta el gran salón.

—¡Brice! ¡Señorita Buchanan! Por todos los santos, ¿pero qué...? —Ramsay fue el primero en reparar en él—. Dios mío, ¿qué te ha pasado? —abrió unos ojos enormes cuando vio el ojo morado de Brice y sus cortes y moratones.

—Te lo contaré enseguida, pero antes dime: ¿habéis visto a Seton o a algún soldado inglés?

—No, a ninguno, y en cuanto a ese administrador tuyo se ha largado a algún sitio con parte de su oro.

—Parte de su... ¿Cómo lo sabes?

Alex lo miró avergonzado y levantó un pequeño cofre de una mesa que había cerca.

—Lo comprobé —le dijo—. La mayor parte todavía está aquí, pero se ha llevado por lo menos una saca llena.

Brice sonrió al joven y meneó la cabeza.

—Gracias. Será mejor que me lo des para que lo guarde en un lugar seguro. Me imagino que habrás tomado tu «porcentaje».

Alex sonrió.

—Solo un porcentaje muy pequeño. Me dijiste que podía.

Brice asintió, pero extendió la mano para que le diera el cofre. No quería que Alex se viera tentado a sacar más.

—¿Podríamos hablar de eso en otro momento? —preguntó Marsaili—. Br..., es decir, el terrateniente necesita un baño caliente y que lo venden.

—¿Tan mal estás? —Ramsay lo miró con extrañeza.

—Me pondré bien —admitió Brice con pesar—. Pero primero necesito estar seguro de que estamos a salvo. No puedo arriesgarme a que esos casacas rojas nos sorprendan otra vez.

—No te preocupes, nos desharemos de ellos. Vete y toma un baño —dijo, y antes de sentarse Ramsay sacó un par de pistolas de sus espaciosos bolsillos y las dejó sobre la mesa que había junto a la silla—. Deberías dejar aquí al perro también.

Brice miró alrededor y se sorprendió al ver a *Liath* sentado tras ellos, con la

lengua colgando como si acabara de haber hecho una carrera. Lo habían dejado fuera, así que el perro debía de haber encontrado su propia manera de entrar. Un momento después Archie entró corriendo en la habitación y se estrelló contra Brice, rodeándole las piernas con los brazos.

—¡Ha vuelto! He visto a *Liath* en el patio y no podía creerme que fuera verdad.

—¡Aaah! —Brice intentó aflojar el abrazo del chico, pero era obvio que Archie había estado muy preocupado y era como intentar abrir una ostra cerrada. Finalmente levantó al chico y le dio un fuerte abrazo—. Sí, estoy aquí, pero no precisamente limpio, así que, ¿te importa si me doy un baño antes de contarte mis aventuras?

Archie negó con la cabeza y por fin lo soltó.

—Claro.

—Puedes quedarte aquí para ayudar a mi tío y a Alex a montar guardia, ¿de acuerdo?

—Sí, lo haré —Archie se sentó cerca de Alex, tratando de aparentar fiereza.

Brice hizo un guiño a su amigo y dijo:

—Entonces, hasta luego.

Capítulo 24

—¿Puedes quedarte a ayudarme, por favor?

Marsaili se quedó dubitativa en la puerta de la alcoba de Brice. Estaba a punto de marcharse al mismo tiempo que los hombres que habían subido el agua caliente, pero no pudo negarse ante el tono de súplica de Brice.

—Necesito ir a por el unguento y unas vendas —replicó.

—Puedes hacerlo después —le dijo él desde el borde de la cama con el cansancio grabado en el rostro.

Había pasado por una dura experiencia y adivinó que no era muy habitual en él pedir ayuda. Por debajo de su piel bronceada se notaba la palidez del cansancio y, a pesar de que ella también estaba cansada, lo suyo no era nada comparado con él. Estaba descalzo, y parecía como si al sacarse las botas y los calcetines hubiera perdido las fuerzas que le quedaban, especialmente teniendo en cuenta que había tenido que cortar una de ellas con el puñal. Así que se decidió.

—Muy bien.

Cerró la puerta, fue hacia él y empezó a quitarle la camisa por la cabeza. Le oyó respirar entrecortadamente mientras levantaba los brazos para ayudarla, aunque ella no podía hacer nada por él. Pensó que se sentiría mejor en cuanto estuviera en el baño de agua caliente.

—¿Puedes hacerlo tú...? —le preguntó señalando con la cabeza a los pantalones de él.

Brice cerró los ojos como si ya no pudiera más, pero asintió.

—Sí —respondió, y fue desabrochándose los botones despacio y empujó los pantalones hacia abajo. Marsaili retiró la mirada para no ver aquellas partes de él que tanto la habían fascinado aquella mañana, pero no pudo evitar hacerlo una o dos veces. No tenía con quien compararle, pero a pesar de eso le parecía un hombre increíblemente proporcionado. Apretó los dientes y apartó la vista. Lo mejor que podía hacer era olvidarse de cómo se veía sin ropa.

—Bueno, ahora al agua —casi tuvo que tirar de él para despegarlo de la cama empujándolo hacia la larga bañera de madera de donde salía el vaho del agua caliente. Sujetándolo por un brazo, le ayudó a mantener el equilibrio mientras él se metía y se sumergía en el agua. Una vez dentro, echó la cabeza hacia atrás recostándola en el borde, con los ojos cerrados, y dejó escapar un suspiro de placer.

—Ah, qué gusto. Es casi tan bueno como...

—Toma, un paño para frotarte —lo interrumpió ella, por miedo a lo que parecía estar a punto de decir.

Él levantó la vista arqueando una ceja.

—Pensaba que ibas a ayudarme. ¿Podrías al menos frotarme la espalda, por favor? De momento me es imposible alcanzarla.

Ella percibió un destello pícaro en sus ojos y cruzó los brazos.

—¿De verdad te duele tanto o es solo una de tus artimañas?

La expresión de aquellos grandes ojos azules se volvió inocente.

—¿Artimañas? No me acuerdo de haber usado ninguna contigo. De verdad que me duele, te lo juro.

—Humm —Marsaili no sabía si creerle, pero no obstante le quitó el paño de las manos y puso jabón en él—. Échate hacia delante si puedes.

Él hizo un gesto contrayendo la boca.

—Sí, señora —dijo obediente, ofreciéndole otra buena perspectiva de su anatomía, la de unos hombros anchos y unos músculos que se ondulaban entre cortes y moratones bajo una suave piel dorada. Marsaili contuvo un suspiro. ¿Pero es que estaba loca? Por más que se esforzara, no había manera de olvidar ningún rincón de aquel cuerpo. Eso le hizo soltar una palabrota por lo bajo.

—¿Tan mal aspecto tiene? —le dijo él con una voz tan risueña que hizo contenerse a Marsaili para no aporrearle en lugar de frotarle con el jabón.

—No, está bien, como estoy segura de que ya sabes —replicó sabiendo que sonaba cortante, pero sin poder evitarlo.

—Entonces debe de ser el jabón lo que te irrita tanto —le dijo mirando por encima de los hombros con ojos risueños—. Vaya, no te puedes fiar de las cosas resbaladizas, como el jabón.

—Brice... —lo miró con su expresión más severa—. He aceptado ayudarte porque pensaba que me necesitabas de verdad, pero si te vas a poner a jugar conmigo, me marcho.

Él levantó las manos como rindiéndose.

—Me portaré bien, te lo prometo. De todas formas, solo estaba haciendo un comentario.

—Sí, eso es lo me has dicho esta mañana. Pero a continuación has hecho algo más —masculó—. De ti no se puede una fiar.

—Eso no es lo que decías.

Ella arrojó el paño al agua frente a la cara de Brice.

—Te dije que no quería hablar de ello. Lo que pasó... no debería haber pasado, pero ya está hecho, y te agradecería que no lo mencionaras.

Para su consternación, él se levantó de golpe, con el agua escurriéndosele por la piel de la manera en que lo había visto en el lago. Solo que esta vez no llevaba pantalones y, antes de que pudiera apartar la vista, él la agarró de los brazos y la atrajo hacia sí.

—¿Por qué no debería haber pasado? —le preguntó frunciendo el ceño—. Tú lo deseabas tanto como yo.

—Eso no lo discuto —le respondió; le parecía mejor no mentir.

—¿Entonces por qué temes que yo hable de ello? Tú disfrutaste, ¿no? —ella asintió de mala gana—. Entonces no hay motivo para que no vuelva a pasar si los dos lo deseamos.

—Esa es la cuestión. ¡No quiero!

La alejó suavemente para mirarla a la cara con sus intensos y profundos ojos azules.

—¿Por qué?

—Yo... —se tragó el nudo de pesar que crecía en su garganta—. Porque tú no me quieres. Porque no soy lo bastante buena para ti. Porque no quiero ser como mi madre, ¡maldita sea! Así que a partir de ahora quiero que me dejes en paz, ¿de acuerdo? Déjame ser... —se desprendió de él y salió corriendo hacia la puerta intentando contener el torrente de lágrimas que amenazaba con desbordarse de sus ojos—. Enviaré a alguien con el ungüento —añadió.

Entonces abrió la puerta y salió disparada, corriendo escaleras abajo como si todos los fantasmas del pasado fueran tras ella. Pero solo había un espectro al que temía, el de su madre. Los rasgos de Janet exhausta y pisoteada surgieron ante Marsaili aun cerrando los ojos. Janet siempre intentando complacer a uno u otro hombre, Janet golpeada por su culpa...

«¡No! No acabaré como ella. Antes prefiero morir», pensó.

Brice se quedó mirando tras Marsaili durante un largo rato antes de volver a meterse de nuevo en la bañera. «¿No entiendo nada?», pensó.

Sabía que no le había dicho que la quería, pero en aquel momento no estaba seguro de ser capaz de volver a querer a otra mujer. Y menos después de la última. Eso no significaba que él no tuviera honor. Era consciente de que no podía tomar a Marsaili como si fuera una vulgar amante. La tía Ailsa lo despellejaría, como mínimo.

Ahora tendría que casarse con ella.

Un par de semanas antes esa idea lo hubiera horrorizado, pero después de haber hecho el amor con Marsaili se daba cuenta de que no le importaba. Era el precio que tenía que pagar y estaba dispuesto a ello. Pero... ¿y ella?

Sacudió la cabeza y recogió el paño mojado, enjabonándose él mismo por donde ella lo había dejado. No cabía duda de que las mujeres eran unas criaturas extrañas. ¿Qué había querido decir con lo de «no soy lo bastante buena para ti»? Quizá socialmente no era de su mismo nivel, ¿pero a quién le importaba eso? Nunca había esperado ser lord de ningún sitio, así que le daba lo mismo de quién descendía su futura esposa o si había nacido fuera del matrimonio. Tampoco le importaba que no tuviera dote. Él tenía dinero suficiente para los dos.

¿No era él del gusto de ella? Esa mañana a ella le había gustado, estaba seguro. No se había quejado.

El único comentario que realmente no había entendido era el de su madre. Tendría que hacer averiguaciones, discretamente por supuesto, para ver qué era

aquello tan terrible que le había sucedido a esa mujer. Fuera lo que fuese, estaba seguro de que eso no le pasaría a Marsaili si aceptaba ser su esposa.

Entonces le sobrevino otro pensamiento: ¿y si necesitaba que la cortejara? Sonrió para sus adentros. No había actuado con la adecuada sutileza ni con galantería con ella.

—Le haré un regalo —murmuró. Pensó que debía ser algo que le demostrara cuánto la... apreciaba. No podía ni siquiera pensar en la palabra «amor», pero ella le importaba, eso sí era cierto. ¿Lo suficiente como para pasar el resto de su vida con ella?

Sí. De cualquier manera, se había comprometido a eso cuando hizo el amor con ella y ahora no podía dar marcha atrás.

Los MacGregor eran un puñado de rebeldes, justo lo que Seton necesitaba. Declarados proscritos por el propio rey hacía más de un siglo, tenían prohibido incluso usar su apellido bajo pena de muerte. Él calibró que los infames hombres de ese clan necesitaban dinero de manera acuciante. Aunque oficialmente no existían, sabía que podía encontrar a algunos de ellos en la zona de Rannoch. Por consiguiente, hacia allí se dirigió.

Rannoch Moor era un lugar inhóspito y desolado, por lo menos en esa época del año, aunque si se conocía el camino apenas distaba un día a caballo desde Rosyth. Seton iba cabalgando con cuidado por aquellos senderos que serpenteaban entre parajes salvajes de lagos, turberas y torrentes. Envuelto en la niebla, el paisaje era inquietante e imponente. En un momento dado comenzó a sentirse asustado y nervioso, pero persistió en su empeño. No era el momento de perder el valor. Tenía que ser valiente si quería conseguir sus objetivos y por eso no le quedaba otra opción que continuar.

«Y los conseguiré, estoy decidido», pensó.

No sabía exactamente dónde encontrar a aquellos proscritos. Tenía sus dudas de que se quedaran en un sitio largo tiempo, pues su vida dependía de que no los capturaran. Sin embargo, estaba convencido de que estarían acechando por si alguien se les acercaba, y de que tarde o temprano daría con ellos. Entonces les expondría el negocio, y confiaba en que después lo condujeran hasta su jefe.

No era idiota, sabía que se estaba arriesgando al ir allí. Pero llevaba consigo un par de pistolas cargadas y había escondido casi todo el oro en una bolsa que guardaba en un sitio donde confiaba que no buscarían.

Todo lo que podía hacer era rezar para que estuvieran dispuestos a ayudarlo en lugar de robarle el poco oro que pudieran encontrarle y degollarlo.

—Pero capitán Sherringham, señor, ¡nadie creía que fuera posible escaparse de ese

hoyo! Y le juro que solo dejé mi puesto un momento. Ha debido de llevárselo el mismo diablo.

—¡Imbécil! Me imagino que lo que me contarás a continuación es que fue el lobo quien se lo llevó —la rabia del capitán Sherringham era tan grande que le dio un bofetón al desafortunado soldado que se suponía que tenía que haber vigilado al terrateniente de Rosyth. El hombre se encogió amedrentado, y comenzó a temblar de miedo haciendo taconear sus botas, pero el capitán ni se inmutó.

—¿De verdad crees que tus inconsistentes afirmaciones te salvarán del castigo? —se burló—. El diablo, ¿en serio...?

Sherringham disfrutó supervisando cómo le daban los cincuenta latigazos. Confiaba que sirviera de ejemplo al resto de los hombres para que nunca volvieran a dejar a un prisionero sin vigilancia. Aunque eso no cambiaba nada. El prisionero todavía andaba suelto, y aún no sabía nada de Seton, así que imaginó que el terrateniente se había marchado directamente a Edimburgo. Eso era una mala noticia. Kinross le había gritado algo sobre que tenía amigos importantes, pero antes tenía que ponerse en contacto con ellos. En aquel momento no le prestó atención, pero ahora que Sherringham lo recordaba le rechinaron los dientes de frustración.

¿Qué debía hacer? ¿Ir tras él y arrestarlo de nuevo? Dudaba de que eso fuera posible si ya había encontrado refugio en casa de alguien poderoso.

—¡Condenados escoceses! —repetía una y otra vez mientras recorría su alojamiento del cuartel, pensando frenéticamente.

«Pero, espera; si no puedo llegar hasta él directamente, debe de haber otra manera de pillarlo. ¡La mujer! ¿Cuál era su nombre? Ah, sí: señora Buchanan».

Sherringham se acordaba de ella. Una encantadora sonrisa y unos buenos pechos. Estaba bien si te gustaban las mujeres de allí, pero un poco alta y estirada para su gusto. Sin embargo, se había fijado en las miradas que se intercambiaron ella y el terrateniente. Si no se equivocaba, esa era la mirada de un hombre perdidamente enamorado. Y aunque no lo estuviera, ella se hallaba bajo su protección, así que si Sherringham la capturaba, Kinross negociaría su liberación.

Sherringham dejó de andar y sonrió. Definitivamente, merecía la pena intentarlo y, si nadie venía en su rescate, entonces se divertiría un poco con ella antes de dársela a sus hombres. Era una ramera jacobita y no se merecía nada mejor.

Cuando volvió a recuperar el buen humor, pidió su caballo.

—¿Pero qué te pasa? Hoy tienes un humor de perros.

Kirsty miraba a Marsaili desde el otro lado de la mesa de la cocina donde se encontraban picando verdura una vez más. Marsaili intentaba evitar la mirada inquisitiva de su media hermana. Kirsty a veces quería ver lo que no existía y, ahora que estaba felizmente casada, se empeñaba en que todo el mundo fuera tan dichoso como ella.

Marsaili dejó el cuchillo con más fuerza de la necesaria.

—Nada, estoy cansada y me duele todo, nada más. Cabalgamos día y noche durante casi dos días y, como sabes, tengo el trasero en carne viva —dijo cortando una cebolla por la mitad de un solo golpe, y respirando después para tranquilizarse. Solo le faltaba cortarse un dedo.

—¿Solo cabalgasteis? —preguntó Kirsty con malicia—. ¿Estás segura de que solo hicisteis eso?

Marsaili la miró fijamente.

—¿Quieres que te lo enseñe? Te prometo que no es muy agradable verlo.

Aunque Kirsty se dio cuenta de que en realidad no le había respondido a la pregunta, no dijo nada. Lo que hizo fue levantar una mano y echarse a reír.

—No, gracias. Ya he tenido bastante viendo los moratones de Brice. Me ha insistido para que le pusiera el ungüento que le mandaste porque tú no has querido hacerlo.

—No tengo tiempo para complacer a ese hombre. Tengo otras cosas que hacer —masculló Marsaili. Brice se había pasado la mayor parte del día en la cama recuperándose y sabía que había preguntado por ella. Pero no pensaba acercarse a él a menos que no le quedara otro remedio. Si no quería perder el juicio, tenía que mantenerse alejada, pues no estaba segura de que no caería en su lógica persuasiva.

Por una parte, Brice tenía razón. El daño ya estaba hecho; entonces, ¿qué importaba si le permitía hacerle el amor otra vez? Pero las posibilidades de no quedarse embarazada eran pocas y, mientras no estuviera segura de que lo estaba, aún podía aferrarse a la esperanza.

Por otra parte, lo que más temía era estar enamorada de él, y no podía soportar que él no sintiera lo mismo. Cómo había ocurrido aquello, no tenía ni idea, pero había llegado a esa conclusión durante el largo camino de regreso a casa. No podía haber otra razón para su estúpido comportamiento en el refugio. ¿Por qué, si no, había perdido la cabeza?

—Sabes que vendrá a buscarte.

Kirsty pronunció estas palabras con un tono risueño en la voz, lo que devolvió a Marsaili a la realidad.

—Pensaba que habías dicho que estaba demasiado dolorido como para levantarse hoy.

—Eso es lo que quiere hacernos creer, pero quizá solo esté buscando tu compasión. Si no vas, se cansará de ese juego.

—Humm. Bueno, él es el terrateniente y no puedo impedir que vaya por su casa, pero si piensa que voy a dejarlo todo por él está muy equivocado.

—¿Lo está? Me pregunto por qué —Kirsty dejó escapar de nuevo su risa contagiosa.

—Kirsty, te agradecería que te metieras en tus asuntos. Estoy demasiado cansada para discutir contigo.

—Muy bien, haz lo que quieras. Si quieres engañarte a ti misma, adelante, estás en tu derecho.

—No me engaño sobre nada, tranquila —dijo Marsaili entre dientes—. Al contrario, soy la única persona de esta casa que ve las cosas con absoluta claridad.

Fueron sus palabras de despedida después de verter las cebollas cortadas en la cazuela y salir de la cocina bruscamente. Ya era bastante insoportable que sus propios pensamientos no le dieran un respiro. Si también tenía que aguantar las burlas de Kirsty, acabaría loca.

Lo que necesitaba era estar sola.

Capítulo 25

—Archie, ¿has visto a la señorita Buchanan?

Brice se había cansado de esperar a que Marsaili acudiera a ver cómo se encontraba, así que se había vestido y ahora estaba en el patio. La había buscado por toda la casa sin encontrar rastro de ella, y estaba empezando a preocuparse. Con Seton desaparecido y los casacas rojas por ahí, nadie sabía lo que podía pasar. Tendría que decirle que a partir de ahora sería mejor que se quedara cerca de la casa para su seguridad.

Archie estaba jugando fuera con otros niños, pero como siempre fue corriendo en cuanto vio a Brice.

—Sí, terrateniente, he visto que se iba hacia el lago hace un rato. La saludé con la mano, pero ni siquiera me vio.

—¿Ah, sí? ¿Parecía... enfadada? —Brice sabía que el chico era muy perceptivo y confiaba en su criterio. También se lo preguntaba para saber con qué se iba a encontrar cuando viera a Marsaili. Como no había acudido ni siquiera habiéndole pedido específicamente que fuera, deducía que todavía estaba alterada. Y no quería que estuviera así.

Archie encogió su pecosa nariz, se puso a pensar y luego movió la cabeza negativamente.

—No, no lo creo, se la veía como pensando, distraída.

Brice sonrió al chico.

—Gracias, Archie. Iré a ver si necesita que la ayude con algo.

La encontró enseguida, porque estaba sentada en su lugar favorito, mirando hacia el lago sobre el pequeño muelle. Llevaba puesto su *arisaid*, pues ese día el aire era fresco, y estaba allí acurrucada, con el cuerpo ligeramente encorvado. *Liath* estaba echado a su lado, con la cabeza apoyada sobre sus fuertes patas, pero al ver a Brice se alzó y meneó el rabo contra la madera. Marsaili no se volvió, aunque él sabía que ella era consciente de su presencia porque vio como su espalda se tensaba ligeramente.

Se sentó junto a ella, cerca pero sin tocarla, y dio unas palmadas a *Liath* cuando el perro se le acercó.

—Marsaili, lo siento. Ayer no quería molestarte —le dijo Brice. Ella no respondió, pero él la oyó suspirar levemente—. Quiero que sepas que no te hice el amor como si fueras un mero capricho —continuó decidido a aclararlo todo—. Era algo que deseaba hacía tiempo.

—Tú y todos —repuso ella—. Es para lo único que me quieren desde que empecé a ser mujer.

Percibió dolor en sus palabras y comprendió finalmente por qué estaba tan

quisquillosa. Con una sonrisa triste, le contestó:

—No puedes culparlos. Eres irresistible, pero te prometo que yo veo en ti algo más que un rostro y un cuerpo. Veo una mujer con carácter y también honesta. Bueno, lo veo ahora; antes no era así.

—¿Qué quieres decir? —ella se medio volvió y lo miró por fin.

—La primera vez que vine aquí, y luego durante un cierto tiempo, pensaba que tú estabas compinchada con Seton —dijo levantando los hombros—. Esa es la impresión que tuve cuando os oí hablando a los dos de los espías ingleses.

—Él era quien hablaba de ellos, yo solo hacía lo que me ordenaba.

—Sí, eso lo sé ahora. Tampoco estabas en posición de saber que yo era inofensivo.

—Yo no dije que fueras uno de esos —murmuró con voz tan baja que él apenas entendió sus palabras.

—Marsaili, mírame, por favor —ella se volvió renuente hacia él con la desconfianza todavía en sus ojos—. No soy un amenaza para ti y, si tú me quieres, me gustaría que fueras mi esposa —se puso ante ella de manera que parecía estar arrodillado más que sentado; luego le sonrió—. Lo siento pero no me resulta fácil arrodillarme ante ti, a menos que te pongas de pie; esta es la mejor manera que tengo de hacerlo.

Ella parpadeó.

—¿Tu esposa? Pero... tú no puedes casarte conmigo. No soy nadie, no tengo nada. ¡Seguramente tus padres ya han elegido a una mujer apropiada para ti!

Él negó con la cabeza.

—No, ellos confían en mí y me dejan elegirla —contestó apartando un momento la vista—. Tengo que ser honesto contigo y decirte que no es la primera vez que hago esto, pero... vamos a decir que mi noviazgo no prosperó. Así que soy un hombre libre y no necesito que aportes nada a nuestro matrimonio salvo a ti misma. Eso es suficiente para mí.

Ella buscó los ojos de él.

—¿Todavía amas a la mujer con la que esperabas casarte?

Brice no vaciló.

—No. Ella no se merece mi amor. Ahora ni siquiera estoy seguro de que la amara, ni de qué es el amor —le respondió tomando las manos de ella, y al ver que no las retiraba se animó—. Si significa preocuparse por alguien, querer protegerla y cuidarla, desear tenerla cerca y en tu misma cama, entonces eso es lo que siento por ti.

Él vio que sus rasgos se ensombrecían, aunque no apartó la mirada.

—Puede que tengas razón.

Le soltó las manos para sostener sus mejillas y atrajo su rostro hacia él para poder besar aquella preciosa boca. Fue un beso suave, pero lleno de promesas.

—No quiero que te apresures a tomar una decisión —continuó—. Quiero que me

elijas de la misma manera que yo te he elegido a ti —siguió diciendo mientras metía la mano en un bolsillo—. Entretanto, deseo que tengas esto. La amiga china de mi madre, Mei, me lo dio; es un amuleto de la buena suerte.

Le entregó una cadena de oro con un pequeño colgante verde en forma de disco, que tenía un símbolo chino en cada lado. Marsaili se quedó mirándolo deslumbrada. Bajo el sol de la mañana, aquella piedra verde brillaba reflejando la luz, pero al mismo tiempo era transparente.

—Gracias. Es precioso. ¿De qué está hecho?

—De jade, una piedra muy valiosa en China. Puede ser muy frágil, pero con ella consiguen hacer objetos tan grandes como los cuencos —dijo abrochándole el colgante alrededor del cuello y sonriendo de nuevo—. A ti te queda mejor que a mí. Desconozco por qué pensó que yo debía llevarlo.

Marsaili le devolvió la sonrisa, pero su mirada aún reflejaba preocupación.

—Brice, yo...

Él le puso los dedos sobre los labios.

—No, ahora no digas nada. Quiero que tengas tiempo para pensarlo. Pero, por favor, créeme que soy sincero cuando te digo que quiero que seas mi esposa.

Sabía que se estaba arriesgando dándole tiempo para reflexionar. Es probable que en caso de haber insistido hubiera conseguido convencerla en ese momento, sin necesidad de recordarle las posibles consecuencias de su comportamiento de días pasados. Sin embargo, era una mujer inteligente y confiaba en que ella tomaría la decisión correcta. Solo por si necesitaba ponerla un poco más a su favor, la abrazó y la besó con galantería. Ella le respondió sin pensar, lo que le hizo creer que casi había ganado la batalla.

A veces no compensaba abrirse paso a empujones.

Marsaili no sabía qué hacer. De momento solo podía disfrutar del beso de Brice, porque con él tan cerca no podía pensar. Lo más fácil era sentir y dejar la reflexión para más adelante. Su deseo era absurdo y la asustaba, pero no podía luchar contra eso, y menos ahora mismo. Pensaría en lo que le acababa de decir, meditaría su respuesta. Él tenía razón: necesitaba tiempo y le agradaba que le dejara libertad para elegir.

«A diferencia de otros», pensó.

Cuando sintió la boca de Brice sobre la de ella se derritió, más ahora que sabía exactamente adónde conducían esas sensaciones. Se inclinó sobre él, quería más, ansiaba su tacto. La fuerza de sus brazos le hizo perder la cabeza, y sus pechos reaccionaron al contacto con él. Se estremeció ante aquel delicioso placer que obtenía incluso con esa pequeña fricción entre ellos, y pensó si no estaría perdiendo la cabeza. Porque deseaba que él la tomara allí mismo, ante la casa. No le importaba que alguien los estuviera viendo, le importaba un comino todo lo que no fuera ese deseo imperioso de tenerlo.

Debía de estar loca.

Liath rompió el hechizo con una serie de ladridos cortos y agudos que anunciaban peligro. Aturdida, Marsaili alzó la vista y parpadeó para ver mejor. A continuación sintió cómo Brice tiraba de ella para que se pusiera en pie y se la llevaba por el muelle. Se quedó mirando al bosquecillo que había cerca y, al ver que se acercaban seis rufianes sintió un miedo instintivo. Sucios y con el pelo revuelto, al principio creyó que eran ladrones; quizá venían a robar ganado, aunque de ser así estaban en el lugar equivocado. Pero no tardó en darse cuenta de que miraban directamente a Brice. Eso no tenía sentido, a menos que él tuviera enemigos que ella desconocía, pero no le dio tiempo a pensar en ello porque él la puso tras de sí empujándola y le dijo en voz baja:

—¡Corre, Marsaili, vuelve a casa! Ve a buscar a Ramsay y a Alex. ¡Ahora mismo!

Ella le obedeció sin vacilar un instante. Confiaba en que pudiera mantener a estos hombres a raya hasta recibir ayuda, y era responsabilidad suya conseguirla.

«¡Tengo que salvarlo!»

Se fue repitiendo aquello machaconamente al mismo ritmo que sus pies corrían como alma que lleva el diablo. Miró tras de sí una sola vez y vio que los hombres avanzaban hacia Brice, pero ninguno de ellos la seguía a ella. Eso la hizo correr con más ímpetu, y entró como una exhalación en la casa precipitándose por los pasillos. El colgante de jade le golpeaba el pecho, y recordó que Brice le había dicho que era frágil. Consiguió soltárselo mientras corría y se lo guardó en la mano para protegerlo. Irrumpió sin aliento en el gran salón. Allí era donde solían estar Ramsay y Alex, pero no ese día.

En cuanto llegó a la puerta se detuvo en seco, y su corazón dejó de latir. Si hubiera conseguido mover las piernas, se habría echado a correr por donde había venido. Desgraciadamente, se quedó paralizada, incapaz de mover un solo músculo. Solo miraba fijamente.

—Ah, señora Buchanan, justo la persona a quien quería ver. ¡Apresadla, soldados!

El capitán Sherringham. «¡Maldito sea!», pensó Marsaili.

Por fin consiguió mover las piernas y se echó hacia atrás, negando con la cabeza. Una mesita le impidió seguir, y se dio cuenta de que era demasiado tarde para echarse a correr. Apretó los puños, haciendo que el colgante de jade se le clavara en la mano, lo que le recordó que todavía lo tenía. «No, ¡no permitiré que se lo lleven también!». Lentamente, para que los hombres no se dieran cuenta, buscó a tientas con la mano por detrás un cuenco que ella sabía que debía estar por allí. Cuando sus dedos lo encontraron, metió el colgante en el fondo y luego hizo un amago de intentar escaparse hacia la puerta.

Los hombres de Sherringham se movieron con rapidez y no la dejaron llegar muy lejos. La alcanzaron con unas cuantas zancadas. Uno de ellos levantó la culata de su pistola que trazó un arco en el aire, y Marsaili apenas se dio cuenta de que le golpeaba en la cabeza. A continuación solo vio oscuridad.

Brice desenvainó el puñal de su cinturón y se preparó para luchar. No tenía ni idea de quiénes eran esos hombres de aspecto tan sumamente peligroso, pero estaba claro que no venían a hablar. De reojo, vio que *Liath* se alzaba de patas junto a él y temió por el perro. Sabía que aquellos asaltantes no dudarían en hacerle daño.

—¡Vete, *Liath*, vuelve a casa! —le apremió—. ¡Vamos, márchate! —insistió, pero el perro no le hizo caso y les enseñó los dientes con un gruñido profundo.

Al instante, los hombres se echaron encima de Brice, con los cuchillos preparados. En algún momento a Brice le resultó extraño que no llevaran pistolas para amenazarlo, pero parecía que esa no era su manera de luchar. No esperó a que se le echaran todos encima, sino que decidió lanzarse tan rápidamente como pudo contra el hombre que tenía más cerca. *Liath* hizo lo mismo, y aunque el perro consiguió abatir a uno de ellos y hacerle gritar de dolor hincándole los dientes, no pudo enfrentarse con un puñal.

Brice hizo una mueca de dolor al oír el aullido del perro y luego su agudo lamento, lo que le indicó que estaba herido, quizá mortalmente. Pero él no podía hacer nada, tenía que defenderse a sí mismo. Despachó rápidamente al primero, haciendo una finta a la izquierda y luego a la derecha antes de pegarle un fuerte puñetazo en la barbilla. El hombre esperaba un ataque con la daga y por eso no advirtió el puño de Brice. Se derrumbó y se quedó inmóvil en el suelo.

Los otros cuatro fueron más astutos y lo rodearon al mismo tiempo. Brice se defendía como podía, pero no podía luchar contra todos, especialmente porque todavía tenía el cuerpo dolorido y varias costillas rotas. No sabía por qué Ramsay y Alex tardaban tanto, y no le quedaba mucho tiempo para pensar. Solo podía rezar para que llegaran pronto a ayudarlo. Consiguió dar unos cuantos puñetazos y hacerle un tajo en el brazo a uno de ellos, pero otro le hizo un corte en el antebrazo y el agudo dolor de la cuchillada le hizo soltar el puñal. Después de eso, solo era cuestión de tiempo que le vencieran. Nadie vino en su ayuda.

Lo condujeron hacia el bosque con el brazo herido doblado contra la espalda.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mí? —exclamó gruñendo e intentando zafarse sin éxito de aquella dolorosa posición.

—*Semos* los MacGregor, y de *lo* qué queremos se va a enterar *usté* pronto.

Brice no se molestó en hacerles más preguntas. En cualquier caso, dudaba de que respondieran, así que era como malgastar fuerzas. Miró hacia atrás y vio que *Liath* yacía en el suelo. «¡Malditas sanguijuelas!», pensó. Marsaili enloquecería cuando se encontrara a su perro muerto. Hubiera querido ahorrarle ese dolor, pero no había podido hacer nada aunque había intentado decirle a aquel testarudo galgo que se marchara. Se emocionó ante la lealtad del perro y le envió un callado mensaje de agradecimiento allí donde estuviera su espíritu.

Justo antes de que el grupo saliera del límite del bosque, Brice oyó unos gritos tras él. Al volverse vio que Iain Seton venía corriendo desde la casa con el puñal en la

mano.

—¡Eh, deteneos! ¿Qué creéis que estáis haciendo?

El hombre que estaba junto a Brice chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—¡Cierra el pico! ¿Ese es tonto o qué? —masculló uno de los MacGregor.

Brice se preguntaba lo mismo, pero esperaba que Iain no estuviera solo y que su llegada anunciara más ayuda. Era un poco tarde, pero mejor tarde que nunca.

Sin embargo, Iain no estuvo solo mucho tiempo. Su padre apareció repentinamente ante él, agarrándolo por el brazo y echándolo hacia atrás. Brice vio cómo discutían, pero no podía oír lo que decían. Una sospecha se le despertó al darse cuenta de que ninguno de los MacGregor se inmutaba ante la presencia de Seton, como si no supusiera una amenaza para ellos.

—Os ha pagado para hacer esto, ¿verdad? —preguntó Brice, que ya conocía la respuesta. Su instinto le decía que aquello era cosa de Seton—. Sea lo que sea lo que os ha pagado, yo puedo pagaros más —bramó a punto de estallar de indignación. ¿Es que nunca iba a deshacerse de ese hombre? Tenía que haberlo atrapado mientras podía.

—*Esos lu que él nus dijo tamién* —dijo sonriendo con aires de suficiencia el MacGregor que tenía más cerca—. Así que no gaste *laliento*, que *li* va a hacer falta.

—Ni se te ocurra acudir en su ayuda —susurró Seton a su hijo sujetando el brazo de Iain con firmeza—. ¿Es que no tienes juicio? Es nuestra última oportunidad.

Iain se soltó y lo miró enfadado.

—¿Que no tengo juicio? ¡Usted es quien ha perdido la cabeza! —exclamó, y miró al grupo de hombres que se dirigían con rapidez hacia el bosque y se perdían de vista enseguida—. ¿Quiénes son? ¿Qué estúpido plan ha tramado ahora?

—No es un plan estúpido, ya te lo explicaré. Es perfecto. Esos son algunos de los MacGregor proscritos, y les he pagado para que nos libren del terrateniente y de sus amigos de una vez por todas.

—¿Qué? ¿Ahora te rebajas a asesinar? Eso es llevar las cosas demasiado lejos. No pienso tomar parte en esto.

Iain estaba a punto de salir corriendo tras Brice, pero Seton sacó una pistola de su espalda y cargó el gatillo. El suave clic detrás de su oreja lo dejó paralizado y se volvió a mirar a su padre con la incredulidad reflejada en el rostro.

—Si te mueves, no dudaré en dispararte —Seton respondió así a su pregunta implícita—. No te mataré, pero me aseguraré de que no puedas llegar muy lejos en un futuro próximo —dijo apretando los puños y confiando en que Iain no le dijera que era una bravuconada. No estaba convencido de poder disparar a su propio hijo, pero por suerte el muchacho no se dio cuenta de ello. Sin embargo, había demasiado en juego como para no apretar el gatillo si tenía que hacerlo.

Algo que tenía todo el aspecto de ser una mirada de auténtico odio iluminó los

ojos de Iain. Seton pensó que en ese momento no podía arreglar nada, pero que cuando estuvieran de vuelta en Bailliebroch y recuperaran su posición en la sociedad, el muchacho se lo agradecería.

—Ahora vuelve a la casa y quédate allí. Si te veo poniendo un solo pie afuera en la próxima hora no dudaré en usar esto —lo amenazó Seton señalando la pistola con la cabeza.

Iain contrajo los músculos de su mandíbula, pero hizo lo que le ordenaba.

—Se arrepentirá de esto, padre, recuerde mis palabras —dijo apretando los dientes.

—Lo dudo, y tú también —le contestó Seton viendo cómo el joven entraba dentro dando un portazo. Después se fue hacia el bosque. No se iba con los MacGregor, sino que tenía que pagarles el resto del dinero que habían acordado y eso significaba ir a por más oro a su escondite.

Esperaba no volver a verlos, ni a ellos ni a Kinross, en cuanto les hubiera pagado.

Capítulo 26

—Me *tenía pensao* que el tipo ese había dicho *Glasgou*. ¿*Questamos jaciendo* aquí?

Brice levantó su dolorida cabeza y escuchó la discusión de los MacGregor. Estaba sentado en el interior de un viejo carruaje en el muelle de Leith, el puerto de las afueras de Edimburgo. No podía ver gran cosa porque las ventanas estaban cerradas, pero había un agujero lo bastante grande como para reconocer que era el lugar donde había llegado no hacía tanto tiempo. Desgraciadamente no podía pedir ayuda porque lo habían amordazado. El repugnante trapo que le habían puesto en la boca le daba sed, pero de momento nadie le había ofrecido ni comida ni bebida. Dudaba de que les importara si estaba vivo o muerto.

Al primer MacGregor le respondió otro con un acento un poco más cultivado:

—No me importa lo que ha dicho. Haremos lo que nos dé la puñetera gana. Nunca se enterará. Edimburgo está más cerca, y aunque tendrán que hacer un pequeño rodeo, finalmente los enviarán a las colonias, según he acordado.

—¿*Tas* seguro que *si pué aconfiar* en el capitán *dese* barco?

—Sí, ya he hecho más tratos con él. Sabe lo que le pasaría si me falla. Vete a buscar a los otros y vamos a quitarnos de encima a este. No quiero quedarme aquí más de la cuenta.

Brice miró a los dos bultos que estaban tendidos en el suelo del carruaje cerca de donde él estaba sentado y apoyado contra uno de los laterales. Eran Ramsay y Alex, inconscientes. Se quedó horrorizado al darse cuenta de que eran los dos fardos que iban sobre un poni cada uno al salir del bosque con los MacGregor el día anterior. Dedujo que les habían tendido una emboscada antes de capturarlo a él, pero no sabía cómo ni dónde. Sin embargo, ninguno se enteró de las molestias del viaje, lo cual era una ventaja, y luego, cuando se despertaran, seguro que los amordazarían como a él, así que no podría enterarse de lo que les había pasado. Antes de llegar a Leith les habían dado otro golpe en la cabeza a los tres, y Brice era el primero en despertarse. Se notaba que era el que tenía la cabeza más dura, aunque eso no le consolaba mucho porque estaba sintiendo unas punzadas terribles.

«¡Maldito seas, Seton!» Brice apretó los puños tras la espalda, donde tenía las manos atadas. Se juró que le haría pagar por eso, aunque fuera lo último que hiciera. Pero tal vez le costara mucho tiempo, ya que de la conversación de los MacGregor había deducido que les mandaban a los tres a América. Pero de ahí en adelante ese sería su objetivo; daba igual el tiempo que le costara: él volvería para vengarse.

Sus pensamientos lo llevaron a Marsaili, y algo en su interior le conmovió. No podía soportar la idea de verla casándose con Seton, y eso era lo que probablemente pasaría. Aquel enrevesado hijo de perra la forzaría a hacerlo, quizá con la ayuda de

más MacGregor. La sola idea hizo que Brice quisiera gritar. Ella era suya, y podía estar embarazada de él.

Le entró un sudor frío. «¡Mi hijo!», pensó. Dios mío, nunca lo vería.

«Tenemos que escapar».

De golpe se dio cuenta de que no podía esperar años sin ver a Marsaili de nuevo, ni podía dejar que Seton le pusiera las manos encima. «¡La quiero!» ¡Qué estúpido había sido! Sacudió la cabeza. No podía creer que estuviera perdidamente enamorado de una mujer otra vez; había dejado que su corazón cayera una vez más en la trampa, aunque de alguna manera ahora era diferente. Marsaili no era como Elisabet. Si ella alguna vez le prometía algo, mantendría su palabra. Confiaba en ella. Solo que si se hubiera dado cuenta antes de que la amaba, ella ya se habría comprometido a ser su esposa. En cuanto ella pronunciara esas palabras, él sabía que se dejaría matar antes que casarse con otro.

«Esa es mi Marsaili», se dijo.

Tenía que encontrar una manera de salir de aquella situación. De momento, todo lo que podía hacer era esperar la oportunidad y, en cuanto Ramsay y Alex se despertaran, se pondrían a pensar juntos y trazarían un plan.

Sencillamente, no tenían otro remedio.

Seton no había estado tan fuera de sí en su vida, y se encaminaba de vuelta a Rosyth House literalmente rojo de ira. El cofre del oro no estaba. El dinero que tan pacientemente había acumulado durante años había desaparecido y solo había dos posibilidades: o se lo había llevado Iain o el terrateniente. Nadie más podía imaginarse que lo tenía. Pero quienquiera que fuera, él lo descubriría.

Nada más salir del bosque, Seton se quedó perplejo al ver a Iain y a su esposa caminando lentamente hacia la casa del lago y llevando al endemoniado perro de Marsaili en una manta. Corrió hacia ellos y blandió la pistola una vez más.

—¡Por lo más sagrado! ¿Qué demonios os creéis que estáis haciendo? ¡Dejad ese saco de pulgas y volved dentro ahora mismo! ¿No te dije que te quedaras en casa?

Iain le lanzó una mirada de desprecio.

—Está herido y necesita que lo curen. Mi esposa quiere cuidarlo, y sus deseos son sagrados para mí. Amenáceme con dispararme si quiere, no me importa.

Ante aquel gesto desafiante, Seton se quedó sin palabras, pero como la pareja continuó caminando hacia la casa, le dio igual si se llevaban a aquel perro sarnoso o no. No parecía que fuera a durar mucho en este mundo. ¡Por fin!

—¿Y dónde está mi oro? ¿Te lo llevaste tú? —le preguntó—. Me imagino que llevándote el cofre te has creído que desbaratarías mis planes, pero te agradecería que me lo devolvieras. Algún día será tuyo, aunque de momento todavía no.

Iain se volvió a mirarlo con expresión de extrañeza.

—¿Qué cofre? ¿De qué habla?

—Sabes muy bien lo que quiero decir. El dinero que he estado ahorrando para Bailliebroch. Vamos, dámelo.

Iain negó con la cabeza.

—No tengo ningún dinero, ya lo sabe. Todavía no me han dado la dote de Kirsty y usted nunca me ha soltado más de un *merk* a menos que no le quedara otro remedio —dijo mientras él y Kirsty llegaban al patio de los establos y metían al enorme perro en una de las caballerizas colocándolo sobre una cama de heno. Ambos jadeaban y tenían el rostro enrojecido después de llevar aquel peso. Seton seguía sin entender por qué hacían semejante esfuerzo por un simple perro.

—Voy a buscar a Flora —dijo Kirsty con voz sosegada, sin mirar a Seton—. Ella sabrá qué hacer en caso de que haya que coserle las heridas con algunos puntos.

—¿Coserle? ¿Te has vuelto loca? No merece la pena —le espetó Seton.

Kirsty lo miró con los ojos entrecerrados.

—Yo decidiré eso, señor Seton. Este perro es de mi hermana y no dejaré que muera si está en mi mano. ¿Va a detenerme?

Seton estaba demasiado atónito ante aquel desafío como para replicarle. Ella esperó un instante y luego se marchó.

—Tendrás que controlarle esa lengua —le dijo mascullando a Iain, pero su hijo se irguió y fue hacia él.

—Me gusta exactamente como es, así que déjela en paz, ¿me oye? ¿Y qué es esa tontería sobre que le han robado un cofre? No debería haberlo mencionado delante de ella. Se lo dirá al terrateniente y entonces ya veremos qué hace usted.

—¡Ja! No podrá escuchar cuentos de nadie durante bastante tiempo, si es que llega a oírlos. No estará de vuelta enseguida, te lo prometo —y al decirlo, la idea de Kinross navegando por el ancho mar rumbo a las colonias le calmó el malhumor y casi le hizo sonreír. Hasta que volvió a recordar su tesoro perdido—. Pero si tú no te has llevado mi oro, entonces ha tenido que ser él. Trata de sacarle a tu esposa dónde lo ha escondido. O todavía mejor: pregúntaselo a Marsaili.

—¿Marsaili? ¿Cómo se lo voy a preguntar? Se la han llevado los casacas rojas hace una hora. ¿Por qué se cree que no está cuidando de su perro? De no ser por eso, nada le impediría estar aquí con él.

—¿Que se la han llevado los casacas rojas? —Seton sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. ¿Qué significaba eso? ¿A qué demonios estaba jugando Sherringham? Miró a su hijo con expresión de enfado—. ¿Por qué no los detuviste? Ella no ha hecho nada.

—Lo sé de sobra, pero ¿qué iba a hacer? ¿Un hombre contra un pelotón de sajones? Su capitán dijo que tenía una orden de arresto y todo eso. Fui inmediatamente a buscar al terrateniente, y entonces fue cuando me encontré con que también se lo estaban llevando, por orden de usted. Además, creía que usted era cómplice de los casacas rojas, así que deduje que estaban actuando en su nombre. ¿Es otra estratagema para que se case con usted? ¿Quiere asustarla para que luego piense

que es su salvador? —se burló Iain.

—No, no tengo nada que ver con eso. Tenemos que traerla de vuelta inmediatamente —dijo y, pensando en las palabras de su hijo, recordó que sí había tenido antes esa idea—. Aunque, pensándolo bien, no está mal. Por una vez se pondrá contenta al verme.

—Bueno, pues que tenga suerte convenciendo a los ingleses de que la suelten. Antes tendría tratos con el demonio que hablar con ese tipo. Ese es un mal bicho de los de verdad —dijo Iain escupiendo en el suelo para enfatizar sus palabras.

—No, no lo entiendes. Tú vendrás conmigo para extraerla de sus garras. No sé qué planes tiene, pero dudo que la suelte si no le da la gana. No me escuchará.

—Creí haberle entendido que Sherringham comía de su mano —le lanzó Iain.

—Pero no con respecto a Marsaili. Ella no entraba en el trato. Se suponía que él me allanaría el camino para volver a comprar Bailliebroch, nada más. Aparte de arrestar a Kinross, por supuesto, pero eso no funcionó muy bien.

Iain sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿Entonces me está diciendo que Marsaili está realmente a merced de esos casacas rojas?

—Sí, eso es lo que te estoy diciendo. Tenemos que ir tras ellos. Ensilla los ponis.

Iain miró al perro, que gemía levemente y jadeaba. A Seton le parecía increíble que a su hijo le importara lo que le pasara al animal. Seguro que lo hacía por complacer a su mujer. Seton movió la cabeza. Un día de estos Iain tendría que dejarse guiar por la cabeza y no por lo que llevaba bajo los pantalones.

—Déjalo, tu esposa puede cuidarlo.

Antes de que Iain pudiera responder, Kirsty volvió, seguida muy de cerca por Flora. Tenía el ceño fruncido y llevaba una nota. Se la pasó a Seton.

—Esto está dirigido a usted. La encontré en el gran salón.

Seton maldijo en voz baja y la desdobló enseguida.

Seton, tengo a la criadita de Kinross. Puedes decirle que, a menos que se entregue, no tendré más remedio que hacerle pasar un buen rato. Estoy seguro de que él sabe a qué me refiero. Y si intenta algo o implica a sus amigos influyentes y poderosos, no volverá a verla viva de nuevo. Encárgate de hacérselo entender o nuestro trato se acabará también.

Sherringham

—¡Maldita sea! —Seton tiró la nota hacia Iain, que la recogió y la leyó, mientras Kirsty y Flora la leían asomadas detrás de su espalda. Seton no paraba de maldecir. No era culpa suya si el terrateniente se había escapado. Y ahora Sherringham quería arruinarlo todo. No iba a tolerarlo.

—Vamos, Iain, deja que las mujeres se encarguen del chuchó. Tenemos que marcharnos ahora si queremos darles alcance. Y hemos de buscar armas.

—Creía que se las había entregado a los sajones.

—No, se las dejaron. ¡Deprisa!

Ian miró a Kirsty, que asintió con la cabeza.

—Si vas a salvar a Marsaili, vete, pero vigílalo —dijo Kirsty mirando significativamente a su suegro—. No me fío de él, y menos después de haber leído la nota.

Iain la besó intensamente en la boca, y luego se inclinó para decirle al oído lo que Seton supuso que serían ternezas antes de seguir las órdenes de su padre.

Seton sacudió la cabeza con pesar. El chico se estaba ablandando.

Lo primero que Marsaili vio cuando volvió en sí fue algo rojo que se movía ante sus ojos. Parpadeó para aclararse la vista al tiempo que notaba que su mejilla rozaba con una tela áspera. Comprendió que iba detrás de la casaca de un inglés, lo que explicaba el color rojo. Estaba apoyada contra su espalda porque la habían atado a él, presumiblemente para impedir que se cayera del caballo.

Despegó la mejilla lo más que pudo y arrugó la nariz ante el olor de la lana. El soldado tampoco olía muy bien, pero tendría que soportarlo porque no podía separarse de él. El soldado volvió la cabeza.

—Vaya, por fin te has despertado. Eso está bien.

Marsaili no estaba tan segura.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz ronca, con la garganta tan reseca como un camino de tierra en verano—. ¿Adónde vamos?

—A la cárcel, por supuesto. ¿Adónde crees que se lleva a los prisioneros? —el tono del tipo era animado, y Marsaili tenía los brazos libres, por lo que pensó que podía tratar de estrangularlo. Sin embargo, como era de esperar, las manos las tenía bien atadas, así que desechó la idea.

—No entiendo qué es lo que se supone que he hecho —se quejó—. No creo que vayan por ahí deteniendo a la gente sin razón alguna.

—El capitán tiene una orden de arresto en la que dice que usted es sospechosa de ser jacobita —le informó el soldado—. Si no es así, tendrá que probarlo, pero pasarán semanas antes de que se vea su caso. Mientras tanto, se quedará una temporada en las mejores dependencias de Su Majestad.

Soltó una risita, y Marsaili tuvo que apretar los dientes para no decirle algo impropio de una dama.

—¿A qué se debe que te hayan concedido el honor de mi compañía? —le preguntó sarcásticamente. Había visto las miradas lascivas que le dirigían los hombres que iban delante de ella y a su lado, pero a este soldado no parecía afectarle su cercanía. ¡Y le daba gracias a Dios por ese pequeño regalo!

—Porque soy el único a quien el capitán confiaría a una mujer, dado que no me gustan. Yo la mantendré a salvo.

—¿Qué? —al principio Marsaili no entendió, pero luego recordó algo que la había escandalizado acerca de hombres que preferían la compañía de muchachos

jóvenes—. ¡Ah!

—Eso es.

Marsaili respiró profundamente esperando que el rubor desapareciera de sus mejillas. Decidió cambiar de tema y miró alrededor, dándose cuenta de pronto de que no iban por el camino inglés, como esperaba, sino por uno de los estrechos senderos de Highland.

—¿Vamos a Fort George o a alguno de los otros fuertes? ¿Quizá a Fort William? —al decirlo reprimió un escalofrío. Había oído muchas historias de lo que podía ocurrir si a uno lo metían allí.

—No.

—¿Adónde vamos entonces? —preguntó sorprendida.

—Lo verás enseguida. Ahora deja de parlotear. No debería hablar contigo.

De cualquier manera, Marsaili decidió que no había ningún motivo para seguir con la conversación. Además, tenía náuseas por el intenso dolor de cabeza y el movimiento del caballo. Se esforzó en tragar saliva y se concentró en dejar que el contenido de su estómago se quedara en su sitio.

—¡Uf, mi cabeza! ¿Qué ha pasado?

La voz que salía de la oscuridad era inconfundiblemente la de Ramsay. Brice notó que se movía y oyó una protesta ahogada al darse contra Alex.

—Os han dejado sin sentido —dijo Brice—. Otra vez.

—*Fan också*^[15] —maldijo Ramsay en sueco. Se quejaba mucho, pero quién podía culparle. Si a Brice le dolía la cabeza, a su tío debía dolerle el doble.

—Estoy de acuerdo en eso —se oyó la voz de Alex—. ¿Dónde estamos?

—¿No lo hueles? —le preguntó Brice—. Agua salada. Estamos en un barco con destino a Dios sabe dónde —intentaba contener el sentimiento de vejación que lo ahogaba—. La mala noticia es que nos envían a las colonias, presumiblemente como criados obligados a trabajar por contrato.

—¿Qué?

—¡No! Eso significa que estaremos fuera años, si no... —Brice casi oyó los pensamientos de Ramsay cuando se dio cuenta de la gravedad de la situación—. ¡Ida! Tengo que volver con ella. ¿Qué pensará? Yo...

—Espera, tranquilízate —Brice bajó la voz por si alguien estaba escuchando—. La buena noticia es que he oído decir a quienes nos capturaron que en algún sitio nos cambiarán de barco para llevarnos hasta allí. Eso significa que este es un barco pequeño, no uno transoceánico, así que tiene que tomar puerto en algún sitio para podernos trasladar al otro. Cuando eso ocurra tenemos que estar preparados.

—¿Qué quieres decir con preparados? ¡Uf! Mi cabeza...

—Olvídate de la cabeza, Ramsay, la tienes más dura que una piedra.

Brice no sabía de cuánto tiempo disponían para maquinarse un plan y por eso no era

el momento de compadecerse.

—Animal insensible —murmuró Ramsay.

—Lo sé, pero escuchad: necesitamos encontrar aquí dentro algo con que cortarnos las ligaduras. Si conseguimos liberarnos, podemos intentar reducir al que venga a por nosotros. Ayudadme a buscar. Tiene que haber algo que corte.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos? —la voz de Ramsay sonaba sarcástica—. No sé tú, pero yo tengo las manos atadas a la espalda. O al menos me parece que están ahí, no las siento, así que no estoy seguro.

—Anda, deja de quejarte. Si no te han atado las piernas, puedes ponerte de rodillas. Las mías están libres. Es cuestión de ir lentamente de rodillas tocando las paredes. Alex, ¿te unes a nosotros? ¿Puedes ayudarnos?

—Lo intentaré. Pero dejad de discutir, por favor. Cualquier ruido me taladra el cerebro.

Ramsay masculló algo en voz baja, y luego él y Brice se callaron, porque también les dolía la cabeza. Brice consiguió ponerse de rodillas y empezó a explorar lentamente la zona en la que estaban, que parecía ser una parte de la bodega. Estaba húmedo, apestaba a salmuera, a podrido y a algo muerto. Quizá una rata. Brice trató de no respirar profundamente, aunque ya estaba empezando a acostumbrarse a aquellos olores.

No encontró nada útil parecido a un cuchillo, así que hizo un esfuerzo y, apoyándose en la pared, se puso en pie. Según avanzaba por la pared se iba desalentando cada vez más. El camarote o lo que fuera eso parecía completamente vacío. No había nada que se pudiera utilizar, ni siquiera un clavo que sobresaliera de los tablones.

Apenas un instante después su cabeza chocó contra algo que le hizo ver las estrellas.

—¡Ay! ¿Pero qué...? —sin duda tendría otra herida que sumar a su colección, esta vez en la frente, aunque tuvo que reconocer que había merecido la pena—. Tengo algo —susurró.

Los otros dos dejaron de moverse.

—¿Qué? —preguntó Ramsay.

—Creo que es un farol. Espera, voy a intentar descolgarlo con la cabeza. Si tiene cristales se romperán, y podremos usar los vidrios rotos para soltarnos. Y si no, puede que tenga bordes afilados.

—Vas a meter mucho ruido. ¿Qué pasa si entra alguien?

—Tenemos que arriesgarnos. En cuanto lo tire, que cada uno coja un trozo de vidrio y lo esconda deprisa, de manera que si alguien entra y se lleva los pedazos y registra el camarote, no encuentre los que nos hayamos guardado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Hazlo —dijo Alex en un tono cortante que todavía estaba teñido de dolor.

Brice no vaciló y puso su plan en acción. Tensó su cuerpo preparándose para el

impacto, y dio un cabezazo contra el farol desde abajo, esperando descolgarlo. Tuvo suerte y lo consiguió, estrellándose contra el suelo en medio de un gran ruido.

Se agachó enseguida hasta el suelo y vio que detrás de él había cristales. Consiguió un trozo grande y se fue de prisa a la pared que tenía más cerca para meterlo entre dos tablones, de manera que solo asomaba una punta muy pequeña. Confiaba en que los otros dos hicieran lo mismo. Luego se quedaron esperando por si venía alguien a ver qué pasaba.

No apareció nadie.

Brice suspiró aliviado.

—Quizá estén ocupados con el barco —supuso—. O puede que el viento sea tan fuerte en cubierta que no nos hayan oído. Sea como sea, vamos a trabajar. Ramsay, acércate, yo empezaré con tus cuerdas.

Capítulo 27

—¿Estás seguro de que el capitán Sherringham no está aquí? —cada vez más exasperado Seton miró al guardia que estaba en la entrada de Fort William. No estaba seguro de si les estaba diciendo la verdad o no.

—Hace días que no está aquí. Bueno, ¿quiere ver a otra persona? Si no, lárguese, me está obstaculizando la vista.

—Venga, padre, vamos —susurró Iain tirando a Seton de la manga.

—Oh, de acuerdo —mientras se alejaban caminando del imponente edificio que albergaba a las tropas de Su Majestad, Seton tuvo que admitir que se sentía aliviado. No era un lugar en el que quisiera quedarse—. ¿Cómo sabemos que no nos miente? ¿Y si Sherringham está jugando con nosotros?

—Lo dudo —dijo Iain—. En la nota le decía qué quería, pero no adónde debía acudir el terrateniente. ¿En qué otros sitios puede haber prisioneros?

—No lo sé. Vamos a preguntar por ahí.

Después de entablar conversación con varias personas del lugar, dedujeron un sitio posible.

—La prisión de Inveraray —dijo Seton—. Sí, he oído hablar de ella. Allí también hacen juicios, así que eso tendría sentido. Aunque no entiendo por qué se habrá ido hasta allí.

—Probablemente para alejar a Marsaili de Brice lo más posible —especuló Iain—. Y despistarlo.

—¿Ahora le llamas Brice? —se quejó Seton, inexplicablemente molesto al oír hablar a su hijo de Kinross de una manera tan familiar—. Nadie diría que sois tan buenos amigos.

—No es mala persona y, además, por mi matrimonio ahora somos parientes.

—¡A la mierda con eso! Él es nuestro enemigo, ya te lo he dicho. Cuanto antes te metas eso en la mollera mejor.

Iain estaba a punto de protestar, pero Seton alzó la mano.

—Eso ahora no importa. Será mejor que vayamos derechos a Inveraray para ver si Marsaili está allí. No hay tiempo que perder. ¡Ojalá pille la viruela ese hijo de perra de Sherringham!

Iain no dijo nada, se limitó a seguir a su padre adonde habían dejado los ponis. No hacían falta palabras, ambos querían lo mismo: encontrar a Marsaili. Aunque Seton no le dijo a su hijo que iba tras ella por otros motivos.

Ya tendría tiempo después para eso.

Hicieron turnos para dormir con el fin de intentar librarse del dolor de cabeza, y Brice ya se sentía mucho mejor. Tanto el tobillo como los cortes y moratones se le estaban curando, pero las costillas tardarían aún unas cuantas semanas. De todas maneras, estaba más que preparado para intentar escaparse.

Había tenido mucho tiempo para pensar. No solo en Marsaili y en que la quería, sino también en su hermano y en la carta que le había enviado. Brice sacudió la cabeza en la oscuridad. «Debería haber confiado en él cuando me dijo que le habían tendido una trampa —pensó— Jamie nunca me hubiera hecho daño a sabiendas». Tenía razón: siempre habían sido los mejores amigos. Y a menos que la personalidad de Jamie hubiera experimentado un cambio espectacular durante el tiempo que Brice estuvo afuera, el matrimonio era lo último en lo que Jamie pensaba. Él no se hubiera casado con Elisabet aunque fuera la chica más bonita del mundo. No, de alguna manera todo aquel enredo tenía que haber sido cosa de Elisabet. Era increíble lo claro que lo veía ahora, justo cuando era probable que no volviera a ver a su hermano.

—Idiota —murmuró. «Tengo que hacerle saber que lo he comprendido», pensó.

Entonces tomó una decisión. Si conseguían liberarse y escapar del destino que Seton había trazado para ellos, escribiría a Jamie tan pronto como pudiera y lo invitaría a Rosyth. «Pero no a Elisabet, ¡probablemente a estas alturas esté deseando matarla!». Aquella idea le hizo sonreír con un gesto de arrepentimiento. Sí, a Jamie le vendría bien un respiro; estar atado a la pata de la cama debía de ser un purgatorio para alguien tan salvaje como él, y Brice necesitaba disculparse por haberse precipitado. «Dios mío, por favor, dame la oportunidad», rezó en silencio.

Ahora había algo más en juego que la mera venganza. Simplemente tenían que lograrlo.

—Creo que estamos llegando a un puerto —susurró a los otros dos, después de despertarlos un poco más tarde—. Siento que el barco se mueve suavemente arriba y abajo, no es como ese movimiento agitado que teníamos antes. ¿No os parece?

—Sí, tienes razón.

También se oían gritos amortiguados por encima de ellos, pasos que corrían y el chirrido de los aparejos y las poleas.

—Tenemos que estar preparados para cuando vengan —dijo Brice—. Ramsay, tú y Alex os quedáis cada uno a un lado de la puerta. Os quitáis los abrigo y los echáis en la cabeza del primero que entre y le tiráis al suelo. Debemos hacer el menor ruido posible para no alertar a nadie de lo que ocurre.

—Buen plan. ¿Y luego, qué?

—Después tendremos que improvisar —Brice se quedó pensando un momento—. Si estamos en un puerto podemos intentar echar a correr por la cubierta y lanzarnos al agua. Tendríamos que nadar y ponernos a salvo antes de que les dé tiempo a arriar un bote e ir tras nosotros. Los dos sois buenos nadadores, ¿no?

Ramsay y Alex estuvieron de acuerdo.

—Pero si vemos que no hay mucha gente en cubierta, tomaremos una vía de escape que no sea el mar —añadió Ramsay—. No tenemos por qué mojarnos si no es necesario. Este es uno de mis mejores abrigos.

Brice rió entre dientes. Solo Ramsay podía ser capaz de bromear en una situación así. Estaba contento de tener a estos dos amigos con él. Sin ellos dudaba de que fuera capaz de liberarse. Por lo menos, siendo tres tenían la posibilidad de conseguirlo.

—Vamos a nuestros puestos —los apremió—. Tenemos que estar listos para atacar.

Su plan salió bien, sin contratiempo alguno. Solo fueron a buscarlos dos hombres, a los que pillaron totalmente por sorpresa en cuanto traspasaron la puerta. Brice utilizó el farol roto para dejarlos sin sentido. Como los dos llevaban la cabeza cubierta, pensó que los efectos del golpe no les durarían mucho, aparte de un dolor de cabeza como el que él había padecido.

—Espero que no se haya manchado de óxido —murmuró Ramsay metiendo los brazos por las mangas de su abrigo mientras comprobaban si había señales de vida al otro lado de la puerta.

—¡Al infierno con tu abrigo! Te compraré uno incluso mejor —sonrió Brice—. Venga, vamos.

Había acertado al pensar que estaban en un almacén de la cubierta inferior. Una escalera conducía a la siguiente cubierta del barco, pero antes de salir fuera asomó la cabeza por la trampilla para echar un vistazo. No había nadie, solo un montón de hamacas colgadas de las vigas y unos cuantos baúles de marinero. Otra pequeña escalera flanqueaba una escotilla más grande por la que se filtraba la luz de la luna desde arriba.

—Vaya, es de noche —susurró Brice—. No estaba seguro. Aunque eso juega a nuestro favor. Vamos, tendremos que darnos prisa para sorprenderlos.

Repitieron su anterior maniobra, aunque vaciló un segundo antes de lanzarse fuera de la escotilla y atravesar corriendo la cubierta. En el lado de estribor había una pasarela que llevaba hasta el muelle, y Brice fue directamente a ella. Cuatro o cinco hombres estaban enrollando maromas y haciendo nudos, mientras otro, que era el que iba mejor vestido, permanecía de pie mirando. Brice tuvo que pasar por delante de él, y para cuando uno de los marineros dio la voz de alarma ya estaba a su altura. Vio su expresión de asombro y su acto reflejo de sacar el arma, pero no tuvo ocasión de hacerlo. Brice le dio un empujón fuertísimo, ya que con el ímpetu de la carrera lo arrolló con toda sus fuerzas tirándolo por la borda.

Se originó un alboroto, y los marineros se quedaron mirando por la baranda sin saber si rescatar al capitán o hacer frente a los fugados. Brice y los otros no esperaron mucho a que se decidieran. Se encaminaron por la pasarela, enfrentándose a dos hombres que trataron de detenerlos un poco tarde, y luego siguieron corriendo tan rápido como les permitieron sus piernas, sin hacer caso de los gritos que oían a sus

espaldas.

Zigzaguearon entre callejones donde había marineros y mujeres de vida fácil de juerga, hasta que por fin se detuvieron en un sitio especialmente oscuro. Brice se apoyó en la casa e intentó recuperar el aliento.

—Lo hemos conseguido —jadeó—. *Tack gode Gud*^[16]. ¿Pero... dónde demonios... estamos? Me ha parecido oír hablar holandés, ¿es posible?

—Sí, Amster... dam —contestó Ramsay, jadeando aún con más fuerza—. He reconocido... el puerto. He estado aquí... antes.

—¡Mierda! No pensaba que hubiéramos llegado tan lejos. Necesitamos encontrar un barco que nos lleve de vuelta a Escocia de inmediato, pero no tenemos dinero. Los MacGregor me registraron los bolsillos y me lo quitaron todo.

—No importa. Espera —a Ramsay le costó un poco más recuperar el aliento—. Conozco a algunos comerciantes de aquí. Vine una vez con Killian para hacer negocios. Si los encontramos, creo que podría convencerlos de que nos prestaran dinero. Tendremos que esperar a que se haga de día. Hasta entonces necesitamos un sitio donde escondernos.

—¿Qué tal un almacén? —Alex había estado callado hasta entonces, pero en ese momento se unió a la conversación—. Si encontramos uno lo bastante grande, yo podría forzar la cerradura con facilidad y escondernos allí. Seguramente nadie vendrá a buscarnos en un sitio así.

—Buena idea —dijo Brice—. ¿Pero qué vas a usar para forzar la cerradura? No tienes ninguna de tus herramientas habituales.

Alex se rió.

—Tendremos que persuadir a alguna fulana de que se desprenda de una o dos horquillas. ¿Hacemos una apuesta a ver quién las consigue primero? Yo apuesto por ti, Brice. Es evidente que gustas mucho a las mujeres.

—Qué descarado hijo de... —le dijo Brice sin poder dejar de sonreír. Era estupendo sentirse libre, y por lo menos tenían algo parecido a un plan. Esperaba que funcionase.

Tenía que funcionar, porque le horrorizaba pensar en la alternativa.

—Bienvenida a Inveraray —el soldado con el que iba Marsaili todavía se mostraba contento.

Ella miró a su alrededor. Después de tres días cabalgando en la postura más incómoda posible, y pasando las frías noches echa un ovillo en el suelo envuelta solo en su *arisaid*, ya casi no le importaba adónde la llevaban. Aunque se sentía cansada y dolorida, tenía que admitir que aquel era un sitio precioso. Situada en la orilla oeste del lago Fyne, que según le habían dicho llevaba hasta el mar, la ciudad consistía en un conjunto de humildes casitas de campo, con una o dos casas más importantes. Sin embargo, poseía el marco natural más espectacular y grandioso, unas montañas

boscosas que se reflejaban en las aguas del lago como en un espejo. En un día como aquel, con el cielo azul, era la perfección absoluta.

A un lado de la ciudad había un edificio en construcción, y el soldado le informó de que el duque de Argyll estaba reconstruyendo el castillo.

—Es increíble el tiempo que lleva con eso, y seguro que cuando lo acabe será imponente —comentó el hombre. Marsaili supuso que lo sería, porque un duque debía tener la mejor vivienda.

Según fueron adentrándose en la ciudad, no tardó en olvidarse de aquellas hermosas vistas. El soldado, que tenía ganas de hablar, le comentó:

—Esta es Front Street, y ahora iremos al ayuntamiento. Allí está el tribunal para los que son como tú y también la prisión, que está en el sótano debajo de la sala del tribunal. Mira, esa es.

Marsaili echó un vistazo a través de unas ventanas sin postigos, y vio reclusos que arrastraban los pies alrededor de un espacio abierto frente al cual debían de estar los calabozos. Había tantos rostros con expresión abatida que parecía como si aquella desesperanza colectiva se contagiara a la calle. Tragó saliva. ¿Por qué la llevaba allí Sherringham? No tardó en descubrirlo, porque este se acercó cabalgando y se detuvo junto a ella y el soldado con el que iba a caballo.

—Esperaré aquí hasta que se celebre su juicio —le dijo secamente—. Me gusta este lugar. El desaliento me levanta el ánimo. Espero que lo sienta completamente hasta que llegue el momento de llevarla a un sitio mejor.

Marsaili reprimió un grito. «¿Un sitio mejor?» No podían colgarla sin ninguna prueba.

Él debió observar su alarma, porque alzó las comisuras de los labios.

—Estoy hablando de los penales de las colonias —precisó—. Es decir, si sobrevive al viaje —le aclaró dándole la espalda y mirando a sus hombres—. Llévensela. Iré a hablar con el director de la prisión.

Cuando entró en la maloliente prisión, Marsaili sintió que se le erizaba la piel de miedo y asco. No solo era un lugar repugnante, sino que la gente que había dentro parecía desesperada. ¿Cómo iba a sobrevivir allí?

«Brice, ¿dónde estás?», se preguntó. ¿Vendría a rescatarla como ella había hecho con él, o estaba muerto ya? Se acordó de los seis hombres de aspecto violento, y pensó que no pudo haber tenido ni la más mínima posibilidad luchando contra ellos. La bilis se le subió a la garganta. No podía soportar la idea de que él estuviera herido o algo peor... Pero si no era él, ¿quién podía acudir en su ayuda? ¿El amigo que Brice tenía en Edimburgo? ¿O quizá la propia Ailsa?

No tenía manera de ponerse en contacto con ellos. Estaba sola.

—¿Entonces intentará buscar a Sherringham para ofrecerle otro soborno? —le preguntó Iain cuando finalmente llegaron a Inveraray—. Si es que Marsaili está aquí.

Seton había pensado en ello intensamente y había llegado a la conclusión de que hablar con el inglés era inútil. Estaba claro que tenía sus propios planes, y Seton ni siquiera estaba seguro de que mantendría su primera oferta. Aunque, si no lo hacía, se encontraría con un puñal clavado en la espalda, se juró a sí mismo. Bastardo mentiroso y tramposo...

—No —dijo—. Vamos a buscar la prisión a ver si es posible engañarlos y sacar a Marsaili de aquí. Un poco de oro para untar las manos adecuadas puede allanar nuestro camino. No es que en este momento me quede mucho, gracias a que tú has dejado que el terrateniente nos robe lo que es nuestro en tus narices, pero...

—¿Yo? ¡No le he dejado hacer nada! —exclamó Iain mirando fijamente a su padre—. Estaba ocupado con mi esposa, no vigilando a Brice como si fuera su niñera.

—Sí, y esa es la raíz del problema —murmuró Seton—. Y deja de llamarle así. Ya te lo he dicho.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿No puedo disfrutar de mi matrimonio como cualquier recién casado? Ya nos lo retrasó usted bastante.

—Bueno, ¿qué te hubiera impedido montar a la chica y quedarte callado? —Seton no entendía la actitud de su hijo hacia las mujeres. Desde luego, el muchacho no lo había aprendido de él. Para Seton, las mujeres estaban ahí para que las tomaran los hombres y disfrutaran de ellas según les viniera en gana. El matrimonio era para obtener ganancias, nada más, y en cuanto al amor, eso era un montón de tonterías.

—A diferencia de usted, yo tengo principios —le hizo saber Iain apretando la mandíbula—. Y merecía la pena esperar por Kirsty.

—Me alegra oírlo —replicó Seton sarcásticamente—, pero si eres capaz de dejar de pensar en ella un instante, podrías ayudarme a inventar una buena historia para explicarles por qué tienen que soltar a Marsaili.

Iain lo miró molesto, y se quedó pensando un rato hasta que dijo:

—Podemos simular que ella es mi esposa y que se trata de un error de identidad. Podemos decir que tengo un primo que es un conocido jacobita y que Sherringham creyó que estaba casado con él. Y que ella tiene una hermana que se parece mucho a ella o algo así.

—Humm, sí, no está mal. Por algo se empieza.

Pasaron montados a caballo por otra calle y toparon de lleno con un edificio que se veía a la legua que era una prisión. Un montón de desgraciados daban vueltas alrededor de una especie de patio tras unas ventanas sin postigos, y por el estado en que se encontraban podía decirse que la mayoría habían perdido la esperanza. Algunos estaban demacrados, y la mayoría sucios, y a los ojos de Seton todos resultaban patéticos.

—Por Dios, míralos —masculló—. Definitivamente este es el sitio.

—¡Mira! —exclamó Iain señalando un lugar—. Ahí está Marsaili, sentada en la esquina. Reconocería ese pelo en cualquier parte.

Seton pasó la mirada por los prisioneros hasta que sus ojos la distinguieron, y de

pronto algo se movió en su interior. No estaba bien que una mujer como ella estuviera en medio de tanta miseria. Tenía la presencia de una reina, era indiscutible que debería honrar la mesa de un terrateniente. «No, la mesa de cualquier terrateniente no, ¡la mía!» Ella era como una joya arrojada a un muladar que resplandecía por su brillo entre la escoria.

—¡Maldita sea! —bramó—, tenemos que sacarla de aquí. ¡Ahora mismo!

Iain miró a su padre, sorprendido ante la vehemencia de su tono.

—Lo sé. ¿Pero cree que de verdad funcionará nuestro plan?

—No estoy seguro. Será mejor que vayamos a alquilar una habitación a alguna posada y nos tomemos uno o dos tragos con la gente de aquí para descubrir de qué va esto. Siempre es mejor estar bien informado.

Dedicó a Marsaili una última mirada de pesar y dio la vuelta a su caballo. La liberaría, aunque fuera la última cosa que hiciera. Prefería no pensar por qué razón tenía ese sentimiento tan fuerte, pero sí sabía una cosa: ella no debía estar en ese lugar.

Marsaili se sentó con la espalda apoyada contra la pared porque la sensación de la piedra fría la hacía sentirse más segura. Se había dado cuenta de que allí no había nada parecido a sentirse seguro, pero por lo menos así nadie se le acercaría por sorpresa.

Se había arrimado allí en cuanto la empujaron adentro. Varias viejas arpías se le habían acercado corriendo, sobándola y buscando dinero en sus bolsillos. Al salir con las manos vacías, se lamentaron frustradas y desde entonces la dejaron en paz. Marsaili no sabía si estar contenta o no por no tener nada de valor para dárselo. Por una parte, se habría enfadado si le hubieran robado algo, pero por otra todos parecían tan desesperados que se lo hubiera dado por bondad para aliviar temporalmente su sufrimiento.

De cualquier manera, dio gracias a Dios por no llevar el colgante de jade que le había regalado Brice. Confiaba en que todavía estuviera donde ella lo había puesto y en que, mientras se hallara ausente, nadie lo encontrara y se lo quedara.

Tal vez aquello fuera la primera cosa suya que poseía. Si nunca regresaba, eso sería...

Aquel pensamiento le hizo parpadear con furia para contener el torrente de lágrimas que amenazaban con desbordarse. No podía resistir la horrible idea de no volver a ver más a Brice, de no sentir sus abrazos, sus besos apasionados. Su proposición de matrimonio no había sido todo lo que ella esperaba, ya que obviamente él no la amaba como ella le amaba a él, pero sabía que le diría que sí. No le importaba; ella quería ser su esposa.

Agachó la cabeza. Ahora ya no tenía esperanzas de que eso ocurriera.

Alguien se sentó a su lado y le apretó el brazo. Marsaili levantó la vista y vio a

una mujer de aspecto amable, de su edad o quizá un poco mayor. Era difícil de decir, porque la luz del día se iba desvaneciendo y el rostro de la mujer estaba sucio.

—Tranquila, te acostumbrarás a esto. Al principio, estar aquí te da una cierta impresión, pero a las mujeres nos meten juntas. Me llamo Eilidh.

—Marsaili.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por robar? ¿Por prostituirte?

Marsaili negó con la cabeza.

—Me han dicho que soy sospechosa de ser jacobita. Pero es un cargo falso. No tengo nada que ver con esas cosas —vaciló—. ¿Sabes..., sabes cuál es el castigo por eso? —preguntó. Aunque no estaba muy segura de querer oírlo, a veces es mejor saber a qué atenerse.

—Bueno, depende lo comprometida que estés o de lo que puedan probar. Yo diría que por lo menos seis meses aquí, pero...

Marsaili se sintió aliviada. Si tenía alguna oportunidad de salir, podría aguantarlo todo.

—¿Entonces seguro que no los cuelgan? —le preguntó.

—No, no, yo no lo creo. Bueno, ven conmigo, el director de la cárcel está haciendo señas. Por la noche hay que meterse dentro. Quédate cerca de mí, estarás bien.

Marsaili no estaba tan segura de eso como su nueva amiga, pero como era la mejor oferta disponible, la obedeció.

Capítulo 28

—Brice, ya es de día. Tenemos que marcharnos antes de que empiece a llegar gente por aquí.

El penetrante susurro de Alex sacó a Brice del duermevela en el que estaba, y levantó la cabeza de un saco lleno de bultos que contenía grano y en el que se había apoyado.

—¿Cómo lo sabes? —entrecerró los ojos mirando hacia la penumbra, pero se dio cuenta de que no estaba tan oscuro como cuando habían entrado en el almacén la noche anterior.

—Mira allí arriba, ¿lo ves? Hay como una ventanita. Se ve una luz clara.

—Ah, sí, bueno, entonces será mejor que despiertes a Ramsay. Vamos.

Brice se levantó y se estiró intentando quitarse los calambres de la espalda y el cuello, que tenía duros como una tabla. Las costillas todavía le dolían mucho cuando respiraba un poco fuerte, así que se lo tomó con calma, dándose unos masajes detrás del cuello con las manos. Sin embargo, el dolor y las molestias que sentía en el cuerpo no eran nada comparado con el miedo que le helaba el corazón.

«¿Y si ya es demasiado tarde? ¿Y si Seton ha obligado a Marsaili a casarse y ha hecho con ella lo que ha querido? Lo mataré con mis propias manos».

Brice intentó apartar de sí esos pensamientos. No lo ayudaban, y lo que ahora necesitaba era mantener el control. Apretó los dientes y se volvió hacia sus compañeros.

—¿Estamos listos? Dime a quién hemos de buscar y yo encontraré la manera.

—¿Cómo? —le preguntó Alex—. Esta ciudad debe de ser muy grande. Será como buscar una aguja en un pajar, a menos que Ramsay se acuerde del camino.

—No —la voz de Ramsay llegó ronca y adormilada—. Me quedé en el barco, así que no tengo ni idea de dónde encontrarlos. Killian trajo a los comerciantes a ver el cargamento, y por eso los conocí, pero nada más. Lo siento.

—No importa, preguntaré hasta que los encontremos.

—Ah, claro, no había pensado en eso. ¡Estupendol! —Ramsay le dio unas palmadas en la espalda a Brice—. Me había olvidado de que hablabas holandés.

—Bueno, no con mucha fluidez, pero lo suficiente como para preguntar algo tan simple. ¿A quién buscamos?

—A Johannes Bruggen y a Willem Visser.

Salieron del almacén tranquilamente, como si tuvieran derecho a estar allí, y aunque había gente afuera haciendo negocios la estrategia funcionó. Nadie se fijó en ellos mientras caminaban bordeando el canal hacia lo que dedujeron era el centro de la ciudad.

A Brice, Amsterdam le recordó Göteborg, y de hecho esta última había sido construida imitando la ciudad holandesa, si bien a escala mucho más pequeña. Mientras que los canales de Göteborg estaban más o menos distribuidos como una parrilla, en Amsterdam formaban semicírculos concéntricos que lindaban con el río Ij. Entre los canales más grandes había otros más pequeños, que conectaban a los más largos entre sí. Había oído decir que el centro comercial era muy animado, y comprobó que era cierto. Por la mezcla de lenguas que se oían, dedujo que había muchos extranjeros.

Había puentes por todas partes y, frente a los canales, hileras de casas de ladrillo, ricamente decoradas con cornisas. Aunque no había dos casas iguales, la mayoría se distinguían porque tenían un tejado de dos aguas diferente a las otras, lo cual las hacía muy bonitas. Para rematar aquella impresión estética que tenía todo el conjunto, las orillas del canal estaban bordeadas por muchos árboles.

Brice paró a unos cuantos transeúntes para preguntar, hasta que con el quinto tuvo suerte.

—Ah, ¿quiere decir los comerciantes? Sí, tiene que doblar aquí y luego...

Memorizaron aquellas complicadas instrucciones y, sin saber bien cómo consiguieron llegar a la *straat*^[17] correcta. Una vez allí, Brice detuvo a una criada que iba hacia el mercado y que le señaló una casa a mano derecha del canal.

—Esa de allí, *mijnheer*^[18].

—Gracias —Brice le dedicó su mejor sonrisa y fueron a llamar a la puerta—. Espero que se acuerden de ti, Ramsay.

El aludido sonrió abiertamente.

—Ajá. ¿Acaso no crees que soy fácil de recordar? Espera y verás.

—Humm, si te equivocas, Alex tendrá que volver a la antigua profesión de su padre porque no pienso quedarme ni un minuto más de lo necesario en este sitio, por muy bonito que sea.

Marsaili creyó que jamás podría dormirse en aquella prisión abarrotada de gente. El miedo no le permitía relajarse, y los gemidos y susurros que se oían por todas partes no la dejaron dormir las dos primeras noches. Sin embargo, la tercera noche estaba tan agotada que finalmente pudo dar una cabezada, pero se despertó sobresaltada al sentir que una pesada mano bajaba por su hombro. Intentó zafarse de ella inclinándose en busca de la seguridad de Eilidh, que estaba a su lado, pero unos dedos la sujetaron con rapidez.

—¿Marsaili Buchanan? —preguntó una voz grave.

—Sss... sí —tartamudeó, tratando de disimular el terror que sentía en aquel momento.

—Ven conmigo, tus amigos te esperan —Marsaili estaba a punto de preguntar qué amigos, pero el hombre continuó—: Me han dicho una palabra para que me creas:

Liath.

Marsaili se relajó. Dudaba de que Sherringham supiera el nombre del perro, solo alguien que fuera de Rosyth lo sabría. Se levantó de un salto y notó que Eilidh se ponía de pie con ella; entonces se dio cuenta de que no podía abandonar a aquella mujer después de lo buena que había sido con ella.

—Mi criada viene conmigo —afirmó con audacia en un tono que no admitía discusión.

—No me han hablado de ella. Tendrán que pagarme más —refunfuñó con tono grave—. Muy bien, venid conmigo y daos prisa.

Marsaili agarró la mano de Eilidh y siguieron al hombre. Se oyeron quejas cuando pasaron por encima de las piernas de la gente y algunas manos trataron de agarrarles las faldas, hasta que llegaron a una de las entradas de la prisión. Afuera vio dos figuras borrosas que, mientras el carcelero les metía prisa para que pasaran por la puerta, se fueron aproximando a ellas.

—Serán diez guineas. Usted no dijo nada de la criada —precisó el hombre.

—¿Diez? Pero...

Marsaili reconoció la voz de Seton y se le cayó el alma a los pies. Pero definitivamente no quería volver adentro. «Mejor malo conocido que bueno por conocer», pensó.

—Págueme, por favor, se lo devolveré —le dijo en un susurró, y, Seton lo hizo murmurando entre dientes.

La otra sombra resultó ser Iain, lo cual la hizo sentirse algo mejor, aunque no entendía bien sus razones para estar allí.

—Vamos —susurró—. Tenemos que irnos inmediatamente —le dijo agarrándola de la mano y llevándosela rápidamente calle abajo; como ella seguía cogida de la mano de Eilidh, esta también iba detrás. Marsaili se dio cuenta de que Eilidh no había dicho ni una palabra, pero suponía que estaba tan contenta de estar fuera de la prisión que no le importaba a dónde iban.

En las afueras de la ciudad les estaban esperando dos ponis, y Seton y Iain se montaron en ellos. Seton le dio la mano a Marsaili.

—Sube, tienes que ir detrás de mí —le dijo.

Ella dudó solo un instante. No era el momento ni el lugar para discutir. Iain subió a Eilidh detrás de él y partieron.

—¿Cómo han conseguido sobornar al carcelero? —preguntó Marsaili en cuanto salieron de la ciudad.

—No fue tan difícil. Algunos de los que custodian la cárcel hacen turnos y estuvimos con ellos en la posada. Y no pestañearon cuando les ofrecí una pequeña «recompensa» por ayudarnos. Parece que mucha gente consigue escaparse de aquí. He oído que el juez no está muy contento precisamente por eso.

—Me lo imagino —Marsaili aspiró profundamente el frío aire de la noche disfrutando del fresco olor a pino.

—¿Quién es esa mujer?

—Una amiga —Marsaili se limitó a decir—. No podía dejarla, lo siento. Ya se lo pagaré, se lo prometo.

—Sí, eso seguro.

Aquellas palabras parecían tener un doble sentido, que hizo estremecer a Marsaili, aunque no se arrepentía de ir con él. Cualquier cosa era mejor que la cárcel de Inveraray.

—¡Gracias, Dios mío, por tener el viento a favor! —Alex salía del puerto de Leith con Brice dando grandes zancadas en dirección a Edimburgo. Ramsay iba rezagado detrás con aspecto exhausto y soñoliento.

—Y que lo digas —replicó Brice de forma emotiva—. Y también por la visión a mi padre al trabajar con gente tan eficiente y amable.

Los comerciantes holandeses, Bruggen y Visser, habían resultado ser muy comprensivos y complacientes. En cuanto Brice les explicó la situación, actuaron con rapidez y decisión. Ese mismo día encontraron pasajes para los tres en un barco que iba hacia Edimburgo, los dejaron bañarse y les dieron ropa limpia a los tres. Brice se sintió como nuevo. *Mijnheer* Bruggen lo había llamado aparte para darle dinero.

—Para cualquier gasto imprevisto durante el viaje —le dijo con una sonrisa—. No te preocupes, estoy seguro de que tu padre me lo devolverá.

—No puedo agradecerle lo bastante tanta amabilidad —le dijo Brice, a quien enseguida le habían caído bien los dos hombres, pero este de manera particular. *Mijnheer* Bruggen tenía más o menos la edad de su padre, era bajo y rechoncho, casi completamente calvo y con un brillo particular en los ojos. Se había mostrado tranquilo e imperturbable ante la llegada de estos extranjeros que le pedían ayuda, y Brice tuvo la impresión de que detrás de esa fachada sonriente había una mente muy astuta. Killian había hecho una buena elección tomando como socio a este hombre.

Mientras se acercaba a Edimburgo a toda velocidad, Brice trató de emular la actitud serena del holandés, aunque por dentro estaba a punto de estallar de impaciencia. Estaban de vuelta en tierra escocesa, pero aún les quedaba un largo viaje. Y aunque llegaran a Rosyth, sería demasiado tarde. Sin embargo, no quería admitir la derrota hasta que no estuviera seguro de ella.

—¿Por qué vas tan rápido? —refunfuñó Ramsay. Tú has dormido un poco en ese condenado barco, pero yo no. Estoy mareado.

—Ya sabes dónde vamos —le dijo hablándole por encima del hombro—. Si quieres, sigue hasta la posada de Rory a tu ritmo.

—No, no pienso perderte de vista —Ramsay apretó los labios y aceleró para darles alcance—. Seguiremos juntos, no tengo que decir lo que puede pasar. Solo que no creo que sea necesario que vayamos tan deprisa.

—Bueno, pues te equivocas. Cada segundo cuenta. Marsaili está a merced de ese

hombre retorcido y nunca me perdonaría si..., bueno, no importa.

Ramsay mostró una sonrisa de medio lado.

—Estás enamorado de verdad, ¿eh? Y todo el mundo en Suecia creyendo que sufres de mal de amores. Me muero de ganas de contarles lo equivocados que están.

—Lo estaba, pero ahora lo he comprendido todo —Brice se quedó mirando a Ramsay—. Yo creía que amaba a Elisabet, pero ella no era la mujer que yo había idealizado. La puse en un pedestal y nunca me molesté en averiguar si de verdad la quería ni qué había tras esa bonita máscara. Me imagino que estaba cegado por su belleza, como los demás.

—¿Y cómo sabes que no estás comportándote igual con esa Marsaili?

—Porque ella no finge ser lo que no es. Es honesta, auténtica, enérgica y... esta vez siento que es diferente. La quiero —admitió encogiéndose de hombros y mirando a Ramsay con expresión calculadora—. Igual que a ti te gusta Flora, supongo.

—¿Qué? ¡No! Quiero decir... ella está bien y todo eso, pero no es para mí, no — Ramsay enrojeció.

—¡Y no lo niegues! Me he fijado en cómo te mira.

—¿Ah, sí? O sea, no, ¿por qué se iba a fijar en mí? Solo soy un viudo malhumorado con una hija, ¿no es así como me llamaste? Ninguna mujer querría cargar conmigo.

—Tonterías. Y sabes bien que estaba bromeando —Brice le sonrió—. Pregúntaselo y me apuesto cien guineas a que te dice que sí.

—¡Cien...! ¿Estás mal de la cabeza?

—No, estoy más cuerdo que nunca. Alex, ¿estás de acuerdo conmigo? —Brice sonrió a Alex, que iba atento caminando en silencio.

—No tengo mucho dinero, pero si lo hago apostaré la misma cantidad —dijo Alex asintiendo.

—Estáis locos los dos —murmuró Ramsay, con las mejillas teñidas por un interesante tono rosado que le subió hasta las orejas.

Brice y Alex intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada más. Estaba en manos de Ramsay actuar de acuerdo con lo que le había dicho, si lo deseaba, pero Brice anhelaba que su tío le hiciera una proposición a Flora. Ya era hora de que su prima segunda tuviera su propia vida, en lugar de vivir a la sombra de su madre.

En cuanto a sí mismo, esperaba no vivir el resto de su vida solo. Porque si no podía tener a Marsaili, eso es lo que haría.

Sinceramente no quería a nadie más en su vida.

—Guardia, ve a buscar a una mujer de nombre Marsaili Buchanan.

Sherringham estaba sentado frente al juez de Inveraray y había pedido ver a la puta jacobita para asegurarse de que estaba hecha una bruja. Cuanto peor fuera su aspecto, más presionaría a Kinross para intercambiarse por ella. Incluso si el hombre

llegaba de incógnito a la ciudad, podría verla a través de los barrotes de la prisión. ¡Menos mal! Esa era una de las razones por las que Sherringham había elegido llevarla allí, a Inveraray, como podía haber sido a cualquier otro fuerte en que pudieran verla desde fuera. Se frotó las manos como preparándose; aquello iba a ser interesante.

Después de esperar un buen rato, apareció el director de la cárcel jadeando y con las mejillas coloradas.

—Lo siento, su señoría, pero parece que ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —Sherringham se irguió en su asiento, y aunque estaba a punto de soltar una diatriba, no pudo hacerlo porque el juez le tomó la delantera.

—¡Otro! Por el amor de Dios, hombre, ¿cuántas veces tengo que decirle que esto no puede ser? Creí que había contratado más personal para ocuparse de los prisioneros.

El director de la cárcel arrastró los pies y se quedó mirando al suelo.

—Lo hice señor, pero... —se encogió de hombros— no hay manera de saber si son de confianza. Ya le advertí respecto a la idea de emplear a la gente de la ciudad.

—Será mejor que se asegure. ¡Le hago responsable de ello!

El juez se volvió hacia Sherringham para disculparse, aunque aún estaba enfadado.

—Lo siento mucho, pero parece que ha habido una negligencia en el cumplimiento del deber —volvió a mirar al director de la cárcel, pero el hombre seguía estudiando detenidamente el suelo.

Sherringham respiró hondo y apretó las manos sobre los brazos del asiento con tanta fuerza que se oyeron los nudillos. Podía ponerse a gritar y a protestar furiosamente, pero sabía que eso no iba a solucionar nada. «¡Malditos sean todos!» Ahora tendría que empezar de nuevo. Trató de serenarse y pensar.

—¿Cuándo se fue? —preguntó bruscamente—. ¿Contáis de alguna manera a los reclusos?

El director de la cárcel lo miró.

—Sí, señor, los contaron a todos antes de encerrarlos por la noche. Ella tenía que estar, porque en caso contrario se hubiera informado de su desaparición. Y yo mismo estuve aquí hasta la medianoche, así que no ha podido marcharse antes de esa hora.

—Humm. Gracias —Sherringham se puso en marcha. Todavía era pronto, y si el terrateniente solo le llevaba unas pocas horas de ventaja podría alcanzarlo. Sea como fuere, tenía que intentarlo.

Y cuando diera con esa escoria, se lo haría pagar.

Capítulo 29

—¡Kirsty! ¡Flora! ¿Qué hacéis aquí?

Brice apareció en la salita del hostel de Rory Grant y se quedó paralizado al verlas. Noto cómo Ramsay y Alex chocaban contra él por detrás, y trataban de asomarse sobre sus hombros. El sonido que hizo Ramsay al contener la respiración quedó apagado por los chillidos de felicidad que resonaron en la sala.

—¡Brice, estás bien! Y vosotros también. Ay, eso es lo principal —Kirsty corrió hacia él con su impulsividad habitual, mientras Flora se quedaba de pie y parpadeaba mirándolos sorprendida. Rory también se levantó de la silla y sonrió cuando vio a los recién llegados.

—Bueno, gracias a Dios —dijo—. Habíamos empezado a pensar lo peor, y mis indagaciones no habrían servido para nada. Desaparecisteis sin dejar rastro —se acercó para estrechar la mano de los hombres y dio unas palmadas en la espalda de Brice—. Entrad y sentaos. Contadnos qué diantre os ha pasado.

—Lo haremos, pero primero quiero saber por qué están aquí mis primas. ¿Ha pasado algo en Rosyth? ¿Ailsa? ¿Marsaili? ¿Ida? —Brice las miró con expresión interrogante, preguntándose qué nueva calamidad le habría ocurrido a su familia. Se le revolvieron las tripas, aquello parecía no tener fin.

—Ay, no tienes idea... —Kirsty empezó a retorcerse las manos alarmando aún más a Brice, que se esperaba oír lo peor.

—Kirsty, déjame explicárselo. Eres muy melodramática —la interrumpió Flora, adelantándose y poniendo una mano en el brazo de su hermana. Luego sonrió tímidamente a Ramsay e inclinó la cabeza antes de volver a Brice—. Estamos aquí porque los ingleses que te llevaron a ti han arrestado ahora a Marsaili. El esposo de Kirsty se ha marchado con su padre a intentar liberarla, pero no estaban seguros de lograrlo. Por eso Iain le encomendó a Kirsty que viniera a Edimburgo a pedir ayuda a tu amable amigo —inclinó la cabeza hacia Rory—. Pensó que el señor Grant podría detener cualquier acción legal contra ella. Naturalmente no podía dejar que Kirsty viajara sola, así que por eso estamos aquí las dos.

—Sí y por otra cosa también —añadió Kirsty—, porque cuando Iain y su padre se marcharon, Archie nos dijo que había oído al inglés ordenar a sus hombres que se dirigieran a Inveraray. Así que hasta que no vuelvan a casa no sabrán que está allí. El señor Grant acababa de proponernos que él mismo iría allí para ver qué podía hacer mientras tanto.

Brice esperó hasta que acabaron, pero mientras hablaban sintió que se le helaban las entrañas. ¡Marsaili apresada por los ingleses! Dios mío..., y con Seton buscándola, eso lo empeoraba todo. Tenía que descubrir dónde estaba y luego...

Intentó que el aire le entrara en los pulmones que de pronto parecían habersele encogido.

—Gracias por vuestro esfuerzo. Esto hace que todo sea aún más urgente. Teníamos pensado pedirle a Rory que nos alquilara unos caballos para poder ir al norte inmediatamente. Continuaremos viaje lo más deprisa que podamos, pero nos dirigiremos hacia el oeste.

Después les contó rápidamente lo que les había ocurrido y sus temores sobre Marsaili.

—Como veis, esto puede formar parte del plan de Seton. De cualquier manera, aunque él la libere de la prisión, ella caerá igualmente en sus garras.

—No es para tanto —objetó Kirsty—. Mi Iain está con ellos, acuérdate.

—No tengo nada contra tu marido, prima, es un buen hombre y no es tan implacable como su padre. Pero, créeme, dudo que Seton le permita a su hijo interponerse en su camino. Quiere a Marsaili y, ahora que cree que me ha eliminado, nada lo detendrá para conseguir sus propósitos —dijo frotándose la cara para intentar borrar algo del cansancio y la tensión que sentía—. ¿Tenéis alguna idea de adónde podría llevarla para celebrar una boda rápida? Si consiguen que la suelten, claro.

—A Bailliebroch —respondió Flora sin vacilar.

Brice se quedó mirándola.

—¿Por qué? Creía que estaba en ruinas y que ya no pertenecía a Seton.

—He oído decir que las gentes de allí todavía le son leales. Es su terrateniente. Eso incluye al pastor, que debe su nombramiento al difunto hermano del señor Seton.

Brice observó a Flora con una nueva mirada de respeto.

—Eso es coherente. Gracias.

El color sonrosado de sus mejillas hacía que las marcas de la viruela se vieran menos. Brice vio que Ramsay la miraba fijamente, y le dio un toque con el codo a su tío para sacarlo del trance.

—Venga, vamos a ponernos en marcha. No hay tiempo que perder. Iremos al norte y luego al oeste a ver si encontramos a Seton a medio camino. Tenemos que intentar hacer su itinerario, pero en sentido inverso.

—¿Eh? Ah, sí, muy bien —Ramsay se levantó y luego vaciló—. Vete a ver lo de los caballos. Yo, pues... quiero hablar un momento con la señorita Kinross sobre Ida. Es para asegurarme de que está bien, ¿sabes?

Brice sonrió abiertamente y le dio una palmada a Ramsay en el brazo.

—Ah, por supuesto, está bien. Pero no tardes.

Pasó por alto la mirada de Ramsay y se dirigió a la puerta.

—¡Qué mala suerte! Tendremos que parar, padre. Mi garrón va cojo —la voz de Iain quebró el silencio del atardecer e hizo que tanto Marsaili como Seton se volvieran a mirarlo.

—Oh, por el amor de... No puedo creerlo —juró Seton entre dientes.

—Bueno, ya le dije que estaba muy viejo para ir tan lejos. Lleva dos días llevando doble carga. No es de extrañar que esté cansado.

—Y yo te dije que teníamos que robar otro cuando tuviéramos ocasión.

Marsaili notó la impaciencia en la voz de Seton, pero se alegró de la interrupción de aquel viaje interminable. No había querido decir nada para no hacer enfadar a Seton, pero estaba agotada y muerta de sed. Y además se moría de hambre.

—No soy un ladrón, como otros —Iain replicó saltando del caballo y ayudando a Eilidh a bajar de los cuartos traseros del animal—. Podíamos haber comprado uno o al menos haber negociado con este a cambio de otro.

—Necesitamos el dinero para otras cosas. ¿Querías que dejáramos a Marsaili en ese sitio asqueroso?

—Estoy seguro de que había suficiente para las dos cosas —Iain se mantuvo en sus trece, y luego añadió—: ¿Por qué no paramos aquí a hacer noche? Como me imagino que no podemos arriesgarnos a entrar en ninguna ciudad, este sitio es tan bueno como cualquier otro. Y tal vez así mi caballo esté recuperado para mañana.

Seton negó con la cabeza.

—No, todavía no nos hemos alejado lo suficiente. Tenemos que continuar. Aunque tal vez un pequeño descanso le sirva.

—Pero pronto oscurecerá —protestó Iain.

—¿Y...? Esta noche casi hay luna llena.

A Marsaili se le cayó el alma a los pies. Faltaba poco para que anoheciera, y se sentía como si hubiera estado cabalgando toda la vida. Le dolía todo el cuerpo de estar trotando continuamente y tenía los dedos rígidos de agarrarse a Seton para no caerse. Ella tampoco quería seguir.

Dejaron el sendero por el que iban transitando y se metieron en un pequeño bosque serpenteando entre los troncos, hasta llegar a un claro donde se oía correr el agua de un arroyo que pasaba por el centro. Marsaili saltó del caballo y tropezó porque tenía las piernas algo insensibles, y luego estiró los músculos para quitarse los calambres.

Miró a Eilidh, que iba a unos pasos detrás de Iain sin quejarse. Allí, lejos de la prisión, Marsaili podía ver con más claridad el terrible estado en que se encontraba la pobre mujer. Tenía la ropa hecha jirones, sucia y manchada de barro, y el pelo le caía sobre el rostro en mechones lacios. A Marsaili le entraron ganas de ponerla a remojo, con ropa y todo, en una bañera de agua caliente y frotarla durante horas, lo mismo que hacía en casa con la colada.

A favor de Iain había que decir que no se había quejado, aunque Eilidh olía a perro muerto. Se veía que ella misma era consciente de ello, porque Marsaili la oyó disculparse en voz baja.

—He intentado no sentarme cerca de usted. No quisiera mancharle la ropa —le dijo en gaélico.

—No importa —le contestó Iain sonriendo amablemente—. Estoy contento de haber podido salvar a alguien más de ese hoyo infernal. Nadie debería tener que pasar por eso. No es que me interese, pero, si no te importa decírmelo, ¿qué hiciste para que te metieran en prisión?

Eilidh se dejó caer sobre una piedra que había cerca, como si sus débiles piernas no la sostuvieran. Marsaili pensó que era normal, porque llevaba sin comer adecuadamente unas cuantas semanas.

—Robé un par de panecillos —admitió Eilidh con la cabeza gacha—. Pero le juro que solo lo hice porque estaba desesperada. No había comido en dos días y no encontraba trabajo en ninguna parte.

—Vaya, estupendo, ahora también estamos protegiendo a una delincuente —Marsaili le oyó murmurar a Seton, aunque afortunadamente Eilidh, que estaba cerca de Iain, no parecía haber escuchado sus palabras.

—No te preocupes, Eilidh —le dijo a su nueva amiga—. Estoy segura de que podremos encontrar algún trabajo para ti en Rosyth, ¿verdad, señor Seton? El terrateniente admite a todo el mundo.

—Que vaya ella misma a preguntar —replicó Seton—. Tú y yo ya no volveremos a acercarnos a Rosyth, si puedo evitarlo.

—¿Qué quiere decir? —Marsaili irguió la cabeza para mirarlo fijamente con un mal presentimiento.

Iain también lo miró con extrañeza.

—Sí, ¿de qué está hablando, padre? Claro que vamos a Rosyth. Le prometí a Kirsty que llevaríamos a Marsaili directamente allí.

—¡Y a mí qué me importan tus promesas! —le espetó Seton con desprecio—. Tu esposa puede venir a Bailliebroch a reunirse con nosotros si le da la gana, pero allí tendrá que vivir bajo mis normas.

—¡Otra vez no! —se quejó Iain—. Padre, ya hemos hablado de eso y no va a poder volver. Y más ahora que ese inglés le ha dado una puñalada traperera. ¿Cree honestamente que puede confiar en él?

—Hay otros a quienes se puede sobornar igual de fácilmente. Sea como sea, Bailliebroch será mía. Solo tengo que encontrar dónde ha escondido el terrateniente mi dinero —dijo lanzando una mirada amarga en dirección a Marsaili—. Seguro que tú debes saberlo, así que me mostrarás el lugar.

—¿Yo? ¿Por qué tendría que saberlo? De todos modos, no tengo ni idea de qué dinero me está hablando.

Seton fue hacia ella y la abofeteó con el revés de la mano en la mejilla.

—¡Basta ya! ¿Me tomas por tonto? He visto los ojos de cordero que te pone el terrateniente. ¿Me vas a negar que corriste a rescatarlo cuando lo tenían Sherringham y sus hombres? Tú y ese perro sarnoso tuyo.

Al principio Marsaili estaba demasiado aturdida por la bofetada como para responderle. Pero sintió que la rabia crecía en su interior y, poniéndose en jarras, le

replicó:

—¡Cómo se atreve a pegarme un hombre despreciable y sinvergüenza como usted! Y si supiera algo, que no lo sé, no se lo diría.

—Bueno, eso lo veremos.

Iain, que parecía estar tan impresionado como Marsaili ante el giro de los acontecimientos, dio un paso adelante con el ceño fruncido.

—¡Oiga! —empezó a protestar, pero calló al ver que su padre sacaba una de las pistolas del bolsillo. Seton apuntó directamente al corazón de su hijo.

—Vas a elegir aquí, y de una vez por todas, a quién le debes tu lealtad —le dijo en tono muy serio—. O quieres tu herencia, en cuyo caso harás lo que yo diga y no te entrometerás, o dispararé contra ti ahora mismo. Si no te comprometes totalmente a tus obligaciones como primogénito, dejarás de ser mi hijo y no sacarás nada de mí. ¿Lo entiendes? Tú eliges.

Marsaili esperaba con el corazón en un puño la decisión de Iain. No quería que él fuera como Seton, y menos ahora que estaba casado con Kirsty, pero por otro lado tampoco quería que muriera.

Era una decisión imposible.

—Espere, capitán, hay huellas recientes de cascos en el borde. Y mire, también hay estiércol de caballo. Han debido de ir por aquí.

Sherringham dio la vuelta a su caballo hacia allí donde el hombre señalaba en el suelo.

Llevaban cabalgando casi dos días, y solo habían podido confirmar en dos ocasiones la presencia de Buchanan y sus rescatadores. Estaba cansado de esa persecución, y quería comer y una cómoda cama para dormir, pero no descansaría hasta hacerla volver.

—Puede que tengas razón —reconoció, y en silencio se dijo para sí mismo: «Gracias a Dios que esa mujer tiene ese pelo de color tan llamativo, si no la habríamos perdido en el último recodo». El palurdo con el que habían hablado lo había comentado y no podía estar equivocado; parecía estar en lo cierto.

—Muy bien, desmontemos y vayamos con cuidado. Quiero que sigamos las huellas de los cascos pisando por donde hay musgo, si es posible. No pueden estar muy lejos. A partir de ahora, en silencio total, es una orden.

Encontraría a esa puta aunque fuera la última cosa que hiciera en su vida. Y luego se las vería con aquel jacobita arrogante.

—¿Estás seguro de que este es el camino para Baillie... como se llame?

Alex se acercó con su caballo a Brice y lo miró a través la creciente oscuridad. Casi estaba anocheciendo, y Brice sabía que tenían que detenerse enseguida para no

arriesgarse a lastimar a los ponis. Maldijo en silencio.

—Sí, las indicaciones de Kirsty eran claras, pero todavía nos queda un buen trecho. Solo tenemos que continuar un poco más. Lo siento.

—No te preocupes, solo quería asegurarme —dijo Alex, que nunca se quejaba, y Brice dio las gracias por tener al menos esa suerte. En los últimos días el joven le había sido de gran utilidad, y Brice esperaba que, en cuanto aquello hubiera pasado, Alex no tuviera prisa en marcharse. Disfrutaba de su compañía.

Primero se dirigieron hacia el norte, luego hacia el oeste pasando por Rosyth y Bailliebroch, donde se detuvieron lo justo para comprobar que Seton no había llegado todavía a su destino. Kirsty les había dicho que había un sendero de montaña en los límites de las tierras de Bailliebroch que conducía al suroeste, hacia Inveraray.

—Si Seton tiene prisa, estoy segura de que tomará esa ruta —les había dicho. Y Brice deseaba de todo corazón que acertara.

—Brice, esto es una locura —le dijo Ramsay poniéndose con su caballo al otro lado—. Ni siquiera sabemos si ese hombre ha seguido este camino. ¿No deberíamos ir primero a la cárcel para ver si la señorita Buchanan está todavía allí?

Brice negó con la cabeza.

—No, Seton habrá encontrado la manera de sacarla. La quiere desesperadamente. Si estaba compinchado con el inglés, este la habrá liberado en un santiamén; si no, ya habrá encontrado la manera de sacarla de allí. Confía en mí, a estas alturas conozco a ese hombre.

Ramsay suspiró.

—Muy bien, pero espero que sepas lo que...

La fuerte detonación de un disparo interrumpió sus palabras y los tres hombres se detuvieron a escuchar, pues al disparo le siguió un grito desgarrador. Brice señaló hacia la izquierda.

—Viene de por ahí. ¿Y si...?

—No seas tonto. Si Seton la quiere tanto como dices, ¿por qué iba a disparar contra ella?

Brice puso a su caballo al galope y se dirigió hacia una arboleda cercana. Aunque Ramsay tuviera razón, él tenía que asegurarse. Y si no era Marsaili, entonces era algún pobre desgraciado el que estaba en graves problemas.

Capítulo 30

Marsaili se quedó horrorizada viendo la gran mancha roja que Iain tenía en el hombro. Eilidh gritó de nuevo aterrorizada, pero Seton la apuntó con su otra pistola y le mandó callar.

—Si no lo haces, serás la siguiente —la avisó.

La pobre Eilidh parpadeó y cerró la boca, dejando oír solo los hipidos de su llanto.

Marsaili se volvió contra Seton.

—¿Ha perdido la cabeza? ¿Contra su único hijo? ¿Cómo ha podido...?

Admiró a Iain por haberse enfrentado a su padre, pero se imaginó que no se le habría pasado por la cabeza que Seton apretaría el gatillo. Tampoco a ella.

—Ese no es hijo mío, ya te lo dije. No siente el orgullo de su clan, no tiene lealtad ni agallas. Dudo que tenga algo de sangre Seton en sus venas. Seguro que mi mujer me fue infiel —al decirlo se oyó como un gruñido que provenía de la dirección de Iain, al que Marsaili vio avanzar tambaleándose, con expresión asesina.

Seton movió una pistola en dirección a él.

—¡Atrás! —le avisó, haciendo vacilar a Iain, que terminó sentándose en una roca cercana.

Marsaili sacudió la cabeza mirando a Seton. No había duda de que era un loco, un loco peligroso. Trató de alejarse, pero él fue más rápido y le apuntó con la pistola.

—No se te ocurra moverte —rugió—. Esta vez tú te vienes conmigo. Nos casaremos en cuanto llegemos a Bailliebroch. Llevó mucho tiempo esperándolo.

—¡Nunca! —exclamó ella—. Ya le di mi respuesta y no voy a cambiar de idea, no me importa lo que haga. No me puede forzar a casarme, el pastor dice que la mujer tiene que dar su consentimiento. Yo no lo doy.

—Hay muchos medios para ello —dijo Seton con una sonrisa maligna.

Marsaili apretó los dientes con cara de frustración.

—No entiendo por qué no puede aceptar un no como respuesta. ¿Cuál es la finalidad de casarse con alguien que no le quiere? ¿Cómo se puede disfrutar con eso?

El deseo oscureció los ojos de él, que la recorrieron de pies a cabeza.

—No hay ninguna tan bonita como tú. Eres un tesoro que merece la pena tener y, como no pienso compartirlo, tendré que casarme contigo. Además, eso solo es el principio. Te me has resistido demasiado tiempo. Como esposa, tendrás que hacer lo que yo te diga el resto de tu vida, ya me aseguraré yo de eso.

Ella negó con la cabeza.

—No pienso aceptar, ya se lo digo ahora. Si intenta forzarme, me mataré.

—No dejaré que lo hagas —fue hasta ella y la agarró por el brazo, empujándola

hacia el poni—. Vamos, dejaremos a estos dos aquí. No los necesitamos. Tú —dijo señalando a Eilidh—, ayúdale si quieres o márchate, me da igual. Pero no te atrevas a seguirnos.

Estaba a punto de montar cuando una voz resonó por el claro.

—Vaya, vaya, así que no fue Kinross quien se llevó a esta mujer ante mis narices, sino usted. Tenía que habérmelo imaginado. Claro que eso lo hace todo más fácil, ahora puedo ponerle entre rejas a usted también. Dos pájaros de un tiro. Perfecto.

—¡Usted! —exclamó llenando esta única palabra con tanto odio que Marsaili notó cómo Seton se estremecía al decirla—. Asqueroso, traidor hijo de perra inglesa —masculló en gaélico.

Sherringham se encogió de hombros.

—La cuestión aquí no es mi parentela. Prefiero pensar que la suya tiene más importancia, ya que son jacobitas. Y en cuanto a nuestro pequeño trato, terminó cuando usted permitió que alguien liberase a Kinross.

—Yo no permití nada —le espetó Seton—. Esta mujer estúpida lo hizo por su cuenta. Pero ¿qué le vamos a hacer?

Sherringham puso cara de sorpresa.

—¿Esa mujer? Me sorprendería.

—Puede creerlo. Y espero que no le sorprenda irse al infierno —Seton apuntó al inglés con su pistola—. Ahora déjenos, o no tendré otro remedio que dispararle —lo amenazó haciendo un gesto con la cabeza y señalando a Iain—. Ya he disparado al idiota de mi hijo, así que no crea que vacilaré.

El capitán lo miró con los ojos entrecerrados.

—No sea imbécil, Seton. Hay por lo menos diez mosquetes apuntándolo en este momento —dijo señalando hacia unas sombras que se movían entre los árboles—. Mis hombres no fallarán, y le apuesto a que son más rápidos que usted. Ahora entrégueme a la mujer y el dinero que me debe, y lo dejaré ir con vida.

—Nunca, ella es mía —respondió Seton marcando una pausa entre cada una de las palabras—. Antes prefiero dispararle a ella que dársela a alguien como usted.

—¿Otro pretendiente de la dama? Qué enternecedor. Pero no se lo estaba pidiendo, era una orden. Entréguemela o morirá. ¡Ahora mismo!

Esta vez fue a Marsaili a quien le tocó temblar ante la amenaza implícita en la voz del capitán. No sabía qué era peor: si irse con el inglés por la fuerza o quedarse con el demente de Seton.

Se ahorró la elección, ya que un segundo después se desataba en el claro un caos total. Varias sombras irrumpieron de entre los árboles; eran unos hombres al galope. El primero derribó al capitán de su montura y luego se abalanzó sobre él; a continuación le quitó el mosquete al soldado que tenía más cerca, evitando que disparara. Los otros soldados corrieron la misma suerte; se oyeron varios disparos seguidos de los golpes secos que hacían los cuerpos al caer al suelo y también gritos de dolor.

Seton se volvió para ver qué estaba pasando, lo que Marsaili aprovechó para intentar arrebatárle la pistola. Sin embargo, él era más fuerte de lo que creía y empezó a forcejear con ella para recuperarla. Ella trataba de que no le apuntara a la cabeza, y temió que se le disparara en cualquier momento.

—¡Putá! —dijo jadeando—. ¿Te crees superior a un hombre como yo? Yo te enseñaré...

Pero justo cuando Marsaili creía que ya no podría sujetarla por más tiempo, apareció un poni que se lanzó contra ellos; el jinete, con la bota, le dio a la pistola un puntapié, que hizo que se les escapara de las manos. El arma voló por los aires y Marsaili vio cómo Iain la recogía con esfuerzo y se la llevaba. Entonces, sin perder tiempo, se dirigió hacia su padre apuntándole con la pistola.

—¡Ja! Me parece que ahora me toca a mí —el tono triunfal de su voz era indudable.

Seton se quedó quieto y Marsaili aprovechó para tratar de escabullirse y ponerse a cubierto. Pero solo pudo dar tres pasos porque Seton la agarró por la falda con una fuerza sorprendente, tirando de ella hacia atrás enérgicamente y presionándola contra su pecho. Ella le dio una patada en la espinilla que le hizo lanzar un juramento y soltarla por una fracción de segundo. Antes de que tuviera tiempo de agarrarla de nuevo, el jinete oscuro cargó contra ellos otra vez y se inclinó para arrebatársela de las manos a Seton. Ella oyó cómo se desgarraba la tela mientras aterrizaba sobre los muslos del hombre. Se volvió, miró hacia arriba para ver su cara y soltó un grito apagado:

—¡Brice! ¡Estás vivo! Creía... ¡Gracias a Dios! —ella le rodeó el torso con los brazos mientras se adentraban al galope en el bosque. Aunque no habían ido muy lejos, Brice detuvo el caballo en seco.

—Marsaili, mi amor, ¿estás bien? ¿Él te ha...?

—No, estoy bien, te lo juro.

Brice la abrazó con tanta fuerza que casi le impedía respirar, pero a ella le dio igual. Estaba vivo. Eso era lo que importaba. Y había venido a por ella.

—Tengo que volver para asegurarme de que los soldados se han ido y de que Iain tiene a su padre bajo control. Por favor, espérame aquí. Volveré dentro de un minuto —le dijo bajándola del caballo.

—Aquí estaré —le prometió. No pensaba irse a ningún sitio hasta que supiera que él también estaba a salvo.

Cuando Brice volvió al claro se sintió aliviado al ver que todo estaba en calma. Ramsay sujetaba a un soldado inglés que había capturado, y lo llevaba con el brazo retorcido tras la espalda. El hombre no se resistía y parecía resignado a su suerte, posiblemente porque estaba herido. Brice observó que sangraba de la mano izquierda. Afortunadamente, Sherringham todavía estaba en el suelo, justo donde había caído.

—No ha movido ni un músculo —le confirmó Ramsay anticipándose a la pregunta de Brice—. Quizá se haya roto el cuello al caer del caballo y esté muerto.

—Bien.

Brice miró a Iain, que estaba sentado en una roca mientras una joven muy sucia hacía lo que podía por cubrir la herida del hombro que le sangraba y que él sostenía. Ello no le impedía seguir apuntando con la derecha a su padre, que estaba desarmado. Seton estaba de pie mirando a su hijo sin atreverse a moverse.

—¿Dónde están los otros soldados? —preguntó Brice.

Ramsay hizo un gesto con la cabeza en dirección al sendero.

—Han huido. No eran tantos como pensábamos, solo cinco o seis. Un par de ellos están heridos, pero no gravemente. Alex ha perseguido a los demás un rato para asegurarse de que no volverían, aunque dudo de que lo hagan. ¿Para qué iban a arriesgar sus vidas por nada?

Brice desmontó y se agachó junto a Sherringham. Bajo los árboles, la oscuridad le impedía distinguir si respiraba, así que lo agarró por el hombro para darle la vuelta. Apenas lo había movido, cuando el inglés consiguió darse la vuelta él solo. Con la velocidad de una serpiente, atacó a Brice con el puñal que había mantenido escondido bajo su cuerpo mientras permanecía tendido en el suelo. El brillo fugaz de la hoja trazó un arco en el aire, pero Brice tuvo reflejos y reaccionó con rapidez. Consiguió retroceder lo suficiente como para que la hoja solo le cortara superficialmente la piel del abdomen. Soltó un juramento, al tiempo que golpeaba el brazo de Sherringham para impedir que le asestara una segunda puñalada. Él no llevaba su daga porque la había usado momentos antes para pelear y no había tenido tiempo de recuperarla.

El capitán intentó ponerse de pie, pero Brice le metió una pierna por detrás de las rodillas que le lanzó al suelo una vez más. El inglés agitaba el cuchillo en el aire como un maníaco, y varias veces estuvo a punto de alcanzar a Brice, pero este consiguió agacharse o esquivarlo y así evitar otro corte. Sherringham reptaba por el suelo como una anguila grasienta hasta que pudo ponerse en pie de un salto. Blandía el puñal en todas direcciones y también hacia Seton, que se encontraba cerca y al que pilló desprevenido infligiéndole un corte en la parte superior del brazo.

Seton gritó y se volvió para defenderse de este inesperado y violento ataque.

—¡Dispárale! —le gritó a Iain mientras sacaba su propio cuchillo—. ¿Vas a dejar que esta escoria mate a tu padre?

—Debería hacerlo —murmuró Iain—, pero... —alzó la voz—. Baja ese cuchillo, sajón, o disparo contra ti —le gritó a Sherringham.

El inglés no le hizo ni caso, quizá ni siquiera lo oyese. Estaba intentando luchar con dos hombres a la vez, pues Seton avanzaba sobre él por un lado y Brice por el otro.

—Les advierto que pagarán por esto. Infligir daños a un oficial del ejército de Su Majestad... está penado con la horca.

—No si no nos atrapan, escoria —gruñó Seton.

—Toma, Brice. ¡Agárralo! —Ramsay le lanzó a Brice un puñal de aspecto imponente, con el mango por delante para que pudiera atraparlo con facilidad.

Brice hizo un movimiento circular hacia Sherringham, amagando un ataque. Así, mientras el hombre se concentraba en aquel puñal que lo amenazaba, Brice le golpeó en la rodilla haciendo que se le doblara. El inglés se tambaleó, y justo cuando Brice estaba a punto de darle un fuerte puñetazo en el rostro, Seton se abalanzó sobre el inglés con un grito que helaba la sangre.

Eso alertó a Sherringham, que giró en redondo, alzó el puñal y lo clavó profundamente en las costillas de Seton. Este se detuvo en seco con un gorgoteo y se llevó la mano a la herida, mirando hacia abajo con sorpresa.

—¡Maldito seas! —farfulló, cayendo de rodillas antes de desplomarse en suelo.

—¡No! —el grito de angustia de Iain quedó ahogado por el disparo de la pistola que llevaba, pues apretó el gatillo al mismo tiempo. Ahora fue Sherringham quien, justo cuando iba a mirarse la herida, se quedó atónito y con la mirada petrificada. Una mancha enorme y oscura se extendió rápidamente por su abdomen y, después de exhalar un interminable suspiro, cayó con el rostro sobre el suelo cubierto de musgo.

—¡Dios! —Brice y Ramsay corrieron a la vez hacia los dos hombres y les dieron la vuelta. Mirando fijamente a Brice había dos ojos sin vida y, más allá, este vio cómo Ramsay contemplaba los mismos ojos en el rostro de Seton. Solo para asegurarse, Ramsay palpó el cuello de Seton y luego el de Sherringham.

—No tienen pulso —dijo moviendo la cabeza. Ambos miraron a Iain, que estaba inmóvil de pie con la pistola colgando de su mano.

—No quería... Él empezó... Yo solo...

Brice se levantó y se acercó a él, quitándole la pistola.

—Está bien. No ha sido culpa tuya —puso una mano sobre su hombro sano y lo sacudió un poco—. Ese hombre trataba de matar a tu padre y tú actuaste en defensa propia.

—Yo lo puedo jurar —dijo de pronto la mujer sucia, para sorpresa de ambos.

—¿Y quién eres tú?

—Eilidh Beattie. Soy una amiga de Marsaili. De Inveraray.

—De acuerdo. Gracias, cualquier ayuda será bienvenida.

—Yo también daré testimonio en vuestro favor —dijo el soldado inglés capturado, que podía haber huido si hubiera querido, pensó Brice, pero permanecía de pie donde Ramsay le había dejado.

—¿Lo harás? —Brice no podía ocultar su sorpresa.

—Sí. El capitán Sherringham era un bastardo, y que me condene si dejo que cuelguen a alguien por su culpa. Nos arrastraba durante días en esa estúpida e inútil búsqueda de jacobitas que se le había metido en la cabeza. Odiaba que le desbarataran sus planes, y por eso se puso como un loco cuando vio que la dama pelirroja se había ido, aunque en realidad no era cosa suya perseguirla, ¿no? Nadie se lo había ordenado.

—Gracias, ¿señor...?

—Moore, señor. Cabo.

—Cabo Moore, ¿le importaría venir con nosotros a Rosyth? Les diré a sus superiores que estaba herido y que necesitaba ser atendido por un médico —dijo esto señalando con la cabeza la mano izquierda que todavía le sangraba—. Haré venir también a un abogado para que le tome juramento sobre su versión de los hechos.

El cabo Moore asintió.

—No me importa ir.

Brice se agachó para registrar los bolsillos de Sherringham.

—Será mejor que me lleve las órdenes de arresto para que mi amigo sepa qué cargos había contra nosotros y pueda preparar nuestra defensa.

—¡Esa es la cuestión! No tenía ninguna —dijo Moore.

—¿Qué? —Brice levantó la vista hacia el soldado.

—No tenía órdenes de arresto. Se las inventó. Nadie pensó en pedírselas, simplemente aceptaban su palabra porque era un capitán.

—Hijo de perra... —masculló Brice—. Por lo menos eso resuelve un problema. Gracias por decírmelo, cabo Moore.

Brice hizo una seña a Ramsay y empujó suavemente a Iain en su dirección.

—¿Puedes hacerte cargo de todo esto un momento, por favor? Tengo que ir a recoger a Marsaili, pero vuelvo enseguida.

—Sí, vete —Ramsay asintió con la cabeza—. Alex volverá enseguida, aquí estaré. Yo me encargo de todo.

Brice no necesitó que le dijera más. Saltó sobre el poni que tenía más cerca y salió galopando hacia el bosque como si le persiguieran todos los demonios del infierno. No podía esperar ni un segundo más para asegurarse de que Marsaili estaba bien y donde él la había dejado.

Tenía que estarlo. No soportaría perderla de nuevo.

Marsaili oyó un disparo y luego otro procedente de una segunda pistola. El pánico se adueñó de ella y se puso una mano en la boca para contener un grito de horror.

—¡Brice! Brice, ¿eres tú?

Le había dicho que la esperara y sabía que debía obedecerle. No porque él tuviera ningún derecho a mandar sobre ella, sino porque comprendía que si él estaba preocupado por ella no iba a poder concentrarse en derrotar a sus enemigos. Así que lo mejor que podía hacer era no moverse de ahí. Pero, santo cielo, aquello era la cosa más difícil que había hecho nunca.

Caminaba arriba y abajo, deteniéndose de vez en cuando para escuchar cualquier sonido amenazador. Era posible que aún hubiera soldados ingleses por allí y no quería que la pillaran desprevenida. Varias veces le pareció oír chasquidos de ramas, como si se aproximara alguien, y tenía los nervios tan rígidos que parecían las cuerdas de un arpa. Finalmente, escuchó el retumbar de los cascos de un caballo y corrió a esconderse detrás de un gran tronco, intentando pasar desapercibida entre las

sombras. Aparecieron al galope un caballo y su jinete, que se detuvo y se volvió con tanta rapidez que el caballo se encabritó y levantó las patas delanteras.

—¿Marsaili? ¡Marsaili!

Vociferó con tanta fuerza que ella pensó que lo habían oído hasta en Rosyth, y eso la hizo sonreír. Reconocería esa voz en cualquier sitio. Salió de detrás del árbol, con las piernas temblando de alivio.

—Estoy aquí, Brice. No tienes que gritar.

Él saltó del caballo y corrió hacia ella atrayéndola hacia sí y aplastándola con otro de sus abrazos.

—¡Marsaili! Gracias a Dios. Pensaba que me había equivocado de sitio. Está tan oscuro entre estos árboles...

La respiración de Brice era tan agitada que podía sentir cómo su pecho subía y bajaba. Era una sensación tan maravillosa que descansó la mejilla brevemente sobre el pecho de ella, sintiéndose como si hubiera llegado a puerto seguro.

—Es que preferí andarme con cuidado por si no eras tú —le explicó mirándolo—. No estaba segura de que vinieras.

—Claro que iba a venir. Aunque fuera lo último que hiciera, siempre vendría a buscarte —le susurró. Después se quedó mirándola fijamente a los ojos de manera escrutadora y le preguntó—: Es decir, si tú me quieres.

Aunque sabía que él no podía verla claramente, puso toda su alma y todo su corazón al devolverle la mirada y asintió con la cabeza:

—Sí, sin dudarlo —y respiró.

Él cerró los ojos aliviado, luego la atrajo aún más hacia sí y la besó con pasión casi salvaje. Sus cálidos labios reclamaban los de ella como si quisiera marcarla, pero a ella no le importaba. Eso es lo que ella quería. Era suya, lo había sido desde el primer momento en que la besó, pensó. Después de eso no había vuelta atrás. Ella lo besó a él con la misma voracidad, saboreando aquella lengua que con solo tocarla le hizo sentir un escalofrío.

Brice la soltó cuando le oyó exhalar un gemido de satisfacción, que él malinterpretó.

—Lo siento, ¿te he hecho daño? No quería hacerlo, pero es que... He pasado tanto miedo —metió la cabeza entre el pelo de ella y le acarició la espalda y el cuello—. Pensaba que no volvería a verte y que Seton se había salido con la suya.

—No —le respondió besando su mentón con barba de varios días y disfrutando con sus labios del delicioso cosquilleo de aquel suave vello—. Me hubiera matado antes que casarme con Seton. Se lo dije. Y lo hubiera hecho también porque pensé que estabas muerto. Esos hombres que se te llevaron, con esas expresiones en la cara... —dijo estremeciéndose.

—Lo sé, pero no venían a asesinarme. Parece que Seton no pudo convencerlos de que lo hicieran, así que me secuestraron. Pensaban enviarme a las colonias como criado. También a Ramsay y a Alex.

—¿Pero conseguisteis liberaros? —ella le tomó el rostro con ambas manos, con el corazón en un puño al darse cuenta de lo cerca que habían estado del desastre.

—Sí, pero esa es una larga historia que ya te contaré después. Vamos a volver con los otros. No quiero dejarlos solos mucho rato. Ha habido cierto derramamiento de sangre, y Seton y el inglés han muerto. Espero que no seas muy aprensiva —le dijo abriendo la mano para agarrar la de ella y luego se volvió para besarle la palma de la mano. Incluso este leve contacto le provocó a ella un escalofrío de placer que le llegó hasta el estómago.

—No, no te preocupes. Y... me siento aliviada —estuvo a punto de decir «contenta», pero se dio cuenta de que no lo estaba. En cuanto al inglés, no le importaba.

—Vamos —le dijo tomándola de la mano como si nunca más quisiera dejarla ir. Con la otra sujetó las bridas del caballo. Brice se montó y ayudó a Marsaili a que se pusiera detrás, asegurándose de que estaba bien sujeta a él antes de comenzar a cabalgar.

—No te preocupes, pronto estaremos de vuelta en casa —y se rió—. ¡En casa! Qué maravilloso suena y qué extraño se me hace que, al decirlo me viene a la mente Rostyh en lugar de Suecia —dijo moviendo la cabeza—. Odio admitir que mi padre tenía razón cuando me dijo que esto me gustaría, pero él no se imaginaba hasta qué punto —le dirigió una mirada risueña a Marsaili a través de su hombro y le dijo—: Y todo es gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí, amor mío —le dijo en perfecto gaélico—. Donde tú estés estará mi hogar. Es decir, si decides aceptar mi proposición. Me parece que ha pasado tanto tiempo que por poco me olvido de que tenías que darme una respuesta.

Marsaili no vaciló, y lo abrazó con fuerza.

—La respuesta es sí.

Brice le sonrió.

—¡Estupendo!

Capítulo 31

Dos días después, por el patio de Rosyth House hacía entrada un grupo de jinetes con aspecto cansado, aunque se notaban aliviados. Habían viajado despacio, en parte porque los ponis tenían que llevar a dos jinetes cada uno y en parte porque tenían que ir más lentos para evitar que las heridas de Iain y del cabo Moore sangraran demasiado.

En cuanto los cascos de los caballos comenzaron a resonar sobre los adoquines de piedra, la puerta que daba al gran salón se abrió de golpe y Kirsty salió corriendo, seguida de cerca por Flora, Ailsa, Archie y otras personas que acudieron a recibirlos. El último, aunque no el menos importante, fue *Liath*, que iba cojeando y moviendo el rabo frenéticamente. Cuando Brice lo vio, se le quitó un gran peso de encima y dio gracias a Dios.

Kirsty llegó hasta ellos la primera, mientras Ramsay ayudaba a Iain a bajar del caballo dejando escapar un grito.

—Amor mío ¡estás herido!

—No es nada, solo un rasguño —se apresuró a tranquilizarla—. Una bala me pasó por el hombro, pero he tenido suerte de que no se quedara alojada dentro.

—Gracias al Señor. Ven, tenemos que ir adentro para que te la limpie y te lo cure con un ungüento y... —iba parloteando, mientras su marido le seguía sin percatarse de las sonrisas que los demás dirigían a la pareja.

Después de dejar que Archie los saludara con unos fuertes abrazos y que les hiciera miles de preguntas, Ailsa se acercó y tomó las manos de Brice cubriéndolas con las suyas.

—Bienvenido de nuevo, querido. ¿Ya está todo arreglado?

Él asintió.

—Sí, creo que todo se arreglará. Le he pedido a Rory, el amigo de mi padre, que se asegure de ello, y tenemos unos testigos cuyas declaraciones limpiarán nuestros nombres. Lo cierto es que el capitán inglés no tenía ninguna orden de arresto. Y, según Iain, el montón de armas que encontró el sajón se las había dejado en custodia a Seton. Iain sabe dónde están, así que nos desharemos de ellas lo antes posible. Y en cuanto a Seton, me temo que ya no molestará a nadie más. Tampoco el inglés.

Ailsa le apretó los manos.

—Eso es algo bueno, aunque debería ser triste. Ahora pasad todos adentro. Prepararemos agua en un santiamén para que os bañéis, aunque tendréis que hacerlo por turnos; también hay comida y bebida. Mis hijas me dijeron que teníamos que estar preparadas para cualquier eventualidad.

—Gracias, eso suena muy agradable —dijo Brice, al tiempo que se volvía a

Marsaili—. ¿Quieres bañarte tú primero?

—Sí, por favor —contestó mirando a su amiga, que había cabalgado con Ramsay para no rozar el hombro de Iain—. Y me parece que a Eilidh también le gustaría. ¿Seguro que no te importa que se quede?

Habían hablado de ello de pasada cuando regresaban a casa, y Brice había aceptado darle un trabajo.

—No, claro que no, es más que bienvenida —y le dijo a Ailsa—: ¿Pueden subirme algo de comer y beber a la habitación, por favor? Estoy demasiado cansado.

—Por supuesto. Ve a descansar, te veremos mañana.

Se dirigía hacia la casa cuando un torbellino salió volando por las escaleras. La pequeña Ida también debía de haber oído el alboroto y corría para echarse en brazos de su padre. Brice se rió al oírla gritar:

—¡Estás en casa, estás en casa! ¿Me has comprado algo? Flora me dijo que sí.

Ramsay la miró confundido y dirigió a Flora una mirada inquisitiva, pero cuando ella asintió con la cabeza de manera imperceptible y con una leve sonrisa, lo comprendió.

—Bueno, si Flora dice que es verdad, debe serlo —le contestó izando a su hija y caminando con ella en brazos hacia la casa. Flora se quedó donde estaba, y entonces Brice vio cómo Ramsay se volvía hacia ella y le ofrecía la mano.

—¿No vienes? Confío en que tú, pues..., me enseñes lo que le he comprado.

Tímidamente Flora puso su mano en la de él. Lo último que Brice oyó antes de entrar en la casa fue que Ramsay le preguntaba a su hija:

—¿Te gusta Flora? Porque a mí sí, y he estado pensando que sería una buena idea pedirle que viniera a Suecia con nosotros. ¿Qué te parece?

Y después la entusiasta respuesta:

—¡Ay, sí, papá!

Marsaili se dirigió directamente a su habitación y le alegró no tener que esperar mucho a que llegara la bañera y el agua caliente.

—¿Está todo lo que necesitas? —le preguntó la criada que le había llevado las toallas de tela y el jabón.

—Sí, gracias. Ya me las arreglo —solo quería que la dejaran sola, darse un baño e irse a dormir.

Estaba agotada, y se sintió aliviada al quitarse la ropa que había llevado puesta desde hacía casi dos semanas. Estaban polvorientas del viaje y llenas de mugre de la prisión; hasta le pareció que olían a Seton, y eso la hizo estremecerse. Lo mejor que podía hacer era tirarlas al fuego y dejar que se quemaran. Sabía que siempre le recordarían lo que había pasado.

Fue maravilloso meterse en el agua caliente, echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos con un pequeño gemido de placer. Se sentía tan bien que no hubiera salido

nunca del agua.

—Yo creía que solo gemías así por mí, pero veo que también lo haces con el agua caliente —dijo detrás de ella una voz que la asustó, haciendo que se quedara sentada y erguida. Al darse la vuelta salpicó de agua todo alrededor.

—¡Brice! ¿Cómo has..., quiero decir qué haces aquí? —preguntó mirando hacia la abertura del guardarropa, sabiendo exactamente cómo había entrado en su habitación—. Se supone que no deberías usar eso —añadió con gesto enfadado.

—Lo siento, no quería asustarte —le sonrió y se acercó hasta la bañera arrodillándose a su lado, abriendo mucho los ojos al verla con medio cuerpo fuera del agua.

—Pero estoy contento de haber venido. No me hubiera perdido esto por nada del mundo.

Ella se apresuró a sumergirse, pero no sirvió de mucho.

—Brice, no deberías estar aquí —intentaba parecer severa, pero sus latidos se aceleraron porque en realidad no sentía lo que decía.

—Se te veía tan cansada cuando te has ido que he pensado que necesitarías algo de ayuda —dijo tomando el jabón y pasándoselo por la espalda mientras se inclinaba hacia ella depositando una lluvia de besos desde la clavícula hasta el cuello.

—¿De verdad? Creo que tus motivos para venir son más egoístas —le dijo con un tono que incluso a ella le pareció poco convincente.

—Humm, puede que tengas razón —continuó acariciándole la espalda con una mano, y le retiró el pelo para que sus labios pudieran seguir su avance hacia las mejillas y de ahí a la boca—. ¿Te importa?

—Ya que me lo preguntas de esa manera tan encantadora, no —le susurró Marsaili.

—Estupendo. ¿Crees que cabremos los dos ahí dentro? —le preguntó Brice, y sin esperar respuesta se puso en pie y se quitó la camisa y los pantalones, mostrándole una vista que la dejó sin palabras. Ella lo acogió en todo su esplendor, con sus fuertes músculos, su piel dorada y sus moratones. Luego él la levantó en volandas para poder sentarse y ponerla sobre su regazo. Era una bañera bastante grande, pero Marsaili dudaba de que hubiera sido diseñada para dos. Estaba pegada a él.

—¡Brice! —protestó, pero se distrajo con el contacto de aquel torso aún bronceado y no pudo reprimir tocarlo.

Él rió entre dientes y la movió de manera que ella se quedó sentada a horcajadas sobre él; luego la besó, esta vez más meticulosamente, mientras utilizaba el jabón como excusa para acariciarle el resto de cuerpo. Cuando levantó la cabeza para tomar aire, murmuró:

—Tenía otro motivo para venir, pero al verte en la bañera casi se me olvida.

—Ah, ¿y cuál es? —a Marsaili no le apetecía mucho hablar en ese momento, pero de pronto se le pasó por la cabeza que quizá él había cambiado de idea y no quería casarse, en cuyo caso ella no debería estar haciendo aquello. Se echó hacia atrás y le

miró, tratando de averiguarlo en su mirada: el claro azul de sus ojos estaba lleno de deseo. Al ver tan claramente sus pensamientos, se sintió frágil.

—En el lago, cuando te hice aquella proposición —le dijo—, fui un imbécil.

Marsaili parpadeó. Había cambiado de idea. Aquel pensamiento fue como un jarro de agua fría.

—¿Cómo? —le preguntó con un tono que era más bien un susurro ronco. Tragó saliva con dificultad. No quería oír su respuesta porque sabía que le dolería. ¡Y mucho!

Él le sonrió, con una sonrisa lánguida que a pesar de sus dudas despertó algo en ella.

—Te dije que no sabía qué era el amor y que no estaba seguro de que eso existiera —le explicó, poniendo la punta de la nariz sobre la de ella mientras le susurraba—. Pero estaba equivocado. Completa y totalmente equivocado. Me estaba engañando a mí mismo.

Ella jadeó, aunque seguía tan aturdida que no podía hablar.

—Amor es darte cuenta de que una parte de ti se muere si no puedes estar con la otra persona. Que la vida no merece la pena vivirla si no puedes compartirla con esa persona especial. Que quisieras matar con tus propias manos a cualquiera que se interponga entre los dos. Eso es lo que siento por ti, Marsaili. Te quiero, con cada parte de mi ser, y siempre te querré. ¿Puedes perdonarme?

—¿Por qué? —Marsaili no sabía con certeza a qué se refería.

—Por hacerte una declaración tan desastrosa, diciéndote que te quería como esposa porque me «preocupaba» por ti —dijo esto sacudiendo la cabeza—. Me sorprende que no me dieras una bofetada.

Marsaili respiró por fin y consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Claro que te perdono, sobre todo después de unas palabras tan bonitas —le dijo acariciándole las mejillas con los dedos y rascándole la barba con las uñas. Brice se retorció y le sonrió—. Creo que con esto te has redimido, pero siempre puedes intentar mejorarlo para demostrármelo —añadió mientras se movía provocativamente sobre su regazo y veía en sus ojos entrecerrados que había comprendido aquella insinuación.

Los dedos de él comenzaron a jugar con el cuerpo de ella, y aquello la desconcentro un poco.

—Con mucho gusto, pero no hasta que me digas lo que quiero oír —respondió Brice, con una voz ronca aunque prometedora.

—¿Y qué es? —le preguntó Marsaili respirando hondo cuando él llegó a un punto sensible de ella que la hacía derretirse.

—No me has dicho si tú también me amas. ¿O es que esto va a ser un matrimonio unilateral? Puedo soportarlo, porque ni aun así te dejaría, pero preferiría que fuera una unión de iguales en todos los aspectos.

Él la besó en las pestañas, en la nariz, en la comisura de los labios, tentándola

pero sin entregarse del todo. Ella emitió un ronroneo impaciente ofreciéndole los labios, pero él negó con la cabeza.

—No seguiré hasta que no me digas lo que quiero escuchar. Es lo justo, yo te he abierto mi corazón. ¿O es que eres tan cruel como hermosa?

—Muy bien, te confesaré... que te quiero. Que te he querido probablemente desde el primer momento en que te vi. Eres maravilloso e irresistible, y lo sabes. ¿Ya estás contento?

Él le sonrió con cierta mirada de satisfacción masculina.

—Para empezar, no está mal. Pero cuando haya terminado contigo espero escuchar alguna confesión más.

Finalmente, Brice la besó a fondo, como ella anhelaba, sabiendo que él tenía razón. No le había contado ni la mitad, que simplemente no podía vivir sin él y que, cuando la tocaba, ella estaba dispuesta a hacer lo que le pidiera. Cualquier cosa.

Pero sospechaba que él pronto lo sabría.

Sobraban las palabras.

Notas

[1] Las Tierras Altas están divididas en consejos, y el de Highland es el más extenso.

<<

[2] Movimiento político de presbiterianos escoceses, que representaban a la aristocracia y a la clase media adinerada, opuestos a la Corona inglesa. <<

[3] «Sajón», en gaélico; se empleaba despectivamente para referirse a los ingleses. <<

[4] La batalla de Culloden (1746) fue el último enfrentamiento armado entre los jacobitas, que propugnaban la restauración de la monarquía de los Estuardo, y los ingleses, a favor de la casa de Hannover. La mayoría de estos jacobitas, que fueron derrotados, procedían de las Tierras Altas. <<

[5] Moneda de plata escocesa que circuló en los siglos XVI y xvii. <<

[6] «Grande», en gaélico. <<

[7] Antepuesto al nombre del padre «hijo de», en gaélico. <<

[8] Robert Bruce fue rey de Escocia de 1306 a 1329. <<

[9] Según una leyenda escocesa, espíritu maléfico de los lagos con forma de caballo que se lleva a la gente al fondo del lago para devorarla. <<

[10] En algunos países, cuando los niños al despertarse tienen enredos en el pelo, se dice que las hadas y los duendes han estado jugando con sus cabellos por la noche.

<<

[11] En algunos países, pequeña criatura grotesca y legendaria que se considera maléfica para los seres humanos. <<

[12] Un tresnal está formado por varias gavillas apiladas en forma de pirámide para que vayan eliminando el agua. <<

[13] Mazmorra secreta que solo tenía una trampilla de acceso en la parte superior y en la que se condenaba al preso al olvido. <<

[14] «¡Demonios!», en sueco. <<

[15] «¡Mierda!», en sueco. <<

[16] «¡Gracias a Dios!», en sueco. <<

[17] «Calle», en holandés. <<

[18] «Señor», en holandés. <<